



No hay  
lugar para  
la poesía

**D.J.57** Martín Garrido

# **NO HAY LUGAR PARA LA POESÍA**

**© Martín Garrido 2018**

Todos los derechos reservados.

*No se permite la reproducción total o parcial del texto de este libro ni de su portada, ni su incorporación informática, ni su transmisión o distribución en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y explícito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.*

***¿A dónde va a parar  
todo lo que se ha vivido?***

## PARTE PRIMERA

Es lo que más le gusta de su oficio: la carne palpitante, tibia y húmeda, trémula bajo el contacto de sus manos expertas. Por ello prescinde de guantes, porque no quiere que nada se les interponga al contacto lascivo con otra piel. De chiquillo se fascinaba pegado a la vitrina, viendo a través del turbio cristal al carnicero que amasaba con voluptuosidad la pieza estirada sobre el mármol, limpiándola de impurezas por fuera. Despojándola de la fina telilla translúcida que la envolvía, retirándole los restos de tendones, recortando la grasa superflua, extrayendo algún huesecillo inoportuno. Para suspenderla luego de un garfio y tajar un grueso pedazo que iría a reposar, tembloroso, sobre la tabla de corte.

Le centelleaban los ojos mientras el profesional -ya no recuerda su nombre- pulía la larga y delgada hoja de la tajadera haciéndola correr rítmicamente sobre la rugosa chaira, arriba y abajo, de un lado y del otro, arrancando imperceptibles capas al filo. Luego presionaba el tajo con la palma de la mano para darle consistencia y -ahí llegaba el éxtasis- ir fileteándola con suavidad, deslizando la cuchilla sin atropellos, con lujuria, mientras se derramaba un liquidillo sonrosado que lustraba el desgastado tocón de madera. De allí le vino la vocación y, con los años, la ocupación. Trocada, por arte de las circunstancias, en lo que hoy es.

Ha desenvuelto con reverencia el hato que encierra los instrumentos de su oficio, dejándolos a la vista. Ahí están el afilador, las cuchillas, la macheta y la fileteadora de media luna. Sabe que no debería usarlos -aunque no pierde la

esperanza- y se consuela palpando la maza de ablandar. Tampoco estarán el taco de corte ni el gancho, que ya hace tiempo sustituyó por la cuerda y el trono: una silla a la que ha ligado la pieza, esta vez en forma de hombre amordazado que le contempla hacer, desorbitado.

A este individuo no hay que castigarlo, ni ha de servir de ejemplo para mantener a raya a otros adversarios. Simplemente, ha de confesar.

Y sin embargo lo ha enmudecido con una gruesa porción de cinta adhesiva que le ocluye la boca, impidiéndole articular palabra.

¿Paradoja? No: táctica.

Primero, porque ha de infligirle el suficiente martirio como para que desee con toda su alma soltar cuanto el carnicero quiera arrancarle. Como quien agita una botella de champán antes de descorcharla para que, cuando le libere los labios, de ellos no surja más que una verdad absoluta e irrefrenable, expiatoria. Pero antes ha de padecer, sin posibilidad de inmediata remisión.

Y además porque ¿en qué quedaría el arte del torturador si el torrente verbal surgiera sin suplicio?

## 1

*Mayo de 2004.*

El tiempo está resultando anormalmente lluvioso, pero el bochorno es sofocante en la sala de juicios. Santiago Morilla, abogado de la defensa, advierte que el sudor le anega las axilas y que un goterón le resbala por un costado, bajo la ropa. El juez Rafael Nogales tiene fama de quisquilloso y, aunque no funciona el aire acondicionado, obliga a todos los letrados a vestir la toga. Hasta la veterana secretaria judicial sobrelleva el agobio del grueso manto negro mientras toma notas a vuelapluma en un cuaderno, notas que después transcribirá al

ordenador. Podría teclear directamente cuanto se hace y deshace en la sala de vistas, pero está hecha a la antigua usanza. Tal vez sea por ello que el magistrado, otro veterano en las lides de administrar justicia, la aprecia tanto.

Santiago -Santi para su círculo más estrecho- mira de reojo a su defendido. Éste va en mangas de camisa, para envidia de cuantos conforman la ceremonia del ejercicio de la justicia. Mangas extendidas hasta los puños, pero mangas al fin y al cabo. Morilla le telefoneó la tarde anterior recordándole la cita: la hora a la que debía comparecer y el número del juzgado de lo penal.

—¿Cómo quiere que se me olvide —respondió el acusado—, si estoy que me ahorcan con un pelo?

Vístase con formalidad, le recomendó el abogado. ¿Me pongo traje?, preguntó el otro. No, no es necesario; pero venga arreglado, nos ha tocado un juez formalista, le dijo Morilla, que recuerda cuando el magistrado aplazó una vista porque un policía se presentó a declarar en camiseta, bermudas y playeras. Un agente de la autoridad ha de dar siempre la imagen de agente de la autoridad, lo discursó antes de suspender el juicio por unas horas para enviarlo a su casa, a mudarse.

Pero aún yendo en mangas de camisa, el acusado suda copiosamente. Más, si cabe, que todos los togados juntos. Se podría abrir alguna de las ventanas, piensa Morilla, o acercar un ventilador. Pero el juez no quiere distracciones: ni por el bullicio del tráfico que discurre por el Paseo Lluís Companys, ni por el rumor de las aspas del ventilador.

—El fiscal nos ofrece un trato —ha dicho a su cliente en el concurrido pasillo, mientras aguardaban turno.

El juicio está marcado para las diez y veinte. El acusado ha llegado a las nueve y media, con tiempo más que de sobras. Se ha despojado de cuantos objetos lleva encima, los ha depositado en una bandeja que ha deslizado hacia el interior del escáner y ha franqueado el arco de seguridad de la entrada. Mientras recupera sus efectos pregunta al guardia civil dónde está el juzgado que busca.

—Si decide conformarse con la pena —continúa Morilla con monotonía—, el

fiscal sólo solicitará que se le imponga una multa, y no tendremos que entrar a juicio.

En realidad, aclara, sí que entraremos a la sala. Pero yo diré que usted se aviene a la petición del fiscal, y ahí se habrá acabado todo.

–¿A cuánto subirá la multa? –quiere saber el acusado.

–Unas sesenta mil pesetas –le traduce a la antigua moneda–. Pero –advierte– si usted después no paga, irá tres meses a la cárcel.

El otro sopesa el acuerdo que se le ofrece.

–¿Me retirarán el carnet de conducir?

–Por supuesto: durante medio año.

–Pero yo soy transportista –gime–, me gano la vida con un camión.

Habértelo pensado antes de ponerte hasta el culo de copas e ir a estrellarte contra una farola, que quedó tumbada en la acera; aún tuviste suerte de no haber enganchado a nadie, entonces el fiscal no te ofrecería un trato tan bueno. Eso piensa Morilla, pero es un profesional de pies a cabeza y se lo calla.

–¿Qué me aconseja que haga?

Están debatiendo junto a las puertas del ascensor cuando éstas se abren y de dentro surge una pareja de la Policía Nacional que conduce a un preso con las manos esposadas a la espalda. El personal se los mira: los abogados con indiferencia, los denunciante con aprensión, y también se atisba un gesto de solidaridad en algún compañero de profesión del recluso. Se podría esperar que marchase abochornado entre los policías. Pero, lejos de ello, mira a cuantos halla a su paso y sonrío, contento de haber abandonado la cárcel por unas horas, aunque sea para acumular más años de condena en otro juicio.

–Yo no me acogería a lo que le ofrece la fiscalía, ¿me entiende? La farola ya la ha pagado la aseguradora -casi cinco mil euros ha costado reponer la luminaria en su sitio, piensa Morilla- y ahora únicamente se dilucida la responsabilidad penal.

El conductor ha reconocido en el pasillo a los guardias que aquella noche lo socorrieron tras la colisión y que luego le hicieron las pruebas de alcoholemia.

–¿Cuánto me podría caer si no me conformo con el arreglo?

Algo más del doble de la multa y hasta tres años de suspensión de los carnets, le confiesa Morilla. Y aunque un pavor extremo se pinta en el rostro de su cliente, el abogado insiste en que no debe aceptar el trato.

A las once abandonan la sala de vistas los implicados en el juicio anterior. Morilla mira su reloj: ya vamos casi con una hora de retraso. Al poco se reabre la puerta y la agente judicial clama a voz en grito, enumerando a los convocados para la siguiente sesión. Primero entra Morilla y al poco llaman al acusado. El abogado, sentado a la derecha del estrado, quiere infundirle confianza con la mirada. La agente judicial le señala el sitio que ha de ocupar, en pie frente a la presidencia, y se leen los cargos.

–Responda a las preguntas del fiscal –le exhorta el juez.

Y así lo hace, ofreciendo su versión del accidente. Algo le pasaría al coche, se excusa, porque me patinaron las ruedas y acabé estampándome contra la farola. ¿A qué velocidad circulaba usted? A cuarenta o cincuenta, como mucho. ¿Había bebido esa noche? Quizás una cerveza. ¿Sólo una? Bueno, tal vez dos; pero no más de dos.

–¿Recuerda el resultado que arrojaron las pruebas de alcoholemia a las que fue sometido? –interroga el fiscal.

–¿Se refiere a lo que dio cuando soplé? –pregunta, y el fiscal asiente–. No, no me acuerdo, pero no sería mucho.

Es el turno de Morilla, que declina hacer preguntas. El acusado recibe permiso para sentarse. No cruce las piernas, le aconsejó Morilla el día anterior, que recuerda la soberana bronca que este mismo juez propinó a un perito por tal motivo. No está usted en el sofá de su salón -gruñó en aquella ocasión- sino en un Tribunal de Justicia.

La agente judicial entra al primer policía, a quien se le toma juramento. ¿Recuerda los hechos acaecidos en la madrugada del seis de julio de dos mil tres? El policía relata cómo acudió al lugar del accidente junto con su

compañero; que hallaron al encausado aturdido y con signos inequívocos de estar bajo los efectos del alcohol; que le hicieron las pruebas de alcoholemia; que éstas dieron positivo -el doble de lo legalmente permitido, remarca-, motivo por el que se detuvo al conductor ebrio.

No hay más preguntas, finaliza la acusación. Morilla se limita a preguntar sobre ciertos aspectos técnicos de las pruebas de alcoholemia que el pobre encausado no llega a entender. Entra el segundo policía y también afirma que el acusado iba más que bebido. Arriba el momento de los alegatos. El fiscal acrecienta su petición, como era de esperar, y el reo se hunde y los ojos se le tornan vidriosos. Llega el turno de Morilla.

– Con la venia, señoría –principia–. Los agentes de la Guardia Urbana afirman que las pruebas de alcoholemia se llevaron a cabo según los protocolos establecidos y con total garantía para mi defendido. Sin embargo –Morilla alza levemente la voz–, por más que repaso el atestado no soy capaz de hallar las pruebas físicas de dichos contrastes. Me refiero –aclara– a que no constan en el atestado las tiras de papel que imprime el aparato con el que se hicieron las exploraciones en sede policial. Ni tampoco el acta por la que se informaba a mi cliente, con antelación a las mismas, de los procedimientos a los que se le iba a someter, ni de los derechos que le asistían.

Los policías ponen cara de contrariedad y el fiscal, azorado, repasa el abultado sumario. Se comprueban los folios una, dos y hasta tres veces. Se habrán traspapelado, intenta justificar el acusador, y el juez se lo mira con cara de fusilamiento: primero por hablar cuando no le toca; y, también, por no haberse percatado de tan importante carencia. Librado de culpa, el camionero salta de alegría en el pasillo. Morilla se zafa del abrazo de oso que pretende darle y lo ve alejarse.

Otro que se libra por un error de procedimiento, piensa. Ya veremos si la próxima vez tienes tanta suerte.

Han abierto un ventanal del pasillo y una ligera brisa refresca el ambiente.



Santiago Morilla se despoja de la toga y se prende la correa de su abultada bolsa de piel marrón. Enciende el móvil y marca el número de su despacho, mientras baja las escaleras.

–Sandra, acabo de salir de la sala –dice a su secretaria.

–¿Cómo te ha ido?

–Bien –responde lacónico–. Se ha retrasado la vista, pero ya voy para el despacho.

–No hace falta que corras. Ha llamado el señor Estébanez: que esta mañana no podrá venir porque le ha surgido un inconveniente, que le iría mejor por la tarde.

–¿Cómo habéis quedado?

–Es la primera visita que nos hace. Le puedo hacer un hueco a las cuatro – ofrece– o pasártelo a otro día. Aún he de confirmarle la cita.

Aunque es Sandra quien le lleva la agenda, Morilla hace memoria de los compromisos de la tarde.

–A las cuatro me irá bien –confirma.

Devuelve la toga que le han prestado en el guardarropa del colegio de abogados y recupera su americana de entretiempo. Van a dar las doce y aún no ha hecho el tentempié de media mañana, por lo que aprovecha que se ha pospuesto la visita con el nuevo cliente para acercarse a un bar. Atento al tráfico, cruza entre los furgones de la Guardia Civil que trasiegan presos entre la cárcel y los juzgados. El cielo está encapotado y el ambiente cargado de una humedad asfixiante. Ya han montado la terraza en la acera, pero Morilla prefiere el interior del local, aunque esté saturado de humo de tabaco. Toma posesión de uno de los taburetes frente a la barra, deja la bolsa a sus pies y repasa el expositor de cristal. Un pincho de tortilla y una caña, pide, y se hace con un periódico.

El camarero retira de la vitrina la tortilla de casi tres dedos de grosor, taja una porción que pasa a un plato de loza y se la lleva a la cocina. Cuando regresa, le han añadido dos rebanadas de pan untadas en tomate y regadas con un aceite denso. El servicio se completa con una cerveza de barril. Morilla deshecha el

cuchillo que le ponen y con el tenedor arranca una porción, que se lleva a la boca. Algo reseca, valora. Muerde un pedazo de pan y la textura del tomate y del aceite enmiendan la escasa jugosidad.

En la portada del diario se anuncia la inminente inauguración del Fórum de las Culturas, fijada para mañana sábado. Morilla pasa por alto las páginas donde se disecciona la política nacional. Medio lee la crónica de otra batalla entre las tropas americanas y las iraquís, y repasa el titular que alerta sobre las mafias del este que operan en la Europa occidental. Una entrevista a Paco de Lucía cierra la edición.

Al levantar la vista descubre, sentado al fondo del local, al cliente al que acaba de librar en el juicio. También ha decidido rellenar el estómago, ahora que ya se le habrá desencogido. Está sólo, hincándole el diente a un bocadillo enorme, y ha mediado la botella de vino que le han servido. Morilla se juega que antes de levantarse se la habrá trincado por completo. Los hay que no aprenderán jamás.

Hay casos que uno no debería aceptar. Y clientes a los que no se tendría que defender, perfecciona su razonamiento. El espejo del otro lado de la barra le retorna la imagen de una cara macilenta, la de un hombre de cuarenta y cuatro años con notables entradas en el cabello y cuatro lustros de profesión a la espalda, últimamente entre casos de menor relevancia. Recuerda los cinco tediosos años de facultad y la ilusión esperanzada con que empezó a ejercer. Total, para llegar a esto.

Mastica el último bocado, apura la cerveza y reclama la cuenta. No pide un café, no quiere dar oportunidad a que lo aborde el conductor borracho.

Morilla remonta la acera y, cercano al Arco de Triunfo, toma una calle a su izquierda. Atraviesa todo el barrio hasta el Palau de la Música, repleto de turistas

que fotografían su fachada modernista, y sale al vértice de Vía Layetana con Junqueras. La portera, una mujer redonda, está fregando. Morilla pasa por un lado para no dejar huellas en mitad del vestíbulo. Al fondo, unos lienzos de plástico cubren el hueco del ascensor, instalado en la escalera de principios del pasado siglo.

–Don Santiago, mire cómo me lo dejan todo los mecánicos –se le queja–. En mala hora se le ocurriría al propietario cambiar el ascensor. ¿Es que acaso no iba bien el otro?

Los operarios ya han marchado. Están sustituyendo el motor y el camarín y, a la molestia de tener que subir y bajar a pie, se suman el ruido de los trabajos y la suciedad. Afortunadamente, el gabinete del abogado está en el entresuelo. Han dado la una y Sandra ya ha empezado a marcharse, con el tiempo justo de acercarse a comer a su casa y, escopeteada, irse al pluriempleo en otro gabinete, en Hospitalet de Llobregat.

–Sobre la mesa te dejo nota de las visitas de la tarde –le dice apresurada–. Después del señor Estébanez tenías cita con el profesor Salas, pero también ha llamado: que hoy no podrá ser, que tiene no se qué en la facultad, y le he dado hora para el lunes.

El despacho de Morilla se abre al recibidor donde Sandra ejerce de secretaria tras un mostrador que, cuando se sienta, sólo deja ver su joven cabecita. Morilla se despoja de la chaqueta y de la corbata y va a colgarlas tras su puerta. El caso de Juan Salas le trae de cabeza hace ya dos años, y ahora está tomando derroteros alarmantes.

–También te he dejado el expediente de la demanda de calle Oreistía. La propiedad ha apelado y tienes quince días para oponerte. Que no se te pase de fecha –le advierte con desparpajo, mientras se despide hasta el lunes.

Oreistía número veintidós es la dirección de un decrepito edificio junto a la Ronda del Litoral, antaño flanqueado por las vías del tren y ahogado entre fábricas, pero que ahora se encuentra en un enclave urbanístico privilegiado. El pleito viene de cuando principió la urbanización de la franja marítima con las

olimpiadas, y se ha relanzado con el Fórum de las Culturas. Son viviendas de alquiler bajo y la propiedad quiere que los inquilinos marchen, para levantar pisos de lujo. Pero en Oreistía veintidós no quieren llegar a un acuerdo. Así lo dijeron las tres familias de arrendatarios, ya jubilados. Aquí nacimos -relataron en la primera visita al gabinete de Morilla- y aquí nos criamos, separados del mar por las vías del tren. Aquí se padeció la vecindad del Campo de la Bota y del Pekín, por aquí pasaban los grises haciendo la ronda a caballo. Nadie se preocupaba de nosotros, ahí os pudráis, parecían decirnos las autoridades. Pero ahora hay negocio y este terreno es muy goloso.

Morilla les aconsejó entablar un pleito por lo civil. Pero eso costará un buen dinero -objetaron los abuelos- y nosotros malvivimos de nuestra pensión. Al abogado, los ancianos le recuerdan a sus padres, inmigrantes en el barrio del Carmelo. Asume que de este caso no va a sacar un duro y se embarca en un pleito que califica de beneficencia, uno de tantos que asume más a menudo de lo que debiera.

Morilla se emplea fondo y gana el juicio. Y, ahora, la propiedad recurre.

Repasa los folios con el sello del juzgado y concluye que las objeciones de la parte contraria no se sostienen, que sólo pretenden ganar tiempo. El único inconveniente es que, para cuando el proceso esté por finalizar, tal vez no quede vivo ni uno de los abuelos. Pero así es la vida.

Aunque la tortilla del bar le ha llenado, a las dos y media se obliga a dejar el despacho. Cruza la Vía Layetana y entra en el self-service de siempre, fronterizo a un antiguo cine que ya lleva tres años cerrado. Come y a las tres y cuarto vuelve a atravesar la avenida, para entrar en el bar que hace esquina con la calle Condal, donde le sirven un café. Lo degusta despacio, mientras se fuma el primero de los dos únicos cigarrillos que se permite en todo el día. El segundo deberá aguardar hasta después de la cena.

Los técnicos ya andan a vueltas con el ascensor y la portera no deja de refunfuñar y acometerlos verbalmente. Esto va a durar más que las obras de la Sagrada Familia, dice; darán las uvas y aún seguiremos nadando en la mierda

que deja esta gente. El operario que se entretiene en desacollar la puerta del camarín, inmóvil desde hace tres semanas, finge no oírla. Morilla inicia presuroso la subida, para que la portera no le haga partícipe de sus quejas.

Miguel Estébanez es moreno, recio de hombros y de brazos poderosos, con los que gesticula incansable. El pecho fornido le cae sobre una notable barriga de buen comedor. Cercano a los cincuenta años, conserva todo el cabello, negrísimo y cerrado. Habla con determinación, la voz elevada por naturaleza. El oficio de paleta lo aprendió de su padre y, aunque ahora viste traje, no duda en sacarse americana y corbata y arremangarse para dar a cualquier oficial una lección de cómo se levanta un tabique sin necesidad de plomada, o de cómo se reboza una pared a fuerza de riñón. Esta tarde, puntual a la cita, se instala sin ceremonia en la silla que el abogado le ofrece.

–Tengo media docena de obras en marcha, en su mayoría casas adosadas que gestiono directamente: yo compro el terreno, yo adelanto el capital, sin necesidad de préstamos bancarios, y yo mismo levanto. Sólo tengo en nómina unos cuantos albañiles. Si preciso carpinteros o lampistas, los subcontrato. Procuro no trabajar siempre con la misma gente, salvo con mi propia cuadrilla. Cada promoción la doy a vender a un gestor diferente. Finalizo, entrego, cobro... y a otra cosa.

Morilla ha estudiado a este posible cliente mientras le larga su perorata de presentación. Un hombre primario, lo cataloga. Un nuevo rico de medio pelo, más astuto que inteligente.

–¿El negocio va bien?

–Viento en popa –se ufana con orgullo–. La empresa se fundó hará veinticinco años, y yo la dirijo en solitario desde que se jubiló mi padre. Pasada la crisis de los noventa, estamos que no paramos. Hoy se vende todo lo que se levanta: te lo quitan de las manos.

–Algún día se frenará este afán de comprar –aventura Morilla.

–Yo me mantengo dentro de unos límites, para no pillarme los dedos si todo

se va al garete. Aunque a veces me cuesta retenerme, porque aquí hay filón para rato, por más que digan cuatro agoreros.

Ha trascurrido un rato desde que el abogado lo recibiera y el hombre no entra en materia. Morilla mira con disimulo la esfera de reloj que ha colgado estratégicamente de la pared, a espaldas de sus clientes.

–A pesar del buen panorama, usted viene a vernos –Morilla siempre usa el plural de modestia– porque algún problema se le habrá cruzado en el camino.

El hombre se retrae, sopesa sus inmediatas palabras y el abogado estima que tal vez se haya precipitado al entrarle tan a bocajarro.

–Supongo que nada de lo que hablemos saldrá de entre estos cuatro tabiques –dice al poco.

–Puede darlo por supuesto.

–¿Incluso aunque no lleguemos a cuajar ningún trato? –le pregunta con desconfianza.

Ni aun así, asegura el letrado, a quien empiezan a venírsele malos presagios: a ver qué bombazo me suelta éste.

–Pues verá –el albañil torna a expandirse y recobra el fuelle–, hará como un año que un hombre vino a plantearme un asunto, aprovechando que en mi ramo hay tanta faena. El negocio era bien sencillo: me ofrecía contratar algunos trabajadores a cambio de remunerarme por ello –lanza el albañil, y hace una pausa para cerciorarse de que su interlocutor le sigue.

–¿Alguien quería contratar a sus empleados?

–No, no, al revés –se apresura a aclarar el contratista–: era yo quien contrataba a los peones que él me ofrecía.

–¿Y él le pagaba a usted –se extraña Morilla– en vez de ser usted quien le pagara a él?

–Así es: por cada uno que yo le contratara, ese hombre me daría un tanto.

El abogado no acaba de hacerse una idea del negocio.

–Pues es bien sencillo. A mí me decían que tomara a tal o cual trabajador y que le hiciera un contrato, digamos que por tres o seis meses. Y por cada

contrato que yo hiciera, me darían una buena pasta.

Morilla sigue sin ver la naturaleza del acuerdo.

–A ver si me aclaro: usted no sólo tomaba un empleado, que le salía gratis, sino que además cobraba por tenerlo en una de sus obras.

Estébanez alza las manos en un gesto de contener al abogado.

–Alto, alto, yo no he dicho que los pusiera a trabajar –corrige–. Yo, al trabajador de turno no le veía el pelo. Nunca.

Todo se hacía sobre el papel, explica el hombre, y la cosa no pasaba de ahí.

–A mí me pasaban la fotocopia de una documentación, yo redactaba el contrato y lo llevaba a la seguridad social. Como muy tarde, al medio año lo daba de baja. Y a mí me soltaban una indemnización por los gastos en seguridad social, IRPF y demás mandangas. Y, claro está, mi gratificación.

–En negro, supongo –colige Morilla, que ya se va haciendo una idea.

–Por supuesto. Yo desgravaría como gastos y, aparte, me embolsaría un dinero extra.

–Supongo que el trabajador –la voz del abogado marca una inflexión– sería un extranjero.

Miguel Estébanez asiente. A Morilla no deja de admirarle el modo en que algunos sacan beneficio de los más desgraciados, consiguiéndoles un permiso de trabajo ficticio con el que, seguidamente, poder legalizarse en el país. Sacándoles un buen porcentaje, claro está.

–Siempre era un extranjero –confirma el albañil–. Aunque ya le digo que, al tío en cuestión, yo nunca llegaba a verlo.

A Morilla se le pasan por la cabeza media docena de delitos: simulación de contrato, tráfico de mano de obra, fraude fiscal y cooperación en la inmigración ilegal. Este hombre está metido en un buen lío y él tendrá que emplearse a fondo para que no vaya a la cárcel.

–¿Ha contratado a muchos trabajadores por este sistema?

–No demasiados: una media docena.

–¿Siempre fue el mismo intermediario quien le propuso el negocio?

El hombre vuelve a asentir.

–Un ruso, o algo así. Un tipo de categoría, bien vestido, siempre con traje y lustroso. Con un español mejor del que podamos hablar usted o yo, mejorando lo presente.

Santiago intuye que la policía ha apretado las clavijas al contratista y que el fiscal habrá hecho otro tanto, buscando que delate a la red. Tal vez se pueda llegar a un acuerdo y el empresario salga con sólo una multa. O, a malas, con una pena inferior a dos años de prisión, que quedará en suspenso si el exalbañil no tiene antecedentes.

–¿Se puede localizar el que le ofrecía los contratos?

A Estébanez le complace que Morilla se haya hecho cargo de la situación.

–Ese es mi problema: que ni sé dónde encontrarlo, ni estoy seguro de su nombre.

–¿Y qué dice la policía al respecto?

Ahora es el constructor quien se sorprende.

–¿Qué tiene que ver la policía en todo esto? –pregunta.

Morilla se queda en suspenso.

–¿Pero a usted no lo ha pillado la policía?

–¿A quién? ¿A mí? –Miguel Estébanez se señala el pecho con el índice derecho–. Que va, hombre. ¿Me toma usted por gilipollas o qué?

Morilla ya no entiende nada.

–Entonces –inquieta desorientado–, ¿cuál es el problema?

–El problema –gimotea el otro– es que yo he cumplido con mi parte del trato: he hecho los contratos y he corrido con todos los gastos. Pero, aparte de un pequeño anticipo por los dos primeros individuos, no he vuelto a ver un duro. Y del tío trajeado de los cojones, ya hace meses que no sé nada.

Sin poder evitarlo, a Morilla se le han ido poniendo unos ojos como platos.

–A mí –enfatisa el hombre que tiene enfrente, echándose adelante en el asiento– me han estafado.



Santiago Morilla regresa al bar que hace esquina con la calle Condal y pide otro café, para darse un respiro. El albañil vino preparado con los contratos que amañó durante el último año. Le calcula que ha invertido un buen pico en la operación, sin duda. El tema es delicado, le ha prevenido Morilla: no le conviene entablar un pleito.

–La única solución es localizar al intermediario e intentar llegar a un acuerdo.

–¿Usted podría hacer eso?

–Mejor aún: puedo aconsejarle cómo resolver la cuestión.

–Si por mí fuera, la acabaría a hostias –se exalta el otro.

–Primero hay que encontrar al intermediario –retoma Morilla la cuestión–. Pero para ello se precisa de un profesional cualificado y discreto. Un detective –concreta–. Yo puedo proponerle a uno con el que trabajo a menudo.

El abogado da un último sorbo a su café y contempla el fondo de la taza, donde ha quedado un residuo del grano molido. Ya se acabe el asunto de un modo o de otro, da por sentado que el contratista no acudirá a los juzgados.

De regreso, Santiago Morilla ve parpadear la lucecita roja del contestador. Le da al pulsador y oye la voz de Nuria. Se estremece. Santi, me ha surgido un imprevisto y necesito que este fin de semana te hagas cargo de Marta y de Andrea, le pide.

Tras diecisiete de matrimonio, Morilla y Nuria se separaron hará dos años. Pero su voz suena tan melosa como cuando estaban casados y ella lo asaltaba pidiéndole algo que sabía que él no podría rehusar. Sólo que entonces estaban en la cama y Santiago trataba de recuperar el resuello, exhausto de que le hiciera el amor.

¿Podrás quedártelas?, continúa ella. Mañana te las acerco al piso, a media tarde, y el domingo me las traes de vuelta. O voy yo a buscártelas, bastante favor me haces. Llámame, le ruega. Si por lo que sea no puedes, dímelo. Y se oye el clic al colgar.

Sentado ante su escritorio, principia con la apelación que amenaza perturbar

la placidez de los abuelos de la calle Oreistía. A las siete llama a *Román, detectives asociados*, el gabinete que dirige Andrés Román Tudela, tercera generación de investigadores, con una oficina en la calle Urgel de Barcelona y otra en Madrid, en la Gran Vía. La operadora pasa la llamada al jefe de los detectives.

–¿Qué quieres que te diga, Santi? No es un caso que me haga ilusión. Habrá que dedicarle muchas horas y las garantías de éxito son escasas. ¿Ese contratista es solvente?

Morilla le asegura que sí.

–Mándame lo que tengas por fax, incluido su teléfono.

Mejor te lo meto en un sobre y te lo acerco, le responde Morilla, convencido de que el futuro trato del caso será exclusivamente entre el albañil y el detective. Y, además, porque prefiere no dejar vestigios de su intervención. Por si acaso.

–La chica de recepción estará aquí hasta las ocho. Si no has de llegar a tiempo, el lunes te acercas y hablamos mientras tomamos café.

Ya veré, contesta Santiago, y cuelga. Inmediatamente marca el teléfono fijo de su exmujer y se pone Marta, la mayor de las niñas.

–Mamá sale mañana con su novio y nos quiere colocar contigo –le informa–. Yo le he dicho que no hace falta, que Andrea y yo podemos quedarnos solas, que no tiene por qué molestarte. Pero ella dice que no, que no se fía.

La referencia al novio escuece, aunque Santiago pretenda que no. Ruido de manoseo y ahora es Andrea quien habla, tras arrebatarse el teléfono a su hermana.

–Hola, papá.

–Hola, cariño.

–Papá, no hagas caso a Marta. Es ella la que quiere que nos quedemos solas para traerse a alguno de sus amigos. Pero yo no quiero, porque se pasan el rato en el sofá dándose el lote y yo me tengo que ir a la habitación, y la tele de allí no tiene TDT.

Otra vez ruido de rifirrafe mezclado con las advertencias airadas de la mayor y voces desafiantes de la pequeña. Mientras, Santiago Morilla no sabe qué le

provoca más desazón: que Nuria se haya echado novio o que su niña ya vaya con chicos, con sólo catorce años. Sus pensamientos quedan interrumpidos cuando la madre se hace con el aparato.

–Gracias por quedártelas, Santi –dice, sin que él se haya avenido aún a su petición.

Morilla no quiere preguntar por el imprevisto que le ha surgido, pero sí le interesa saber si la mayor sale con algún muchacho.

–No lo sé, pero no me extrañaría. Cuando yo tenía su edad ya tonteaba con chicos.

Morilla lo sabe perfectamente. Y también recuerda la cola que hubo de hacer hasta que, ya en la facultad de derecho, por fin consiguió que se fijara en él.

–¿A qué hora te va bien que te las acerque? –le pregunta Nuria–. El domingo me las traes a eso de las ocho y, si te apetece, podríamos salir a cenar los cuatro, invito yo.

Morilla se viste la americana y se ciñe en bandolera su bolsa de cuero. Conecta la alarma y cierra la puerta. Las obras ya han finalizado por hoy y la portera ha clausurado su garita. El abogado evita acercarse a Barcelona en coche siempre que puede porque el tráfico está imposible en las horas punta, y aunque prefiere usar su moto, hoy el cielo amaneció demasiado inseguro. Baja al metro en plaza Urquinaona y al poco llega el atestado convoy, del que se apea dos paradas más allá. Restan diez minutos para las ocho cuando entra en *Román, detectives asociados*. Cumplida su última misión del día, regresa al metro y luego hace transbordo al tren de cercanías que lo deposita en el andén de El Masnou.

El piso está desierto desde que Nuria y las niñas se mudaron. Morilla se quedó en la vivienda conyugal, mientras ellas se trasladaban al piso de recién casados que conservaron en Concepción Arenal. Nuria siempre gustó de vivir en Barcelona y nunca llegó a adaptarse a la luz de la costa. Se calza unas zapatillas de andar por casa y cuelga la chaqueta en el ropero del dormitorio, que ahora ocupa en solitario. Es un piso en la séptima planta de un bloque cercano al

puerto deportivo, con un balcón desde donde se ven el espigón y los mástiles de los veleros. Demasiados metros para él solo, pero el acuerdo fue taxativo: ninguno vendería lo que le había tocado en suerte -fue un decir, porque ni hubo sorteo ni Nuria le preguntó qué prefería-, ya que las viviendas son la herencia de sus hijas.

Conecta el televisor y se hornea una pizza envasada. La recorta en porciones que va comiendo a mano, entre trago y trago de cerveza, en el sofá. Los canales van alternándose en la televisión. Por fin se sirve un chorro de whisky en un vaso y se enciende el segundo cigarrillo del día. Mientras, no deja de pensar con angustia en el mal que puede depararle el pleito de Juan Salas. Quien, por si fuera poco, no ha comparecido esa tarde.

### 3

Suena el móvil y Santiago Morilla, que se ha quedado traspuesto en el sofá, se sobresalta. El hielo se ha fundido en el vaso, desbravando el whisky al que apenas ha dado un par de sorbos. Apaga el televisor. En la pantalla del telefonillo reconoce el número del colegio de abogados. El detenido se llama Joao Silva Oliveira, le dicen. Es portugués y lo han arrestado por un delito de lesiones y resistencia a agentes de la autoridad. Está ingresado en la comisaría del Raval y ha solicitado un abogado de oficio.

—¿Acepta la asistencia? —le demanda la voz del otro lado de la línea.

Ya pasa de la medianoche. Morilla continúa apuntado al turno de oficio porque, aunque la retribución es magra, le obliga a defender casos que le dan bagaje. Así que contesta afirmativamente. Marca el número de la comisaría y habla con un policía.

—¿Vendrá esta noche o lo hará a primera hora de la mañana?

Morilla dispone de ocho horas para personarse en comisaría, pero si pospone la asistencia es casi seguro que el detenido no pasará a presencia del juez hasta el

domingo. Y él se ha comprometido a quedarse con Marta y Andrea.

–Salgo para allá –dice, y cuelga.

El edificio es moderno, muy diferente a las rancias dependencias a las que está acostumbrado el abogado, con paredes sucias de refregones y humedad en los techos. Morilla ha tenido que aguardar casi una hora en el vestíbulo.

–Discúlpenos por la demora –se excusa el policía uniformado que hace de instructor–. Aún queda un año para que nos sustituyan los Mozos de Escuadra, pero la Dirección General no renueva vacantes y estamos en cuadro.

Morilla intuye que al agente le importa un bledo si ha tenido que esperar poco o mucho, y que sólo le inquieta que el trámite se prolongue más allá de la hora en que finaliza su turno. Otro policía, el que hace de secretario, le muestra el pasaporte de su nuevo cliente.

–La Guardia Urbana lo detuvo sobre las veinte horas, enzarzado a puñetazos con otro indigente en la Plaza Real.

–¿Mi cliente es un vagabundo?

–Según se mire. A lo que parece es un marinero que tienen recogido en el Stella Maris, ¿sabe de dónde le hablo?

Al abogado le suena vagamente el nombre y el otro le da una explicación escueta: es un albergue que hay en el puerto; algo semejante a Cáritas, pero de la mar.

–¿Lo han detenido por pelearse?

–El cargo principal que se le imputa es el de agresión con lesiones graves. Le ha partido la boca a su contrincante y le ha fracturado dos costillas a patadas, además de otras erosiones y contusiones.

–¿También han detenido al otro?

–No, una ambulancia lo ha trasladado al hospital y va a quedar ingresado esta noche.

Un policía acerca al arrestado hasta el cubículo donde se le tomará declaración. A Morilla le da la sensación de que es un hombre fatigado por la vida. Sentado frente al instructor, Joao da la impresión de sobrepasar con mucho

los cincuenta y dos años de edad que constan en su pasaporte. No excede del metro sesenta y es de constitución fibrosa. La nariz aguileña acentúa lo afilado de su rostro, curtido por el sol, el viento y la sal. Retrasado hacia el cogote, un apósito sucio de sangre le cubre una porción del largo cabello, cano y grasiento, que luego le cae flácido por la nuca hasta más abajo del cuello de un desgastado jersey azul, arremangado sobre los codos. Gruesas venas le surcan los antebrazos. Cuando el instructor le presenta a su abogado, se limita a mirárselo con desinterés.

Empieza la diligencia. ¿Es usted Joao Silva Oliveira?, pregunta el policía, y el detenido calla. Luego le pregunta si ha sido informado del motivo de la detención y si se le han leído los derechos, pero el portugués no responde.

—¿Este hombre entiende el castellano? —pregunta Morilla.

Sí, le asegura el instructor, y el secretario lo confirma. Pero el abogado tiene sus dudas y así lo dice. Los policías se reafirman en que el hombre habla español, y justo cuando Morilla va a protestar porque no se ha proporcionado un intérprete a su cliente, éste rompe el silencio.

—Entiendo perfectamente lo que están diciendo —asegura.

Se ha expresado en un perfecto español y a Morilla le sorprende lo templado de su voz, que imaginaba tan cascada como su aspecto.

—Y usted —el detenido se dirige al policía que maneja el teclado— hágame el favor de apuntar ahí que me acojo al derecho de no declarar.

Morilla ha dejado la comisaría y camina hasta la esquina con el Paralelo. No hace mala noche y la avenida está muy concurrida. Recupera el coche en un parquin y conduce en dirección al puerto. Atraviesa la rotonda y continúa por detrás del edificio que comparten Correos y la Agencia Tributaria. Frena antes de adentrarse en la ronda del litoral para ceder el paso a un par de coches. Al tiempo que reanuda la marcha, reconoce el colorido mural sobre la fachada del edificio de ladrillo que le queda a la derecha: es el Stella Maris. Ya es casualidad, se dice mientras se mete en el primer túnel de la ronda.

Joao Silva se había determinado a no declarar, pero el instructor insistió en que cuanto antes se esclareciese lo ocurrido, antes podría quedar en libertad.

–Salvo que las lesiones de la víctima sean demasiado graves –puntualizó el policía.

Morilla asintió cuando su cliente le dirigió una breve ojeada, que no supo si interpretar como una muda petición de consejo.

–¿Estaba usted en la plaza Real sobre las ocho de la tarde del siete de mayo? –preguntó el instructor, y el portugués afirmó con la cabeza.

–Ha de responder de palabra para que podamos transcribir su declaración.

Y Joao dijo que sí, desganado; que estaba en la plaza Real y que sería esa hora, más o menos. ¿Fue allí donde lo detuvo la Guardia Urbana?, y el portugués contestó con otro sí escueto.

–¿Quién inició la pelea? –preguntó el instructor.

–Puede que fuera yo –dijo Joao, imperturbable–. O tal vez fuera él, no lo sé muy bien. Sólo sé que, de pronto, nos estábamos zurrando.

–Querrá decir –puntualizó el policía– que era usted quien pegaba al otro. Los agentes de la Guardia Urbana aseguran que lo tenía tirado en el suelo mientras lo pateaba, y que su víctima sólo acertaba a resguardarse la cabeza.

–Así será, si lo dicen los municipales.

–¿De qué conoce al hombre con el que se peleó?

El detenido hizo una larga pausa. Tanto que, a Morilla, le pareció que iba a volver a cerrarse. El policía tuvo la misma intuición y repitió la pregunta.

–De nada –respondió el interrogado, y recalcó–: no lo había visto en mi vida.

–¿Y sin más se lió a golpes con él?

–Sí, sin más. ¿Ustedes nunca se han peleado porque sí? A veces uno te habla mal, o te mira mal, o te lo parece, y la cosa acaba como acaba.

–Entonces reconoce que lo golpeó y que lo hizo sin motivo alguno –sugiere el policía.

–Ya he dicho que sólo recuerdo que nos estábamos dando. No sé si él me

dijo algo o si no me dijo nada. Si empezó él o si fui yo. O si sólo me defendí. Enseguida llegaron los guardias.

El secretario resumió la declaración, la imprimió y Joao estampó un garabato ilegible en cada uno de los folios. Los policías abandonaron el cubículo, dejando solos a cliente y abogado. El hombre volvía a mirar el suelo.

–Señor Silva –Morilla intentó llamar su atención, pero el otro no levantaba los ojos de las baldosas–, escúcheme atentamente. Ya hemos acabado el trámite de la declaración y mañana le pasarán a presencia del juez, ¿me entiende?

Joao Silva alzó sus ojos apagados.

–¿He de pasar la noche aquí?

Hablaba con el tono distante que mantuvo durante la declaración.

–Sí, ha de quedarse.

El hombre no dijo nada y agachó otra vez la cabeza. Morilla pudo ver de nuevo el apósito que el médico le había fijado y le preguntó cómo se había hecho la herida.

–Me habré golpeado contra el suelo.

¿No será que le han dado con una porra?, especuló Morilla, pero el hombre se limitó a encogerse de hombros y volvió a distraerse.

–Ha de decirme si le han golpeado cuando ya estaba detenido.

¿Para qué?, preguntó levantando el rostro. ¿Se me cerrará antes si le digo que ha sido un guardia quien me ha abierto la cabeza? Lo único que me interesa saber es cuándo me pondrán en la calle.

–A primera hora le meterán en un furgón, probablemente junto a otros presos, y lo trasladarán a los juzgados. Allí el juez volverá a tomarle declaración y decidirá qué hace con usted.

–No hay nada que añadir a lo que ya he dicho.

–Escúcheme bien: por suerte, lo que usted ha declarado es bien poco, lo que nos deja margen a rectificar. No es lo mismo decir que se ha peleado, que justificar que ha sido agredido. Mañana ha de decirle al juez que se limitó a defenderse.



–¿Me está diciendo que mienta? Dígame –en el fondo de sus pupilas se avivaba una chispa–, ¿a usted quién le ha dado vela en este entierro?

Morilla ya ha bregado antes con clientes que no parecían darse cuenta de la situación en la que se encontraban, pero este hombre estaba superando a todos.

–Estoy aquí –quiso recordarle– porque usted ha pedido que se le defienda de oficio.

–Yo no he pedido nada –el marinero respondió con viveza–. A mí sólo me han preguntado si tenía abogado particular y he dicho que no.

–Y por eso le han asignado uno de oficio: a mí, concretamente. El Estado está obligado a ello.

–¿El Estado se preocupa ahora de sus ciudadanos? –las palabras de Silva fueron de desdén–. No se lo tome a mal, pero sé defenderme sólo. No le necesito. Si alguien ha llegado a la conclusión de que preciso ayuda, lo hace con demasiados años de retraso.

A Morilla le apetece tomarse una copa, después del whisky frustrado que iniciara en su piso. Hace demasiado tiempo desde su última salida nocturna y se convence de que hoy se le brinda la oportunidad de resarcirse. Desecha los locales del puerto olímpico, enlaza con la autopista del Maresme, sale en Montgat y retrocede hasta la zona de discotecas de un polígono colindante. Encuentra aparcamiento frente a la discoteca que ha elegido para saciar su sed, cierra el coche y se dirige a la nutrida fila de noctámbulos que aguardan a que se les dé vía libre al interior.

*Shandan*, así se llama el local, abierto en lo que fuera una antigua nave industrial. La discoteca es uno de los clientes fijos del *Gabinete Santiago Morilla*, y la ha defendido de bastantes denuncias por la brutalidad de los de seguridad. El gerente está en la puerta. Es sólo dos o tres años más joven que Morilla, pero aparenta bastantes menos. Moreno de rayos uva, viste camisa y pantalón negros. Reconoce al abogado, se le acerca y, sin ningún rubor, le hace

pasar por delante de cuantos esperan impacientes pero sin protestar.

Superado el vestíbulo de la discoteca está la primera barra. Hay demasiado público para ser viernes. El disc-jockey pincha música de los ochenta y los noventa, la favorita de la clientela. La enorme pista de baile está inundada de danzarinés, casi ninguno por debajo de la treintena, y muchos por encima de los cincuenta. No es un local declarado para *singles*, pero son escasos los que llegan en pareja.

Una morena de melena feroz, con pantaloncito corto y camiseta ceñida, sirve gintonics en las copas panzudas que aguardan turno suspendidas boca abajo del frontal de la barra. Morilla es un clásico y prefiere un whisky con cola. La música está alta y la gente practica la conversación boca-oreja. A su lado, una pareja recién conformada prefiere el boca-boca, sin duda más sugerente. Morilla los mira con envidia y acaba con la mitad de su combinado en tres tragos. Sobre su cabeza destellan los focos y los flashes. No hay una sola mesa, ni sitio donde sentarse. De una ojeada reconoce, al otro lado de la pista, a un antiguo cliente a quien ha llevado el trámite de divorcio. Una rubia que quiere aparentar treinta y tantos, embutida en un vestido negro, atraviesa indiferente ante Morilla, que resigue su trasero redondeado mientras se aleja sorteando a la concurrencia.

Morilla se acaba la copa y se acerca a otra de las barras, donde le sirven un nuevo combinado de lo mismo. Mientras da el primer trago recibe un golpecito afable en la espalda. Es el antiguo cliente. Morilla recuerda que se llama Luís Pedrosa, que es arquitecto del ayuntamiento y que no tiene hijos.

–No esperaba verte por aquí –le grita para hacerse oír.

–Sólo vengo muy de vez en cuando –reconoce Morilla–. ¿Tú vienes mucho?

–Casi todos los viernes y bastantes sábados. ¿Estás sólo? –le vocea el arquitecto al oído.

–Sí. Me apetecía un trago antes de acostarme y me he desviado para aquí.

Dos mujeres desfilan a su lado. Una es rubia teñida, entrada en carnes, y la otra pelirroja. La rubia se detiene un momento. Reconoce a Luis y le estampa dos besos en la cara. Enseguida repasa de arriba abajo a Morilla, sin disimulo, y

también le estampa dos besos que él juzga demasiado húmedos para ser la primera vez que se ven. Luego continúa en pos de la otra. ¿Sólo has venido a tomarte algo?, le pregunta el arquitecto, escéptico.

–Sólo a tomar una copa –miente el abogado, que ya va por la segunda–. Me iré enseguida.

–Es una lástima, porque esa tía te miraba con interés. Van a dar las tres. ¿Estás seguro que no te quieres quedar a la repesca?

Morilla no entiende de qué le habla el otro.

–No estás al día, chico. La repesca –lo instruye Pedrosa a voz en grito– es cuando, llegada una cierta hora, los que aún no hemos ligado miramos de pillar lo que sea, alguien con quien acabar la noche.

Morilla lanza otra ojeada a su alrededor, queriendo identificar a quienes merodean intentando cobrar una pieza. La rubia de antes se lo mira desde la otra barra y le lanza un saludo con la mano, guiñándole un ojo. Morilla se siente incómodo.

–Tendrá que ser otro día –dice, y de un trago media el vaso–: mañana tengo trabajo.

–¿También trabajas los sábados?

Morilla se recoge de hombres: qué le vamos a hacer, es la triste vida del abogado. Y de otra sentada deja los hielos solitarios en el fondo de su vaso.

–Oye, si sales alguna otra noche ya sabes dónde encontrarme –vuelve a gritar el separado, que también le guiña un ojo antes de seguir–: pero procura venir con algo más de tiempo, aquí hay unas cuantas que seguro que se te rifarían.

Santiago Morilla traspasa el arco de seguridad del edificio de los juzgados a las diez en punto de la mañana.

–El detenido no está aquí –le informa el agente judicial que atiende la guardia.

–¿Ha habido algún retraso?

–No, pero la policía no va a presentarlo hoy.

–¿Por qué no? –quiere saber Morilla, contrariado; y añade, desconfiado–:  
¿Le ha ocurrido algo en los calabozos?

–No le ha sucedido nada, que yo sepa. Pero han descubierto que el documento con el que se identificaba es falso.

–Yo vi su pasaporte –asegura Morilla, sorprendido– y parecía auténtico.

–Pues es falso. Y ahora hay que indagar su verdadera identidad.

El abogado teme que su agenda de fin de semana se vaya al traste.

–¿Cuándo lo pasarán a presencia del juez?

El funcionario no lo sabe.

–Todo depende de lo que tarde la policía en filiarlo.

Morilla ruega que no sea antes del lunes. Pero, por si acaso, se acerca a comisaria. Le atiende un policía en atuendo deportivo, un funcionario diferente del que tomó declaración al marinero. Se le presenta: inspector Gutiérrez, del grupo de policía judicial.

–Investigamos varios documentos que hemos encontrado entre sus pertenencias, en la habitación que ocupa en el Stella Maris –le dice, y le pone tres pasaportes delante.

El primero, muy ajado, tiene las tapas grises, con el águila de la España de Franco estampada en la portada. Está más que caducado y en él consta el nombre de un tal Luis Casado Gómez. El inspector lo deposita sobre la mesa, abierto por la página con la fotografía del titular. El siguiente pasaporte también es español, actual, y en él figura el mismo nombre que en el documento anterior. Fue expedido hace ocho años en el consulado español de Guayaquil.

–Y este otro, que usted ya debe conocer –muestra el pasaporte portugués–: es con el que lo identificaron los urbanos ayer por la tarde.

El policía lo intercala con habilidad de pitonisa entre los documentos españoles.

–También hemos hallado este otro documento.

Pone sobre la mesa un antiguo carné de identidad español, de color azul,

recomido por las esquinas y con el plastificado echado a perder. Expedido en Barcelona en mil novecientos cincuenta y seis a nombre de Enrique Casamichana Gomis, según consta. La fotografía, en blanco y negro, es la de un muchacho que posa serio ante la cámara, con el cabello oscuro y esculpido en brillantina.

–¿Alguno de estos documentos se corresponde con mi cliente?

–Fíjese en las fotografías –le insta el policía.

Morilla se percató de que la efigie que aparece en el pasaporte español más reciente se asemeja al marinero. Que la foto del viejo carnet de identidad es casi idéntica a la del pasaporte más antiguo, el del águila. Y que la persona retratada en el pasaporte portugués tiene tantas posibilidades de ser el detenido como de no serlo.

–Hemos encontrado el DNI entre las páginas de un libro. Barajamos la posibilidad de que sea auténtico y que los datos que constan en él sean los del hombre que tenemos en el calabozo.

Si el joven de la foto del carnet es el detenido, los años no pasan en balde, comprueba Morilla.

–Por otro lado, ninguno de los pasaportes parece haber sido alterado –dice el policía–. Yo creo que todos son buenos.

El inspector se los mira de nuevo y posa el dedo sobre el más viejo. Muestra que fue expedido en Marsella, en julio de mil novecientos cincuenta y ocho.

–Puede que se creara una nueva identidad antes de obtener cada pasaporte – prosigue el inspector–. En todo caso, el portugués es el que más dudas nos ofrece.

Morilla también empieza a sospechar que el portugués de la foto no es su cliente.

–¿Cómo se han percatado de que daba un nombre falso?

El inspector Gutiérrez sonrío con suficiencia profesional.

–Al comprobar la filiación completa con Interpol nos salió otro tal Joao Silva Oliveira, con los mismos datos de filiación, al que hasta hace muy poco le

constaba una antigua orden de detención.

Morilla se mira otra vez la foto del documento portugués, ya casi convencido de que no es la del detenido.

–Indagando hemos verificado que la policía de Mánchester lo detuvo a mediados del mes pasado y lo extraditó a Portugal. En todo caso, la detención sería demasiado reciente para que ya estuviera en libertad. Así que hemos hecho algunas llamadas. El portugués está actualmente ingresado en una cárcel de Oporto, a la espera de juicio.

–¿Han preguntado a mi cliente cómo es que tiene ese pasaporte en su poder?

–No ha servido de nada, se ha cerrado en banda y no dice ni pio. Ahora estamos casando la huella del viejo DNI con las que le hemos tomado en los calabozos.

El carnet de identidad dice que Enrique Casamichana es natural de Barcelona, nacido el siete de enero de mil novecientos cuarenta, hijo de Enrique y de Antonia. En él figura una dirección: calle Sevilla número ciento treinta y cinco. Y también pone la profesión de su propietario: dependiente.

–Si se fija –vuelve a hacerle ver el policía–, los apellidos tienen una cierta semejanza. Tanto en el DNI como en los pasaportes españoles.

#### 4

Enrique Casamichana -alias Joao Silva, alias Luís Casado- está echado en el jergón y contempla el techo. La celda es pequeña pero él está acostumbrado a estrecheces: dos tercios de su vida los ha alternado entre camarotes y habitaciones de pensión. Tampoco es éste el primer calabozo que pisa, ni el peor. ¿Cuándo empezó todo?, se pregunta, y se repite la respuesta que se ha estado dando los últimos cuarenta y seis años: en la festividad del Corpus Cristi de mil novecientos cincuenta y ocho.

Aquel día lejano despertó con los golpes que, desde fuera, alguien propinaba

sobre la persiana que cerraba una de las paradas del mercado municipal de la Barceloneta. Enrique iba camino de los diecinueve y la charcutería le hacía de habitación desde que el señor Anguera lo recogiera como aprendiz de dependiente, dos navidades atrás. Aunque lo explotaba -apenas le daba cuatro duros que completaba con un plato caliente al mediodía y un jergón para pasar la noche, estirado en el suelo tras el mostrador-, no podía por menos que estarle agradecido. Aún así, Enrique estaba determinado a marcharse.

Dos nuevos porrazos sobre la chapa ondulada habían retumbado en el pequeño espacio, seguidos de la voz cascada del viejo mozo del mercado.

—Eh, chico, ¿estás despierto o qué? —bramaba áspero desde fuera—. Levanta, que ya es la hora. ¿O es que se te han pegado las sábanas?

Arsenio Ruiz era empleado del mercado municipal desde el año veintiséis, cuando reclamó su derecho a aquella colocación que, como otras de la administración, figuraba en el cupo reservado para licenciados del ejército de África.

—¿Estás ahí o no? —insistió con más fuerza, malhumorado.

—Ya voy, Arsenio —contestó Enrique con desgana, y añadió con ironía—: yo también te deseo que tengas un buen día.

Enrolló el delgado colchoncito, dobló la manta con la que se tapaba y los apiló bajo el tablero de despachar. Se enfundó el pantalón y los calcetines. Se calzó. Descorrió el pestillo e izó la ruidosa hoja metálica que servía de puerta. Arsenio aguardaba recostado contra el quicio y le dirigió una ojeada de aborrecimiento. El sentimiento era mutuo.

—¿A qué viene tanta prisa? Hoy es fiesta —se recreó Enrique, sabiendo que el otro debía revisar el mercado a diario, ya fuera festivo, laborable, Navidad o Dieciocho de Julio.

Arsenio se lo miró con cara agria. Cabeceó con desaprobación, dio media vuelta y se alejó por el corredor, prosiguiendo su ronda. A veces se había colado algún ladrón por los ventanales y, de tanto en tanto, más de un tendero dejaba a alguien vigilando hasta que se abría la plaza, de madrugada. Pero Enrique era el

único que dormía allí todas las noches, aunque constara empadronado en casa del señor Anguera.

Arsenio desapareció y el chico se desnudó la camiseta imperio. Se fregó el cuello, la nuca y la cara en la pica de lavar los útiles del oficio. Ayer tarde se había duchado y también se cortó el cabello en los aseos públicos de la plaza Urquinaona. Quedaban lejos, pero los prefería a los baños de la Barceloneta. Volvió a ponerse la camiseta y una camisa limpia que sacó del armarito reservado para él, y se la arremangó con dos vueltas sobre los puños. Luego tomó una chaqueta de entretiempo.

–Chico –clamó estentórea la voz del mozo, a lo lejos–, yo me marchó. Aligera si quieres salir, o tendrás que saltar por una ventana –le advirtió.

Enrique echó la llave a la parada y se la guardó en un bolsillo. Había tomado una punta de tocino y un corrusco, reservados la noche anterior, y se desayunó mientras caminaba con parsimonia a donde aguardaba el mozo, impaciente.

–A ver si espabilas –le reconvino Arsenio al verlo llegar–, u otro día te dejo dentro.

Traspusieron la portilla lateral que daba a la calle. Mientras el viejo aseguraba el cierre, el joven se entretuvo en recitar con ironía: tres jueves hay en el año que relucen más que el sol, Jueves Santo, Corpus Cristi y... y se calló, porque no recordaba cuál era el otro jueves sagrado. Mientras, metió la mano en el bolsillo del pantalón y tentó la copia, hecha a escondidas, de la misma llave con la que ahora cerraba Arsenio. Con ella podía entrar y salir cuando le venía en gana, sin necesidad del otro.

Arsenio partió sin despedirse. Las campanas de la iglesia de San Miguel dieron las nueve y Enrique se desperezó, estirando los brazos. Sus ojos resiguieron los raíles, encastrados por entre el adoquinado de la calle hasta traspasada la monumental entrada de La Maquinista Terrestre y Marítima. Una locomotora tiraba cada día, sobre ellos, de los ingenios fabricados allá dentro, camino de los embarcaderos. Siempre había gente trabajando en La Maquinista. Antes eran cientos los que a diario atravesaban el barrio por delante del mercado,



pero habían menguado desde que la producción se estaba yendo a los talleres de San Andrés.

Escuchó un chiflido que provenía de la callejuela abierta justo delante de donde estaba parado. Levantó la vista. Joaquín Molins braceaba en uno de los balcones, llamando su atención. Le respondió alzando una mano y Joaquín gesticuló -espérame, bajo enseguida-, y se metió para adentro. Enrique dobló la esquina y recorrió la calle del Baluarte hasta una fuente encastrada en el muro de una planta baja. Se detuvo a remojar su peine carey y se peinó a tientas, con esmero. Joaquín se le unió al poco.

–¿Ya habéis aclarado a dónde vamos a ir esta mañana? –preguntó.

Enrique movió la cabeza de un lado al otro.

–Podríamos darnos una vuelta y comer cualquier cosa por ahí, y hacer tiempo hasta la tarde. ¿Has de volver a casa al mediodía?

–He dejado dicho que no me esperen hasta la noche.

–¿No te dieron la murga anoche, por llegar tarde?

Joaquín Molins apenas tenía dieciséis años y parecía aún más joven. Vivía con su madre, viuda de pescador, y con una hermana mayor. Ambas estuvieron refunfuñando antes de acostarse, agobiándolo. Pero él quiso aparentar indiferencia ante su amigo. Soy el hombre de la casa, dijo, y echaron a andar. Calle abajo se llegaron hasta donde vivía Bernardo Mañas, entre la calle del Almirante Cervera y la del Almirante Aixada.

–Sube tú, que yo espero aquí –dijo Molins, y del bolsillo de la rebeca se sacó un paquete mediado de Bisonte, que se compró ayer tarde.

El portal estaba entreabierto y Enrique ascendió la angosta escalera salvando los peldaños irregulares, agarrado al pasamano. Repicó sobre la puerta con los nudillos. Bernardo lo reconoció a través de la rejilla empotrada en la puerta y le abrió.

–¿Y Joaquín? –preguntó.

–Se ha quedado abajo, echando un cigarro.

–Mejor, a la María no le hace ninguna gracia tenerlo en casa. Dice que es

como un hurón al acecho, siempre buscando cualquier descuido para verla en pelota.

Bernardo era tres años mayor que Enrique. Iba descalzo, se acababa de poner el pantalón de los domingos y aún andaba abotonándose una camisa blanca.

–¿Ya has desayunado? Acabo de hacer café. Acércate a la cocina, que te pongo un vaso.

Atravesaron en penumbra el breve pasillo de paredes ajadas, entre el tintineo de algunas baldosas sueltas. Es Enrique, anunció Bernardo alzando la voz, y se adelantó a cerrar la habitación de matrimonio en prevención de que María fuera a asomarse en bragas, sin mayores remilgos. La luz de una bombilla se filtraba desde la habitación por el ventanuco que remataba lo alto de la puerta. Rebasaron otro cuarto, con un camastrillo revuelto y un armario desvencijado. Allí dormía Bernardo antes de fallecer su madre. María se vino con ellos, al poco, y padre e hijo permutaron habitaciones.

El decrepito Eliseo Mañas estaba encajado en la única butaca del comedorcito, alelado y con la mirada perdida más allá del ventanal de cristales turbios que daban a la calle. Enrique saludó al viejo sin que este hiciera además de responder. Pasaron a la cocina y Bernardo le fue vertiendo un chorro del líquido negro en un vaso, opaco de tantos lavados.

–Dime cuánto quieres –preguntó.

–Poca cosa, casi nunca tomo malta.

–Esto no es malta –se enorgulleció Bernardo–, es café del de verdad. Ayer le di cuartos a la María para que fuera a comprarlo.

Descorrió el visillo a cuadritos que recubría los estantes de obra y tomó el bote del azúcar. Cobró dos cucharillas del escurridor y ofreció una al visitante. Luego echó café en un tazón, lo completó de leche hasta la mitad y acabó atracándolo con pan desmenuzado a pedacitos. Enrique ya daba el primer sorbo a su vaso.

–Está bueno –reconoció.

–Ponte más cuando te lo acabes –ofreció el anfitrión, y se llevó el tazón a la mesa.

Aquí está lo suyo, padre, cómaselo todo. ¿Le acerco más a la mesa? ¿No le hace falta? La María le deja hecha una verdurita para el mediodía. ¿Podrá calentársela usted sólo? ¿Sí? Vigile el fuego. Y no se deje abierta la nevera, que hoy está todo cerrado y no he podido comprar otra barra de hielo. Ya verá qué pronto nos vamos a hacer con uno de esos frigoríficos modernos, ya verá, padre.

El viejo estaba en el mercado cuando lo bombardearon en septiembre del treinta y ocho. Los aviones llegaron rasantes sobre el mar y poco pudieron hacer los antiaéreos emplazados en los cerros. Fue uno de los ciento y pico heridos que salvaron la vida, pero la cabeza empezó a fallarle y con los años estaba yendo a peor. Sus dedos sarmentosos principiaban el cuenco cuando empezó a tronar una música en la habitación que Bernardo y María compartían: la *Picolissima serenata*, de Renato Carosone.

–María –bramó–, baja el volumen, coño. Que vas a conseguir que los vecinos nos pongan en la calle.

La chica se dio por aludida de inmediato.

–¿Desde cuándo tenéis tocadiscos? –preguntó Enrique.

–Ya hace tiempo. No habrá encartado que lo tuviéramos puesto las veces que has estado por aquí.

–Le das a tu novia todos los caprichos que quiere.

–Es que ella lo vale –el otro guiñó un ojo.

Enrique repasó el fregadero, lleno de platos. Y la mugre del suelo, y en el mantel de la mesa, y las manchas de la pared. Revisaría también el excusado, pero se abstuvo. Bernardo adivinó sus pensamientos.

–Es una cría y tiene sus faltas –concedió en un susurro inaudible para su padre, y añadió–: Pero echa unos polvos que te cagas.

El viejo se acabó el desayuno y Enrique concluyó el café. Ponte más, le reiteró Bernardo, y el otro rehusó, dándole las gracias.

A Carosone lo sustituyó Elvis Presley, con el *Rock de la cárcel*. Se abrió la

puerta y María apareció. Llevaba el cabello recortado y a sus diecinueve abriles poseía un cuerpo que hacía volverse a los hombres; siempre que Bernardo no estuviera presente, por supuesto, porque en lo tocante a su novia era absolutamente intolerante. Y porque su fama de violento le precedía por todo el barrio.

–¿No tienes otra música que no sea precisamente ésa?

–Estás tú muy susceptible hoy. Si lo prefieres pongo una pieza de la Sarita Montiel –se mofó ella, acercándose a Enrique para besarle las mejillas–. ¿A ti qué te parecen los gustos del rancio de tu amigo? –le preguntó con retintín.

Llevaba un vestido ceñido en la cintura, con falda acampanada, cuello en pico y media docena de botones enormes que lo recorrían de arriba abajo, por delante. Calzaba unos tacones discretos.

–Ya acabo yo con esto –dijo a Bernardo mientras recogía el tazón vacío y el vaso de Enrique–. Tú ve a calzarte.

En la calle, Joaquín acabó su segundo Bisonte y tiró la colilla. Dio una ojeada lasciva a la chica, al verla trasponer el portal.

–¿El piojo también viene con nosotros? –preguntó ella, despectiva al verlo.

–Sí –afirmó su novio, tajante–: también viene –y ella hizo un mohín de disgusto.

Bernardo se había engominado el cabello, peinándose para atrás, y se caló unas gafas oscuras. El cuello de la camisa le sobresalía por encima de las solapas de la chaqueta.

–¿A dónde queréis que vayamos? –preguntó Enrique.

–Vamos a tener un día cojonudo –auguró Bernardo, contemplando el cielo despejado que se recortaba entre los edificios, sobre la estrecha calle del Baluarte–. Podríamos acercarnos por los merenderos y dar un paseo hasta el Hospital –propuso–, y a la vuelta comemos en el Hawai, si os apetece.

–Al Hospital de Infecciosos no –se opuso la muchacha–, que siempre acabamos en las barracas del Somorrostro. Es un sitio horrible y a mí me da miedo.

Bernardo calló y también lo hizo Enrique. Ambos habían nacido allí, a tocar de un mar que cuando se embravecía arramblaba con las casas improvisadas por emigrantes, gitanos y pescadores. Familias que no alcanzaban mejor sitio en el que vivir: los desheredados de siempre, a los que se sumaba el subproducto de la industrialización.

–¿Y si nos vamos para donde los baños de San Sebastián? – aventuró Molins.

–¿A qué? ¿A ver a las bañistas en cueros? –volvió a protestar la chica con saña, y le espetó–: Salido, más que salido.

–María –la advirtió su novio con fastidio–, deja en paz al chico.

–Pues ya me diréis que hacemos hasta que llegue Lucía –se impacientó Molins.

Ceñudo, Bernardo se encaminó en sentido contrario al que había proyectado. Giró por Almirante Cervera, en vez de bajar a la playa, y los otros le siguieron, dóciles. Enfilaron el Paseo Nacional y cruzaron entre la estación del tren y el depósito del puerto, atajando hacia el Paseo Colón. Los tranvías iban atestados y prefirieron continuar a pie. Los tinglados les cegaban la vista sobre el muelle.

–Podríamos subir a las golondrinas –sugirió el menor de los chicos, a quien apasionaba cuanto tuviera que ver con la mar.

–No, que me mareo –se opuso María, terca–. Id vosotros si queréis, que yo os esperaré aquí.

La propuesta también se descartó. Corretearon embromándose por delante de la plaza del Duque de Medinaceli y la chica se embelesó con la marcialidad de los soldados que montaban guardia en las garitas que flanqueaban la entrada a Capitanía.

–Tuviste que estar muy guapo vestido de uniforme –dijo cogiéndose acaramelada del brazo de su novio.

–Yo no hice la mili, te lo he dicho mil veces –le recordó Bernardo, sonriente–. Me libré por tener que cuidar de mi padre.

–Pero seguro que habrías estado guapísimo –se ratificó ella, y luego miró a

Enrique—. Y tú también lo estarás –afirmó.

Joaquín Molins la avistó esperanzado, pero ella se dio cuenta y le devolvió una mirada cargada de repugnancia. Torcieron hacia las Ramblas en la escalinata de Gobierno Militar y una bandada de palomas levantó el vuelo a su paso.

–¿Subimos a ver las cacatúas en los quioscos? –preguntó María, y Bernardo avizoró fijamente a Joaquín, cazándole el comentario jocoso antes de que surgiera de sus labios.

–Subiremos a ver los loros, cariño. Y las cacatúas, y los puestos de flores. Y a echar cañamones a las palomas, si quieres –contestó condescendiente—. Pero será más tarde.

Atravesó entre las terrazas custodiadas por los camareros con sus chaquetillas blancas y se fue directo al Arco del Teatro, atravesándolo hacia las apretadas calles del barrio chino. ¿No me jodas que el plan es irse a ver putas?, se indignó la chica, frustrada. Joaquín pareció animado con la idea y ella se lo vio en la cara. Te vas a poner como el quico, ¿eh, piojo?, le soltó. Enrique la oyó, también a él se le estaba acrecentando el enfado con sus desplantes. Aceleró el paso.

–Haberme dicho que íbamos a hacer una carrera pedestre –añadió ella– y no me hubiera puesto tacones.

## 5

El Arco del Teatro estaba repleto de vendedores ambulantes. Bernardo curioseó la mercancía callejera: tabaco de contrabando, grifa y condones. ¿Necesitamos algo de esto, vida?, preguntó a su novia a gritos, y ella enrojeció. En la calle Lancaster asomaron las primeras prostitutas y Joaquín se puso parejo a Bernardo, mientras María y Enrique quedaban rezagados. Las mujeres de la vida evaluaron con ojo profesional a los muchachos y con curiosidad a la joven. Bernardo se detuvo entre un corro de imberbes que requebraban a una

cuarentona oxigenada, que les correspondía con picardías mientras se apoyaba risueña contra la pared, la falda muy por encima de las rodillas. María se sulfuró. Se agarró de Enrique, aceleró el paso y el chico notó que un pecho se le clavaba en el brazo y que una cadera se refregaba contra la suya.

El ambiente se tornó más austero en Conde del Asalto, por el policía uniformado de gris que custodiaba la comisaría del distrito, pero recobró toda su desvergüenza en la calle San Ramón. Era mediodía y no había portal que no amparase a una meretriz. De allí pasaron a Marqués de Barberá. En el mostrador abierto en una fachada pidieron tres cervezas y una Pepsi, y se las bebieron en mitad de la calle entre chulos, prostitutas, clientes y algún que otro marinero extranjero. Bajaron por San Olegario y, cuando iban a entrar en la calle de Las Tapias, estalló un tumulto.

Sin que se supiera por qué, dos hombres pateaban a un tercero que, derribado en el suelo, se protegía la cabeza con los brazos. La mayoría de transeúntes se echó a un lado y sólo unos pocos porfiaron en separarlos de su víctima, que sangraba por una fea brecha abierta en el pómulo. Bernardo hizo ademán de irse para allá, con cara de brega y listo para intervenir sin importarle a favor de quién. Pero Enrique lo aferró del brazo: hoy no, le dijo muy serio. El otro le devolvió la mirada con furia, pero desistió al constatar la determinación de su amigo y se dejó llevar.

Joaquín había propuesto bajar hasta Atarazanas y coger el tranvía número treinta, para acercarse a la feria de muestras. ¿Qué se nos ha perdido allí?, le preguntaron a coro. Hoy es el día de Inglaterra, argumentó él; desfilarán las tropas británicas, con banda de música y todo.

—¿En qué quedamos? —preguntó Bernardo—: unos días andamos a la greña con los ingleses, por lo de Gibraltar, y otros les hacemos el juego.

—Los ingleses son amigos de los americanos y Franco quiere tenerlos a bien para que pongan dinero en España —recitó María, y ellos se la miraron admirados porque tal vez tuviera razón, por lo que se comentaba en los corrillos del

mercado.

–No me miréis así, coño: ni que una fuera tonta.

Por vez primera desde que salieran de casa, Bernardo la agarró y se arrojó a besarla. No hagas eso, lo rechazó dando un paso atrás y vigilando a su alrededor. A ver si me van a tomar por una de éstas, dijo señalando hacia las calles que acababan de dejar.

Recorrieron la Rambla de Santa Mónica y la de Capuchinos. Los guardias municipales regulaban el tráfico que corría por los laterales y atravesaba el paseo, repleto de gente. Los balcones estaban engalanados con crespones y banderas desde la calle Fernando hasta arriba, dispuestos para la procesión que se iniciaría en unas horas. Entraron en un bar, se les acercó el camarero y pidieron cuatro bocadillos de tortilla francesa, tres jarras de cerveza y otra Pepsi para María. El hombre miró a Joaquín.

–¿Este chico ya tiene edad para beber?

–El chaval –contestó Bernardo con malas pulgas– tiene tantos pelos en los huevos como usted y yo juntos. Para beber cerveza y para lo que se tercié, se lo aseguro.

María se acercó al baño. Bernardo pidió tabaco y Molins sacó el paquete. Le propinó un golpecito en la boca para hacerle escupir un cigarrillo y lo ofreció. Luego extrajo otro para él. También Enrique se sirvió.

–¿Te has pensado bien lo de embarcarte?

Era Bernardo quien había hecho la pregunta y Enrique dijo que sí, mientras expulsaba el humo retenido en los pulmones.

–¿Estás completamente seguro?

–Del todo. Dime tú qué vida nos espera aquí.

–¿No hay nada que te pueda hacer cambiar de opinión?

Enrique negó con la cabeza. Y para despejar dudas añadió: hasta me he hecho el pasaporte. Bernardo dio otra calada a su cigarrillo.

–Si ya lo tienes decidido, sólo me queda desearte suerte. Pero me pregunto por qué no has dado ese paso antes, si lo tienes tan claro.



–Porque no quería irme con las manos vacías. Sin experiencia, has de conformarte con lo más tirado y en los peores barcos. Pero con algunas pesetas, aún dentro de lo malo te queda margen para elegir.

–¿Ya sabes cuándo será?

–De aquí a dos semanas, si todo nos sale bien. Me he apalabrado en un carguero que zarpa el veintiuno rumbo a Guinea. Hay más ofertas en los muelles, pero no quiero meterme en cualquier lata de sardinas.

–¿Cuándo volverás? –intervino Joaquín Molins con envidia, que deseaba con toda su alma tener edad para alistarse en la Armada.

–No antes de un par de años, supongo.

–Tal vez sea lo más prudente –valoró Bernardo.

–¿Vosotros que tenéis pensado hacer?

Bernardo y el chico se cerraron de hombros. Estuvieron un rato fumando en silencio hasta que Joaquín lo rompió.

–¿Ya se lo has dicho a Lucía?

–Aún no, y no quiero que se os escape nada: ni con ella ni con María. Yo mismo se lo contaré cuando llegue el momento.

María y Bernardo llevaban ya una hora sentados en los escalones de la plaza de Cataluña y Enrique y Joaquín esperaban junto a la parada del tranvía, mientras fumaban del paquete del chico. Al poco llegó el número veintidós: un vagón moderno, verde oscuro hasta la mitad y más claro desde las ventanillas hasta el techo. Se abrieron las puertas de fuelle y descendió todo el pasaje, y también el conductor y el cobrador, que harían una pausa antes de emprender el retorno a la plaza Bonanova.

Lucía tenía diecisiete años. La media melena oscura le enmarcaba una nariz pecosa y unos ojos negros que brillaban sobre su sonrisa radiante. Se había puesto un jersécito de cuello redondo, sin mangas, y una falda que le alcanzaba sobre los tobillos. Estampó dos besos en la cara de María, otros tantos en la de Bernardo y un par más en la de Joaquín. Finalmente, sus labios medio rozaron la

boca de Enrique.

–Creía que no llegaba –se quejó–. La señora Brígida estaba empeñada en que me viniera con ella a desfilarse en la procesión. Menos mal que han llegado el señorito Julio y su novia y se han bajado los tres en el coche.

El Portal del Ángel estaba repleto del gentío y el grupito lo evitó, callejeando hasta la Avenida de la Catedral. Los de la Policía Armada formaban corrillos antes de situarse escalonados por donde pasaría la procesión, a su vuelta desde Antonio Maura.

–¿Os apetece tomar algo antes de que empiece esto?

Hicieron tiempo en una chocolatería de la calle Petritxol. Al salir, las cofradías que ya no cabían en el claustro se concentraban detrás de la catedral, y la plaza de Cristo Rey estaba imposible. Bernardo se abrió paso a codazos, seguido por los otros cuatro en apretada fila india, sorteando a la multitud.

–Desde aquí no veremos salir al Sagrado Misterio –objetó María, pero no le quedó otra que conformarse.

Por fin se inició el cortejo, aunque no pasaría ante ellos hasta media hora después de haber traspuesto los portales de la catedral. Al frente venía la Guardia Urbana, a caballo y de gran gala, seguida de los gigantes y cabezudos. Luego, asociaciones parroquiales, órdenes religiosas, requetés, excombatientes de la Cruzada y de Cuba y Filipinas. Y una riada de gentes de las asociaciones y entidades de la ciudad, medio en formación: artistas, banqueros, abogados y procuradores; médicos, farmacéuticos, ingenieros y constructores; maestros y profesores de la universidad; industriales y gentes de los sindicatos; falangistas, guardias de Franco y militares.

Lucía se encumbraba de puntillas en el reborde de un alcorque y Enrique la mantenía en equilibrio, de la cintura. Sus manos resbalaban de tan en tan para abarcarla donde culminaban las nalgas, pero ella las retornaba obstinadamente hacia arriba. Por entre el gentío descubrió a don Anselmo Portolés, su señor, que desfilaba con la solemnidad que imponía el acto. Lo señaló. Es el del traje oscuro, camisa blanca, corbata negra y lentes, dijo, aunque todos los de la

comitiva vistieran de igual forma. Caía el sol. Faltaba un cuarto de hora para las siete cuando, hartos ya de ver pasar profesantes, rompieron a repicar las campanas y estallaron salvas de artillería en la fortaleza de Montjuich, señal de que la Custodia atravesaba las puertas del templo en su salida. Pasó otro buen rato hasta que la vieron, sobre la rica silla de Martín el Humano que los religiosos portaban bajo el palio catedralicio.

—Ahí va la señora Brígida —exclamó Lucía, y señaló una de las hileras de mujeres que antecedían al obispo, unos pasos por delante de las andas—. El que camina a su altura por la acera, con traje gris y del brazo de una chiquita, es el señorito Julio. Ella es su prometida, una muchacha de casa bien. Su padre también está metido en lo de la construcción, como don Anselmo, aunque más a lo grande.

Las gentes se arrodillaban. Los soldados se descubrían, hacían una genuflexión y rendían el arma ante la Custodia. A los lados de ésta venía el cortejo religioso, seguido por las autoridades y los Mozos de la Escuadra, con su capitán al frente. La procesión subió hasta la esquina del Banco de España, donde se desvió para la Rambla. Una parte de la multitud arrancó tras ella y otra intentó buscar mejor sitio frente a la catedral, para contemplarla a la vuelta. Pero Bernardo encaró el Paseo de Gracia, por donde también marchaban en retirada muchos de los asistentes. En la Gran Vía, los carteles del teatro de la Comedia anunciaban *La rosa tatuada*, de Tennessee Williams, obra catalogada como no apta. Sobrepasaron Aragón para meterse a su derecha por Consejo de Ciento, medio despejada.

—Me estoy meando —reveló Joaquín.

—Podrías haber aprovechado en la chocolatería para cambiarte los pañales —le reconvino María.

—Entonces no tenía ganas —replicó él, molesto.

—Pues ya me dirás dónde lo haces aquí...

Unos metros adelante se alzaba un andamiaje protegido por unas lonas, adosado a la fachada de un edificio de tres plantas al que se le estaba añadiendo

una cuarta, en lo alto. El chico se coló dentro, con disimulo.

–Ya dicen que quien con críos se acuesta, meada se levanta –se quejó la novia de Bernardo.

–¿Todo en orden? –le preguntó éste al verlo retornar abotonándose la bragueta, y Joaquín asintió.

Cuando Lucía subió al autobús ya hacía rato que había resonado la segunda tanda de salvas de artillera, que marcaba el final de la procesión. Enrique había aprovechado que oscurecía para estamparle un beso en la boca y acariciarla furtivamente. Los tres chicos y María tomaron, ahora sí, un tranvía que los regresó a la Barceloneta. Enrique arribaba al mercado justo cuando Arsenio se disponía a echar la llave, tras la inspección de reconocimiento de última hora.

–Un día de estos te vas a quedar en la puta calle –le espetó huraño mientras lo encerraba.

De madrugada, Enrique ensartó su copia en la cerradura, desde dentro. Entreabrió la puerta y atisbó la calle de la Maquinista. Nadie. Salió, cerró con sigilo y, pegado a las fachadas, se llegó al Paseo Nacional. En menos de media hora estaba tras el mismo andamio donde Joaquín había simulado aliviarse, horas atrás. Bernardo y el chico ya habían llegado. Recuperaron un viejo saco, disimulado entre otros tras la lona, y de dentro extrajeron dos linternas de petaca, una palanca, un par de saquitos de lona, un destornillador grande con mango de madera y una maza pequeña. Mientras Joaquín Molins montaba guardia abajo, los otros dos empezaron a escalar la estructura metálica.

## 6

*Mayo de 2004.*

El lunes amanece lluvioso y nada hace presagiar que escampe. Santiago

Morilla se hace con un paraguas y se encamina a la estación. Restan diez minutos para que arribe el tren y el día no está como para aguardarlo en el andén, así que pide un café en la cantina y ojea el diario. El periódico destaca la menguada afluencia de público al Fórum de las Culturas, muy por debajo de la prevista por las autoridades. Morilla, que no se acercó con sus hijas a la inauguración por evitar las previsibles aglomeraciones, se lleva un chasco.

El tren viene hasta los topes. A la legión de estudiantes se suman muchos que normalmente se desplazan en coche, pero que en días como éste prefieren evitarlo, porque el desesperante atasco diario se torna en insufrible así que caen cuatro gotas. Y ahí va él, de pie y apretujado.

Su hija Marta anduvo de morros todo el fin de semana. Morilla propuso cenar en el puerto, para rebajar tensiones y por salir del piso. Pero el tiro le salió por la culata, porque hasta llegar a la pizzería -siempre nos llevas al mismo sitio, le reprochó la niña- desfilaron ante la ristra de bares musicales que la mayor se miró con envidia. Acabaron en una espiral de reivindicaciones relativas a la edad, a la libertad y a la hora de llegar a casa. Mientras, la pequeña aprovechaba para chincharla a conciencia. Por si faltara algo, sonó el móvil y desde comisaría le anunciaron que los trámites de identificación habían concluido y que al día siguiente pasarían a Enrique Casamichana al juzgado.

Morilla había prescindido del chocolate y de los churros que cada domingo compraba en el puesto ambulante de al lado de la estación. Comprobó que las muchachas dormían, antes de salir. Lucía el sol. Bajó al garaje y arrancó, no sin un cierto remordimiento de conciencia mezclado con preocupación por dejar a sus hijas solas, rogando que su exmujer no se lo recriminara. Y no lo hizo esa noche, mientras cenaban en una masía de La Sagrera reconvertida en restaurante, a dos pasos del antiguo piso del abogado. No obstante, Morilla sabe que Nuria tiene memoria de elefante y que es algo que saldrá a colación el día menos pensado. Las niñas tampoco disimularon cuánto se habían aburrido con su padre.

Las lesiones del vagabundo no debieron ser finalmente tan graves, ya que aprovechó un descuido de las enfermeras para fugarse del hospital. La policía no

le había tomado declaración -esperando a que los médicos le dieran el alta- y el juez se encontró sin denuncia formal contra Enrique Casamichana, cuando le fue presentado en los juzgados.

–Por lo que voy a archivar –el magistrado se dirigió al detenido– pero sólo en tanto se localiza a la víctima. Sin embargo –puntualizó–, aún queda por resolver el presunto uso fraudulento de los pasaportes.

Constaban dos peritajes entre la documentación aportada por la policía. En uno se acreditaba que la huella impresa en el carcomido documento nacional de identidad se correspondía con la del índice derecho del procesado. En otro se dictaminaba que todos los pasaportes eran auténticos, y que ninguno había sido manipulado ni alterado. El marinero corroboró que el carnet de identidad era suyo y que también lo eran los pasaportes a nombre de Luis Casado Gómez.

–¿Por qué figura en ellos una filiación distinta?

Cosas de la vida, se limitó a responder el detenido. Pero el juez no estaba dispuesto a conformarse con la contestación que se le daba.

–Perdí mi primer pasaporte. Cuando me hicieron este otro, en Marsella, debieron confundirse. A los pocos días zarpábamos. Yo necesitaba el documento con urgencia y no me entretuve en reclamarles que se habían equivocado. Desde entonces he sido Luís Casado Gómez.

–¿Nunca ha tenido problemas por hacer servir un nombre que no es el suyo? Porque –conjeturó el magistrado–, puede que en algún sitio exista un auténtico Luís Casado Gómez.

–Si lo hay, a mí nadie me ha pedido cuentas. Jamás.

El juez no se abstuvo de curiosear aquella reliquia de tapas ajadas, ni los viejos sellos que se apelotonaban en las páginas estampadas por funcionarios de Europa, África y América. Ojeó las anotaciones hechas en Nápoles y en Túnez; en Casablanca, en Dakar y en Malabo; en Cabo Verde y en Funchal; en Puerto Cabello, en Río y en Montevideo.

–¿Cómo es que aún lo conserva? ¿No era obligatorio entregarlo cuando se lo renovaban?

El detenido hizo una mueca. A mí me lo dejaron y lo he guardado, me hacía gracia tenerlo.

El juez tomó el pasaporte portugués.

–Era de un marinero que se nos agregó en una recalada técnica, en el noventa y tantos –explicó el detenido–. Compartíamos camarote en el *Alba Serena*, que hacía la travesía entre El Havre y Maracaibo. La víspera de zarpar de vuelta a Francia, el conmaestre nos dijo que en aquella ocasión fondearíamos en las Azores. Al portugués no debió agradaarle la idea, porque desembarcó olvidándose a bordo. Se lo he estado guardando, por si volvíamos a encontrarnos.

–¿No es raro que alguien deje el barco sin su documentación?

En el mar te encuentras de todo, afirmó el detenido.

–Pero usted ha estado haciendo servir este documento –señaló el juez.

El marino respondió que no, que él jamás se había hecho pasar por el portugués.

–¿Entonces por qué lo llevaba encima cuando lo detuvo la Guardia Urbana?

–Me equivocaría y lo cogería por error –respondió escueto.

El juez no acababa de creer lo que se le decía. Pero en la diligencia extendida por la policía constaba que el hombre se había inscrito en el *Stella Maris* como Luís Casado, y no como Joao Silva.

–Le voy a dejar en libertad mientras se practican más averiguaciones. Porque, aparte de las lesiones causadas en pelea, pudieran darse responsabilidades por una usurpación de estado civil, ¿me entiende? –el juez miró al marinero, que afirmó con la cabeza–. ¿Va a alojarse en algún otro lugar que no sea la residencia de marineros?

Enrique Casamichana contestó que no, mientras el juez de instrucción le confiscaba todos los pasaportes y dictaba un auto prohibiéndole la salida del país, así como la obligación de personarse en el juzgado los días uno y quince de cada mes.

–Si falta a alguna de las citas –le advirtió con severidad –, haré que le

busquen y que lo ingresen en prisión. ¿Le queda claro lo que le estoy diciendo?

Casamichana asintió.

–Y renuévese el carnet de identidad.

Si Morilla esperó hallar muestras de júbilo en su cliente, o cuanto menos de alivio, se había equivocado. El hombre siguió con su semblante taciturno.

–¿Ahora qué va a pasar? ¿Me puedo ir ya?

En los dos días que Enrique Casamichana había estado en el calabozo apenas había podido asearse, y su aspecto era lamentable. Le habían retirado el apósito de la cabeza para que la herida se aireara y fuera cerrándose.

–Es poco probable que la policía encuentre a su contendiente, así que por ese lado no tendríamos que preocuparnos –le respondió Morilla–. Pero deberíamos centrarnos en las irregularidades con los pasaportes. Ha estado muy acertado al decir que fue la administración quien le expidió un documento defectuoso.

–Es la pura verdad.

–¿También es cierto lo que ha explicado del pasaporte portugués?

–Por supuesto. Yo nunca miento.

El marinero había sido tajante, pero Morilla dudó sobre si creerle o no. Tomó su billetera, sacó una tarjeta de visita y se la tendió.

–Aquí le dejo mi dirección y mi teléfono. Convendría que nos viésemos en breve, tan pronto sepamos si se cierra o no la causa por lesiones. Y hemos de enfocar su defensa en cuanto al otro cargo. ¿Dónde puedo localizarle?

–Estaré en el Stella Maris.

–¿De veras va a continuar en la casa de acogida del puerto?

–Eso he dicho. De momento estaré allí, si es que me siguen admitiendo. Llegado el caso, me buscaría una pensión.

–Recuerde que ha de presentarse los días que se le ha dicho. Ni se le ocurra ausentarse sin permiso del magistrado.

–¿Me atarán al palo mayor si desobedezco?

Había expresado la mofa con semblante absolutamente grave.



–No se lo tome a broma, aquí no hay mayor delito que contravenir a un juez.  
El marinero no contestó.

–¿Tiene con qué costearse el hospedaje?

–Algo encontraré.

Morilla dedujo que su cliente no nadaba en la abundancia.

–¿Puedo preguntarle de qué ingresos dispone para subsistir? –se atrevió a inquirir.

–Aún me queda algún ahorro y voy a tramitar la jubilación. He estado cotizando durante medio siglo, tengo derecho a mi pensión.

Y así hubiera sido -dudó Morilla- si el destino no hubiera planeado que se conociera la auténtica filiación del marinero. Por si acaso le anotó un par de direcciones en el reverso de la tarjeta: una de un albergue y, otra, la del comedor que las Hermanas de la Caridad acababan de abrir junto a la parroquia de San Agustín.

–Ahí podrán darle cobijo en caso de necesidad, al menos durante un par de noches, y podrá comer caliente. Si la cosa se le pone muy mal no dude en contactar conmigo, miraríamos de buscarle otra solución. Y no se meta en más problemas –recalcó–, al menos hasta que hayamos salido de los que ya tenemos.

El hombre le escrutó un instante los ojos, no estaba acostumbrado a favores. Iba a marchar, pero Morilla se atrevió a hacerle una última pregunta.

–¿Es cierto eso que ha dicho, lo de que usted nunca miente?

El marino se detuvo un instante y pensó su respuesta.

–Por supuesto. Hay ocasiones en las que no digo toda la verdad, pero le aseguro que nunca miento.

Santiago Morilla pliega el paraguas y atraviesa la portería. Sandra ya ha llegado, ha recogido el correo, ha hecho café en la melita y está llenando un cazo

en el lavabo con el que regar el tronco del Brasil que adorna el vestíbulo. También ha dispuesto un cubo de plástico en el baño, donde se escurre el paraguas que ha traído. Morilla deja el suyo para no gotear el suelo que la portera friega cuando hace la limpieza del despacho, una vez por semana. Al poco suena el teléfono. No podremos tomarnos el café que me prometiste -le dice el detective Andrés Román-; uno de mis auxiliares se ha puesto enfermo y voy hasta las trancas de faena.

–En cuanto a lo del contratista, ya te iré comentando cómo se desenvuelve la cosa.

–No hace falta que te molestes. A partir de ahora, Estébanez es todo tuyo.

–Muy jodido debes verlo para quitarte de en medio.

La voz del detective suena desconfiada.

–En absoluto –disimula Morilla, y le pasa la respuesta estándar–, pero ese caso requiere una solución diferente a la judicial, que excede de mis competencias.

–Aún así te haré llegar la comisión que te corresponde.

–No hace falta. Te debo muchos favores, no tienes que pasarme nada.

Ya te veo venir, contesta con socarronería el detective, muy de vuelta en cuanto a chanchullos y marrullerías.

–De todos modos –añade– se nos queda pendiente el café.

Santiago evita que el otro cuelgue: tengo que pedirte algo, le dice.

–¿Tan pronto? Dame al menos un margen para sacarle algo a ese cliente que no quieres.

Risas al otro lado del auricular antes de que el detective le pregunte qué se le ofrece.

–¿Cómo andas de contactos con la policía?

–Supongo que bien. Dispara.

–Me ha entrado un cliente de oficio, un marinero, y me hacen falta algunos datos adicionales sobre él.

El detective anota la filiación del carnet de identidad y también las que

constan en los pasaportes expedidos a nombre de Luís Casado y del portugués.

–Supongo que no me estás encargando un informe oficial, ¿me equivoco?

Claro que no es un informe oficial, piensa Morilla: ¿desde cuándo uno pide investigar a su defendido?

–Porque con lo que te dan por cada asistencia de oficio –prosigue el detective– no creo que llegues ni a cubrir gastos.

–Esos datos los quiero para mi uso personal –reconoce Morilla-. Me interesa saber más de mi cliente: quién es en realidad.

–Está bien; un informe por la patilla –dice Andrés Román, para que el abogado sepa que entiende la transacción.

Santiago ya daba por descontado que el otro no le cobraría la gestión. Yo te he proporcionado un constructor al que sacarle los ojos y tú me corresponderás con este servicio. Lo uno por lo otro.

–En cuanto tenga algo te pongo al tanto –es lo último que le dice el investigador.

A Morilla no le gusta el café de la melita. Se detiene a punto de descender el último tramo de la escalera y tensa el oído. La portera aún no está enzarzada con los mecánicos. Sale a la calle, despliega el paraguas, se llega hasta la puerta principal del Palau de la Música y gira a la derecha, hacia las callejas del barrio de la Ribera. Una docena de mesas se extiende hasta el final del local elegido, a rebosar de oficinistas. Él se encarama a un taburete de la barra ¿Lo de cada día?, le pregunta la chica que lo atiende, una morenita simpática. Cuando se gira hacia la cafetera, los ojos del abogado le repasan el trasero, bien marcado por el ajustado tejano. Suspira y se hace con una revistilla que edita el ayuntamiento. Una fotografía del alcalde ocupa la portada. El hombre tiene absolutamente blanco el cabello, completo y sin merma. En las páginas interiores, el consistorio se congratula por la feliz inauguración del Fórum de las Culturas. Morilla se distrae ojeando la publicación mientras le ponen un té y una tostada untada con margarina y mermelada.

No tendría que haber aceptado la cena con Nuria, el encuentro no hizo más

que reabrirle heridas que todavía estaban demasiado frescas. La mujer avanzó autosuficiente por el comedor hasta la mesa donde la aguardaban el abogado y sus hijas. Se había recortado el cabello y lo llevaba más oscuro. Venía guapísima, maquillada y con un nuevo tono de labios. Morilla tampoco le reconoció el vestido. Estaba radiante y envidió al hombre que le imprimía aquel semblante de felicidad. Se sintió triste de no haberlo conseguido él, mientras estuvieron juntos. Nunca lo había amado, se lo confesó en los estertores de la relación y también cuando negociaron el reparto de bienes: la disolución de la sociedad, como ella se empeñó en llamar al finiquito de su matrimonio. Si se casaron fue porque Nuria creyó que era la mejor solución: él abogado, ella también, jóvenes y con un futuro prometedor. Nuria era ambiciosa y creyó que Santiago le valdría de puntal, de palanca, y que lo cambiaría. Años después, cuando vio que nunca sería así, lo dejó.

Abandonado por incompetente, ni más ni menos.

Todo fue políticamente correcto, en aras de no perjudicar emocionalmente a unas criaturas que, en realidad, desde el primer momento se hicieron cargo de la situación y la asimilaron sin traumas. ¿Por qué creemos que los hijos son los maltratados cuando el matrimonio se rompe?

Morilla se levantó y ella le amagó dos besos que no llegaron a rozarle las mejillas. Andrea había quedado junto a su padre y Nuria se sentó al otro lado de la mesa, enfrentándolo, en el sitio libre junto a la niña mayor. El restaurante debía contar con un eficientísimo orden en la cocina y con el personal más profesional del mundo, confabulado para que en menos de una hora abandonaran el comedor. Las muchachas desestibarón sus bolsas del coche de Morilla y las tres se alejaron acera adelante, sin volverse. Las vio cruzar la calle, alegres, y desaparecer por la portería del inmueble donde Nuria y Santiago habían fundado su primer nido de amor.

Morilla recibe a la primera visita concertada para ese día. Se trata de un hombre de unos cincuenta y pocos años, canoso y con perilla. Sandra lo anuncia:

el señor Juan Llansó. El abogado asocia el apellido con el de uno de sus clientes de la calle Oreistía. Le acompaña una mujer que aún no llega a la treintena. Casi podría ser su hija, piensa el abogado, aunque sospecha -por cómo le sienta el vestido varias tallas menor a las que le tocarían- que su relación es bien distinta.

–Soy el hijo de Onofre Llansó. Me he tomado el atrevimiento de venir a molestarle porque me tiene muy preocupado todo este asunto de la casa de los papás.

–Usted dirá en qué podemos ayudarle –lo invita Morilla con disimulada reticencia.

–Verá –el visitante se afloja la corbata–, mis padres son personas mayores, demasiado mayores. El papá está en los ochenta y tantos y la mamá no le va muy por detrás. Viven solos en un tercer piso sin ascensor, en un bloque con más de siglo y medio de historia, usted lo sabe bien. Ya se habrá dado cuenta de que son muy ancianos para estar solos en una vivienda tan antigua y, quiéranlo o no, tan fatigosa y tan insalubre.

Morilla tiene muy presente la imagen del otro señor Llansó, un viejo robusto y de amplia caja torácica. La primera vez que le dio la mano, el abogado quedó impresionado por la rotundidad del apretón. También por su obstinada determinación, que le hacía la voz cantante de la comunidad de inquilinos. Su esposa estaba más en la línea del vecindario: gentes que han quedado solos al marchar los hijos en busca de acomodo en barrios de más categoría.

–Los papás precisan cuidados. Alguien que les eche una ojeada, que les haga la comida y que los saque a pasear. Ya sabe cómo son los viejos: en cuanto te descuidas, o se dejan abierto un grifo o le prenden fuego a la casa. Y en no tardando mucho habrá que buscarles una buena residencia.

Ella va afirmando con la cabeza cuanto dice el hombre, sin apartar sus ojos del abogado.

–Pero esos cuidados son onerosos –puntualiza el visitante–, demasiado caros para sufragarlos con la pensión de mi padre. Ellos, claro está, no son conscientes. El viejo ha sido siempre un luchador, cree que puede sortear

cualquier inconveniente que se le presente en la vida. Incluso el de hacerse mayor. Pero llega un momento en que hay que rendirse a lo evidente y obrar en consecuencia.

–Su padre goza de una salud que ya quisiéramos muchos –asegura Morilla, que va previendo los derroteros por los que se encaminará la conversación.

–Y que siga así –desea con vehemencia el hijo–. Sin embargo, estará usted de acuerdo en que hay que ser previsor. Ya le digo que el papá siempre ha sido un luchador. Pero, aparte de la firmeza en sus convicciones, poco más le queda: apenas tenía cuatro duros en el banco que, en los últimos años, se han ido consumiendo de un modo vertiginoso. Por desgracia, él no se percata de que hay que aprovechar las pocas oportunidades que a uno se le presentan en la vida.

–Lo que usted quiere decir –expresa Morilla– es que sus padres harían mejor cobrando lo que se les ofrece y yéndose a un geriátrico.

El abogado ha dado en el clavo, porque a la acompañante se le dibuja una sonrisa resplandeciente y mueve la cabeza, satisfecha de que se haga cargo de la situación. Pero Juan Llansó no quiere que se le vea la intención a la primera, y tampoco las tiene todas consigo, por lo que al abogado se refiere.

–Yo no digo que se vayan a una residencia. Tal vez podrían alquilar una vivienda moderna, más pequeña y cómoda, como la que les ofrece el propietario del inmueble. Pero el pleito que usted ha entablado es un escollo para solucionar la precaria situación de los papás.

–Sus padres no son mis únicos clientes. Hay más vecinos en el bloque.

–Todos siguen al papá. Si él les dice que han de tirar adelante, ellos tirarán adelante. Y si les dice que es hora de plegar velas, Dios lo quiera, se habrá acabado el pleito.

–Usted comprenderá que esa es una decisión que han de tomar ellos. Yo únicamente soy un instrumento de su voluntad, me limito a tramitar la causa.

–Ellos no entienden de cuestiones legales. Estoy seguro de que no se hubieran determinado a pleitear si alguien no les hubiera convencido.

–Y usted cree que ese alguien soy yo.

La afirmación de Morilla ha sonado a desafío.

–No, no, en absoluto, no me malinterprete –se apresura a desmentirle el hombre, y la mujer está a punto de descoyuntarse el cuello cuando agita la cabeza de un lado al otro, con energía–. Pero si él no creyera que va a ganar, no seguiría en sus trece.

–Contra eso no puedo hacer nada.

–Yo creo que sí. Usted puede plantearles las cosas tal como son. Convencerles de que, para lo que les queda, mejor es asegurarse una buena vejez. Ya dice la sabiduría popular que las cosas de palacio van despacio. Un pleito se resuelve cuando se resuelve: vaya usted a saber cuándo. Tal vez demasiado tarde para satisfacer sus necesidades.

–A su padre no le interesa el dinero que le ofrecen –argumenta Morilla, que está poniéndose de mal humor según el otro habla–. Él sólo pretende seguir en su casa.

–Una casa que cualquier día se le vendrá encima, de puro vieja.

–Si es así habrán acabado todos sus problemas: los de sus padres y los de usted –el tono de Morilla se torna duro–, y ya no tendrá que preocuparse más por la salud de sus progenitores.

–¿Qué me quiere decir? –pregunta Juan Llansó, fingiéndose ofendido.

Santiago Morilla come solo y enojado. Solo, porque habitualmente no tiene con quien sentarse a la mesa desde que su mujer lo dejó. Al principio compartía menú con algún colega de profesión o con la propia Sandra. Pero, pasados los primeros días, las voluntariosas intenciones de su círculo más inmediato se fueron diluyendo, como era de prever. Además, el abogado apenas tiene un par de amigos, casados y con obligaciones. En cuanto a compañía femenina, ha de reconocer que sus escasas relaciones sólo dan para unos pocos almuerzos, contadas cenas y ningún desayuno.

Y está enojado porque Juan Llansó le ha encendido. Las intenciones del hijo son claras. Ha estado a punto de preguntarle qué trote de vida lleva para que, no

bastándole con los ahorros del padre, ahora desespera por lo que ofrece el dueño de la casa como mísera indemnización. O - ¿por qué contenerse?- también le gustaría saber cuánto le cuestan los caprichos de la mujer que tenía a su lado.

El chico del self-service le pasa un plato con una ración de estofado. Paga y se acomoda junto a la cristalera que da a la Vía Layetana. Cae una lluvia fina e intermitente que hace que la acera se llene de paraguas a ratos, aunque muchos de los viandantes, poco previsores, prescinden de esa protección. Ojea un periódico mientras se toma el postre. En primera plana, inevitablemente, el Fórum. En las páginas internacionales rivaliza la noticia del asesinato del presidente de Chechenia con la del escándalo por las torturas a prisioneros en Irak. Se hace un primer balance de los escasos dos meses del gobierno Zapatero. La boda del príncipe Felipe ha de afianzar aún más a la Corona. España blinda sus fronteras y la policía sigue alertando sobre las mafias extranjeras de atracadores y pistoleros a sueldo. Mientras, el colapso en las oficinas de Extranjería deja en la ilegalidad a miles de inmigrantes.

La llovizna parece dar una tregua momentánea. El tráfico que sube desde el puerto se cruza con el que baja por la avenida, antes de separarse en el vértice con Junqueras. Al otro lado de la calle divisa su portal, abierto, y a la portera entretenida en esparcir hojas de periódico por el vestíbulo. Se la figura renegando de los mecánicos, mientras él resigue con los ojos a una veinteañera morenísima, en minifalda, que sube la acera de enfrente. La chica va a detenerse ante el semáforo de peatones, esperando a que cambie para cruzar hacia este lado.

Un taxi ha parado en la reserva del hotel que linda con el restaurante desde el que Morilla atisba la calle. Desciende un señor mayor con pinta de extranjero. El taxista abre el maletero, saca el equipaje y lo deposita sobre la acera. Un peatón pasa junto a ellos, mientras el chófer acepta la propina del viajero, que empuña la valija y sale del campo de visión de Morilla. Súbitamente, al abogado se le enciende una alarma en el cerebro. Se retuerce en su silla y busca con la mirada, en los confines de la cristalera, al hombre que ha pasado justo cuando el



ocupante gratificaba al conductor. Está casi convencido de que era Enrique Casamichana. Al poco lo entrevé de espaldas, parado en el mismo paso que ha de cruzar la morena de la menguada falda. El semáforo cambia. Aunque no está del todo seguro, Morilla deja su asiento y gana la calle, justo cuando el hombre y la chica se entrecruzan al atravesar la calle.

Morilla cruza el paso de cebra, también, prescindiendo de la veinteañera que desfila a su lado. El otro -tal vez sí que sea Casamichana- ya flanquea los dominios de la portera y sigue acera abajo. Se ha cambiado el jersey por una camisa a cuadros granates que porta arremangada, los faldones recogidos por dentro del mismo pantalón que le viera en la comisaría. Se ha afeitado y se ha recogido el cabello en una coletita. Dobla la primera esquina y Morilla se mete al poco por ella, sin divisarlo. La persona a la que persigue -casi seguro que es Enrique Casamichana- no puede haber avanzado tanto como para perderlo definitivamente. Así que corretea calle adelante.

Y de pronto se siente ridículo.

¿Qué estoy haciendo?, se pregunta ralentizando la marcha. ¿A mí qué me importa si es o no el marinero? Se supone que éste también es un país libre. Que vaya a donde le dé la real gana. Sólo me faltaba eso: dedicarme a perseguir clientes por la calle.

¿Y si lo encuentro qué le digo? ¿Le deseo que tenga un buen día? Hasta puede que me haya equivocado y que no sea él.

El abogado retrocede, pero no puede evitar ir escudriñando cada uno de los portales y escaparates que se abren a sus lados: la frutería paquistaní, la carnicería musulmana, la mercería de toda la vida. Se asoma a un café y a la lavandería donde ruedan las enormes máquinas que hacen la colada de los recién llegados al barrio. Ni rastro. Llega a la biblioteca y pregunta al conserje si ha entrado un señor mayor, canoso, con el pelo recogido aquí, en la nuca. El empleado le dice que no, que no ha visto a nadie con esa descripción. Entonces desiste definitivamente y retorna a su oficina.

Sandra le ha dejado una nota sobre la mesa: a primera hora visita con Juan Salas, y a las siete y media con Beatriz. Que no se te olvide, le subraya con tiranía.

Juan Salas es más joven que Morilla. Escualido, con cabello escaso y tirando a rubio, gafitas redondas de miope progre y nuez pronunciada. Su cara, pálida por naturaleza, es un poema: ya va para dos años desde que requiriera los servicios de Morilla, y éste sabe que ahora vienen mal dadas.

–Soy una persona comedida, usted lo sabe, señor Morilla. Cualquiera en mi caso hace tiempo que se hubiera liado a tiros con esos granujas.

Ciertamente, Juan Salas es un hombre comedido. Otro hubiera dicho piojosos o ladrones o algo más fuerte, pero él se ha conformado con lo de granujas. En cuanto a lo de los tiros, no es más que pura retórica. La relación clientelar con el rubito principió justo cuando Morilla acababa de romper con su esposa y ya se veía ejerciendo de abogado para sí mismo.

–Mi familia siempre fue gente de campo –le había explicado por aquellas fechas–, en una finca que está a tocar de Argentona. Mis padres tuvieron cinco vástagos, tres chicos y dos chicas, yo soy el menor de los muchachos. Ninguno tirábamos para el campo, así que los papás nos dieron estudios. Clara y Manuel enseñan en un instituto y yo soy catedrático de geografía en la Universidad de Barcelona –relató con orgullo–. Lucía es economista y trabaja en la central de la Caja Layetana de Mataró. Y Pedro, que empezó derecho, ahora dirige un concesionario de coches en Granollers.

Salas ocupaba entonces la silla ofrecida por el letrado, rígido y sin apenas rozar el respaldo.

–Los hermanos nos fuimos yendo de casa y, al morir los papás, nos deshicimos de casi toda la tierra, menos de la casa y de un pequeño huerto que conservé y trabajo los fines de semana, cuando hace buen tiempo. Después de

pagar su parte a cada uno de mis hermanos, por supuesto.

El hombre había tomado aire. Su tono era soso y Morilla imaginó la vida ordenada que debía llevar: de casa a la facultad, menú en el comedor de profesores, tutor de seminario por la tarde, cena en casa, y a dormir temprano. Soltero, seguro. Antes preferirá leerse un tratado sobre la deriva de las placas tectónicas que salir de copas; y, el fin de semana, a ver crecer las habas y los guisantes. De sexo bien poco, juzgó. Mejor, así se quita de disgustos, le deseó mientras volvía a pensar en Nuria.

–Este agosto, un grupito de profesores y profesoras hemos repetido un circuito en coche, desde Croacia hasta Kosovo.

Puede que me haya equivocado con el catedrático, reconsideró Morilla, y que en realidad sea un rompecorazones entre sus compañeras. Se lo volvió a mirar intentando descubrirle algún atractivo.

–Hemos estado reconociendo el terreno y observando la realidad social, tratando de verificar la reconstrucción del país y los principios de reconciliación que pudieran apreciarse –dijo–. Dentro de mi rama, estoy especializado en geografía urbana y en derechos humanos.

Aquel hombre debía ser indudablemente soltero. Sólo un soltero podía plantearse unas vacaciones de trabajo.

–Y a la vuelta –explicó– me encuentro con el desaguisado.

Morilla enarcó una ceja, animándole.

–Se me han metido en la casa del pueblo.

–¿Han entrado a robar en su segunda residencia?

–Describirla como segunda residencia es mucho aventurar. Allí no hay qué llevarse. Como mucho las herramientas del huerto. Lo que ha sucedido –dijo– es que me han ocupado la finca.

Morilla captó el meollo de la cuestión e interrogó: ¿cuándo se dio cuenta de que le habían usurpado la propiedad? Pero el heredero Salas, en vez de ser sintético, emprendió un rodeo.

–Regresamos el último domingo de agosto. Yo venía derrotado después de

estar tres días apretujado en el coche y de hacer casi tres mil kilómetros. Voy a pie a la facultad, por Barcelona me muevo en metro y el coche lo uso bien poco, apenas para subir al huerto. No tengo costumbre de viajes largos.

Tomó aire, tragó saliva y la nuez se le meneó ostensiblemente hacia abajo y luego en sentido contrario, hasta estabilizársele.

–Llegamos hechos polvo y no fue hasta el otro fin de semana que me fui para la masía. Era domingo, día primero de septiembre.

Aquella fecha acabaría por tornarse fatídica para ambos.

Salas proseguía su relato, ajenos los dos a cuanto se les venía encima, mientras el abogado consultaba con angustia el reloj de la pared. A las cinco debía hacerse cargo de las niñas y Nuria no iba a disculparle que llegara tarde.

–Saqué el coche del garaje. Me costó ponerlo en marcha después de tanto tiempo parado, pero finalmente arrancó y recogí a Adela.

Adela. El abogado escribió el nombre en la libreta donde tomaba notas y lo rodeó con un círculo al que anexó una cruz sexual por debajo.

–Adela es bióloga y experimenta cultivos en mi parcela. A mí me va bien porque, si un fin de semana yo no puedo, sé que ella subirá a echar un vistazo y me regará el plantío.

Morilla rectificó y tachó la crucecita.

–Al acercarnos ya me pareció que algo no iba bien. Y no me refiero al sembrado, porque habíamos recolectado antes de partir –Juan Salas entró en otra digresión, para desesperación del letrado–. Con los calores, si no riegas se te echa todo a perder. Es mejor dejar el terreno pelado. Luego sólo has de escavar las malas hierbas, remover la tierra, y ya puedes iniciar otra siembra.

Las cuatro y media. Maldito sea el hortelano, había pensado Morilla para sus adentros, desesperado. A este paso no recojo a las crías ni para la cena. Y encima tendré escena con Nuria.

–Cuando nos llegamos a la casa vimos que el portalón estaba abierto de par en par.

No habría menos de una docena de muchachos, entre chicos y chicas. Desde

una cierta distancia, Salas les preguntó qué hacían allí. Ellos contestaron a su vez con otra pregunta: que quiénes eran él y la mujer, y qué querían. Esta casa es mía, respondió Salas. Hace años que esto está abandonado, repusieron ellos; la hemos recuperado y ahora es nuestro domicilio, vivimos aquí desde hace meses.

–Mentira podrida –gruñó el profesor–. Pero Adela se estaba poniendo nerviosa y yo no quería liarla. Así que cogí el móvil y llamé a la Guardia Civil.

La pareja estaría haciendo la ronda por los pueblos de los alrededores y tardó un buen rato en llegar. Cuando comparecieron, identificaron primero a Salas y a su amiga, y sólo después a los okupas.

–Los guardias no hicieron nada –se exaltó Salas–. Les pregunté si no iban a echarlos y me contestaron que no era tan fácil. Que las cosas no iban así, que se requería de muchos trámites.

Para empezar, me dijo el guardia que llevaba la voz cantante, tienen que acercarse al cuartel y presentar denuncia, y el juez ya decidirá lo que toque. ¿Qué es lo que tiene que decidir el juez?, quise saber. Ha de determinar si, tal como usted dice, la casa le pertenece. Y si estos chicos tienen derecho o no a estar en ella. Con suerte, el trámite le llevará al menos un año, le previnieron de antemano.

–Yo no me podía creer lo que oía. O sea, les dije, que yo me voy un mes de vacaciones, regreso, me encuentro con unos extraños, y lo único que puedo hacer es denunciar en el cuartel. Y, mientras, ellos se quedaban allí.

Así son las leyes, le habían contestado. Pero al menos, les repuso Salas, podré mirar si me han causado algún desperfecto. Mire, mejor no se meta ahí dentro si no quiere tener problemas; o al menos no lo haga mientras nosotros estemos presentes.

–Así que tuvimos que irnos con el rabo entre las piernas, mientras aquellos caraduras celebraban su victoria a gritos.

Los problemas habían empezado en el juzgado. La casa aún figuraba a nombre de los abuelos de Salas, ya que los padres del profesor nunca llegaron a escriturar, ni tampoco éste. Las cosas se hacen así, en los pueblos: uno va pagando la contribución y ya está. Pero al menos tendrá usted los recibos. Sí, sí, claro. Algo es algo, se dijo el abogado.

Han sido dos años de pleitos, de desenterrar documentos de los archivos municipales y de regularizar papeles en el registro de la propiedad. De buscar testigos y de forzar a los hermanos del profesor a comparecer en el juzgado, a regañadientes: ellos ya habían cobrado su parte –sin declararla a Hacienda– y les daba igual la suerte de la casa. Dos años en los que Juan Salas subió cada domingo a la masía, a espiarla de lejos con la esperanza de que el grupito ácrata hubiera decidido marcharse. También Morilla se acercó una tarde y, a cierta distancia, examinó la vetusta masía. Los nuevos inquilinos habían decorado la entrada con un colorido grafiti; con bastante buen gusto, valoró el abogado.

Dos años en los que el juzgado que llevaba la instrucción cambió hasta cuatro veces de juez titular. En los que fue necesario rehacer el proceso cada vez que alguno de los usurpadores era reemplazado por otro recién llegado, variando la filiación de las personas contra las que se dirigía el pleito. Y, por fin, diez días atrás se celebró el juicio. Morilla se había empleado a fondo. El juez condenó a los invasores a una multa y a dejar la vivienda. Cuarenta y ocho horas después, el profesor alegó en el trabajo que no iría a dar su clase, que estaba indispuesto. Había comprado dos cáncamos y un candado nuevo, de eslabón bien grueso, y sin encomendarse a Dios ni al diablo se plantó en la finca, alborozado por recuperar su antiguo hogar.

Para comprobar que los chicos no se habían ido, que seguían allí.

Ese día sonó el móvil y Morilla reconoció la voz desesperada de su cliente, fuera de sí. Lo conminó a que no cometiera ninguna locura, a que regresara a Barcelona. Pero Salas colgó. Morilla tomó su coche y a toda velocidad marchó para allá.

Juan Salas estaba gritando como un energúmeno ante la puerta de la masía,

mientras los chicos se mantenían a una prudentemente distancia. Morilla nunca lo hubiera imaginado en ese estado de excitación. Cuando lo vio llegar, el profesor se lanzó al interior de la casa y los okupas se le fueron detrás. Morilla les siguió. Entró con la intención de sacar a su cliente, de llevárselo de allí aunque fuera a rastras. Y entonces llegó la policía, a quien esta vez habían llamado los propios okupas. Ahora ya no eran guardias vestidos de verde, sino mossos de escuadra.

–Me han tendido una trampa –hoy se lamenta Juan Salas–. Creía que cuando el juez dictaba sentencia yo podía disponer de lo mío –trata de disculparse.

Pero la sentencia aún no era firme y los usurpadores la habían apelado de inmediato, por lo que ha quedado en suspenso hasta que se celebre una nueva vista.

–Usted no debería haber ido a la finca hasta la resolución definitiva del proceso –le explica Morilla por enésima vez.

En mala hora vino a contestarle la llamada aquella desdichada tarde. Porque Salas podía estar ofuscado, concede, pero tú no, Santiago: tú eres un profesional. ¿Por qué carajo tuviste que irte para allá? Era tu deber para con un cliente, intenta convencerse; son gajes del oficio.

Los policías se apiadaron del propietario de la masía y del abogado, por suerte. En lugar de detenerlos, como exigían los okupas, se limitaron a recoger sus filiaciones. Pero ahora, independientemente de la apelación presentada por los usurpadores de la casa, es a Juan Salas y a Santiago Morilla a quien se va a juzgar por allanamiento de morada. El catedrático podrá alegar desconocimiento de la ley, ofuscación; pero el abogado puede ser inhabilitado para ejercer su oficio durante unos cuantos años.

Morilla hace tiempo hasta la hora de ir a reunirse con Beatriz Villegas.

Repasa la jurisprudencia sobre contratos inmobiliarios que ha ido recopilando en la biblioteca del colegio de abogados. Una parte ya la empleó en el pleito interpuesto contra los propietarios del viejo edificio de la calle Oreistía, pero se ha reservado otro tanto para el procedimiento de apelación. Desde su ventana ve la fachada del Palau de la Música. La llovizna no desanima al sempiterno grupo de turistas ni al guía profesional que los instruye. Se cuelga la cartera de piel, presiona la tecla que activa la alarma y cierra la puerta. Se guarece bajo las balconeras mientras abre su paraguas. Cruza la avenida y se detiene a plegarlo, un instante antes de bajar al metro.

Y entonces lo vuelve a ver.

Enrique Casamichana marcha acera abajo, otra vez por enfrente de la portería donde Morilla tiene su despacho. Ahora sí, ahora el abogado está completamente seguro de que es él. Sus miradas se han entrelazado un segundo y el marinero acelera. Esta vez no se le pierde, se jura. Morilla retrocede y lo persigue, a pesar de la ventaja que le saca. Lo ve girar a la izquierda y se adentra por la misma calle que ha doblado Casamichana, mientras la bolsa de faena le bambolea contra un costado. Llega a distinguir cómo quiebra de nuevo.

Me ha mirado otra vez, advierte el abogado, y corre mientras se moja. Irrumpe en la avenida de Cambó, junto al mercado de Santa Caterina, y se planta en el paseo central. Lo repasa de un lado y del otro, hasta donde le llega la vista. El hombre se ha vuelto a esfumar.

Dos veces en la misma tarde es demasiada casualidad. O puede que sólo sea eso: pura casualidad. Pero no, el otro le ha visto no una, sino dos veces, mientras se daba a la fuga. ¿Por qué ha huido?

Se adelanta hasta la escalera del parquin subterráneo y, guiado por un impulso, desciende a la primera planta. Otea el pasillo mal iluminado y recorre un lado. Retrocede y, a punto de iniciar el reconocimiento en sentido contrario, el vigilante del aparcamiento se le acerca. ¿No encuentra su coche?, le pregunta dispuesto a ayudarlo.

—Me ha parecido reconocer a un amigo, ahí arriba. Puede que haya bajado



hasta aquí. Es un señor con camisa a cuadros y el pelo recogido. ¿Lo ha visto?

Al hombre no le suena nadie con esas señas. ¿Hace mucho de eso?, pregunta, y Morilla le contesta que no, que hará sólo unos minutos. Siento no poder ayudarle, se excusa el otro; ¿está seguro de que ha bajado a esta planta?

Un coche arranca. Morilla le echa un vistazo, aunque no cree que Casamichana se haya podido hacer con un automóvil. Advierte que quien conduce es una mujer. Dos extranjeros corpulentos, medio rubios, bordean al vigilante y al abogado y continúan pasillo adelante, y un señor de edad pareja a la del marinero está pagando en el cajero automático.

–Puede que me haya confundido –dice Morilla, que da las gracias al vigilante y regresa a la superficie, donde inspecciona definitivamente la calle.

Esto es como buscar una aguja en un pajar, piensa. Acompasa su andar y se interna en las calles del barrio. Mira la hora, entra en un bar y luego desemboca frente al Arco de Triunfo. El semáforo de peatones está en verde. A punto de cruzar se detiene para dejar vía libre a un coche de policía que se abre paso al ritmo cambiante de la sirena y de los destellos azulados de emergencia.

Beatriz Villegas le ha reservado la última cita de la tarde. Morilla y ella son compañeros de promoción, como también lo era Nuria. Mientras aguarda va repasando la orla suspendida de una pared de la salita. Ahí está la fotografía de la abogada, mirándole cándida desde la última fila, con cara de veinteañera que aún no ha roto un plato en la vida. Dos filas y media por encima asoma Nuria, guapísima. Y, más allá, él mismo, con melena rizada y cara de imberbe estúpido. El cabello ya casi ha desaparecido -constata-, pero la cara de idiota se te ha agudizado con el tiempo.

Captura del revistero el suplemento del periódico del anterior domingo y lo ojea, hasta que se abre la puerta de la abogada. Un señorón desfila por delante de Morilla y Beatriz lo acompaña hasta la misma salida. El hombre andará sobre los setenta años y rezuma dinero por los cuatro costados: en el traje gris de sastrería que porta sobre una camisa blanquísima, en la corbata amarilla de seda, en el

lustre de la piel y en las maneras con las que se despide de la letrada.

Morilla y Beatriz prescinden de la distancia que impone el escritorio de palosanto y se acomodan en un tresillo de piel granate. La mujer se enciende un mentolado y ofrece otro a su colega, que lo reúsa con pesar, aunque repasa cada calada que ella da: cómo aspira el humo y cómo lo expulsa voluptuosamente.

–Veo que te mueves entre gente de buena posición –Morilla retrasa entrar en lo que le ha traído a ver a su amiga.

–Es un gran constructor –responde ella–. Son la gente del momento, si quieres estar donde se mueve el dinero te has de relacionar con ellos. Y con los banqueros. Y, ¿por qué no?, también con los políticos.

–¿Tienes políticos en tu cartera de clientes?

–Alguno que otro. Me interesan, son un filón en potencia. Los hay que tarde o temprano acabarán teniendo problemas con la justicia.

Desde que Beatriz Villegas y Santiago Morilla se colegiaron, la mujer montó despacho, se casó, se engrosó apenas dos tallas que le sientan de maravilla, y se divorció. Se tiñe con mechas la media melena rizada, gusta de la ropa apretada y prescinde de arreglarse la falda cuando ésta se le enfila muslos arriba, al sentarse. Piernas bien conformadas, enfundadas en unas medias oscuras.

–La gente de la construcción se está forrando, pero a alguno se le va la mano y se mete en unos jaleos de cuidado –dice ella–. A éste que has visto los líos ya le vienen de antaño, de los tiempos del Caudillo.

Ella ríe y Morilla compara al hombre que acaba de marchar con el contratista Miguel Estébanez, a quien se sacó de encima tres días atrás. Constata cuan distinta es la calidad de sus parroquianos, comparados con los de Beatriz.

–Vamos a lo tuyo –concreta ella–. ¿Te puedo dar una opinión de amiga? –y sin esperar respuesta suelta con total franqueza–: Mira, Santi, a mí me parece que a veces, a fuerza de ser tan buena gente, acabas haciendo el gilipollas.

Morilla no se ofende. Primero, porque ella tiene razón. Después, porque se lo dice con cariño, como atestigua el brillo de sus ojos verdes. Y, en tercer lugar, porque está acostumbrado a sus florituras verbales, cuando en la intimidad

abandona la pose de abogada sofisticada.

Mientras retorna al metro, Morilla repasa la hora larga empleada en tejer estrategias para cuando el abogado sea citado a declarar.

–Todo dependerá de que el juez llegue a la conclusión de que obraste de buena de fe, para proteger a tu cliente. O, en el peor de los casos, que te dejaste llevar por un arrebato. Hay muchas probabilidades de que archiven la causa. Pero si nos toca un magistrado malfollado, o con ganas de dar un escarmiento, te la meterá hasta la campanilla, Santi.

Beatriz le ha dado un par de besos al despedirse. ¿Quedamos una noche a cenar o a tomar unas copas?, le ha ofrecido. Morilla, apabullado, contesta que sí, que cuando a ella le venga bien. La mujer le ha tomado la palabra. Te llamo en breve, le dice.

–Y anímate –lo alienta guiñándole un ojo.

El tren sufre un retraso. El móvil se le ha quedado sin batería y Morilla lo enchufa a la carga al llegar a su piso. Registra el congelador, elige un bote de tallarines con tomate, lo vierte en un plato y lo mete en el microondas. Mientras se recalienta pone un mantelito sobre la mesa pequeña del salón y pasa revista a los canales del televisor. Se hace con una cerveza y la vierte en una copa que saca del congelador. Enciende el telefonillo y le salta el aviso de dos llamadas efectuadas desde un número oculto, y una tercera que le ha hecho Sandra. Mira el reloj. Es tarde, ya la veré por la mañana, resuelve.

Puestos a elegir, Morilla acaba sintonizando un documental sobre el grupo de intervención de unos policías del país. Mientras lo medio ve, va enroscando la pasta con el tenedor y los engulle entre trago y trago. Recoge la mesita, aclara el plato y lo pone en el lavavajillas, al que también irán a parar la copa y los cubiertos. Se está encendiendo su cigarrillo reglamentario cuando repica el móvil. Es Sandra de nuevo.

–¿Es que no has visto mi llamada? –le pregunta medio histérica, y pasa a relatarle con precipitación algo que el abogado no acaba de captar.

–No me estoy enterando de nada, Sandra. Cálmate y háblame más despacio.

La chica se sosiega lo justo para decirle que ya hace más de una hora que la policía la ha telefoneado para comunicarle que les han entrado en el despacho.

–¿Te estás refiriendo a mi despacho? –pregunta Morilla.

La secretaria se enfurece.

–Hostia, Santi –le escupe–, pues claro que me estoy refiriendo a tu despacho. ¿A dónde, si no?

–Podrías ser el otro, donde trabajas por las tardes.

La chica se sulfura por la torpeza mental de su jefe.

–Si fuese así, ¿para qué coño te iba a llamar a ti? –brama–. Te han reventado la puerta y nos lo han puesto todo patas arriba, ¿te enteras ya de una puta vez? –silabea las palabras.

–¿Por qué te ha avisado la policía a ti? –acierta a preguntar el abogado.

–¿Qué más dará eso? La portera les ha dado tu móvil y te han telefoneado. Pero como que no contestabas, les ha pasado el mío. Yo ya estoy aquí. ¿Tú piensas venir o qué?

## 10

Era como si un torbellino hubiera arramblado cuanto encontrara a su paso. Sillas, bandejas, carpetas, nada está en su sitio. Los archivadores reventados y los expedientes esparcidos por el suelo, revisados y desechados. También habían desaparecido las torres de los ordenadores -la de Sandra y la de Morilla-, más un disco externo donde la secretaria hace las copias de seguridad. Y una caja repleta de cedés grabados. No se habían llevado los teclados, ni la impresora, ni el fax. Ni tampoco la fotocopidora y el contestador, ni los teléfonos.

–Suerte de que cada semana me hago una copia en el ordenador de casa –respira la chica–, por si se nos funden los ordenadores –explica–. Pero nunca me hubiera imaginado esto.

Es evidente que iban a la caza de algo, afirma la subinspectora de la científica que a la mañana siguiente dirige la inspección ocular. Los intrusos descolgaron los cuadros y un tablón de corcho, buscando una inexistente caja fuerte. Hasta desarmaron la neverita empotrada que hay dentro de un armario, tras la recepción de Sandra, para rebuscar en el hueco de detrás.

Otro policía nacional va eligiendo superficies propicias y las impregna con unos polvos de color negro que esparce con un pincelito. Luego retira el sobrante, delicadamente, hasta que se revela alguna que otra huella más o menos nítida. Lo mismo ha hecho en las carpetas, aunque en esta ocasión los polvos son de color ocre. Por último impregna el quicio de la puerta. ¿Recibe usted a muchos clientes en el despacho?, pregunta la policía, y Morilla le confirma que sí.

—Dudo que encontremos algo que nos sirva. Aquí hay huellas a mansalva y lo más probable es que hayan hecho servir guantes. Este es un trabajo de profesionales.

Uno está acostumbrado a esto, es parte del día a día, piensa Morilla; solo que esas cosas les pasan a otros.

—¿En qué se nota? —pregunta.

—La alarma estaba desconectada cuando llegó la primera dotación policial y no se aprecian signos de que haya sido sabotada —observa la subinspectora—. ¿Están seguros de haberla armado cuando dejaron el despacho?

—Yo fui el último en salir y recuerdo perfectamente que la dejé puesta.

Sandra se lo mira con ojos de duda, que capta la policía. Te lo juro, le responde Morilla.

—En la cerradura apenas se aprecian unos rasguños, junto al bombín — prosigue la subinspectora.

Fue la propia Sandra quien volvió a cerrar, la madrugada anterior. Lo hizo con su llave y sin ninguna dificultad. También cambió los dígitos de la clave y conectó de nuevo la alarma.

—¿Alguien tiene llave, aparte de ustedes dos?

–Únicamente nosotros –asegura Morilla, y Sandra lo corrobora.

–¿Pueden mostrármelas? –solicita la mujer, y le enseñan sus respectivos juegos–. ¿No tienen contratado algún servicio de mantenimiento, alguien que disponga de otra copia? –insiste.

–No, a nadie.

–¿Tienen servicio de limpieza?

–La portera, pero no tiene llave. Sube a limpiar cuando yo estoy –responde Sandra.

–¿Ella sabe la clave de la alarma?

Sandra le dice que no.

–¿Están completamente seguros de que no hay más llaves que las suyas?

–Yo tengo una de repuesto en mi casa –dice el abogado–, por si pierdo esta otra.

–Tendrá que comprobar que todavía esté donde la guarda habitualmente –solicita la policía–. Llámeme cuando lo haya hecho: tanto si la encuentra como si no.

La subinspectora le pasa una tarjeta con su teléfono.

–¿Cómo han desactivado la alarma? –pregunta Sandra.

–Partamos de la base de que, efectivamente, estuviera armada –señala la policía, y Morilla se molesta, aunque no diga nada–. O quien la ha manipulado conocía la clave, o sabía bien cómo desactivarla antes de que sonara. ¿Cuánto tiempo pasa desde que se abre la puerta hasta que suena el aparato?

–Unos cinco o seis segundos –informa Sandra–. La alarma está conectada a una central. ¿Podría estar involucrado alguno de sus trabajadores?

–Miren, en estos tiempos que corren yo no pongo las manos en el fuego por nadie. Pero lo dudo: les empresas de seguridad son muy celosas con estas cosas. Que no haya marcas descaradas de forzamiento en la puerta me reafirma en que esto es obra de profesionales. ¿Echan algo en falta, aparte de las torres?

El abogado y Sandra pasan buena parte de la mañana recogiendo papeles y parece que nada les ha desaparecido. Salvo los ordenadores, claro está:

ordenadores obsoletos, sin ningún valor en el mercado.

–Ya me dirás que andarían buscando –se interroga la chica–. Santi, ¿no te habrás metido en ningún lío, verdad?

Es urgente reponer las torres desaparecidas y el abogado se compromete a hacerse con ellas esa misma mañana. La chica baja a comprar una bobina de discos compactos y se acerca a su casa, donde copia los datos guardados en su ordenador. Si no fuese por ella, reconoce Morilla, el desastre aún sería mayor

Andrés Román telefona a Morilla mientras éste regresa al despacho, en taxi.

–Vaya marrón –se compadece el detective–. Chico, espero que no andes metido en ningún lío.

Sandra ha hecho la misma observación.

–¿Crees que puede tratarse de lo tuyo con los ocupas?

–La policía sospecha que es cosa de profesionales, y yo no me los imagino tan sofisticados. ¿Qué podrían estar buscando que no sepan ya? ¿La escritura de la casa? ¿Datos sobre Salas? Hace tiempo que tienen copia de todo: constan en el sumario.

–No creo que te hayan entrado por casualidad. Seguro que te han hecho más estropicio que lo que sacarán por la mierda de ordenadores que se te han llevado.

Sólo el cerrajero ya le ha subido un dineral, se duele Morilla, que tiene bien presentes los cuatrocientos euros entre material y mano de obra que se ha dejado en cambiar los cierres de la puerta y de los archivadores violentados.

–¿Por qué has cambiado la cerradura de la puerta, si aún funcionaba?

–Por precaución. ¿No es lo que se hace en estos casos?

–¿Sandra podría estar complicada? Es la única que tiene llaves, aparte de ti.

Morilla piensa que el detective es un neurótico. La chica tiene libre acceso a todo, no necesitaría forzar ni revolver nada para hacerse con lo que quisiera. Y conoce de sobras el pobre valor de los aparatos que se han llevado. Además, en los ordenadores no había nada que no esté escrito en los expedientes, y parece

que no falta ninguno.

–Puede que esto sólo sea un simple robo –contempla la posibilidad.

–Podiera ser –contesta el detective, y añade cambiando de tema–: Mira, yo te llamaba por otro asunto. Ya tengo lo que me pediste de tu cliente, el tal Casamichana. Si quieres te adelanto lo básico y el resto te lo envío por fax. ¿O también se lo han llevado?

–No se me han llevado el fax: sólo las torres de los ordenadores.

–¿Y aún así piensas que se trata de un simple robo?

En el maletero del taxi viajan los embalajes de los computadores personales. Morilla toma notas mientras marchan por Vía Layetana, entre el tránsito congestionado por el chaparrón que cae.

–Mi contacto ha tenido que mirar archivos de los años de la catapum. Enrique Casamichana aparece en una anotación muy antigua, en los libros de registro de finales de los cincuenta. Se le supuso implicado en una tentativa de robo, pero desapareció y nunca más se supo de él.

–¿Has conseguido una copia de las diligencias que se instruyeron?

–¿Estás de broma? Estamos hablando de hace medio siglo. Si aún existe el atestado, para rescatarlo haría falta que una grúa levantase toneladas y toneladas de papeles medio podridos.

Sandra ya está de vuelta con los disquetes. Enchufa el primer ordenador, le acopla el teclado y la pantalla, presiona el arranque y empieza a configurarlo. Más tarde volcará la copia de seguridad que se ha traído. También la portera ha subido y se ha ofrecido a limpiar. Vaya susto cuando anoche me llamó el señor Ferrer, se duele con disgusto.

–Vive en el cuarto y fue él quien vio la puerta abierta. Subía a pie, pero no porque no funcione el ascensor: es que es su costumbre de siempre; por hacer algo de ejercicio, que ya va para la jubilación y dice que hay que cuidarse. Antes bajaba paseando hasta el puerto, con su mujer, pero ahora sale menos, desde que enviudó. Y eso que es bien parecido, seguro que aún le saldría novia. Aunque para lo que corre por ahí... Ya lo decía mi pobre madre: más vale solo que bien



acompañado.

–Entonces, fue él quien la avisó –Morilla le interrumpe la perorata.

–Así fue. Bajó y estuvo aporreándonos la puerta. Yo ya andaba para meterme a dormir, mi marido y servidora nos acostamos pronto, porque una ha de levantarse temprano si quiere llevar la portería como Dios manda y, al tiempo, tener limpia la casa.

Morilla está por dejar a la mujer por imposible.

–Vaya un susto, don Santiago –repite ella.

–¿No oyeron ningún ruido?

–Qué va. Yo nada, y mi marido aún menos. El pobre trabajó en la España Industrial, que también le decían el Vapor Viejo, en Sants. Y luego en Mollet, cuando trasladaron la fábrica. Allí estuvo hasta que cerró. Manejaba los telares y, de aguantar tanto ruido, ahora está algo teniente.

–Por tanto, ni su marido ni usted oyeron nada –recapitula Morilla, que reza por no encontrarse a un testigo como esta mujer en ninguno de sus juicios.

–Nada de nada –asegura–. Y eso que esta oficina nos cae justo encima.

–¿Ha visto a algún sospechoso rondar por la finca en los últimos días?

–Sólo a los habituales.

Morilla se queda pasmado.

–¿Quiénes son los habituales?

–Los de siempre. El chico del bar de la esquina, que sale a escondidas con la niña del sexto. O la chiquita del súper, que viene a ver al del quinto cuando no está su mujer; bien contenta que baja cuando se marcha. Y al que pone las comidas en el restaurante de enfrente, que está liado con la señora Ana, la del tercero. Oigan, esto se lo digo porque son ustedes de confianza y porque me lo han preguntado; sobre todo no se les vaya a escapar nada. Que el marido de la señora Ana tiene un pronto muy malo, a ver si vamos a tener una desgracia. Es que bebe, ¿saben?

Esta portera es un servicio de información con patas, se exclama Morilla para sus adentros. Aunque de poco le ha servido, por lo que respecta a su

despacho.

–¿No ha visto a nadie más?

–A nadie que yo recuerde –dice la mujer, y baja la voz antes de continuar–. Para mí que los del ascensor van a tener algo que ver. El señor Luis, el presidente, les dio llave del portal. Porque así se abren ellos mismos y yo no he ponerme de mal humor en cuanto llegan. Seguro que también entienden de alarmas. Y no les faltarán herramientas para abrir las puertas que les venga en gana.

Más tarde, cuando Morilla se llega ante el chico que le sirve los platos del día, se fija en él más que cualquier otro día. Aparenta unos veinticinco años, es delgado y lleva el cabello afeitado bajo el gorrito. ¿Cómo será esa señora Ana a la que se ha referido la portera? Se imagina a una cincuentona voluptuosa, entrada en carnes y un tanto ajada. Él le da a elegir, como cada día, y Morilla prefiere arroz tres delicias y bonito a la plancha.

Sandra ha telefoneado al abogado con el que hace el turno de tarde. Le ha puesto al corriente del desastre y consigue que, solidario con su colega, se avenga a que ella doble jornada con Morilla. Suena el teléfono y la chica descuelga. Es para ti, Santi, te la paso.

–¿Hablo con el señor Santiago Morilla? Llamo de la comisaría del Rabal, soy el inspector Gutiérrez. Estuvimos revisando juntos los pasaportes de su cliente, ¿se acuerda de mí?

–Sí, claro que le recuerdo, fue usted muy amable instruyéndome acerca de esa documentación –responde Morilla mientras se recuesta agotado en el respaldo de su sillón–. ¿En qué puedo servirle?

–Le llamo a título personal, más por deferencia que por obligación profesional.

–Usted dirá, me tiene intrigado.

–Se trata del tal Enrique Casamichana. He tenido conocimiento de que ayer por la tarde se vio involucrado en otra reyerta y está ingresado en el hospital.

Morilla se alza del respaldo como impulsado por un resorte.

–¿Está grave?

–Parece ser que sí, pero no le puedo precisar cuánto. En circunstancias normales se avisa a la familia, pero a ese hombre no le constan allegados, que nosotros sepamos. Por lo que me he tomado la libertad de telefonarle a usted.

–¿En qué lugar se produjo la pelea?

–Al lado de la plaza de San Pedro.

–¿Se ha detenido al agresor?

–Aún no sabemos quién puede haber sido, ni tampoco cómo empezó todo. De lo que no hay duda es de que, en lo poco que lleva en la ciudad, su cliente está demostrando una especial predisposición a meterse en problemas.

Una auxiliar entrada en años, con gafas y bata blanca, atiende tras un cristal en el servicio de urgencias del Hospital Clínico. La auxiliar consulta la pantalla que tiene delante y le informa de que Casamichana está ingresado en la unidad de cuidados intensivos.

–¿Es usted familia de este señor? –le requiere, y Morilla le contesta que no–. Aún no hemos podido localizar a ningún pariente. ¿Conoce a alguien con quien pudiéramos ponernos en contacto?

Morilla vuelve a negar y la mujer le pregunta por la relación que le une con el enfermo. Somos conocidos, contesta él con parquedad, y la recepcionista lo examina con ojo crítico.

–Entonces no guardan ningún parentesco entre ustedes –vuelve a interesarse, desconfiada.

–Ninguno, salvo que me hayan tenido engañado desde pequeño. Si fuera mi padre se lo diría.

La recepcionista teclea mientras observa al abogado, resignada.

–Perdóneme la insistencia, pero no puede ni imaginarse la de cosas que una ve desde esta ventanilla. Hay quien se desentiende de los enfermos al igual que Pedro renegó de Cristo, por tres ocasiones.

El cubículo de cuidados intensivos está separado por una cristalera

intermedia que hace de escaparate, para que la familia pueda ver a sus enfermos, tendidos al otro lado. El espacio de dentro es aséptico, cerrado al fondo por un cortinaje blanco. Hay una única camilla, atravesada y contra la pared de la derecha. Una tobera alimenta la mascarilla que cubre el rostro del enfermo. Morilla se arrima al vidrio para asegurarse de que se trata de su cliente.

A Enrique Casamichana le han deshecho la coleta. Tiene la cabeza ligeramente elevada y la sábana le cubre hasta poco más arriba de la cintura. Le han puesto una bata verde, descotada para dejarle el pecho y los hombros al aire. Media docena de cables parten de un terminal y culminan en otros tantos parches esparcidos por el tórax. En la pantalla se va marcando el ritmo cardíaco. De un perchero cromado penden una bolsa de suero y dos botellas de plástico, enchufadas por catéteres a la válvula hincada en la muñeca del paciente.

Duerme inquieto. Debe habérsele reabierto la herida del cuero cabelludo, porque se lo han vendado de nuevo. La mejilla derecha está grotescamente abombada y los labios, tumefactos, se agitan bajo la mascarilla al ritmo de la respiración congestionada. Le han suturado la ceja derecha y los párpados están hinchados. También le han vendado ambos brazos. Un amplio moratón se le marca bajo los electrodos, y el abogado contempla las laceraciones que tiene a la vista. No puede verle el resto del cuerpo, pero se lo imagina.

Se han ensañado con él, juzga Morilla, desolado.

El abogado permanece de pie y se pregunta qué impulso le ha llevado al hospital. A este lado de la vidriera hay una silla solitaria. Se sienta y contempla el pecho del hombre alzarse lentamente al ritmo de la respiración. De tanto en tanto frunce el entrecejo, en sueños, y parece que delira.

Morilla repasa el espacio al otro lado del cristal. Un fregadero se encastra en una encimera, a la izquierda, sobre la que se amontonan dispensadores de cartón con toallitas de papel y guantes de plástico. En un estante aguardan envoltorios con gasas, pinzas y agujas hipodérmicas; vías de plástico, botes de alcohol y de povidona yodada; frascos de antiséptico y jabón líquido. De un perchero cuelga una bolsa transparente, con la ropa del marino. Enrique

Casamichana tose dentro de la mascarilla y, aunque el abogado no lo oye, lo observa durante otro minuto: continúa con los ojos cerrados.

Aquí no pinto nada, considera. Está levantándose cuando un enfermero descubre la cortina del fondo y aparece en el otro lado del cubículo, con una bandeja. Ve a Morilla y lo saluda con un cabezazo, que el abogado le devuelve a través del cristal. Cambia la bolsa del suero e inyecta en una de las botellas el contenido de una jeringuilla que trae preparada. Comprueba el ritmo del gotero y revisa todos los cables y conductos que concluyen en el paciente. Le alza ligeramente la sábana y la camisola. Casamichana tiene vendadas las piernas. Luego le inspecciona entre las ingles. Está sondado, supone Morilla. En cuanto acaba su examen hace una seña al abogado, pidiéndole que aguarde. Éste afirma con la cabeza y el enfermero desaparece tras la cortina. Tarda un minuto en dar la vuelta por dentro, salir al pasillo y llegarse a este lado de la cristalera.

—¿Usted tiene algún parentesco con este hombre?

Debe ser la pregunta del día, se dice Morilla antes de reiterar que no.

—El doctor está interesado en hablarle.

—¿A mí? —se sorprende Morilla—. ¿Por qué conmigo? ¿Y para qué?

—En un momento estará aquí. No se vaya, por favor —le ruega.

El médico es joven, viste el verde de los cirujanos y un estetoscopio le rodea el cuello. No es más alto que Morilla y el acento delata su origen centroamericano.

—¿Le unen lazos de consanguinidad con el señor? —inquire.

Morilla ya empieza a preguntarse si no existirá alguna semblanza que tan evidente resulta para todos, excepto para él.

—Sólo soy su abogado.

Al médico se le alegran los ojos. A falta de familia, un abogado es casi tan íntimo como un cónyuge o un hijo. O incluso más. Morilla le capta la intención y especifica: abogado de oficio. La felicidad desaparece del semblante del otro.

—Ingresó en estado crítico y lo mantenemos sedado. Algunas de las lesiones que manejamos son extremadamente severas. Es posible que tengamos que

extirparle el bazo. También presenta fractura complicada en la tibia derecha, que hay que operar. Y no descartamos complicaciones en órganos internos: el escáner revela daños en hígado, riñones y pulmones. En las próximas horas sabremos el alcance de las lesiones.

—¿Cuándo lo operarán?

—Veremos cómo evoluciona. Mañana o pasado, si no surgen complicaciones. Es por eso que procuramos hallar a algún familiar, hay que formalizar todo el papeleo.

Así que ése es el motivo de tanta insistencia: buscan a alguien en quien descargar responsabilidades si algo sale mal.

—¿Él no está capacitado para firmar la autorización?

—Dudo que lo estuviera aunque recobrarla la consciencia. Cuando ingresó deliraba, y luego perdió el sentido.

Morilla se imagina el sufrimiento del hombre.

—¿Qué decía?

—Apenas musitaba un nombre: Lucía. ¿Sabe de quién puede tratarse? — pregunta el médico.

## 11

*Junio de 1958*

El joven Joaquin Molins había contenido la respiración aquella noche, con un ojo vigilando la calle y el otro puesto en Enrique y Bernardo: dos sombras ágiles que escalaban el andamio sin ruido, resguardadas por la lona que cubría el entramado de barras de hierro y tablones. Los vio coronar la fachada y saltar al terrado. Sólo entonces dejó ir el aire, en un prolongado soplo de alivio. Se encendería un Bisonte, pero lo desechó porque habría sido una imprudencia. Respiró hondo, resignado, y una vaharada ácida le ofendió el olfato.

Yo no he meado aquí, se recordó a sí mismo. Si esa tarde había dicho que tenía que orinar fue porque lo había pactado con los otros dos, para comprobar que todo estaba donde lo dejaron la noche anterior. María ni se había percatado. Las herramientas y las linternas seguían en su sitio: en el saco camuflado entre cuanto acumulaban los paletas, tras la lona. Se lo podrían haber traído todo esta misma noche, pero se exponían a que cualquiera los parara: una pareja de la Guardia Civil o el Land Rover de los municipales, o algún sereno. ¿Qué hacían tres macarras de madrugada con una pata de cabra, un martillo, un mazo, un destornillador y dos linternas? Como poco ya se habrían quedado sin ellos.

También podrían haber trasladado el material esa misma tarde, pero Enrique objetó que habría demasiada gente por las calles, con la procesión, y también mucha policía. Mejor dejarlo preparado el día de antes, cuanto ya se hubiera ido el último de los paletas, propuso. Y añadió: mañana es fiesta y no vendrá nadie, ¿quién ha de sospechar nada? Entre los tres alternaron un par de noches para controlar la obra. Vieron que no tenía vigilante y que ningún vagabundo se metía a dormir dentro.

Pero aunque no habían visto que nadie usara el parapeto como aseo, el olor a orines era innegable. Un escalofrío le recorrió el espinazo. A ver si alguien se ha meado en el saco, lo ha descubierto, ha avisado a la policía, y ahora están aguardando a que los otros dos bajen para pillarnos con las manos en la masa, se temió. Tomó el petate que sus compinches habían abandonado tras repartirse el contenido y lo olisqueó. Nada, no olía mal. Además, si alguien lo hubiera descubierto -recapacitó- pensaría que se lo habrían olvidado los albañiles. Como mucho podrían habérselo guindado, se dijo. De todos modos, está claro que aquí entra gente a mear.

Aunque también podrían ser los paletas. No, los paletas no, se corrigió: hay suficientes bares aquí al lado como para que tengan que sacarse la chorra casi en mitad de la calle. Molins se obligó a redoblar la vigilancia. Suponte que algún meón nocturno viene a resguardarse para hacer sus necesidades, imaginó, y yo estoy sin un mal palo con el que defenderme. Miró a su alrededor rebuscando

algún objeto contundente con el que armarse.

–Tranquilízate ya y déjate de capulladas –se oyó reprenderse a media voz–. Que no eres más que un gilipueñas ¿Quién quieres que pase por aquí a estas horas?

Ajenos a las cavilaciones obsesivas de su cómplice, Enrique y Bernardo alcanzaron el terrado y sortearon tabiques a medio levantar, gavetas, sacos y materiales de obra. Cada uno llevaba una linterna cuadrada a las que habían comprado pilas nuevas, pero no las prendieron para no delatarse. Fueron tanteando el terreno con cuidado hasta llegar al muro que los separaba del edificio contiguo. Enrique entrelazó ambas manos, las ofreció para que su compañero apoyara un pie y lo impulsó mientras trepaba. Pasó las herramientas y el otro le ayudó, izándolo de los brazos.

El siguiente terrado estaba despejado, salvo los cuatro alambres para tender la colada que salvaron agachando las cabezas. El resplandor de la ciudad bastó para cruzarlo sin tropiezos. La cubierta del tercer edificio era de tejas, que franquearon sin mayor dificultad. Finalmente ganaron la terraza que les interesaba, en el mismo chaflán con el Paseo de Gracia. Medio asomados al pretil contemplaron las luces de la calle, allá abajo. Algún taxi circulaba en el casi nulo tráfico de la noche. Tampoco se apreciaba movimiento por el lado donde había quedado Molins.

En mitad de la azotea se abría un patio de luces al que daban las galerías con sus lavaderos, y también las terracitas de los áticos. Bernardo y Enrique se orientaron y se descolgaron sobre la que constituía su objetivo. Tantearon la puerta de madera, sin cerradura por este lado. Bernardo tomó la pata de cabra que llevaba aprisionada del cinturón desde que iniciaron el escaló. Fue introduciéndola entre la hoja y el marco, a la altura de donde previó que debía estar el pestillo. La madera crujió. Se detuvo al entender que la herramienta ya había penetrado lo suficiente y la afianzó entre las manos. La atención de Enrique iba alternando entre las maniobras de su cómplice y la vigilancia a su



alrededor. Bernardo miró al otro antes del golpe definitivo, y éste asintió.

La puerta se desgajó con un chasquido apenas perceptible, pero a los chicos les pareció que había resonado como un trueno. Afinaron los sentidos. Silencio absoluto. Bernardo volvió a envainarse la barra de hierro y fue el primero en entrar. La escasa luz que se colaba por la puerta forzada alumbraba el cuartito: trapos, un par de cubos de plástico, una escoba con recogedor y el pedazo de espuma donde la mujer de la limpieza hincaba las rodillas para fregar el suelo. Su bata de faena colgaba del perchero atornillado a la puerta. Bernardo la abrió con sigilo. Oscuridad absoluta. Se volvió hacia su compañero -no hay moros en la costa, le dijo-, y Enrique entró. Sólo entonces encendieron las linternas, apuntándolas al suelo.

Pasaron a la sala contigua, donde contaron siete escritorios metálicos con tablero de fórmica, cuatro a un lado y tres al otro, con un pasillito entre ellos. Las patas de las sillas eran de hierro y el tapizado de eskay negro. Estaban recogidas bajo las mesas, sin asientos delante, denotando que estos oficinistas no atendían visitas. Sólo dos de los escritorios tenían teléfono. Las máquinas de escribir se habían comprado a medida que el negocio prosperaba y eran de modelos variopintos: de un color verde desvaído las más antiguas y grises las modernas.

Las estanterías rebosaban de carpetas de cartón. A un lado, bajo las ventanas clausuradas por las celosías, se alineaban al menos diez archivadores asegurados con llave. Contra la pared de enfrente se emplazaban cuatro armarios metálicos, también clausurados. Pegado al cuartito de la limpieza había dos aseos que diferían únicamente por el cartel que los identifica: uno para las damas y el otro para los caballeros. Su interior era espartano: un lavabo con un único grifo, un espejo, un gancho para la toalla y un váter con cisterna de la que colgaba la cadena.

Bernardo y Enrique pasaron entre las mesas, entornaron una puerta con cristalera del color de la melaza y se adentraron en el corredor. El vestíbulo quedaba iluminado por la luz que se colaba desde el rellano, por la ventanilla de

encima de la puerta principal. Apagaron las linternas, por si acaso. Enrique recorrió lentamente la rejilla de la mirilla y reconoció el descansillo. Volvió a cerrarla y ancló el cerrojo que aseguraba la puerta por dentro. Enfrente estaba la salita de espera, con un tresillo y dos sillones tapizados en tela. Entre la puerta y la salita se situaba la mesa de la recepcionista.

Enrique se adelantó por el pasillo, adentrándose en el área noble de la empresa. Allí estaban los despachos principales, casi todos abiertos. Volvió a encender la linterna y los revisó uno a uno, primero el de más al fondo, el mayor. Por las ventanas, ahora condenadas, se debía disfrutar una bonita vista sobre el paseo, pensó.

A un lado de la habitación se había dispuesto una mesa baja y un sofá de categoría, sobre una alfombra de tonos granates. Al otro, un escritorio de caoba con una butaca de piel oscura, alta, mullida, y dos sillas a juego ante la mesa. Y, junto a ésta, una caja fuerte que al menos debía pesar media tonelada, con dos compuertas, una sobre la otra: la de arriba, más robusta, con combinación; la de abajo sólo con cerradura.

Enrique retrocedió hasta el pasillo. Su cómplice ya inspeccionaba el despacho de la secretaria del amo y él pasó al del hombre de confianza del patrón, amueblado también con clase pero con menos ostentuosidad que el de su jefe. A continuación, mientras él se encaminaba al último estudio, Bernardo revisó el baño de este lado. Le oyó soltar un joder prolongado, arrastrando las erres con admiración. Fíjate qué lujo, susurró cuando Enrique se le acercó. Las paredes estaban alicatadas hasta el techo y el lavamanos, cuadrado, tenía un grifo para el agua caliente y otro para la fría. El jabonero y el soporte del rollo de papel higiénico se encastraban en la pared, entre los azulejos.

–Te dan ganas de ponerte a cagar –dijo Bernardo, e hizo ademán de desecharse el cinturón, adelantándose hacia el inodoro más lujoso que había visto de su vida.

Déjate de hostias y estate por lo que estamos, le reconvino Enrique. El otro se apoderó de la toalla, primorosamente doblada junto al lavabo, y abandonaron

el aseo. La última puerta era la única asegurada con llave. Bernardo ejerció de nuevo sus habilidades con la palanca y la descerrajó. En el centro había un escritorio moderno, de hierro lacado en blanco y con tres cajones a un lado. Se aseguraron de que las persianas estuvieran absolutamente atrancadas y Enrique encendió el flexo, para verse mejor. Agarró el martillo y el destornillador que había portado también al cinto, apoyó la punta del destornillador en la hendidura del llavín, recubrió el mango con la toalla que le pasaba Bernardo, y de un martillazo seco lo incrustó en la cerradura.

Bernardo había ajustado la puerta para amortiguar el golpe y se quedó junto a ella, atento. También Enrique se detuvo a escuchar unos instantes. Luego hurgó con fuerza, hasta reventar el mecanismo. El bombín acabó por caer al interior del mueble y Enrique introdujo el destornillador por la oquedad, para descorrer el pasador que aseguraba todos los cajones. Estiró del de arriba, a tope, y lo registró: lápices, una caja de bolígrafos baratos, otra de clips, una agenda y tarjetas de visita. Lo cerró al acabar la inspección.

El segundo cajón rebosaba de carpetas repletas de documentos, que fue dejando sobre la mesa mientras ahondaba. En una caja encontró un par de sobres que encerraban cuños de caucho con el nombre de la empresa y un fechador. También desenterró un calendario de dos años atrás, un periódico que amarilleaba y un llavín suelto.

Devolvió al cajón lo que había ido dejando sobre la mesa para que no le estorbara y lo cerró. Abrió el de abajo. Sacó más carpetas, que apartó a un lado, y un mechero y un paquete de Cámel con filtro. Se guardó el tabaco en un bolsillo, como botín particular para Joaquín, y prosiguió la búsqueda. Dos calendarios de billetera con señoritas ligeras de ropa, rotulados en francés. Un puñado de documentos, que dejó en la mesa. Y, oculto al final del todo, bajo una caja, lo que buscaba: tres sobres abultados, sujeto cada uno por una goma como las que usaban en el mercado para amarrar las patas de los pollos antes de ensartarlos de un gancho. Bernardo captó el gesto de satisfacción en su semblante.

–Ábrelos, quiero verlos –le apremió mientras se aproximaba al escritorio.

Enrique retiró el elástico de uno de los sobres y levantó la solapa. La efigie de los reyes católicos asomó impresa en el primer billete de mil pesetas, apegado a una buena cantidad de congéneres. Los esparció sobre los folios, en extasiada contemplación. Bernardo quiso echar mano a otro sobre pero su colega lo contuvo.

–Tranquilo, ya tenemos lo que queríamos. Ahora toca revolverlo todo, que no se vea tan a las claras que hemos venido a tiro hecho.

Dejó momentáneamente el dinero, volvió a abrir los otros cajones y esparció su contenido por el suelo. Retornaron al despacho más lujoso y después a los otros dos, donde Bernardo apalancó sistemáticamente cajones y armarios para que Enrique los desordenara y vertiera todo por el embaldosado, sin contemplaciones. Regresaron a las otras salas, rellenaron sus bolsas con los objetos de más valor y se llegaron al vestíbulo, antes de pasar a la sala común del otro lado.

Fue cuando iban a atacar la mesa de la recepcionista que los sobrecogió el chirrido de la cerradura, al descorrerse, y la sacudida de la puerta, retenida por el cerrojo. Sorprendidos a mitad de la faena, a Enrique y a Bernardo se les heló la sangre. Sonaron tres palmetazos contundentes en la puerta principal y se escuchó una voz masculina, que mugía desde fuera: ¿quién anda ahí?

Apostado tras las lonas por entre las que vigila la calle, a Joaquín Molins le parecía que no corrían las saetas del reloj heredado de su padre. Hasta en dos ocasiones se había acercado la muñeca al oído, para escuchar el tictac del mecanismo. Y otras tantas veces el pulgar y el índice hicieron rotar la corona, dándole cuerda hasta casi pasarla del tope. Se veían pocos vehículos y, en todo el tiempo transcurrido, tan sólo media docena de viandantes.

Primero fue una mujer a la que el chico calculó tantos años como a su propia madre. Caminaba deprisa, sobre unos zapatitos planos, y vestía una bata y una rebeca. Había venido por la acera de enfrente, desde el Paseo, y la fue perdiendo

de vista calle adelante, malamente iluminada por las farolas mortecinas. Una señora de la limpieza que vuelve a casa, supuso.

Al rato se acercó una pareja, del lado del andamio. Él la llevaba recogida de la cintura y su mano le repasaba la espalda y aún más abajo, sobre una falda a cuadritos que una cremallera cerraba por detrás. De tan en tan la chica estallaba en risas, adherida al hombre, y él espiaba a un lado y al otro precaviéndose de miradas inoportunas. Pasaron tan cerca que Molins oyó el susurro del hombre, llamándola al orden. Ella no era mayor que la novia de Bernardo y su acompañante le sacaría quince o veinte años. Una puta joven con su cliente, los catalogó mientras desaparecían por la esquina.

El sereno vestía guerrera abotonada hasta el cuello y gorra fofa. Portaba un linternón apagado, haciendo la ronda por la acera de enfrente. Cruzó la calle a la altura del andamio y a Molins se le encogió el estómago al ver que se venía derecho hacia el andamio. El muchacho, en una punta del bastidor, se pegó instintivamente a la fachada y cerró los ojos con fuerza, sin atreverse a mover un músculo. Que sea lo que Dios quiera, pensó.

Oyó los pasos del vigilante a lo largo del andamiaje y lo sintió detenerse. Tras unos segundos, el chico entreabrió los párpados. Tenía un nudo en la garganta y el corazón se le estaba desbocando en el pecho. Le dio miedo adelantarse para mirar afuera. Oyó el frufrú al descorrerse las lonas, al otro extremo, y distinguió la figura del hombre que se introducía dentro y él se apretó aún más contra la pared. Ahora encenderá su farol y me dará el alto, pensó, y se preparó para salir de estampida. Pero el vigilante no se adentró más. En realidad, apenas se movió. Joaquín siguió el movimiento de la gorra. La poca luz recortó su barrigón, encarado hacia la fachada. Al poco escuchó un murmullo sordo. El sereno estaba haciendo aguas menores contra la pared.

Pasó un buen rato desde que el vigilante se hubo marchado hasta que al chico se le aposentó el corazón. Por el lado donde desapareció la pareja se acercaba un vagabundo en busca de dónde dormir. Iba con una chaqueta raída que no debía quitarse así hiciera frío o calor, y un pantalón ceñido a la cintura

con un cordel de esparto. Joaquín lo vio pasar de largo hacia la gran avenida, mientras le oía arrastrar los zapatos. En la esquina se cruzó con un hombre joven que fumaba junto al portal que daba al chaflán. Le pidió tabaco y el otro se lo ofreció, y también fuego.

El vagabundo siguió adelante mientras el fumador concluía el cigarro y desaparecía de la vista del chico. Ese otro tipo no tiene pinta de estar paseando, observó Molins, y se prometió mantenerse ojo avizor. Pasó un buen rato, eterno para Joaquín, que volvería a consultar su reloj. Joder, cuanto tardan. Nuevamente le asaltó el miedo.

De repente, el silencio de la noche se rompió en carreras sobre los tejados y en golpeteo trepidante de hierros y maderas. Bernardo y Enrique descendían del andamio a saltos. A Molins se le volvieron a encoger el corazón, las tripas y absolutamente todo. Todo salvo los ojos, a punto de saltársele de las cuencas. ¿Qué hostias hacen éstos, no ven que nos van a descubrir?

El estrépito crecía mientras sus dos compañeros se precipitaban a la base. Corre, le chilló Enrique, que pasó a su lado como una exhalación y atravesó el lienzo de lona. Pero Joaquín se había quedado clavado, incapaz de arrancar hasta que Bernardo, que venía detrás, le tiró del brazo. Entonces oyó el grito que les conminaba a detenerse y vio venir a la carrera al hombre que fumaba, el que convidó al vagabundo. Había surgido del portal y se lanzaba hacia el andamio.

Molins recuperó la movilidad, rompió a galopar y en pocas zancadas alcanzó a Bernardo, ambos en pos de Enrique, que ya desaparecía por la primera calle a la derecha. Alto, berreaba a discreción el que los perseguía, pero los chicos corrieron aún más.

Fue cuando doblaban la esquina que se escuchó la primera detonación, y la noche se iluminó fugazmente al tiempo que Bernardo se tambaleaba. Joaquín lo vio plegarse a cámara lenta. Alargó los brazos y lo agarró con fuerza de la ropa para que aguantara el equilibrio y recuperara el paso. Pero Bernardo ya no corría: se precipitaba al suelo inevitablemente. La tela viscosa se le escurrió a Joaquín de entre las manos y le tiñó los dedos de sangre.

*Mayo de 2004.*

Santiago Morilla hubo de rebuscar por cajones y rincones de su piso hasta dar con la otra llave del despacho. Se miró la tarjeta que le dejara la subinspectora de la Policía Nacional y se prometió telefonarla a la mañana siguiente. A primera hora del miércoles escruta el cielo, parece como si la lluvia fuese a dar una tregua esta mañana. Baja al garaje y se aventura a coger la moto, harto del tren y del metro. Sandra ha continuado archivando papeles y, cuando el abogado pretende colaborar, la chica se cuadra. Santi -le dice-, si quieres que luego encontremos algo, deja que yo ordene todo esto; y lo larga a desayunar. Al menos te arreglo la estantería de los libros, suplica él, pero la mirada fulminante de la secretaria le hace batirse en retirada.

Se acerca a su bar favorito, deja en correos la correspondencia urgente, rescatada de entre el marasmo, y finalmente conduce hasta la casa de acogida del puerto. Aparca sobre la acera, frente a la parte trasera del *Stella Maris*, un pequeño edificio de tres plantas construido en obra vista. Atraviesa el pasadizo que se abre entre un lateral y la minúscula cancha de básquet anexa. Un encargado lo recibe en el breve vestíbulo. Sí, el marinero llevará en la casa como una semana, pero hace unas noches no vino a cenar ni a dormir, le comenta. Concretamente -relata otro voluntario- faltó el viernes y el sábado. Ellos sólo saben lo que les contó la policía: que se metió en una bronca y que lo detuvieron.

-La policía estuvo mirando sus cosas. El domingo lo soltaron y volvió a dormir en su habitación. Venía bastante magullado.

-¿Qué les explicó?

-Nada.

-¿Nada?

Absolutamente nada, aseguran a Morilla.

–Las gentes del mar son reservadas, por regla general, y aún más la mayoría de cuantos acuden aquí. Algunos suelen tener un pasado, ¿cómo le diría?, más bien convulso. No es que sean delincuentes, en absoluto, pero los hay que atraviesan un mal momento.

La policía hizo muchas preguntas. Sí, el marinero estaba registrado como Luís Casado. De los otros nombres, uno español y otro portugués, en el Stella Maris no tenían constancia.

–El lunes volvió a faltar y el martes tampoco apareció por la casa. Ni hoy tampoco. ¿Usted sabe si volverá?

Si la policía no les ha dicho que Casamichana está en el Clínico, Morilla tampoco se siente obligado a hacerlo.

–Sus efectos continúan en la habitación. Pero si en un par de jornadas no da señales de vida, los pondremos en el almacén y reasignaremos su cama. Andamos justos de espacio.

La habitación es pequeña. Una colcha de cuadros marrones y amarillos recubre el camastro, pulcramente alisada.

–¿Cómo es su relación con los otros usuarios?

–Correcta; distante pero correcta. El señor Casado es de pocas palabras, pero de trato apropiado. De todos modos, pasaba la mayor parte del día fuera. Nos extrañó cuando la policía nos dijo que se había liado a golpes.

A Morilla le agrada que la opinión de los voluntarios del Stella Maris diste de la brindada por el inspector Gutiérrez.

–¿Puedo ver las cosas del señor Casamichana?

–¿De quién? –el recepcionista no casa a la primera el nombre que Morilla le da–. Ah, sí, sí, aquí están.

Un petate con un par de mudas y un pesado chaquetón azul. Un chubasquero, unos pantalones vaqueros y el jersey de cuello redondo aún con restos de la sangre reseca por la refriega con el vagabundo. Y eso es todo, aparte de un viejo libro con tapas oscuras y hojas medio descosidas por el uso. *Golpes*



*en el alma*, se titula, de Françoise Sagan. Una edición de finales de los setenta. Morilla no lo ha leído pero el título le parece apropiado. Ojea entre sus páginas en busca de alguna nota, sin hallarla.

—La policía se llevó algunas cosas: documentación del señor Rodríguez, principalmente. Y un billete de tren, usado.

—¿Un billete de tren?

—Sí. De la misma fecha en la que ingresó.

Ninguno de los dos se fijó dónde había sido expedido, pero están seguros de que el destino era Barcelona.

—¿No había desembarcado en este puerto?

—Se ve que no. Pero tendríamos que ver su ficha para poder asegurárselo.

El registro de ingreso es parco. En la parte superior de la cartulina se ha añadido el nombre de Enrique Casamichana Gomis, a lápiz, justo por encima del de Luís Casado Gómez, con el que originalmente se había abierto la ficha. No consta el nombre de ningún barco.

—¿Lo habían alojado con anterioridad?

—No, es la primera vez que se acoge entre nosotros.

Morilla pregunta si le observaron alguna actitud extraña, algo fuera de lo común.

—Nada. En todo caso, que es mujeriego.

Quien ha hablado es el que hace de conserje. Lo vieron acompañado el viernes, añade, a primera hora de la tarde. Al menos, puntualiza, eso es lo que nos dijo otro de los internos, cuando faltó al caer la noche.

—Y unos días antes también venía en compañía de una mujer, según me comentó el compañero que hacía el turno la semana pasada. Se separaron antes de llegar a la casa, frente a correos.

—¿Tiene una idea de quienes eran ellas, o qué aspecto tenían?

El hombre le dice que no.

—No se lo podría decir, nosotros no las vimos. Pero me llamó la atención, la gente de aquí no suele recibir visitas.

El hombre da a entender que podría tratarse de una prostituta. Morilla objeta que el marinero no parecía disponer de tan sobrados medios como para dedicarlos ese tipo de excesos.

–Cada cual tiene sus prioridades –le contesta el conserje–, yo no juzgo a nadie.

–¿La policía sabe de esa visita?

El hombre se exprime la memoria para recordar cuánto dijo a los agentes.

–No, creo que no, ¿le parece que es importante?

Morilla ya no sabe qué puede ser importante, a esas alturas. Antes de marchar consulta si hay modo de averiguar si el marinero recaló en Barcelona en algún barco.

–Tal vez le puedan dar razón en el Instituto Social de la Marina. Pregunte allí.

El Instituto Social dista apenas un par de calles del refugio del apostolado del mar. Chispea y el abogado se acerca a pie. Es un edificio moderno, con una entrada principal y un vestíbulo que asemejan a los de un hotel funcional. No en vano acoge la Casa del Mar, alojamiento de categoría para marinos que pueden pagarse el hospedaje. Se identifica ante un subalterno que le conduce a presencia de la jefa del negociado, una mujer delgada de ojos oscuros. El Instituto Social de la Marina es como la Seguridad Social, le informa, pero para las gentes embarcadas.

–Aquí figura una afiliación a nombre de Luís Casado Gómez –le dice consultando la pantalla del ordenador–, pero para saber si desembarcó en el puerto tendrá que dirigirse a Capitanía.

Capitanía ya son palabras mayores, considera el abogado, y ofrece una versión reducida del caso, en la que no menciona el pasado turbio del hombre ni que se debate entre la vida y la muerte en una cama del Clínico.

–Si quiere –se ofrece ella–, puedo mirárselo yo misma.

–¿Se podría averiguar si estuvo con anterioridad en la ciudad?

Morilla sabe que está abusando de la buena predisposición de la mujer, pero aún le hace otra consulta.

–También tengo una duda. Supongamos que alguien ha estado cotizando toda su vida a la Seguridad Social; o, mejor dicho, al Instituto Social de la Marina. Pero, justo cuando ha de cobrar su asignación, se descubre que lo ha hecho bajo una identidad que no se corresponde al cien por cien con la suya. ¿Tendría derecho a la pensión?

–¿Es seguro que las cotizaciones corresponden a esa persona, sea cual sea el nombre bajo el que tributó?

–Sí, supongo que sí.

La funcionaria reflexiona un momento.

–Nunca me he encontrado con un caso así. Pero si se puede demostrar que las cotizaciones se hicieron por sus servicios –conjetura– tal vez podrían rescatarse los derechos. Sería complicado, pero no imposible. Aunque tal vez tuvieran que ir a juicio.

Llueve apenas cuatro gotas, las suficientes para que el abogado levante el asiento de la moto y tome el impermeable que siempre porta debajo. El orden empieza a reinar en el despacho. Román te ha enviado un fax, le dice Sandra al tiempo que le alarga dos folios. La información que el detective ha podido reunir sobre Enrique Casamichana es escasa, apenas una dirección y el nombre de varios implicados en un robo acaecido en junio del cincuenta y ocho, por lo que Morilla tendrá que investigar por su cuenta.

La chica ha seguido anulándole compromisos y él se propone aprovechar el tiempo. Como cada vez que ha de ilustrar algún caso, empezará consultando la prensa. En uno de los chaflanes de la calle Mallorca con Roger de Lauria está la Delegación del Gobierno en Cataluña y, enfrente, el Palacio Casades, sede del Ilustre Colegio de Abogados de Barcelona. Éste cuenta con una magnífica biblioteca que se complementa con su propia hemeroteca. Pero Morilla la desecha: evita encontrarse con algún colega que pueda sacarle a colación su

imputación. Podría acercarse a la Facultad de Comunicación de Bellaterra, pero hay una buena tirada y la climatología no le es propicia. La hemeroteca de la Vanguardia está a un paso de la plaza Cataluña, aunque seguro que la biblioteca de la calle del Hospital ha de poseer una buena variedad de publicaciones.

–Primero ha de sacarse el carnet –le dice el hombre que se sienta tras el mostrador de la entrada, a quien explica lo que desea consultar.

–¿Éste no me sirve? –Morilla le muestra el de las bibliotecas de la Diputación.

–No, lo siento mucho. Aquí se precisa una acreditación especial.

Cumplido el trámite y franqueados los tornos, el abogado se acerca a otro mostrador, entre mesas larguísimas dispuestas bajo el techo gótico de la sala. Sus pasos resuenan estrepitosamente sobre el suelo de parquet mientras camina con aprehensión entre los usuarios, en enfrascada consulta de documentos y acostumbrados al estruendo. Allí repite su discurso, ahora a una chica morena: quisiera consultar diarios del mes de junio de mil novecientos cincuenta y ocho y posteriores. ¿Alguna publicación en especial? Las que tengan, contesta. ¿Busca algo en concreto?, inquiera la bibliotecaria, y Morilla responde que está interesado en las crónicas de sucesos de la ciudad.

Dispone de dos opciones, le informa la mujer: consultar los fondos en formato papel o los microfilms, y Morilla opta por empezar con los primeros. Ocupa un asiento y aguarda a que le acerquen el primer mamotreto: un libraco enorme con tapas de grueso cartón, confeccionado a base de encuadernar diarios envejecidos. La primera referencia, muy escueta, es una minúscula nota donde apenas se informa de que la policía está investigando el asalto a un buró profesional. El abogado relee el fax que le ha remitido el detective y comprueba que la dirección coincide con la del recorte de sucesos.

Dos días después localiza una nueva alusión: el presunto robo había sido frustrado por la rápida intervención de las fuerzas del orden. A Morilla se le ilumina el semblante cuando, en el periódico del quince de junio, aparece por fin el nombre de Enrique Casamichana, entre otros implicados. El maleante sigue en

paradero desconocido, escribe el cronista, pero se confía en aprehenderlo en breve.

Recorre las páginas hasta final de mes y luego repasa los pesados volúmenes de julio y agosto, que la chica le acarrea hasta la mesa. Toma nota del nombre de la oficina donde los ladrones pretendían robar y, por más que escarba, no da con otras informaciones con las que hacerse una idea exacta de lo acaecido aquella noche.

–¿Ya ha encontrado lo que busca? –la bibliotecaria se le ha acercado con estrépito de pasos, pero le susurra la pregunta casi al oído.

–He hallado varias referencias, pero no tan completas como me agradaría.

–Si quiere puede probar con la parte microfilmada del fondo –le propone.

Morilla se traslada al tablero del servicio de reprografía, tras el que se encuentran los lectores ópticos. Hace correr bajo el objetivo las bobinas de microfilm que le sirven y, en una de las páginas que aparecen en la pantalla frontal, lee que fue un empleado del despacho asaltado quien sorprendió a los ladrones. Y que el sereno del barrio había abatido a uno de ellos. El abogado toma nota.

## 13

Santiago Morilla aparca frente al Clínico, a primera hora de la tarde. Hoy es otra la recepcionista que atiende en urgencias. El ascensor lo deja nuevamente en la planta de cuidados intensivos y en el corredor se cruza con el mismo doctor.

–Hemos tenido que extirparle el bazo. En cuanto al resto de lesiones, están resultando más graves de lo que nos temimos en un principio.

–¿Está despierto?

–No. Después de la operación lo hemos inducido en estado de coma.

–¿Sabe si ha vuelto a nombrar a la tal Lucía?

–No, que yo sepa. Al parecer se trataba de una novia que el hombre tuvo de

joven, aquí en Barcelona.

–¿Eso lo ha explicado él? –pregunta Morilla, y enarca una ceja, sorprendido.

–Por supuesto que no. Nos lo dijo un señor que vino a visitarlo después de que usted marchara.

Han intubado a Casamichana y sigue enlazado al monitor que le muestra las constantes vitales. En la silla que ayer ocupara Morilla se sienta un hombrecillo medio adormilado, que se sobresalta cuando entra el abogado y se levanta. Morilla le saca medio palmo y lo supera ampliamente en envergadura. Avejentado, de cara redondeada y ojos grises y asustadizos, no conserva más que unas pocas hebras de cabello gris en los parietales. Lleva un pantalón muy desgastado y un polo de color crema raído, con alguna talla de más, que deja al descubierto un cuello descarnado y unos bracitos esqueléticos. Tendrá unos años menos que Casamichana, pero su aspecto es aún más frágil. Le tiembla el pulso y su voz es nerviosa cuando habla.

–Entonces, usted es abogado –resume las palabras de Morilla cuando éste le expone su relación con el enfermo.

Se han trasladado a una salita de espera de la misma planta y ocupan dos silloncitos desgastados. Morilla se saca un café de la máquina y ofrece otro a su acompañante.

–Enrique siempre fue el más sensato de la cuadrilla, pero con los años parece haberse vuelto un pendenciero. Serán gajes de la vida en la mar.

–Entiendo que ustedes dos se conocen desde hace años.

–Enrique y yo hemos sido amigos desde muy jóvenes –indica al abogado con un punto de orgullo.

–Pero hacía tiempo que no se veían.

–Va para casi cincuenta años desde la última vez, poco antes de que Enrique se embarcara.

–¿En todo ese tiempo no había tenido noticias de él?

El hombrecillo niega con la cabeza.

–Y ahora que volvemos a vernos es para encontrármelo en esta condición. A

veces la vida es muy dura, se lo aseguro.

El viejo ha encorvado la espalda y vence los codos sobre las rodillas, la cabeza gacha y la mirada sumida en el embaldosado.

–No me ha dicho cuál es su nombre –apunta Morilla con delicadeza.

–Discúlpeme –el hombre se yergue, pillado en falta–, debo estar perdiendo los modales. Me llamo Joaquín, Joaquín Molins. Para servirle.

Morilla lo mira turbado y una sospecha cruza el rostro del otro, que se torna prudente.

–¿Enrique le ha hablado de mí?

No, niega el abogado, que disimula para amortiguar el recelo de Molins. Porque no hará ni un par de dos horas que ha leído su nombre en los periódicos de la biblioteca: fue uno de los detenidos que hizo la policía. Allí también constaba una mujer, María Díaz.

–Con el paso de los años se van perdiendo demasiadas cosas –el viejo le quiebra los pensamientos– pero se gana en otras. Por ejemplo, es más fácil darse cuenta de según qué cosas. Le voy a poner un caso –ahora es él quien clava sus ojos desvaídos en los de Morilla–: a mi edad se ve mejor cuando alguien no te dice la verdad.

Tocado, piensa Morilla.

–Mire, señor Molins, hace unos días yo no conocía a su amigo. Para mí sólo iba a ser otro de los muchos casos que se amontonan en los juzgados y en el archivo de mi bufete. Sin embargo este hombre me intriga, aún no sé bien por qué.

–¿Todos los abogados muestran tanto interés por sus clientes? No todos podemos decir lo mismo.

–Hábleme de Enrique Casamichana, por favor.

–Primero dígame qué es lo que ya sabe.

–Sé que a usted le detuvieron por un robo frustrado en el cincuenta y ocho y que su amigo estuvo involucrado: lo he leído en la prensa de la época.

–Los diarios de entonces sólo contaban medias verdades, y a veces ni tan

siquiera. A Franco no debían gustarle las noticias que hablaban de la España real.

–También supongo que su amigo huyó, embarcándose, y que falsificó su pasaporte para que no lo detuvieran.

El viejo duda un instante.

–No tiene nada que temer –lo tranquiliza Morilla–, ha pasado tanto tiempo que nadie va a reabrir una causa que lleva decenios enterrada.

–Nunca se puede estar completamente seguro de eso. Dígame, ¿qué quiere saber?

–Podría empezar contándome quién es Lucía.

Una sombra de congoja invade la faz de Molins.

–¿Tiene un cigarrillo? –pregunta, y Morilla le recuerda que en los hospitales está prohibido fumar.

–Ahí tiene otro de los inconvenientes de estos tiempos. Yo antes fumaba como un carretero, como si tal cosa, pero ahora me lo tienen racionado. Fumábamos hasta en el cine, ya ve usted. ¿Le importaría que continuáramos hablando en otro sitio?

Molins ha pedido una caña en un bar frente a la entrada del Clínico y fuma con deleite el cigarrillo que le ha ofrecido el abogado. ¿Usted no gusta?, pregunta, y el abogado se contiene y dice que no, que ahora no le viene en gana.

–El sereno había acudido a los gritos del hombre que salía de la portería. Los de su profesión no llevaban armas, generalmente; pero, por desgracia, éste había sido sargento divisionario: de la División Azul –especifica Molins–. Y conservaba un nueve largo que cargaba por si las cosas se le ponían mal. Eso lo supe después.

El vigilante nocturno reseguía su ronda regular y bajaba perpendicular hacia la calle por la que los chicos huían. Oyó las voces y el estruendo de carreras, e intuyó lo que sucedía. Se alzó el faldón de la guerrera y empuñó la pesada Falcon que portaba aprisionada entre el pantalón y la cadera izquierda, con la



culata hacia adelante al estilo militar. Miraba de ganar la bocacalle a todo lo que permitía su físico cuando un chico dobló la esquina al galope, dándole la espalda.

El sereno se detuvo al verlo, tiró de la corredera y un proyectil se deslizó hacia la recámara. Adelantó el pie derecho, extendió el brazo armado y dudó una milésima si debía gritar un alto conminatorio, mientras encaraba el alza y la mira con la figura que se alejaba veloz. El fugitivo no le había descubierto. Para cuando afinó la puntería, otras dos figuras irrumpían en la confluencia, en pos del anterior. Y entonces brotó el disparo.

–La bala le entró por la espalda, por debajo de la paletilla, y le reventó el corazón.

En una fracción de segundo, Joaquín Molins se dio cuenta de que nada podía hacer por Bernardo, desmadejado en el suelo. Siguió corriendo mientras restallaba una segunda detonación. El hombre que los perseguía se tiraba de boca al suelo justo en la misma esquina, con los brazos en cruz, para que el que disparaba no lo confundiera con uno de los ladrones.

–Vinieron a buscarnos a la mañana siguiente, en cuanto identificaron el cuerpo de Bernardo. Atando cabos dedujeron quienes podríamos ser sus cómplices. Se dieron mucha prisa.

–¿Ustedes tres tenían antecedentes?

–Nunca fuimos unos santos, por aquel entonces ya habíamos pasado algunas noches en el cuartelillo. Por cosas de poca monta, apenas fruslerías.

–¿Qué pasó con Enrique? –Morilla pronuncia el nombre de pila del marinero como si lo conociera de toda la vida.

–Revisaron el mercado de arriba abajo como el que le da la vuelta a un calcetín, sin dejarse un rincón por mirar. Pero había huido: fue el más listo.

Morilla cree reconocerle un deje de resentimiento. Joaquín estuvo primero en la comisaría de la Barceloneta, pero enseguida lo condujeron a Vía Layetana.

–Fíjese: a Vía Layetana, a la mismísima Jefatura Superior. Ni que uno fuera el Lute. Bueno, lo del Lute sería años después –reconoce Molins–, pero que te

llevaran a la Jefatura Superior era como estar entre la élite. Por desgracia.

–Cuénteme que pasó a continuación –le apremia el abogado.

–La novia de Bernardo no tenía ni idea de lo que habíamos hecho y nada pudo decir. Se volvió a donde vivía con Bernardo, hasta que la echaron del piso.

–En el hospital me han dicho que Enrique llamaba en sueños a Lucía.

–Enrique y ella eran novios. Se conocieron como se conocen casi todas las parejas: por casualidad. Las dos chicas habían coincidido limpiando casas por la Bonanova y en General Mitre. Un año antes de que pasara lo nuestro quedaron en ir a las fiestas de la Merced. Allí estaba Enrique, que era muy amigo de Bernardo. Volvieron a quedar para la verbena que el ayuntamiento daba en las fuentes de Montjuic, aunque aquella noche llovió a mares y suspendieron el baile. Pero uno o dos días después nos encontramos otra vez, esta vez en los fuegos artificiales del Salón Víctor Pradera, lo que hoy es el Paseo del Arco del Triunfo.

–Tiene usted buena memoria –lo alaba Morilla.

–Éramos del barrio y yo andaba siempre con ellos. Bernardo era el mayor y María era más joven. Enrique estaría entonces en los dieciocho o diecinueve. Yo era el pequeño y Lucía me sacaba unos meses. Bueno, Lucía no era del barrio, pero siempre salíamos juntos. Lo pasábamos bien. Luego, todo acabó jodiéndose.

–¿Qué fue de Lucía? ¿También estuvo implicada en el asunto?

Lucía servía en casa de los Portolés, explica Molins.

–¿Sabe usted lo que era servir? –pregunta como si el término fuera un anacronismo indescifrable en los tiempos actuales.

Morilla le dice que sí, que sabe que así se llamaba al trabajo que hacían las criadas, generalmente internas. Muchachas que acababan de llegar del pueblo y trabajaban por un sueldo mísero, más la habitación y la manutención.

–Así era –corroborra Molins–. Las chicas de aquí no querían servir, preferían colocarse en las fábricas. Hacer las casas quedaba para las de fuera, las castellananas.

Después de la digresión, el hombrecillo retorna a su historia.

–Fue por Lucía que supimos que en el despacho se guardaba dinero. El viejo Portolés se dedicaba a hacer pisos para los que venían de fuera. Aquella era una buena época para esos negocios. La industria levantaba cabeza y se precisaba mano de obra. La gente llegaba de toda España, y necesitaba donde vivir. Al poco, el ayuntamiento empezó a desmontar las barracas y a levantar barrios en las afueras.

El viejo prematuro recita la lección aprendida a lo largo de su vida, que Morilla conoce por lo que ha estudiado y porque también es la historia de sus propios padres.

–Perdóneme que me vaya por los cerros de Úbeda –se disculpa Molins–. Como le contaba, Lucía sabía que en esas fechas habría dinero contante y sonante en el despacho.

Molins se detiene un momento, enfrascado en sus recuerdos.

–Preparamos el golpe a conciencia –su voz se torna grave–. Lucía aseguró que apenas se investigaría nada, que los negocios de sus amos eran tan turbios que no irían a la policía con el cuento. Cosas de aquellos tiempos, ya le digo.

–¿A qué negocios se refería?

–No lo sé, y tampoco sé cómo se enteraría ella. Lo habría escuchado en la casa, supongo. Los señores son tan incautos que se creen que el servicio no tiene oídos, y ella pillaría alguna conversación.

–Pero el golpe salió mal.

–Sí, nos sorprendieron en plena faena –los ojos grises del hombre se achican–. Salió mal, pero que muy mal, con Bernardo muerto.

Ya ha acabado el cigarrillo y mira con intención el paquete del abogado, inerte sobre la mesa. ¿Puedo cogerle otro?, pregunta con timidez. Morilla le dice que sí, que se sirva cuanto quiera, y le acerca la lumbre del mechero.

–Para cuando salí del correccional se me habían esfumado muchas ilusiones. Yo siempre quise ser marinero de la armada de guerra. Pero, teniendo antecedentes, todo se me fue al agua, nunca mejor dicho –el viejo ríe su propia

gracia—. Al final hice la mili en Jaca. Ya ve usted: entre montañas y con nieve hasta el corvejón. Yo quería ver mundo y no me he movido de la ciudad, hasta vivo en la barriada de entonces.

—Debieron ser tiempos oscuros —valora Morilla.

El hombrecillo reflexiona mientras da caladas al cigarrillo.

—Todos tienen su parte oscura, algunos más que otros, no se lo niego. Pero también tuvieron sus claros. ¿Acaso nos quedaba otra a los que vivimos entonces? A cada cual le toca una época y a mí me tocó la mía. Bien pensado, siempre ha sido así: la gente sólo quiere un sitio donde dormir, algo que llevarse a la boca y vivir más o menos en paz.

Parece cada vez más abatido y Morilla le lanza otra pregunta: ¿qué fue de Lucía?

—Desde entonces que no sé nada de ella.

—¿Y de María?

Molins apura el cigarrillo. Relata que se vio sola de un día para otro. Repudiada por el vecindario y en la calle -el piso estaba alquilado a nombre del padre de Bernardo- y abocada a ejercer de prostituta.

—Sus padres no la quisieron recoger. Eran gente cerril y no le perdonaron la deshonra de haberlos abandonado para irse con Bernardo. La pobre tuvo mal final. Se metió donde no debía y un día acabó destripada en un soportal, acuchillada por su chulo.

El hombrecillo da un último y triste sorbo a su cerveza. Quiere irse.

—¿Necesita algo más de mí?

—De momento no —le dice Morilla, aunque enseguida le formula otra pregunta—: ¿Cómo ha sabido que el señor Casamichana estaba ingresado en este hospital?

—Me telefonaron. Se ve que llevaría escritas mis señas en un papel de la cartera y los del hospital se lo encontraron. Digo yo que mirarían en el listín de teléfonos. Ya se figurará usted el sobresalto que me llevé: volver a saber del pobre Enrique en estas circunstancias.

Me vuelvo para arriba, dice. Si se despierta su amigo llámeme, le ruega Morilla, y le tiende una de sus tarjetas. Mientras el viejo endeble se aleja, a Morilla se le viene a la memoria una melodía nostálgica. Una cancioncilla de Juan Manuel Serrat que glosa el reencuentro de dos viejos amigos que, medio siglo después, se cuentan su vida mientras se recrean contemplando a una moza, como si el tiempo no hubiera pasado. Pero parece que para Enrique Casamichana y para este hombre ya no hay lugar para la poesía.

Sandra ha acabado definitivamente de reorganizar el bufete y la portera ha limpiado a conciencia. Nadie diría que, dos noches atrás, aquello era un campo de batalla. Antes de marchar, la secretaria le ha dejado preparada la lista con las obligaciones que debe atender a la mañana siguiente. Sin excusa ni pretexto -ha escrito en mayúsculas y subrayado con dos trazos del bolígrafo-, que tenemos la faena muy atrasada.

La torreta está instalada y Morilla repasa los cables. La nueva adquisición está conectada al teclado y a la pantalla, supervivientes del expolio. Oprime el encendido y el aparato arranca con el murmullo del aire que se escapa por la rejilla de ventilación. Todos los archivos vuelven a estar disponibles. La chica ha sido previsora y nada parece haberse perdido. A un lado de la mesa yace un *pendrive* de cuatro gigas enganchado a un *posit* amarillo, en el que ha garabateado: copia de seguridad. Y, por si hubiera dudas, ha añadido: Santi, cópiatela en el ordenador de tu casa. Qué haría sin ti, piensa el abogado.

Apaga el aparato y se acerca a la ventana que da al Palau de la Música. Llueve otra vez. Mejor dejo la moto aquí y me vuelvo a casa en tren, planea. Baja la persiana, mete la memoria electrónica en su macuto, recoge el impermeable y el paraguas y se va hacia la puerta. La abre al tiempo que cierra el conmutador de la luz. Que no se me olvide conectar la alarma, se recuerda.

Iluminado por la claridad que entra de afuera, empieza a teclear la clave. A punto de apretar el rearme, percibe sobre la mesa de Sandra el destello intermitente del piloto que anuncia que hay mensajes pendientes en el

contestador. Se acerca y le da al arranque.

Santiago Morilla -le interpela una voz bronca, con acento extranjero-, esto sólo ha sido una advertencia. No sabes dónde te estás metiendo. Si continúas jodiendo tendremos que hablarte de otra manera. Ni se te ocurra llamar a la policía: sabemos dónde vives y dónde encontrar a tu familia.

## 14

Se ha quedado agarrotado, medio a oscuras. Con el impermeable puesto, la bolsa colgada del hombro y el paraguas en una mano. No hay otros mensajes y el contestador se detiene. Mil sensaciones se le agolpan, atropelladas. Por encima de todas, una perplejidad absoluta. Y un vértigo en el estómago.

Está familiarizado con la violencia, las vejaciones y las amenazas. Pero siempre las ha vivido a través de las carnes de sus clientes, nunca en primera persona. Cuando al ganar un juicio ha padecido el resentimiento de un rival, siempre ha optado por agachar la cabeza y poner tierra de por medio. Dos no se pelean si uno de ellos no quiere, es otra de sus máximas. Y aunque a veces le ha asaltado un sentimiento de cobardía, lo ha desterrado de inmediato: un hombre prudente sobrevive para seguir luchando al día siguiente; o el que ríe último ríe mejor; u otras frases del mismo estilo, repetidas para redimirse ante sí mismo.

Pero ahora es distinto, ahora están amenazando a su familia.

Duda qué hacer, incapaz de ordenar ideas.

Rebobina y vuelve a escuchar. Su primer pensamiento coherente es llamar a la policía. Pero la advertencia es clara. Sin descolgarse la bolsa del hombro, deja el paraguas al lado del contestador y marca un número. El detective Román le contesta que no se mueva y que no toque el aparato -no vayas a borrar el mensaje sin querer, le ha advertido-; le dice que sale de inmediato, que en un suspiro está ahí; estate al tanto de mi llegada y no le abras a nadie.

-Yo diría que el que habla es de la Europa del este -opina Andrés Román,

preocupado—. ¿Tienes idea de por qué te amenaza?

Escuchan la cinta una vez más. La voz no refiere el motivo.

—Es evidente que no se trata de una confusión: te nombra nada más empezar. Y sólo hace dos días que te han puesto el despacho patas arriba. ¿Has echado en falta algo que pueda darnos una pista?

—No, ya te dije que no se me han llevado ningún documento. Sandra está completamente segura.

—¿En los ordenadores tenías algo comprometido, algo que pueda relacionarse con la llamada?

Morilla repasa los casos que ha llevado, hasta donde le alcanza la memoria. Enumera los que actualmente están en curso y contesta: en los ordenadores no había nada que no estuviera también en los archivos.

—No sé, tal vez algún asunto peliagudo... —propone Román.

No, le asegura Morilla: nada que exceda de lo usual.

—¿Te ha ocurrido últimamente algo fuera de lo común? ¿Has tenido la impresión de que alguien te seguía por la calle? ¿Te ha extrañado ver a una misma persona en lugares distintos, en un mismo día?

—Sólo a Casamichana.

—¿Casamichana? ¿No es el tipo del que me pediste que hiciera averiguaciones?

El abogado asiente y relata los últimos acontecimientos en los que se ha visto involucrado el marinero.

—No hay que descartar ninguna posibilidad —concluye el detective—. ¿Crees que tiene algo que ver con el destrozo de la oficina y con la llamada?

Morilla hace una pausa antes de contestar. Recuerda lo chocante que le resultó encontrárselo por segunda vez -pocas horas antes de que me entraran en la oficina, recapacita-, y cómo se esfumó al verse descubierto.

—Puede que te estuviera siguiendo, ¿se te ocurre por qué?

—En absoluto.

—¿Has averiguado algo más de él, aparte de lo poco que yo te pasé?

Morilla lo pone al corriente de cuanto ha ido reconstruyendo, entre lo leído en la hemeroteca y las confidencias de Joaquín Molins.

—¿Dónde guardas el expediente de ese caso?

Morilla rebuscar la carpeta que se le demanda, en los estantes pulcramente reclasificados por Sandra. Aquí la tengo, dice. Leen los folios. Este tipo le tiene fijación a liarse a mamporros, observa el detective, y también él repite la valoración que hiciera el inspector Gutiérrez cuando telefoneó a Morilla al día siguiente del altercado.

—No se me ocurre qué puede tener que ver con la llamada. Piensa en otra alternativa.

Pero por más que Morilla se empeña, ninguna idea viene a aportarle luz.

—Está bien, déjalo estar por ahora, no te rompas la cabeza. Pero repasa todos tus expedientes. Por huevos has de acabar dando con algo.

—¿Y mientras tanto qué hago? —pregunta Morilla, mirando el contestador con aprensión.

—Llama a la policía.

—No puedo hacerlo, Andrés —dice afligido.

—Llama a la policía, hazme caso.

—¿Es que no lo has oído? Lo dice bien claro: me amenaza con hacer daño a mis hijas si hablo con la policía.

Vuelve a darle al arranque y escucha la voz, que cada vez le suena más siniestra.

—Si lo escuchas objetivamente —le hace ver el investigador—, en ningún momento habla de ellas. Más bien suena a amenaza genérica.

—No quiero arriesgarme.

—Pero tampoco te puedes quedar cruzado de brazos —e insiste—: llama a la policía.

—¿Y qué les digo? ¿Que no tengo ni idea de por qué me envían ese mensaje? ¿A quién van a buscar?

Andrés Román está en total desacuerdo con la decisión del abogado y así se



lo dice.

–Según tú –razona Morilla, que empieza a centrarse–, el que habla suena a yugoslavo o de algún país del entorno.

–El acento de ese tío pudiera ser una pista. Pero muchos pistoleros se han trasladado a la Unión Europea desde que acabaron las guerras del este, y cada vez son más los que les encargan trabajos. Piensa en alguien que te tenga ojeriza o que quiera vengarse de ti.

La palabra pistolero provoca un nuevo sobresalto en el abogado.

–He de repasar a conciencia todos mis casos. Luego ya decidiremos qué hacer.

Andrés Román se empeña en acercarlo a su casa. Antes de salir recoge la cinta del contestador, se la guarda en un bolsillo y él mismo inserta una nueva en el aparato. La necesitarás si decides ir a comisaría, te la custodiaré en mi caja fuerte.

El detective se ha adelantado, traspasa el portal y escudriña la calle con cautela a un lado y al otro, antes de dejar salir a Morilla. Cada dos por tres mira el retrovisor, por si alguien les sigue.

–¿Vas a poner en aviso a tu ex?

–No quiero preocuparla antes de tiempo –responde Morilla después de pensárselo.

Román rumia un buen rato antes de hacerle una propuesta.

–Te voy a poner una contravigilancia.

Morilla se lo queda mirando, sobrecogido.

–¿Un guardaespaldas? –pregunta antes de rechazar rotundamente la oferta del detective–. No quiero tener a un matón constantemente a mi lado.

–Una contravigilancia es un sistema indirecto de protección. No se trata de endosarte a un gorila que te acompañe hasta cuando te sientes a cagar. Pero te seguirá discretamente, protegiendo tu entorno y detectando posibles amenazas. Tú ni lo verás. Y sólo actuará si cree que estás en peligro.

–Mira, Andrés, te lo agradezco; pero mi respuesta es que no.

–Solo serán unos días, hasta que veamos cómo evoluciona todo.

–No –se muestra determinado el otro–. Me pasaría el día buscándolo a mi alrededor y aún me pondría más nervioso. No es una buena idea.

Morilla es inflexible y Andrés Román claudica.

–Al menos déjame que se la ponga a tu mujer y a tus hijas.

Santiago Morilla trabaja en el ordenador de su piso hasta la madrugada. Primero ha descargado la copia que Sandra le ha hecho en el *pendrive* y luego repasa todos los archivos y registros. Antes de irse a la cama ha seleccionado media docena de casos. Pero a cada vuelta que les da, se reafirma en que la clave está en el marinero. Enrique Casamichana huyó en mil novecientos cincuenta y tantos tras un robo frustrado, dejando tras él a un amigo muerto y a otro en la cárcel. Después de una vida vagando en buques mercantes, regresa hace un par de semanas con otra identidad, para ser detenido a raíz de una reyerta. Al poco es apaleado sin piedad. Y a él le entran en el despacho.

Demasiadas coincidencias.

Tal vez todos tengan razón y el marinero no sea más que un pendenciero. Pero, de no ser así, ¿qué secreto guarda Casamichana para que, recién llegado, le den caza con tanta saña? ¿Qué es lo que buscaban en el despacho de Morilla y por qué creen que se lo ha transmitido a él? Debe ser algo importantísimo. Si no, no se explica el minucioso registro de hace unas noches. Y luego esa voz tajante: no sabes dónde te estás metiendo, tendremos que hablarte de otra manera.

Está molido cuando suena el despertador. Se ducha y sólo se prepara un café. Al salir a la calle se sorprende espiando presencias extrañas a un lado y al otro. Recorre el camino que le lleva a la estación con paso apresurado y su mirada fiscaliza con sospecha a los compañeros de vagón. Sandra le recuerda las citas del día.

–Esta mañana estaré ocupado –responde–. Tendrás que anulármelas todas.

La chica protesta: ya te he rehecho el calendario dos veces, Santi. Pues tendrás que ajustármelo otra vez, contesta Morilla con aspereza.

–Coño, tío, que nos va a pillar el toro.

Sandra no se amilana y él se encierra en su cubículo. Aparta las carpetas que la chica le ha preparado sobre la mesa, enciende el ordenador, se acerca el teclado y repasa una docena de expedientes. Aquí no hay nada, concluye de nuevo. Un gorgoriteo en el estómago le recuerda que anoche no cenó y que tampoco ha desayunado.

–Si alguien llama, asegúrate de quién es antes de abrir –previene a Sandra, a punto de salir.

Ella se lo mira.

–¿Qué está pasando, Santi? No me asustes...

Morilla no le ha referido la llamada amenazante y prefiere no inquietarla.

–No ocurre nada, pero toda precaución es poca.

Hoy no está la chica habitual del bar y en su lugar le sirve otra aún más joven. El negro absoluto de su ropa contrasta con el cabello teñido de azul. Un mechón le cae desde la mitad de la frente hasta los labios, acentuando la palidez extrema de su rostro, rota por unas ojeras oscuras y profundas. Es de una delgadez rayana en la fragilidad.

Por fin ha salido el sol, después de tres días de lluvia intermitente. La moto le aguarda donde la dejara anoche, en la esquina con Junqueras, entre las muchas aparcadas en hilera. Mira en derredor mientras se acerca. Un chico está asegurando la pitón del ciclomotor que acaba de dejar y otro se ha calado el casco y se dispone a iniciar la marcha. Ningún peatón levanta sus sospechas, nadie le presta atención. Revisa su máquina, primero a distancia y luego de cerca. Todo parece estar bien. Antes de subirse introduce la llave en el cláusor. La gira, aprieta el freno, cierra los ojos con aprensión y pulsa el arranque.

El motor se ha encendido sin contratiempo, obediente como cada día. Reabre los ojos. ¿Qué te esperabas, que te hubieran puesto una bomba? Se ríe de sí mismo, inmensamente aliviado.

Toma el casco, se pone los guantes y cabalga la moto. Arranca aprovechando un hueco entre los coches y en diez minutos se planta en el

Clínico. Sube directamente a planta. El cubículo está vacío y se acerca al mostrador de las enfermeras. El semblante de la que le atiende lo llena de malos presentimientos. Lo hemos trasladado, le comunica. ¿Se le puede visitar? Imposible, su gravedad lo impide, lo sentimos mucho. ¿Quiere hablar con el doctor?, le ofrece. Pero él dice que no, desanimado.

–¿Se fijó usted en el hombre que vino ayer a verlo?

–Sí, un señor delgadito –hace memoria ella–. No, hoy no ha venido.

–¿Saben dónde podría encontrarlo?

La enfermera le dice que no, que al no ser un familiar directo tampoco tomaron nota de su teléfono; que pregunte en administración, a ver si allí le pueden dar respuesta.

–¿Me haría un favor? ¿Si vuelve le podrían decir que necesito hablar urgentemente con él? –ruega mientras entrega una de sus tarjetas.

Ésta la lee y va a depositarla en el expediente del enfermo. No guarde cuidado, si vuelve le daremos el recado. Morilla le da las gracias.

Hay una cola interminable ante el mostrador de administración, donde un par de auxiliares no son suficientes para atender las demandas que les hacen. Morilla se arma de paciencia pero su espera resulta inútil, allí no conservan el dato que les pide. Tampoco en información de Telefónica pueden darle referencia de Joaquín Molins. A pie de moto, abre el listado de llamadas efectuadas con su móvil en los últimos días. Las repasa hasta encontrar la que hizo el viernes por la noche a la comisaría del Raval. Pulsa la tecla de rellamada y solicita que le pasen con el inspector Gutiérrez. Yo no llevo el caso, le informa éste, pero sé que los compañeros de judicial han estado indagando por el barrio.

–Nadie parece haber visto nada. Ya se sabe cómo es la gente: nadie quiere problemas, nadie sabe nada. Al lado hay una caja de ahorros, pero las cámaras sólo pillan lo que pasa dentro y poco más. Únicamente tenemos lo que recogió la primera patrulla: que había sido una pelea con otros dos individuos, y punto. No se preocupe, le tendré al tanto en cuanto sepa algo más.

Si soy incapaz de averiguar el motivo -se propone Morilla-, no me queda

más salida que localizar a los autores de la paliza y preguntarles el por qué.

## 15

La plaza de Sant Pere está casi a medio camino entre Vía Layetana y el Arco de Triunfo. Tiene forma de triángulo invertido que apunta en dirección a un mar invisible, ante el que se interponen muchas travesías. Morilla detiene la motocicleta frente a la oficina bancaria, despliega el caballete e inspecciona el pavimento palmo a palmo, sin hallar nada fuera de lo común. ¿Qué te esperabas?, se pregunta. ¿Acaso un manchurrón de sangre en el lugar donde cayó, o una silueta recortada en tiza? No, una silueta no, por supuesto: las siluetas son para cuando se ha asesinado a alguien. Aunque puede que el resultado sea el mismo, al final.

La iglesia ocupa la parte más alta de la plaza y hay que remontar siete peldaños hasta el rellano que antecede al pórtico, desde donde se avista todo el espacio. Un mendigo se ha sentado en el segundo escalón. Dentro, nadie ocupa las bancadas de madera. El templo estaría completamente vacío de no ser por dos turistas que fotografían el interior de las tres naves, rematada cada una de ellas en un ábside. Morilla retrocede hacia la salida y descubre un despachito al fondo, desapercibido cuando entró.

—Unos policías vinieron a ver al párroco ayer por la mañana, preguntando lo mismo que usted. También hablaron conmigo.

La mujer que le habla es pequeña y regordeta. Aunque no viste hábito, a Morilla se le figura que debe ser la hermana encargada de atender a las visitas, pasar la escoba y clausurar el templo tras el último oficio.

—La iglesia estaba cerrada a esa hora. Pero aunque hubiera estado abierta, los muros son gruesos y desde aquí dentro no nos habiéramos percatado de nada.

—¿Hace mucho que usted profesa en esta iglesia? —le pregunta, inseguro de haber acertado con la nomenclatura eclesiástica.

–Yo soy seglar –lo corrige la mujer, y aclara por si acaso–: no soy monja, tan sólo una devota de San Pedro. Ayudo al párroco en sus labores y también en la catequesis.

Morilla supone que la mujer ha de vivir en las proximidades.

–En el barrio se habrá comentado el asunto.

–No le sabría decir, yo me paso el día aquí dentro y casi no hablo con nadie de fuera. Antes sí, antes era diferente. Los vecinos nos conocíamos, nos veíamos por la calle y nos saludábamos. Pero ahora esto se ha llenado de extranjeros. No tengo nada contra ellos, líbreme Dios, pero no hay la misma confianza de antes. ¿Ha preguntado por los bares o en la farmacia?

Morilla vuelve a avizorar la plazoleta desde el rellano. El mendigo que ha visto al entrar es uno de los muchos que a diario duermen en los soportales del barrio viejo, con sus exiguas pertenencias a cuestas. Éste lo hace en un carrito que habrá distraído de algún supermercado. A Morilla le suena de cuando camina entre su oficina y la estación, aunque nunca le ha prestado mayor atención. Igual ha visto algo, o hasta pudiera ser uno de los que apalearon a Casamichana. Se le acerca, pero el vagabundo se levanta indolente al verle llegar y ni contesta a su saludo. Está hecho a que lo expulsen de todos los sitios y desaparece por un lado de la plaza, empujando sus bártulos.

En ninguno de los bares vieron nada. Tan sólo alcanzaron a oír la refriega y llamaron a la policía. El encargado de uno de ellos está arreglando la terraza que cada mañana arma en la plazoleta y le precisa dónde se lió el rifirrafe.

–Fue ahí mismo –señala justo donde Morilla ha aparcado–. Pero sólo llegamos a ver al hombre tumbado, los otros ya habían huido.

Al lado hay una farmacia de las antiguas, con la fachada forrada en madera y estanterías repletas de añejos frascos de boticario.

–Eran dos –le dice el farmacéutico– y le dieron un palizón. Lo dejaron tirado como a un guiñapo. Yo salí a socorrerlo, el oficio me obliga.

–¿Usted vio empezar la pelea?

–No, lo poco que sé es lo que me han contado.

–En comisaría me han dicho que no hubo testigos.

–Sí que los hubo, pero todos son inmigrantes sin papeles y no quieren tratos con la policía. Antes de que llegara la patrulla me aseguraron que el hombre mayor se había ido de malas formas hacia los otros dos, y que éstos no dudaron en responderle violentamente.

–Entonces –recapitula Morilla, descorazonado– fue el herido quien empezó la reyerta.

–Eso me dijeron y eso dije a la policía nacional.

–¿Usted vio a los agresores?

–Ya le he dicho que no, que cuando salí habían desaparecido. Sólo sé que eran dos. Mala gente y muy peligrosos, a juzgar por cómo se encarnizaron.

Morilla telefonea a su secretaria y ésta le traspasa las novedades habidas durante su ausencia. Ya está todo al día, le asegura; bueno casi todo: nos falta que el hombretón de la casa se ponga las pilas.

–Sandra –el abogado endurece la voz a través del teléfono–, déjate ya de indirectas, por favor. No me hagas contestarte algo de lo que me arrepentiría.

–Como quieras –le responde con dignidad–, tú sabrás lo que te haces. Te han traído unos pliegos que has de firmar. ¿Estarás de vuelta antes de la una?

Morilla consulta el reloj de muñeca y contesta que no, que irá directamente a comer. Déjamelos sobre la mesa, le indica.

–¿No quieres saber de qué van? –pregunta preocupada por la apatía en la que parece sumido su jefe–. Es sobre la apelación por el edificio que nos quieren derribar en el Fórum.

Morilla ha de reconocer que Sandra se toma a pecho su trabajo, hasta el punto de hacer suya la contienda que lidera el anciano Llansó.

–Aún no he acabado el escrito, esta misma tarde me lio con él, te lo prometo –intenta redimirse, y añade con sentimiento–: Sandra, te agradezco de corazón que te preocupes tanto, no sé qué haría sin ti.

Se hace un silencio embarazoso.

–Bueno, tampoco te pases –intenta bromear ella, al fin–. Si mi novio se

entera de que te pones tan meloso, acabará cogiéndote celos.

Morilla busca un restaurante con ventanales donde sirvan menú. Encuentra uno en la calle Pintor Fortuny y estaciona. Aún es pronto y la clientela está formada exclusivamente por turistas, habituados a otros horarios. El camarero le ofrece una mesa individual, ajustada entre la cocina y una columna, pero Morilla quiere la que están dejando dos chicos italianos, pegada a la cristalera desde la que podrá vigilar su moto.

Sobre la barra reposa un diario desajustado por el uso. Se hace con él mientras aguarda a que el empleado retire los platos de postre, los vasos y la cubertería que han empleado los anteriores comensales. Pasa una bayeta, sustituye los arrugados mantelitos de papel por uno nuevo e indica al abogado que ya puede tomar posesión de la mesa. ¿Qué querrá para beber?, pregunta, y Morilla pide una cerveza de barril, pequeña. Mientras inspecciona la portada del periódico, va ojeando la moto. China anuncia que recortará el gasto público destinado a grandes infraestructuras. El pesimismo alcanza a las clases populares en Alemania, que temen una caída en las prestaciones sociales. Una película de Almodóvar abrirá el festival de Cannes. El fórum sigue a medio gas y hay dudas de que se cubra la inversión.

La copa helada marca un círculo húmedo cuando el camarero la planta en una esquina del mantel. ¿Ya sabe qué será de primero?, le requiere blandiendo el talonario de notas y un lápiz diminuto.

—¿No tienen hoja de menú? —pregunta Morilla, y el camarero le señala la plana que hace de mantelería.

Morilla retira el diario y descubre impresa la carta de platos. Antes de leerla lanza una mirada furtiva en derredor. La mayoría ha pedido paella, el plato que todos los restaurantes ofrecen los jueves.

—Aquí la ponemos a diario —asegura el empleado—, es el plato nacional, *typical spanish*. Hay turistas que la piden hasta para cenar.

—¿Me la recomienda?



–En la cocina están acabando otra. Si no tiene prisa le traigo un plato recién hecho, en cuanto terminemos de despechar la de ahora. ¿La paella irá de primero o de segundo? –le da a elegir.

Encarga una ensalada de entrante y retoma el diario. En Madrid, la policía refuerza las medidas de seguridad dispuestas para el enlace matrimonial del heredero de la Corona. Siguen preocupando las mafias europeas: son secuelas de las guerras balcánicas y de la desmembración conflictiva de muchos países, tras la caída de la Unión Soviética; o así lo afirman los expertos. Al pie de la noticia se narra la altruista labor de reconocimiento que algunas ONGs llevan a cabo en las zonas que han padecido conflictos. El redactor hace referencia a un equipo de la universidad de Barcelona, ocupado en rastrear crímenes de guerra. El catedrático Juan Salas -recoge el diario- vincula a estos personajes con las redes criminales que fructifican en occidente.

Morilla se percata de que se trata del mismo Juan Salas que a él le trae de cabeza. En un recuadro se resalta su deslumbrante currículum y se informa de que en las próximas semanas se celebrará un congreso internacional con un elenco de reconocidos eruditos en la materia, donde el profesor será la figura estelar. La ensalada amenaza con atragantársele en la garganta, en mala hora conoció al tipejo en cuestión. Lo último que se le ocurriría sería acudir al evento, por mucho que el nombre de su cliente merezca letras de molde en la prensa del día. Voltea las páginas, dispuesto a olvidar al personaje.

El camarero sustituye el extinto plato de verde por otro con arroz humeante, y Morilla le entra al ataque. No está mal, valora. Acostumbrado a la ración congelada que algún que otro domingo se prepara en casa, ésta de hoy le sabe a delicatessen. Encarga la segunda cerveza y se adentra en la sección de economía. Bruselas pedirá que se devuelvan las ayudas concedidas a los astilleros españoles. El asunto huele a fraude, piensa, y le vienen a la memoria las comisiones del lino y otros escándalos similares. Mal rollo. Lee muy por encima la noticia y pasa la página. Para descubrir la segunda sorpresa que le depara la prensa: Beatriz Villegas aparece medio desenfocada en la fotografía que

acompaña a la siguiente crónica.

La hostia, se exclama.

El camarero pasa a su lado y se vuelve a mirarle el plato. ¿Le ha gustado?, pregunta con satisfacción. Sí, estaba muy buena. ¿Le pongo algo de postre? No, sólo un café descafeinado de máquina, por favor.

Es ella, se cerciora ajustándose aún más las gafas de lectura. La mujer aparece en segundo plano, inmediatamente detrás de un hombre de edad avanzada. La imagen se ha tomado en la calle y al fondo reconoce la escalinata y la entrada de los juzgados próximos al parque de la Ciudadela. El fotógrafo ha dirigido su objetivo sobre el hombre, para centrar la atención del lector: es el constructor Julio Portolés, contra quien se han abierto diligencias por presuntas irregularidades, así reza un escueto titular. Y debajo se lee: el fiscal le acusa de estafa, al vender pisos afectados por aluminosis a sabiendas de que no se había hecho un mantenimiento adecuado.

El mundo es un pañuelo, se dice Morilla pasmado, porque reconoce en él al cliente que abandonaba el despacho de Beatriz la tarde en que fue a tratar la marcha de su denuncia. Y porque Portolés es el nombre de la firma donde entraron a robar Enrique Casamichana y los suyos, hace cuarenta y tantos años.

## 16

El redactor del diario hace referencia a tres bloques de pisos levantados a mediados de los setenta en el Pueblonuevo, un barrio popular de la ciudad. Los pisos no fueron puestos a la venta, sino que los Portolés se los reservaron como activos de la firma, destinándolos al mercado de alquiler. En la década de los noventa, al estallar la crisis de la aluminosis, el propietario garantizó a todos los arrendatarios que las viviendas estaban en perfecto estado. Así lo avalaban -aseguró- los estudios realizados. Esta promoción se había levantado tras la fiebre constructora que invadió la ciudad desde finales de los cincuenta, y se supone

que en los setenta ya nadie utilizaba materiales perniciosos, lo que era una garantía añadida.

El barrio es ahora una isla entre la Villa Olímpica y los despojos de la zona industrial. Los edificios están algo más al norte de la zona remodelada por las olimpiadas, y Portolés se decidió a venderlos para hacer *cash* con el que financiar los proyectos que florecían impulsados por la Barcelona del noventa y dos. Tres cuartas partes fueron adquiridas por los inquilinos de entonces. Del resto se hizo cargo una empresa que el propio Portolés había constituido para proseguir con los alquileres, con la consigna de ir vendiéndolos a medida que quedaran libres de ocupantes o cuando el momento fuera propicio.

El litigio parte del año dos mil, cuando se descubrió el pastel a raíz de las reformas en la terraza de uno de los bloques. “Si nos tiran las casas”, cuenta un afectado, “cien vecinos nos quedaremos en la calle, entre propietarios y arrendados.” “El ayuntamiento no hace absolutamente nada”, se queja otro, “dice que la responsabilidad es de quien nos vendió los pisos”. El fiscal está investigando a Julio Portolés. Considera que ha habido una dejadez en el mantenimiento de las que aún mantiene alquiladas y sospecha que ya conocía los defectos estructurales de las que vendió.

Portolés es el apellido de la familia a la que Enrique Casamichana robó, se repite Morilla. Rescata su cuadernillo de bolsillo, por si se hubiera confundido. Allí está la anotación hecha en la biblioteca mientras seguía la pista de Enrique Casamichana. No hay duda: Julio Portolés es el heredero del despacho desvalijado.

Nada es por casualidad, le dicta la experiencia.

El comedor está en un momento de transición: cuando, en un segundo turno, la clientela autóctona viene a sustituir a los turistas. Mientras unos van desalojando, otros esperan impacientes una mesa vacía. Morilla descubre sobre la barra otro diario, distinto al que está leyendo. Va a levantarse, para apropiárselo momentáneamente, y percibe que una pareja de los que aguardan en pie suspira con alivio, ante la promesa de un sitio libre. Detrás esperan tres

hombres con pinta de comerciales, dos mujeres de mediana edad, un estudiante y, luego, una nutrida cola que culmina ante la misma puerta con un hombre moreno que luce una perilla negra: todos sin excepción espían las intenciones del abogado, a ver si por fin se decide a levantar el culo del asiento.

A Morilla le entra el apuro. Prescinde de consultar aquel otro diario y da un último sorbo a su café, ya frío. Se levanta y salda la cuenta. Deja la motocicleta sin vigilancia mientras gira en la esquina con las Ramblas. Se enciende su cigarrillo del mediodía y a pocos metros avista un quiosco. Curioseas las portadas de los diarios. En uno aparece un titular y Morilla compra el ejemplar, que ojea allí mismo.

El noticiero reproduce las declaraciones del constructor, que se defiende asegurando que él es una víctima más. Que, de hecho, esos bloques de pisos no fueron levantados por su constructora, sino que los encargó a otra empresa. El periodista pregunta si se llevó a cabo un mantenimiento adecuado y reproduce la respuesta que llega por boca de Beatriz Villegas: se atendieron diligentemente las labores de conservación que marcaba la ley, en tanto las viviendas fueron propiedad de la firma.

Para defender sus intereses, las tres comunidades se han puesto de acuerdo para contratar un abogado. “Todavía existen pisos alquilados que figuran a nombre del encausado”, apunta éste, pero Beatriz reitera que la filial de Portolés está al corriente en cuanto a conservación de lo que aún le pertenece. Añade que se han encargado estudios periciales solventes para determinar si los inquilinos realizaron obras ilegales que hayan propiciado el deterioro. “Claro que hemos hecho obras”, se recoge el testimonio de un afectado: “pero han sido las mínimas, para reparar desperfectos.” “Los pisos eran pequeños”, afirma otro, “en algunos hemos cerrado la galería, pero poco más.” “Que no quieran cargarnos el mochuelo a nosotros”, exige un tercero.

Aluminosis, ¿quién no ha oído hablar de ella? Morilla sabe que es una patología que atacó a bastantes edificios construidos durante el bum inmobiliario

que se inició tras pasada la mitad del siglo anterior, y que se reveló dramáticamente en los noventa. Que se ha manifestado tanto en construcciones públicas como en privadas, aunque sus efectos han sido más sangrantes en estas últimas, al afectar a gentes con limitados recursos. Que se plantearon innumerables litigios en los tribunales -él no ha llevado ninguno- y que se han derribado muchos bloques. Y poco más. Como mucho, que cuando Nuria y él compraron el piso del Masnou se aseguraron de que el notario reflejara en la escritura que el inmueble estaba libre de vicios, ya fueran visibles u ocultos. Por si acaso.

Necesito saber más, reflexiona Morilla.

-¿Me llama para decirme que han encontrado al tío que me estafó? - pregunta Miguel Estébanez.

-Ya le recomendé a alguien para llevarle el asunto, yo no estoy al caso. No obstante, el detective me dice que las investigaciones van por buen camino -se inventa.

-¿Eso le ha dicho? Porque a mí me tiene en la inopia, no me cuenta nada.

-Ha de tener paciencia, estas cosas llevan su tiempo.

-Será como usted dice -concede el albañil-, pero para sacarme mil quinientos euros de adelanto le han bastado un par de minutos. Mil quinientos, que se dice pronto: doscientas cincuenta mil pesetas. Y esa cantidad es sólo a cuenta. ¿Para qué necesita doscientas cincuenta mil pesetas un detective? No lo veo claro.

-Son para cubrir gastos, entiéndalo.

-A ver si aún me va a salir más a cuenta olvidarme de lo que me han estafado. Porque mil quinientos son un pico de padre y señor mío. Y tampoco me ha garantizado que llegue a echarme a la cara a aquel sinvergüenza.

Andrés Román es sin duda un pirata, Morilla lo sabe, pero Miguel Estébanez tampoco se queda atrás. Le está bien empleado.

-Tengo dudas acerca de ciertas cuestiones que afectan a su ramo, señor Estébanez, y he pensado que usted podría ayudarme.

¿Quiere que nos veamos?, se ofrece el otro, pero Morilla prefiere mantenerle la distancia.

–No quiero molestarle, seguro que lo que preciso me lo puede pasar por teléfono. Tengo un tema de aluminosis y estoy algo pez en la materia.

–¿Le ha salido aluminosis en su casa?

–No, no –se apresura a desmentir Morilla–, pero llevo un caso relacionado con ella.

–Menos mal. Quiero decir que mejor para usted. Si le sale un piso con aluminosis, una de dos: o se lo vende antes de que nadie se entere, o se lo come con patatas.

–¿Usted no podría darme cuatro nociones acerca del problema?

–Seguro que un técnico se lo explicaría con más fundamento, pero la cosa se reduce a lo siguiente: a veces el hormigón armado se desportilla y la obra se debilita, y amenaza con irse a tierra si no se llega a ponerle remedio.

–¿Se puede remediar?

–Se puede intentar. Se pican los forjados o se descubren las viguetas, según sea el caso. O ambos, si están afectados los dos, y se les da un tratamiento que los proteja. Pero sólo si no están demasiado tocados. Si están muy tocados hay que ponerles un sostén donde se asienten las cargas.

–¿Cómo se hace eso?

–Si hablamos de viguetas, que es lo habitual, primero se apuntalan los techos.

–Perdone que le interrumpa: ¿qué son las viguetas?

–El nombre ya lo dice: vigas pequeñas. Se utilizan para fundamentar la solera del piso de arriba y echar los techos. Como le decía, se apuntala el techo, y si las paredes aguantan bien, se añade una jácena de hierro para que le haga de aguante.

–¿Y si las paredes están mal?

–Si las paredes están mal hay dos opciones: o gastarse un dineral, o derribar la finca. Tratándose de usted, quiero decir que siendo usted un amigo, le

aconsejaría lo segundo. Pero si el problema lo tiene algún conocido que no le sea demasiado allegado, puedo hacerle precio.

–Gracias, pero no es el caso. Dígame, ¿por qué se produce ese deterioro?

El contratista rumia una explicación que sin duda sobrepasa sus conocimientos.

–Eso ya son palabras mayores –le dice–. Si necesita una explicación técnica es mejor que recurra a alguien con más estudios. Pero si es para una reparación, cuente conmigo.

Morilla dice que sí al codicioso albañil; que no eche cuidado, que si precisa de algún profesional de su ramo, él será el primero a quien recurrirá.

–Si no le incomoda –le insiste el otro– le llamo de aquí a un par de días. Para saber algo de lo mío, ¿me entiende?

–No se preocupe, ya le llamaré yo –le contesta Morilla, sacándose de encima.

Miguel Estébanez será muy pesado, pero tiene razón: Morilla precisa de alguien que le documente a fondo. La persona adecuada podría ser Luis Pedrosa, el arquitecto a quien viera en la discoteca la noche que regresaba de la comisaría del Rabal.

Nos pasamos meses sin encontrarnos –le comenta Pedrosa al teléfono– y ahora, en menos de una semana, dos veces; porque fue el viernes pasado cuando nos vimos ¿no? Corrígame si me equivoco, a veces se me juntan los fines de semana –le dice–, y se ofrece a cerrar un encuentro para esa misma tarde.

–No quiero estorbarte en tus obligaciones. Si te cojo a contrapelo lo podemos dejar para mañana, o para el lunes.

–¿Estorbarme en las obligaciones? ¿En qué obligaciones? Oye, que me hice funcionario para no tener obligaciones –bromea el otro–. A eso de las seis o las siete me viene de perlas. Y mientras charlamos, nos vamos metiendo la primera ronda.

Morilla deja al empleado municipal haciéndose cábalas sobre la que podría ser una noche prometedor. Los jueves son cojonudos –le ha asegurado– porque

no tienes que esperarte hasta la madrugada para pillar: la repesca empieza a media noche; si antes de la una no has ligado, mejor recógete a casa.

Pero el abogado tiene otros planes y llama a Beatriz Villegas.

–Por supuesto que me apunto a cenar contigo, Santi –le confirma sin hacerse de rogar– yo siempre estoy dispuesta para lo que tú quieras.

El abogado contratado por los vecinos del Pueblonuevo se llama Jesús Alonso, según el diario. A Morilla se le hace familiar el nombre. Repasa en su móvil la extensa lista de contactos, sin hallarlo. Tal vez lo tenga en la agenda, cavila, pero ésta se ha quedado en el compartimento de la motocicleta. Sandra habrá iniciado ya su turno de tardes con el otro abogado, libre de las faenas extras ocasionadas por el desaguisado en el despacho de Morilla. Se decide a llamarla.

–¿Jesús Alonso? –repite ella–. Sí, aquí tengo su número. ¿Para qué lo necesitas?

Morilla se ajusta el telefonillo entre la oreja y el hombro izquierdo y anota en el periódico el número que Sandra le da.

–¿Sabes si hemos llevado algún caso con él?

–Más bien contra él. ¿Recuerdas el litigio que ganaste sobre un parquin en Badalona, hará seis o siete años? ¿Sabes cuál te digo? Pues Alonso representaba a la parte contraria.

Mal empezamos, piensa Morilla mientras hace memoria. No tanto del caso como del letrado con el que lidió en aquella ocasión: un recién licenciado que, ya mayor, había estudiado la carrera en la universidad a distancia. Un tipo alto, barbudo y con aires de suficiencia, al que se le notaba la falta de experiencia. Le ofreció un trato en los preliminares y Alonso lo rehusó, con soberbia. El pleito fue un paseo para Morilla.

–¿Crees que puede estar resentido conmigo? –pregunta por precaución.

–No lo creo –dice la chica–. Los abogados sois como los políticos: os decís hasta el nombre del puerco, en el estrado, pero luego quedáis tan amigos.



Oye, que no se te pase redactar el escrito de marras, lo machaca, pero Morilla cuelga. Añade el nuevo número a la lista de contactos de su teléfono y marca.

–Sí, claro que me acuerdo de ti. Y también del revolcón que me diste.

–¿Sigues enfadado?

–¿Quién dice que me enfadé? Yo podía ser un novato, pero no era un crío. Me diste una lección que nunca dejaré de agradecerte, y mi cliente era una mala persona, se merecía perder. Así que pelillos a la mar.

–¿Cobraste la minuta?

–Por supuesto. ¿Qué se te ofrece?

–Tengo entendido que estás llevando el asunto de unos pisos en Pueblonuevo, algunos de ellos son propiedad de la familia Portolés.

Al otro lado del teléfono se hace un momentáneo silencio.

–¿Tú también estás en ello?

–No, no, en absoluto. Pero he leído que los vecinos te han contratado.

–¿Qué te interesa de ese tema?

–Tengo un cliente que mantiene un pleito con Portolés –Morilla expone una verdad a medias– y me gustaría contrastar algunos datos.

Se vuelve a hacer el silencio. Alonso ha aprendido a desconfiar, sin duda.

–Portolés ha contratado a una abogada que se llama Beatriz Villegas, ¿sabes de quién te hablo? –le contesta.

Beatriz puede ser un escollo para tratar con Alonso, pero Morilla decide no ocultar su relación con ella.

–Sí, la conozco. Es mi amiga y me representa en un caso particular.

–¿Te refieres a lo de tu imputación?

Las noticias corren como la pólvora. A Alonso le habrá reconfortado ver que los abogados con experiencia también meten la pata.

–Si es tu amiga, ¿por qué no le preguntas a ella?

–Precisamente por eso: porque es mi amiga. Y porque mi cliente, al igual que los tuyos, va en contra de Julio Portolés.

El otro se lo piensa un par de segundos antes de responder.

–Aún no me has dicho qué te interesa saber.

–Dicen los diarios que puede que se conociera el mal estado de los pisos cuando fueron venidos. ¿Es así?

–Podiera ser –principia evasivo, pero luego se abre–. Estoy convencido de que hay pruebas suficientes que lo demuestran. Y el fiscal también lo está.

–Hace dos años que mantienes ese pleito en danza –observa Morilla, a quien se le está acelerando el pulso–. ¿Esas pruebas las tienes desde entonces?

–No. Pero recientemente me he hecho con ciertos documentos que demuestran que esa gente tenía por costumbre recurrir a malas prácticas ya desde antiguo.

Morilla piensa con celeridad. El robo cometido por Enrique Casamichana data de finales de los cincuenta, y los pisos del Pueblonuevo se levantarían diez o doce años después.

–¿No me puedes hacer un resumen de su contenido?

Por supuesto que no, le responde el otro.

–No te lo tomes a mal, pero creo que no debo decirte nada más al respecto.

Morilla lo entiende, pero no deja de hacer un nuevo último intento.

–¿Puedo saber quién te ha facilitado esos papeles?

–Tampoco. No te ofendas, Santiago, pero creo que ya estamos hablando demasiado de este tema. Discúlpame que te deje, tengo trabajo.

## **PARTE SEGUNDA**

El torturador sabe que la sangre que alberga el cuerpo de un adulto ronda el siete o el ocho por ciento de su peso. Que basta dividir éste entre trece -fatídica cifra- para aproximarse al monto total del rojo fluido: de cinco a seis litros. Así lo ha leído, instruyéndose en su oficio. No en vano, él es un profesional.

También conoce que cada latido impulsa ochenta mililitros de sangre, los cuales sólo precisan sesenta segundos para arribar al último rincón del organismo. Y que se tarda entre tres y ocho minutos en detener una hemorragia.

Que una pérdida del treinta por ciento del líquido sanguíneo pone en entredicho el funcionamiento del organismo; y que cuando ésta alcanza al cincuenta por ciento, la muerte es segura. Que uno puede desangrarse en segundos si se le secciona la aorta, o tardar horas si sólo se le inflige un arañazo en una vena. Y que se pueden provocar hemorragias invisibles que hay que controlar.

Ha experimentado -en carne ajena- que una única herida punzante en la femoral puede ser infinitamente menos dolorosa que el quebranto múltiple y prolongado. Que quien vierta hasta un litro y medio se sentirá débil, sediento e inquieto, y que se le acelerará la respiración. Pero que al llegar a los dos litros padecerá mareos y confusión, y perderá la consciencia, tornándose inservible.

El arte está en mantenerse en el filo, para que la pieza mantenga la lucidez de que no hay remedio al suplicio y para que el cerebro aún sea capaz de recuperar la información que se le requiera.

Es por eso que el torturador pregunta, golpea y ausculta. Sangra y restaña. Hiere, pero no mata hasta haber obtenido la expiación.

Enrique Casamichana escuchó la detonación y con la segunda no le cupo duda de que aquello eran disparos. Si lo que el sereno pretendía era que se detuviera, el efecto fue el contrario: el chico aceleró en su huída, zigzagueando como cuando el héroe de las películas saltaba de la trinchera y se enfilaba hacia el enemigo, hurtando el cuerpo a las ametralladoras. Sólo que Enrique no afrontaba el peligro: huía de él. Y lo hacía corriendo a cuanto le daban las piernas, con la vista encerrada en la inmediata docena de metros a su frente, entre la fachada y los alcorques de los árboles. Rebasando a toda máquina las farolas, saltando sobre los vacíos cubos de la basura dejados en la acera. Evitando un mal tropiezo que pudiera serle fatal.

Giró a su izquierda en cuanto pudo, temeroso de otra detonación que preludiara al proyectil que vendría a incrustársele en la espalda, derribándolo. Por detrás oyó el galope de alguien que le perseguía, cada vez más cerca. Cruzó la Gran Vía hostigado por el repiqueteo del otro, intentando perderlo. Dobló otra esquina. Volvió la cabeza y espió a su espalda, sólo un instante y sin aflojar la carrera, concentrándose de inmediato en el camino que tenía delante. Procesando la información que desde las pupilas se le abría hasta el cerebro, atropellado mientras calculaba una ruta de escape.

Es el *Quimet*, identificó, y giró otra vez el cuello. Sí, es él, confirmó.

Un nuevo vistazo le sirvió para comprobar que nadie les venía detrás. Volteó otra calle, trazando un recorrido que desde el centro de la ciudad callejeara hasta la Barceloneta. Abrió el campo visual a su alrededor, manteniendo el galope. Casi no se veían coches. La ciudad estaba desierta y él jadeaba y sudaba. El estrépito de sus zancadas se mezclaba con las de Molins, que ya le venía a un par de metros. Doblaron otra esquina y se refugiaron extenuados contra el primer portal, las espaldas adheridas a la pared bajo el balcón que colgaba por encima de sus cabezas.

–Escúchame –Enrique recuperó un mínimo de resuello, atento a reiniciar la huida de inmediato–. Hay que separarse –y al evidenciarse el gesto de pánico de

su amigo añadió, entrecortado—: Si seguimos juntos no tardarán en cazarnos.

Joaquín Molins se resignó y asintió a su pesar, mientras el pecho se le agitaba.

—¿Para donde ha tirado Bernardo?

Los ojos enrojecidos del muchacho se clavaron en los de Enrique. Alzó las manos teñidas en sangre. Tragó saliva y, tras varios intentos, su voz se hizo inteligible.

—Le han dado —gimió congestionado, y rompió a toser.

Molins fue a camuflarse entre las calles antiguas del barrio gótico mientras Enrique seguía por Caspe y atravesaba el paseo de San Juan, en un amplio rodeo rumbo a la Barceloneta.

Bernardo es duro y no nos delatará. No, no nos delatará.

Enrique estaba convencido y se lo repitió una y otra vez, mientras bordeaba las tapias del zoo, parándose de tanto en tanto para comprobar que era seguro proseguir su camino. A ratos se iba palpando bajo el pantalón. Aprisionado por el cinturón seguía el bulto que delataba el botín, descompensado por la marcha. Se lo acomodó para disimularlo.

¿Qué hora debe ser?, se preguntó a la vista de la mole de la estación de Francia. Debía llegar al mercado antes que Arsenio. Si el viejo mozo no lo encontraba, como cada madrugada, no podría justificar que esa noche la durmió bajo el mostrador. Pero llegaba tarde y de aquí a nada empezaría a clarear.

Bernardo los tiene bien puestos callará, continuó diciéndose, convencido. Pero aun así, la policía no tardaría en saber que los tres chicos eran una trinca inseparable.

Saltó las vías del tren que lo separaban del barrio y se camufló entre las hileras de los primeros que se encaminaban a las fábricas, imitándoles el paso cansino y la faz somnolienta, la cabeza encogida entre los hombros. El amo de la parada no era madrugador, si llegaba antes que él no estaría todo perdido. Avivó el paso en las primeras calles de la Barceloneta. Al pasar ante la casa de Molins

alzó la vista y percibió su silueta, al acecho tras las celosías de madera, atento a la llegada de Enrique.

De Bernardo podía fiarse, estaba absolutamente seguro, pero no pondría la mano en el fuego por Joaquín.

La actividad ya era febril en el mercado. Los mozos trajinaban sacos y cajas y las primeras clientas se apresuraban hacia las puertas recién abiertas. El bar de la esquina era un hervidero. Enrique pasó ante la cristalera a hurtadillas, espionando el interior. En una esquina vio a Arsenio, tomándose la primera cazalla con moscatel del día. Se coló agachado por el corredor de la parada en un instante en que los tenderos estaban distraídos, cada cual a su ocupación. Alzó la puerta enrollable sin estrépito, lo justo para escurrirse por debajo. Se puso con prisas su bata azul, encendió la luz, descorrió los pasadores y levantó ruidosamente las persianas del mostrador. Por último acabó de alzar la que hacía de entrada, justo a tiempo de ver llegar al señor Anguera. Tomó la carretilla presuroso y salió del puesto, para toparse de bruces con el amo de la tienda.

–¿Aún no te has traído el género de la cámara? –le preguntó el hombre, extrañado.

–Ahora iba, señor Anguera.

–A tu chico se le han pegado las sábanas esta mañana –clamó gracioso otro tendero, un par de puestos más allá–. Ahora mismo acabo de oírle abrir.

Anguera corrió la vista sobre el mostrador vacío y luego la fijó sobre el chico.

–Ponte a montar mientras me tomo un café –dijo–. Que cuando llegue mi mujer esté todo preparado –y se volvió por donde había venido.

La sangre. Enrique había evitado pensar en ella, en esa sangre que manchaba las manos de Joaquín. La imagen se le repetía machacona mientras colmaba la carretilla y la acarreaba desde las cámaras frigoríficas, para luego ordenar las viandas en el mostrador o suspenderlas de las barras. Tal vez esté malherido. O quizás Joaquín tuviera razón y estuviera muerto. Una sacudida le hizo apresurarse hacia el retrete, donde vomitó con estrépito.

A las seis llegó la señora Rosario y el señor Anguera pasó a la parada. Se embutió en el delantal y, como cada mañana, dio dos pesetas a Enrique.

–Vete a desayunar algo, ya me quedo yo aquí –le dijo mientras su señora despachaba a la primera clienta–. No te lo gastes todo, y tampoco te entretengas. Y quítate las legañas; y otro día procura no dormirte –le advirtió.

Aquella fue la última vez que Enrique Casamichana viera al matrimonio.

El café con leche humeante mitigó el regusto de bilis y le reconfortó las maltrechas entrañas. Bajo el pantalón seguía la bolsa, ahora recubierta por la bata de tendero. Daba el último sorbo cuando entró Joaquín Molins, ojeroso y descompuesto. Se había aseado y cambiado de ropa.

–Tenemos que entregarnos –soltó el chico a bocajarro.

Enrique le hizo un gesto enérgico para que bajara la voz, aunque nadie les prestaba atención.

–A Bernardo se lo han cargado, estoy seguro –susurró el otro, e insistió–: tenemos que entregarnos antes de que vengan a por nosotros.

Enrique agarró a su amigo del brazo y lo sacó a la calle.

–Lo vi caer al suelo y llegué o tocarlo –Molins volvía casi a chillar–. Lo que me quedó en las manos era sangre.

–No hay que ponerse nervioso antes de tiempo. Aún no sabemos qué ha sido de él –intentó tranquilizarlo–, pero Bernardo no es de los que se van de la boca a la primera.

Enrique intentaba sonar convincente, escondiendo sus propias inquietudes.

–Los dos oímos los tiros, ¿no lo entiendes? Bernardo está muerto –silabeó Molins.

–O tal vez sólo esté herido. Dime, ¿cómo sabes que lo han matado? ¿Puedes asegurarlo?

–Te digo que está muerto. Lo vi con mis propios ojos. Y a ti y a mí nos van a joder, por cómplices. Lo mejor es que nos entreguemos ahora, aún estamos a tiempo.

Molins estaba histérico. Pero quizás tuviera razón y la mejor salida fuera presentarse en la comisaría y confesar.

–¿En tu casa se han dado cuenta de que has pasado otra noche fuera? – preguntó

–Claro que no.

–¿Estás seguro?

–Segurísimo.

Se palpó otra vez el bulto del dinero. Pensó en Lucía y en que Molins era apenas un crío, poco le caería si lo cogían: ni siquiera había subido al despacho. Pero el desenlace sería diferente para Enrique.

–Escucha lo que vamos a hacer –improvisó–. De aquí a un rato te acercas a ver a la María. Mientras, yo me vuelvo a la parada. Y vigila, no sea que la policía ronde por la casa.

–¿A ver a la María? –se aterró Molins–. ¿Para qué tengo que ir? Ves quitándotelo de la cabeza. ¿Te crees que voy a tener cojones de decirle lo que ha pasado?

–No quiero que le digas nada, sólo que compruebes si la policía ha estado allí. Más tarde vuelves y me lo cuentas. ¿Me has entendido?

Pero Molins movió la cabeza. Que no, que no me voy a meter en la boca del lobo.

–Óyeme –dijo Enrique, atenazándole un brazo–: María no sabe lo que hemos hecho esta noche. Así que vas a hacer lo que te digo: te subes y le preguntas por Bernardo, como si tal cosa. Y te largas. Te estaré esperando.

¿Y si está la policía? Si está la policía haces lo mismo: preguntas por Bernardo, te haces el sorprendido, y te vas. Molins movió la cabeza de arriba abajo, finalmente, sin seguridad. ¿Lo entiendes? –repitió Enrique–, y su amigo capituló y dijo que sí, que lo había entendido.

–Pues tira para allá.

–¿Y luego qué?

–Luego vida normal, como si anoche no hubiéramos estado juntos.



–Nadie se creerá que Bernardo ha dado un palo y que nosotros no lo sabíamos. Eso –apuntó Molins– contando con que no nos hayan reconocido. Estaban el sereno y el otro tío que nos perseguía.

–¿A quién coño van a reconocer? –se exasperó Enrique–. Como mucho nos verían las espaldas.

Pero el chico no acababa de serenarse.

–¿Y después qué hacemos? –volvió a preguntar.

–Nada, no hacemos nada. Esta tarde quedamos en cuanto cierre el mercado, como cada día, y nos acercamos otra vez a ver a la María. Y a esperar.

Joaquín Molins asintió, pero su semblante delataba que no las tenía todas consigo.

–Y ahora vete, nos vemos luego.

Joaquín Molins se alejó cabizbajo, los hombros hundidos y arrastrando los pies. Para cuando lo vio desaparecer, Casamichana ya había tomado una decisión. Pasó de largo ante la puerta del mercado, rebasó la fachada trasera de la iglesia y en la primera calle torció hacia el Paseo Nacional.

Joaquín se caga y nos jode, estaba claro.

Al llegar a los tinglados del puerto ya se había quitado la bata y la tiraba a una papelera. Volvió a palparse bajo el pantalón, mientras esperaba al tranvía que le dejaría en plaza de Cataluña. Allí tomó el metro.

Lucía servía en el principal de un bloque esquinero de los años cuarenta. Los pisos eran de lujo, con una suntuosa puerta principal que daba a la avenida. En otro costado estaba la espartana entrada de servicio, acristalada y cubierta por un enrejado. Enrique había esperado muchas tardes ante ella o, cuando hacía frío, en el pequeño bar de enfrente, impaciente a que Lucía saliera las dos horas de permiso que le daban en la casa. Desde allí bajaban hasta el barrio de Gracia, para arrebujarse en una de las habitaciones que una viuda alquilaba por horas. Pero esa mañana eran bien distintas las perspectivas del aprendiz de tendero.

El mozo de una tienda de ultramarinos que servía a domicilio -con un

guardapolvo calcado al que Enrique había abandonado- descargaba su motocarro. Tenía atrancada la puerta de servicio con una minúscula cuña de madera, para facilitarse la tarea. Bajó las dos últimas cajas, se detuvo a apartar la cuña de un puntapié, y prosiguió pasillo adelante con su carga en brazos, mientras la puerta se iba cerrando. Enrique alcanzó a detenerla justo antes de que el pestillo chasquera sobre el marco de hierro.

Aguardó afuera, espiando por el cristal. Las entradas diferenciadas al inmueble confluían en un único vestíbulo. Desde la acera se veían dos ascensores, uno para los señores y otro -en realidad un montacargas- destinado al servicio. No traspasó la puerta hasta que el repartidor se metió en el que le correspondía, con su mercancía. Entró y recorrió el pasillo sin hacer ruido. También había dos escaleras: una con peldaños de mármol y otra escondida por detrás de aquella, para los criados. El portero clasificaba el correo, absorto de espaldas a su mostrador. Enrique se deslizó escaleras arriba.

En la siguiente planta buscó la puerta destinada a la servidumbre del principal primera. Estaba cerrada y pegó el oído. Luego llamó con los nudillos, tenuemente, y al rato repitió el golpeteo, algo más fuerte. Escuchó descorrerse el cerrojo y Lucía entornó la puerta, desmesurados los ojos al verle.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que te has vuelto loco?

Llevaba puesto su uniforme negro y un delantal blanco. Asustada, echó un vistazo adentro. Salió al rellano y ajustó la puerta a su espalda.

—El señorito Julio ha regresado de madrugada, muy nervioso —musitó con prisa—. Ha despertado a todo el mundo y ha explicado que él mismo había sorprendido a unos ladrones en el despacho. También dijo que el sereno había matado a uno, pero que los otros dos habían escapado. Luego se encerró con su padre en el estudio. A los del servicio nos mandaron meternos en nuestras habitaciones.

La chica se echó en brazos de Enrique, en un arranque. Temblaba.

—Llevo llorando desde entonces, pensando qué te habría pasado.

—Fue a Bernardo —dijo Enrique lacónicamente, acariciando el cabello de

Lucía.

La chica separó su cabeza. ¿De verdad lo han matado?, preguntó. Creo que sí, respondió él, bajando los ojos al suelo.

–Esta mañana han venido dos de la secreta, bien temprano. Los señores se los han llevado al estudio y no he podido escuchar qué decían. Pero al salir han asegurado que estaban sobre la pista de los huidos, y que no tardarían en cogerlos.

–¿Te han preguntado algo a ti?

–No, pero el señorito Julio ha estado mirándome con mala cara.

–¿Crees que sospecha algo?

Lucía se estremeció. Refugió la cara en el hombro de Enrique y rompió en sollozos silenciosos. El cerebro del chico bullía.

–¿Quién hay en la casa?

–Sólo quedamos la señora Brígida, su hija, la cocinera y yo.

–¿El señorito y su padre no están?

–No. Les han telefoneado y se han ido en un taxi.

–¿Quién les ha llamado? ¿La policía?

–No estoy segura, ha descolgado el señorito Julio. Pero creo que sí.

Enrique tomó una decisión.

–Escúchame –dijo separándose de la chica y tomándola de los hombros con ambas manos– no hay que perder un minuto. Tenemos que irnos. Dile a tu señora que has de bajar a la calle. Invéntate algo: que estás nerviosa, que te encuentras mal y necesitas tomar el aire, o lo que sea. Procura que no desconfíen, necesitamos ganar ventaja. Luego te cambias de ropa y te bajas. O mejor no, ya te cambiarás después. Coge algo para mudarte, lo imprescindible, y deja tu habitación tal como está. ¿Me entiendes? Aparte de la muda no te llesves absolutamente nada.

El miedo se pintaba en la cara de la muchacha. Fue a decir algo pero Enrique la interrumpió. No le des vueltas, no nos queda otra que desaparecer. La volvió a abrazar un instante. Persistía el temblor en ella. La besó en los labios,

un beso urgente y tenue.

–Te estaré esperando abajo.

El portero no estaba y alcanzó la calle sin contratiempos. Aguardó unos minutos, plantado en la acera. Su presencia allí podía resultar sospechosa y entró en el bar. ¿Qué va a ser? Un café. O mejor un carajillo. O si no -volvió a rectificarse- un café y una copa de coñac. Se bebió el café en apenas dos sorbos y el primer trago de coñac le hizo toser. Pasaría un cuarto de hora que se le hizo eterno hasta ver aparecer a Lucía. Llevaba el uniforme negro sin el delantal y su tez aparecía pálida. De una mano le pendía la bolsa de la compra.

–No he podido salir antes –dijo azorada–. Dentro llevo cuatro cosas para vestirme.

–¿Qué le has dicho a tu señora?

–Que me acercaba a la frutería a recoger un encargo que me dejé ayer.

–¿No ha sospechado?

–Creo que no. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Enrique había empezado a trazar un plan.

–De momento, salir de aquí –dijo encaminándose calle arriba, hasta la avenida que desembocaba en la plaza Lesseps–. Bajaremos al metro, a ver si te puedes cambiar antes de subir al primero que llegue.

–¿Y luego?

Enrique no acababa de tener claro qué harían a continuación.

–Ya veremos.

Se detuvieron en la misma esquina y Enrique se asomó. Su mirada recorrió los alrededores. Tendrían que desfilas ante la puerta principal de la finca si no querían dar un rodeo, pero tampoco le agradaba la idea de separarse de Lucía para luego encontrarla en la estación. Inspeccionó los coches y a los que deambulaban por la acera, y sus ojos dieron con el taxi que se detenía a unos metros. El señor Portolés padre descendió del vehículo y franqueó con prisa la puerta principal, seguido de otro hombre. Lucía, a resguardo tras su novio, también alcanzó a verlos.

–Es uno de los de la secreta de esta mañana. Pero no viene el señorito Julio.

Enrique dio media vuelta y echaron calle abajo. Hay que buscar otra solución, no podemos pasearnos así como vamos, pensó mirando el uniforme de Lucía. Tampoco era mejor su propio aspecto. Tras dejar al señor Portolés, el taxi había girado en la esquina y bajaba por la calle que transitaba la pareja. Enrique alzó la mano en un impulso y el auto se detuvo junto al bordillo.

–A la estación de Francia –ordenó antes de haberse acomodado dentro.

## 18

*Mayo de 2004*

Aún no ha pasado una semana desde que Morilla se hiciera cargo de la defensa del marinero, que en ese tiempo pasó de llamarse Joao Silva a ser Luís Casado Gómez, primero, y Enrique Casamichana Gomis después. También le salió un pasado, del que Joaquín Molins es testigo superviviente, y le ha surgido una vinculación con un personaje que está en boca de toda la prensa: Julio Portolés. Y la vida del abogado se ha complicado, primero con el expolio de su despacho y, a continuación, con la advertencia telefónica.

Cierra el periódico, aún ante el quiosco de las Ramblas, y telefonea al detective.

–He hecho controlar a tu ex y a las chicas y no se ha observado nada anormal –le resume el parte de novedades–. ¿Tú has averiguado algo?

Morilla lo pone al corriente de cuanto ha acaecido en las últimas horas.

–Cada vez tengo más claro que el marinero posee algo que involucra a Portolés en algún asunto sucio –concluye.

El detective evalúa la información que le transmite el abogado. Cuando habla es evidente que está poco convencido.

–Estás trayendo a cuento algo que, si pasó, fue en el tiempo de las tres

picores. Tú eres hombre de leyes, sabes qué cosas se pueden perseguir en los juzgados después de tantos años, y qué otras no.

—Aquí se está dilucidando una cuestión de solvencia profesional —opone Morilla—. Ahora, como en los noventa y en los cincuenta, se dan condiciones favorables para hacer negocios. Pero su empresa ha de presentar un expediente sin mácula. Según qué informes aparezcan, le pueden hacer mucho daño.

—¿Y a ti qué te mueve?

A Santiago le pilla por sorpresa la pregunta de Román.

—Saber quién ha querido acabar con mi cliente y por qué. Si Julio Portolés dio la orden, iré a por él.

—Hay casi el ciento por ciento de probabilidades de que la pelea la empezara tu cliente.

—Eso parece.

—¿Entonces?

Morilla no sabe qué contestar. Eres el idealista de siempre, le reconviene el detective. ¿Cuándo te dejarás de mandangas sentimentales y te pondrás a ganar dinero en serio? Ya no eres joven y tienes dos crías que mantener. Algunos somos como somos, se defiende el abogado, y no podemos hacer nada por remediarlo.

—¿De verdad crees que un tipo como Portolés, con una carrera ya hecha, va a meterse en tal berenjenal sólo por quitarse de encima a un don nadie como Casamichana?

—No se me ocurre otra. Si no, ¿a santo de qué me meten a mí por medio?

El detective asimila las explicaciones del abogado antes de dar su opinión.

—Tal vez tengas razón —parece capitular—, pero por si acaso no dejes de explorar otras posibilidades.

Morilla le dice que sí, que lo hará, por más que ya haya repasado sus archivos de arriba abajo y del derecho al revés.

—Confío en ti para garantizar la seguridad de Nuria y de las chicas —añade.

—No tienes de qué preocuparte. Al menos en lo que respecta a su integridad

física.

A Morilla no se le pasa por alto el tono con el que el detective ha acotado su afirmación.

–¿Hay algo que deba saber?

–Tu exmujer se está corriendo una aventura y parece pasárselo en grande.

–Ni es de mi incumbencia ni me preocupa –dice Morilla, que esconde malamente un inoportuno ataque de celos–. Nuria es una mujer libre.

–Sin duda. Y es normal que se relacione, haría mal en quedarse para vestir santos. Aún está muy buena –Román no se corta–. Sin embargo hay otro detalle que sí debería inquietarte.

–¿Maltrata a las niñas? ¿Las deja abandonadas para irse con sus ligues? –pregunta Morilla, y añade con preocupación–: ¿Selo monta en casa con sus novios, delante de ellas?

–No se trata de Nuria, sino de tu hija Marta.

–¿Qué le pasa a Marta? –se alarma.

–Está en una edad delicada y tal vez tendrías que hablarle.

A Santiago Morilla le entra un desasosiego.

–¿Está tomando drogas?

–No, no –se apresura el otro–. Al menos no lo parece. Se trata –Román busca las palabras adecuadas– de cosas de la edad. Ya te puedes imaginar: de lo revueltas que andan las hormonas cuando se tienen trece, catorce o quince años.

–¿Se acuesta con algún chico? –pregunta Morilla, y añade con aprensión–: O tal vez con más de uno. ¿Es eso?

–No lo pongas tan crudo. Pero por ahí podrían ir los tiros si no intervienes a tiempo.

–¿Nuria no hace nada al respecto?

–Los padres sois los últimos en daros cuenta de nada, os pensáis que los hijos se mantienen tan angelicales como el día en que vinieron al mundo.

–Tú también tienes hijas.

–Sí, pero ya son mayores.

–¿Qué hiciste para mantener controlada la situación?

–¿Yo? –responde el detective–. Yo prefería no enterarme de nada.

De regreso a por la moto, Morilla ve que empieza a menguar la clientela en el restaurant donde ha comido. Los camareros montan las mesas para el servicio de noche, que se iniciará no más allá de las seis y media con una nueva remesa de turistas. El mismo camarero que le sirvió está sacando un cartelón que deja sobre la acera, sustentado en un trípode. En él se anuncia la variedad de platos para la cena. Y sí, entre ellos vuelve a figurar la paella.

Echa un vistazo de reconocimiento al scooter. La tarde sigue encapotada pero la temperatura no es desapacible. Tendremos un buen fin de semana, pronostica mientras baja las Ramblas hasta Colón. Las fases en rojo de los semáforos le dejan tiempo para curiosear la animación del paseo. Se fija en los turistas. La mayoría son rubios y rubias, altos y altas -mucho- y contrastan con docenas de asiáticos y asiáticas que esconden la cara tras sus cámaras. Caminan arriba y abajo, curiosean los puestos de flores y los quioscos. Se admiran del desenfado de los nativos y los remedan hasta donde su acostumbrada moderación les permite. Se divierten, sin duda. Vienen de vacaciones y el contenido de su maleta es acorde con el clima que esperaron encontrar, aunque esta última semana el sol destaque por su ausencia.

Los turistas, cuanto más del norte son, más en pelota vienen, juzga Morilla; sobre todo a finales del invierno y también cuando ya está bien entrado el otoño.

Se llega de una tirada hasta el final del Moll de la Fusta y sube Vía Layetana entre el recalentor de los tubos de escape de los autobuses. Ya sólo le faltan un par de bocacalles para llegar a donde siempre aparca, cuando se lo tropieza de nuevo.

–¿Estás seguro de que es el mismo chico con la misma moto? – le pregunta Román, al otro lado del móvil.

Morilla afirma.

–El mismo que arrancaba la moto frente a mi despacho, esta mañana.



Román calla unos instantes, midiendo las palabras de su amigo.

–Está bien, dime cómo es.

Morilla recita: de unos veinte o veintidós años, con el cabello negro, puede que corto. Lleva un casco *jet* de color gris. Y una sudadera azul oscura y desgastada, con un letrero en el pecho, grande, no me he fijado qué ponía. Y pantalones tejanos, creo. La moto era una scoopy azul, una ciento cincuenta, me ha parecido. Con un arcón detrás.

–¿Qué ha hecho? ¿Te ha mirado, te ha dicho algo?

–Nada –responde Morilla–, como si no me hubiera visto. Pero estoy seguro que era el mismo.

Nuevo silencio al otro lado del teléfono.

–También podría ser una casualidad –aventura el detective–. Tal vez trabaje por ahí cerca. ¿Qué ha hecho después de que lo reconocieras?

–Ha seguido hasta Urquinaona y luego ha girado a la derecha.

Santiago Morilla había reconocido al motorista que le venía a la zaga, Vía Layetana arriba. Lo vio por el retrovisor y su primera reacción fue de pánico. Ahora duda. Tal vez Román tenga razón: a pesar de sus dos millones largos de barceloneses, la ciudad no deja de ser un pañuelo, y todo el mundo se mueve por el centro. Incluso empieza a dudar que fuera el mismo chico. Tal vez te lo has imaginado, se dice.

Morilla tiene una cita con Luís Pedrosa. Puntual, aparca sobre la acera del banco de Bilbao, junto al ayuntamiento de Badalona. El arquitecto le aguarda en un bar que hace esquina.

–Te haré un resumen. En un horno se funden bauxita y caliza pura. Una vez frío, el resultante se tritura primero, se muele después y... *alehop*: ya tienes cemento aluminoso. Le echas agua y áridos y se transforma en hormigón. Lo viertes en un molde, con una estructura de acero en su interior, y obtienes pilares o vigas de hormigón armado.

El arquitecto municipal saca tabaco y se da lumbre. Tiende el paquete, al

tiempo que lanza el humo contenido en los pulmones, y Morilla rehúsa la invitación con un breve y desconsolado movimiento de cabeza, de lado a lado.

–El cemento alumínico no lo inventaron cuatro estafadores, importantes firmas lo desarrollaron buscando que fuera más resistente que el tradicional. ¿Qué ventajas ofrecía? Muchas. Endurecía antes y las obras avanzaban a más velocidad. Se podía trabajar a temperaturas muy bajas y resistía perfectamente en climas gélidos. Por último, era mucho más resistente: el doble que el cemento conocido hasta entonces.

–¿Entonces por qué se resquebrajan los edificios?

–Porque el cemento aluminoso sólo te da un resultado óptimo si lo utilizas como es debido.

Luis Pedrosa da un par de golpecitos al cigarrillo con el índice y una porción compacta de ceniza se estrella al fondo del cenicero, desbaratándose. Nueva calada y a Morilla se le van los ojos tras las volutas de humo, que caracolean en el aire. Mira el paquete, de reajo. Alargaría la mano y lo saquearía, pero se retiene.

–La aluminosis se produce por varias causas. Está la hidrólisis alcalina, un proceso de debilitación en el que se combinan la acción del agua con el anhídrido carbónico de la atmósfera y con determinados radicales libres. ¿Me sigues?

Morilla dice que sí y el otro continúa.

–También se puede dar la conversión, una mutación de la estructura cristalina del cemento que provoca que acabe tornándose poroso y que la humedad lo penetre.

¿Por qué se hace poroso?, pregunta Morilla.

–Durante la elaboración, el aluminato cálcico cristaliza en hexágonos, dándole gran dureza. Pero puede ocurrir que, por diversas causas, los cristales se transforman en cubos en vez de en hexágonos. Con el tiempo disminuye la densidad y el hormigón cambia de color, pierde dureza y se hace permeable. Embutida dentro está la estructura metálica: las varillas de hierro fortalecen la

estructura y el cemento preserva al metal de la corrosión. Pero si la humedad cala, el metal se oxida, el óxido se expande y se resquebraja el hormigón que lo recubre. Un desastre.

–¿Dónde están las ventajas, entonces?

–Es que el problema no está en el cemento, sino en cómo se maneja, ya te lo he apuntado. Si se le echa agua en demasía, ésta puede evaporarse dejando esos poros. Aquí, junto al mar, la humedad penetra más y el deterioro es mayor.

Aún resta un tercio del cigarrillo por consumir, pero el arquitecto lo aplasta contra el cenicero, apagándolo.

–Y todo por no haber hecho bien la masa –resume Morilla.

–Así es. En muchos casos se ha visto que la proporción de agua y cemento empleada no era la adecuada, por no hablar de ciertas prácticas realmente chapuceras. Y además, claro está, por la cuota de fraude del constructor: armaduras metálicas baratas, uso de poco cemento, trabajo a destajo, etcétera, etcétera, etcétera.

–¿Por qué se autorizaba su uso si se sabían los inconvenientes?

–Otra vez te repito que, básicamente, no es un problema del material. Ya se utilizaba en edificaciones militares desde la Primera Guerra Mundial, y algunas aguantan como el día en que se levantaron. Pero algo de razón tienes. En los sesenta se produjeron derrumbes en Alemania que ya se achacaron a un mal empleo, y se prohibió su uso.

–Pero aquí se siguió utilizando.

El hombre echa otra vez mano a la cajetilla y Morilla vaticina que, si le ofrece ahora, sucumbirá. Pero el arquitecto no lo hace.

–En España, tras la guerra, se estaba en mantillas en lo que se refiere a nuevas técnicas. De golpe se produce un espectacular avance industrial y un importantísimo movimiento migratorio interior, que se tradujo en una necesidad imperiosa de construir. Nacieron empresas que, sin la experiencia suficiente, levantaban barriadas enteras. Había que construir mucho y deprisa, y ese cemento era ideal. A menudo las viguetas se hacían a pie de obra. Muchos

maestros de obra no estaban familiarizados con la técnica y lo empleaban según las anteriores costumbres de manejo.

–Habría algún control de producción...

–Pues no, no lo había. El mayor empleo se produce en Barcelona y en Madrid. Aquí, en dos décadas se levantaron más de setecientas mil viviendas. En los noventa aparecen los primeros problemas y se verifica que se había usado cemento aluminoso en la mitad de ellas.

–Repararlas costaría un buen pico.

–Costaría y costará, porque muchas siguen pendientes de rehabilitación. Por suerte, un ochenta y tantos por ciento no presentan daños, y en buena parte de las afectadas basta con implementar un refuerzo estructural. Pero otras hay que derribarlas.

–¿Muchas?

–Se calculaba que al menos unas dos mil viviendas acabarían en el suelo.

Morilla se percata de la magnitud del problema.

–¿A quién le toca pagar la factura de todo este desaguisado?

–Has dado con la pregunta clave. Los propietarios afirman que los constructores debían saber en qué condiciones estaban trabajando, pero éstos se escudan en que no existían conocimientos suficientes y en que se cumplieron los reglamentos. O sostienen que el deterioro se produjo, en realidad, por una conservación inadecuada de las fincas.

–Por lo que la pelota va de tejado en tejado.

–Exacto. Y algunos colegas tuyos –añade el arquitecto vaciando una última bocanada de humo– aprovechan para sacarse una buena tajada.

Mientras el otro apaga el cigarrillo -otra vez a poco más de la mitad- Morilla está intentando hilvanar una relación entre lo que le cuenta su contertulio y el marinero inconsciente en el Clínico.

–¿Qué interés tienes tú en estas cuestiones? ¿Representas a alguien relacionado con el tema? Preferiría que fuera al propietario de alguna de las viviendas, antes que a alguno de los que se hicieron de oro y ahora se lavan las

manos.

Morilla niega con la cabeza. Sólo es simple curiosidad, contesta.

—¿Y por simple curiosidad te desplazas hasta aquí? —le pregunta incrédulo—. Da igual, no me digas nada: trabajo para el ayuntamiento y lo que no sepa no me hará daño. Pero si precisas de alguna otra información, no dudes en llamarme.

Se levantan. Aunque Pedrosa se empeña en pagar la cuenta, Morilla se le adelanta. Acabada la disertación profesional, el arquitecto recobra sus formas mundanas. Si te apetece podemos tomarnos unas copas, propone. Conozco un sitio donde actúa un tío que hace monólogos, esta noche hay actuación. El local siempre se llena de tías, algunas hasta son jóvenes. Seguro que pillamos. Morilla le agradece la invitación.

—He quedado —le dice.

—¿Con alguna churri?

—Con una compañera. Asuntos de trabajo, ya te puedes imaginar.

—¿Está buena?

—Sólo vamos a tratar cuestiones profesionales. Exclusivamente.

—Mira, lo de la churri me lo creo tanto como lo de que sólo has venido a satisfacer tu curiosidad —le sermonea cínico—. Ten cuidado dónde te metes. Y respecto a la chica, te recito un clásico: carrera que no te das, en el cuerpo se te queda.

Ya están en la calle cuando a Santiago se le ocurre otra pregunta.

—¿Qué sabes de un tal Julio Portolés?

La afabilidad desaparece del rostro del arquitecto. ¿Julio Portolés es tu cliente?, pregunta, y Morilla se apresura a negarlo.

—Mejor, es un mal bicho. Ya lo era su padre, pero éste le da ciento y raya: es un hijoputa integral. Te doy un consejo: aléjate de ese mafioso, por mucho dinero que te ofrezca; o te aseguro que acabarás de mierda hasta el cuello.

—¿Tan peligroso es?

—Más de lo que aparenta. Es una rata astuta, el rey del disimulo, un especialista en embaucar a la gente. Te dará mil vueltas, te hará creer una cosa y

luego te atraparé con la contraria. Y, aún así, puede que también sea mentira. Aléjate de él.

## 19

Beatriz Villegas ya ha llegado y le espera tomándose un cóctel ambarino, sentada en un taburete de la barra. Al verlo se le dibuja una sonrisa tan esplendorosa como las piernas cruzadas que exhibe con sofisticación. Morilla la besa en ambas mejillas. Su media melena, rizada de siempre, luce esta noche lisa y recortada, enmarcándole las mejillas.

–Te has cambiado el peinado.

–¿Te gusta?

–Te queda muy bien –la piropea, y ella sonrío.

Un camarero los guía hasta una mesa pegada a un ventanal trasero desde el que se ve al completo la plaza de la Villa de Madrid, iluminada a la luz de las farolas.

–Este sitio me chifla, en pleno centro y no demasiado apartado de mi oficina. De noche sirven a la carta, pero a mediodía ponen un menú muy apañado. Has de probarlo.

Él le dice que sí, que el lugar está bien y que algún día vendrá a almorzar. Ella ordena una ensalada y él otra. Ambos piden salmón a la parrilla, de segundo. El camarero descorcha un vino blanco, escancia mínimamente las copas y sumerge la botella en una cubitera.

–Llevo toda la tarde preguntándome a qué viene que, de golpe y porrazo, te hayas decidido a quedar conmigo. ¿Tienes algún remordimiento de conciencia?

Morilla sonrío, calculando cómo colocarle el discurso que ha estado ensayando.

–Mira, yo no me comería el coco por lo tuyo –prosigue ella–. Te podría caer un buen puro, pero estoy convencida de que el juez sobreseerá la causa. Eso sí,

dejará que te angusties, para darte una buena lección. Aunque finalmente archivará las actuaciones.

–¿Te lo han dicho en el juzgado? –pregunta Morilla, esperanzado.

–Hay cosas que se intuyen. Es evidente que no tuviste ánimo de conculcar ningún derecho, que sólo fue un mal momento. ¿Quién no ha metido una cagada? Por suerte no te detuvieron, y si los policías no se os llevaron para adelante fue porque se hicieron cargo de la situación. Ahora bien, de haber llegado esposado al juzgado, te aseguro que el magistrado se estaría mirando el asunto de otra manera.

Los primero platos no tardan en llegar.

–¿Has hablado con el fiscal?

–Lo he tanteado y no es mal tío. Te vale de mucho que la demanda por ocupación ya estuviera juzgada y los ocupas condenados, aunque hubieran recurrido la sentencia. No se ha comprometido a que te vayas de rositas, pero si él no se encabrona en meterte un cuerno, el juez tampoco lo hará.

Beatriz rescata la botella y acaba de rellenar ambas copas. Brindo por un final feliz, propone. Morilla alza la suya con desmayo, le da un sorbito testimonial y la devuelve a la mesa.

–No te veo convencido –Beatriz también deja su copa y alarga una mano sobre el mantel, para acariciar los dedos del abogado–. Traes cara de velatorio. ¿Tanto te preocupa este embolado?

–Nunca me había visto en otra igual –se sincera Morilla, que separa su mano y recoloca los cubiertos a los lados del plato, liberándose de la incipiente caricia.

–Anímate, hombre. Ya verás como al final no pasará nada.

La abogada se está portando como una amiga y no es cuestión de sacar a colación la posible relación de Casamichana con su regio cliente. Morilla se siente culpable por haber ideado este encuentro para sonsacarla. Para empeorarlo, ella le gasta una broma intentando animarlo.

–Tampoco te preocupes por mi minuta, no pienso cobrarte: hoy por ti y mañana por mí, entre colegas no nos sacamos los hígados, Santi. Me conformo

con que me saques un par de noches a cenar.

Santiago sabría cómo entrarle si estuvieran ante un tribunal, pero así es más difícil. Resuelve desistir y limitarse a disfrutar de la compañía. Una oportunidad perdida, se aflige.

–Me estás preocupando, Santi. Si tienes algún problema puedes contar conmigo.

El abogado suspira.

–¿Qué tal te entiendes con Nuria?

Beatriz ha formulado la pregunta sin mirarle a la cara, concentrada en ensartar con el tenedor los últimos brotes de su plato.

–Bien –dice Santiago–. Dadas las circunstancias, no puedo quejarme.

A Morilla le asaltan las confidencias de Román: la promiscuidad de la mayor de las niñas y -también- el noviazgo de su exmujer.

–¿Cómo lo viven tus hijas?

–Supongo que bien –contesta–. Lo han asimilado con bastante normalidad.

–Me alegro. ¿Y tú cómo lo llevas?

Morilla se encoje de hombros. La situación es la que es y no hay que darle más vueltas, dice con tristeza. Ando recomponiéndome lo mejor que puedo.

–No tendrías que haberte casado con ella –afirma la abogada.

Santiago piensa que sin Nuria no existirían ni Marta ni Andrea, sólo por ellas ya han valido la pena los años de matrimonio.

–Aún la quieres, ¿verdad?

Morilla niega sin consistencia y fuerza una sonrisa que le ensombrece aún más el semblante. Definitivamente, todas las expectativas elucubradas para su encuentro con Beatriz se están yendo al garete.

–Quizás me meto donde no me llaman, pero déjame que te lo diga: Nuria y tú erais como agua y aceite. Siempre lo fuisteis, ya desde la facultad. Ella eternamente encima de ti, manipulándote como a una pieza más de sus ambiciones. ¿Qué os unía? Sólo una cosa: ambos habíais elegido la misma profesión.



–También nos queríamos –se defiende Morilla.

–No: tú la amabas como un bobo y ella se dejaba querer. Echó un vistazo a su alrededor y se convenció de que eras el que más le convenía, que la secundarías en su insaciable carrera. ¿Cómo le va?

–Bien, supongo –dice Morilla.

Nuria es abogada en una importante firma donde ha ido escalado puestos hasta llegar a la cima. Frecuenta los círculos más selectos y ha trazado una estrategia para saltar a la judicatura, donde seguirá apuntando a los más altos cargos. Cuando se separaron, ya hacía años que Santiago Morilla se le había quedado rezagado. Al final no dejó de recriminarle su poca ambición.

–Ella eligió un camino y yo otro –se consuela–. Creo que ha sido lo mejor.

Beatriz prefiere no ahondar en el tema. Te veo muy tirado y me sabe mal, le dice, y su mano vuelve a la de él. ¿Seguro que no te pasa nada más?

–No, no, todo va bien. Bueno, no todo –rectifica–, también he tenido un percance en el despacho.

Beatriz Villegas abre unos ojos desmesurados cuando él le cuenta el destrozo que le hicieron noches atrás, y se compadece por lo retrasados que van sus casos. Si quieres puedo echarle una mano, y sus dedos corretean sobre el dorso de la del abogado aumentando su incomodidad.

–Te lo agradezco. Por fortuna, mi secretaria ha conseguido recomponerlo todo. Ya me voy poniendo al día.

El camarero acerca los segundos platos y se centran en ellos.

–¿Todavía tienes a la misma chica? Ahora no recuerdo cómo se llama.

–Sandra –contesta él–. No sé qué haría sin ella.

–Sandra, sí, eso es. Si no me falla la memoria estaba soltera. ¿O se ha casado ya?

–Están en ello –la informa Morilla, y Beatriz sonrío–, pero tal como está la vida hay que pensárselo bien antes de dar el salto. Comprarse un piso es cosa de privilegiados, hoy en día.

–Súbele el sueldo. ¿O no quieres que se casen? Viendo el desparpajo con el

que te trata, a veces he pensado que estabais liados.

Morilla pone cara de incredulidad y Beatriz ríe.

–Págale más y no tendrán que preocuparse por estrecheces. Fíjate qué fácil es.

–Ya me gustaría.

–¿No te van bien los negocios? –le pregunta al punto de llevarse a la boca otra porción.

–Tengo mucho trabajo y clientes no me faltan, no te quepa duda. Pero que te paguen –dice–, eso ya es otro cantar.

–Es lo que tiene esta faena: todo son urgencias cuando el cliente viene a pedirte socorro, pero raro es el que no se hace el longuis cuando le has resuelto el problema.

Ella se ha llevado una mano para cubrirse los labios mientras habla y mastica, y añade cuando acaba de tragar: a veces pienso que eres demasiado sentimental, que tienes mucho de madre Teresa de Calcuta, tendrías que buscarte un cliente importante, al menos para cubrir lo básico.

Morilla presiente que una puerta se le abre y, raudo, se decide a atravesarla.

–¿Alguien como el potentado que salía de tu despacho la otra tarde? – pregunta como por casualidad, controlando que no le tiemble el pulso mientras cobra un pedazo de su plato.

Ella hace memoria un instante.

–Exacto, como ése –dice tras un par de segundos–. ¿Sabes quién era?

Morilla desvía los ojos y niega con la cabeza.

–¿Has oído hablar de la familia Portolés?

–¿Los constructores? –pregunta él, y un cosquilleo le asciende desde el estómago.

–Antes eran constructores. Ahora controlan unas cuantas inmobiliarias. No sólo en España, también en el extranjero. En Túnez, en Marruecos, en Cabo Verde, en Centroamérica: donde quiera que se estén levantando complejos turísticos y prospere el negocio. Los consejos de administración de ciertos

bancos no mueven ficha sin antes hablar con ellos.

–¿Tú los asesoras legalmente?

–No, que va –desmiente ella con prontitud–.Tan sólo les llevo algún tema menor.

Ha finiquitado su plato y cruza tenedor y cuchillo sobre él.

–¿No tienen un gabinete propio que gestione todos sus asuntos?

–Sí, pero algunos pleitos nos los dan a gente de fuera. Podrían pagarse al mejor abogado del mundo, sin duda. Pero la prensa se les echaría encima si se compara lo humildes que son algunos de los afectados contra los que litigan. Lo hacen para no levantar demasiada polvareda, que no se diga que es como lo de David contra Goliat.

–Son astutos. ¿Qué les llevas, si puede saberse?

¿No has leído la prensa?, pregunta Beatriz, y él le dice que sólo repasa las noticias del fútbol y la programación de televisión. Santi, vives en tu mundo...

–Habrás oído hablar de la aluminosis, al menos. Y la de conflictos que está trayendo.

Santi dice que alguna idea tiene. Mientras contesta nota que el corazón se le ha puesto a galopar dentro del pecho, expectante. Ahora sí que se siente como en una sala de vistas, mientras Beatriz está pletórica de orgullo, dándole pelos y señales. Domínate, se obliga: puedes aparentar curiosidad, pero no demasiado interés. Aunque tampoco te pases de indiferente, o no te contará lo que necesitas saber.

Captura la botella y la agota en las copas.

Un zumbido penetrante acompaña a la melodía del móvil. Morilla alarga un brazo para desconectar la alarma como cada mañana y tantea en busca de la mesita de noche, sin hallarla. Entreaire los ojos y toma conciencia de que ni ésa

es su cama, ni tampoco está en la habitación de su apartamento. Beatriz se remueve a su lado, dormida, apenas cubierta por las sábanas de satén preparadas con alevosía y premeditación. Se da la vuelta, ofreciéndole el pecho desnudo. Él tampoco lleva su habitual pantalón de pijama ni la camiseta raída que usa para dormir.

Dejaron el restaurant y Beatriz le propuso tomar una copa. La noche es joven, dijo, y Morilla se dejó llevar, para compensarla y sentirse mejor. Subieron las Ramblas y giraron en la penúltima esquina antes de llegar a la plaza de Cataluña. *Boadas* es un clásico y los clásicos siempre son una garantía de éxito, declaró ella. Un barman en esmoquin y pajarita deleitaba a la concurrencia con sus exquisitos cócteles. Beatriz pidió su primer *ron sour* y Morilla la secundó. Ella se sentó en uno de los altos taburetes, muy pegada a un Morilla que, etílicamente perturbado por el vino, le inspeccionó los muslos desmesuradamente expuestos. Beatriz le captó la mirada. ¿De qué hablaron? Únicamente recuerda que se acabó su paquete de tabaco, que la música era tenue y que ella lucía una sonrisa tan cálida como el licor que le resbalaba por la garganta, camino de la cargada caldera de sus entrañas. Y, más abajo, una pujanza de deseo.

No sabría explicar con exactitud cómo acabaron en el piso de la mujer. Beatriz le propuso acercarlo a su casa del Masnou -no estás para coger la moto, le dijo; no te molestes, repuso él con poco tesón: tomaré un taxi-, pero arrancaron de la calle Pelayo en dirección al barrio de Gracia. Te invito a la última, le propuso ella. Apenas arrancó el ascensor y ya se estaban besando.

Morilla abandona furtivamente el lecho y rastrea su ropa. Allí está el pantalón, sobre la alfombra, y más allá la camisa. Los zapatos le esperan junto a la puerta, con los cordones aún enlazados, arrancados en pleno frenesí. Para hallar los calcetines ha de echar cuerpo a tierra y rescatarlos de debajo del lecho, y por fin recupera los calzoncillos, enredados entre las sábanas. Beatriz se ha despertado y lo mira hacer. Él se percata y se cubre el sexo con la ropa arrugada que porta entre las manos.

–¿Ibas a irte sin decirme adiós?

La mujer se ha destapado, acodada en la cama, y Morilla avista el contorno ondulado de su cuerpo. Ascendiendo desde los tobillos, remontando hasta los muslos, deteniéndose en las caderas. Resiguiendo la cintura, los pechos breves, los hombros delicados. Coronando en sus ojos. El cabello, enredado, se le ha vuelto a medio ensortijar.

–No quería despertarte.

–Ven –ella le alargaba una mano–, al menos dame un último beso.

Él se inclina sobre el lecho y Beatriz alza sus labios. Se besan una y dos y tres veces. Sus lenguas se entrelazan, acariciándose. Ella le arrebató el lío de ropa con una mano y con la otra le rodea la cintura. Le acaricia las nalgas, lo atrae. Santiago se reclina más y más, hasta sentir los senos de la mujer aprisionados bajo su propio pecho. La sangre le vigoriza el sexo. Y se deja vencer.

Se contempla en el espejo mientras desciende el ascensor, los ojos rodeados de una aureola oscura y la camisa infinitamente arrugada. Y, como contraste, una sonrisa desbordante: la de un hombre que se ha resarcido de meses y meses en dique seco.

–Parece que vengas de la guerra –le dice Sandra, tras examinarlo con una mirada crítica que al punto se torna malévol–. Ya me figuro que has debido pasar muy mala noche.

Él le endosa una ojeada de virtuoso reproche antes de encerrarse en su despacho. Esto tendríamos que repetirlo, le dijo Beatriz; después de lo de hoy, lo que siento es no haberte follado cuando corríamos por la universidad. Y Morilla se siente utilizado y por ello doblemente feliz, convencido de que así se redime por el modo en que la ha embaucado.

Te he preparado un café, campeón, le dice Sandra, que -sin que sirva de precedente- ha golpeado la puerta con los nudillos antes de abrir. Morilla obvia el alago y da un trago al brebaje amargo de la melita. La chica lo mira.

–A ver si adivino: te lo has montado con Beatriz, ¿a que sí?

El vacía la taza y la retorna sin contestar.

–¿Qué tenemos pendiente para esta mañana? –pregunta.

–Lo mismo que ayer y anteayer y el de antes: ya llevas días sin dar palo al agua.

–No me eches bronca –ruega él con cara de niño.

–Por hoy te perdono. Pero hazte un favor –añade antes de retirarse–: vete a casa y cámbiate, no puedes presentarte en ningún sitio con esa pinta.

Morilla reconoce que tiene razón y sabe que es incapaz de encarar un solo día sin una larga ducha matutina. Se siente incómodo: sucio y pegajoso. Pero antes ha de ordenar ideas, registrar cuanto Beatriz le ha contado. Enciende el ordenador y crea un documento nuevo. A punto de empezar a redactar, se contiene. ¿Quién me dice que no volverán a entrarnos al despacho? Sandra está convencida de que nada se les han llevado, pero, ¿para qué correr riesgos? Abre la bolsa y rebusca su *pendrive*. ¿Y si lo pierdo, o me lo roban? ¿Seguro que no queda huella en el ordenador de cuanto escribes?

Recuerda una recomendación que tiempo atrás le hiciera Andrés Román: si alguna vez has de escribir algo muy comprometido, créate una cuenta de correo: una nueva y con un nombre ficticio, le dijo. Abre un mensaje, escribe y guárdalo en la carpeta de borradores. Sobre todo no lo envíes, ni siquiera a ti mismo: el correo que se envía, ése nunca está seguro. Siempre habrá quien pueda verlo. Pero es muy difícil rastrearlo si únicamente guardas un borrador. A condición de que no le des a nadie el *password* de tu cuenta, por supuesto. Tú siempre podrás abrirlo desde cualquier ordenador, añadir cosas, borrarlas. ¿Ese sistema es completamente seguro?, le preguntó Morilla. De momento lo es, aseguró el detective.

Julio Portolés, escribe Morilla; hijo de Anselmo Portolés, segunda y primera generación de constructores. Presidente de *Portehsa*, sociedad anónima creada en mil novecientos noventa y uno, dedicada a la promoción inmobiliaria. Anteriormente *Inmobiliaria Portolés e hijos*, nacida en mil novecientos

cincuenta y siete para la construcción, venta y alquiler de viviendas. Y, aún antes, *Construcciones Portolés*, a secas. *Portehsa* es adjudicataria de innumerables obras nacionales e internacionales. Firma matriz o, en algunos casos, vinculada a no se sabe cuántas filiales y asociadas. Al abogado le interesa que entre los sesenta y setenta alzaron un buen parque de edificios repartidos por toda la ciudad, la mayoría vendidos en propiedad y otros de alquiler. Y que en los noventa se vieron salpicados por el escándalo de la aluminosis.

–Nunca se les pudo demostrar mala fe, ni siquiera negligencia. Pero se ofrecieron a colaborar en la rehabilitación –le había dicho Beatriz, ya a los postres–, porque estaban embarcados con lo de las olimpiadas y les interesaba ofrecer una imagen de seriedad.

Justo al poco sobrevino otra de esas crisis cíclicas que de tanto en tanto ralentizan la economía. La familia pensó que no estaban para gastos altruistas y se desentendieron de sus promesas.

–A finales de los cincuenta e inicios de los sesenta, cuando se levantaron los pisos, ni se conocían los efectos perniciosos del cemento aluminoso ni había disposiciones al efecto en el ramo de la construcción.

La mujer también está instruida, constató Morilla. No fue necesario derruir ninguno de sus bloques ni se les pudo demostrar responsabilidad penal alguna porque no la hubo, aseguró Beatriz; y, de haberla, ya andaría prescrita. También les benefició que dos décadas atrás hubiera finiquitado el plazo reglamentado para reclamar por vicios ocultos.

–A la administración no le quedó más remedio que tragar y hacerse cargo de las ayudas y subvenciones. Y los propietarios tuvieron que sufragar el resto de la rehabilitación.

–¿Tú alcanzaste a intervenir en vía penal o civil? –preguntó Morilla, haciendo números de los años transcurridos desde que ambos se colegiaron.

–No directamente. Pero yo hacía las prácticas en el bufete *Rovira, Sáez y Prunera*, que era el que entonces les llevaba los pleitos.

Morilla conoce la prestigiosa firma de abogados y transcribe su nombre al

borrador.

–Abandonaron la construcción para dedicarse en exclusiva a la promoción inmobiliaria, y también vendieron la mayoría de sus activos en alquiler. Querían capital líquido para embarcarse en lo del Fórum y, de paso, desprenderse de unos pisos poco productivos. Por un alquiler de los años sesenta estaban cobrando poco más de cincuenta euros al mes. Llegaron a un acuerdo con los inquilinos y vendieron.

Fueron los movimientos de tierras del Fórum los que pusieron al descubierto los defectos. Primero apareció una grieta en el terrado de uno de los edificios que recién acababan de vender. Y luego en otro, y en otro. Los flamantes propietarios hicieron una prospección que reveló que esos bloques también padecían aluminosis y denunciaron el fraude.

–¿Los Portolés no lo sabían? Habían sido los propietarios legales, supongo que harían el mantenimiento...

–Yo también lo supongo –Beatriz contestó con segunda intención–. El caso es que nada exteriorizaba que las casas se estuvieran deteriorando de esa manera.

–Al menos sabrían que se había usado cemento aluminoso para fabricarlas.

Beatriz sonrió astuta y movió la cabeza de un lado a otro.

–No tenían ni idea. Esas promociones las habían encargado a otras firmas. Por aquel entonces, en *Inmobiliaria Portolés e hijos* iban saturados; pero había que aprovechar el momento y delegaron la construcción. Entonces había faena para todos. Ellos se limitaron a pagar la obra nueva y a alquilar.

–Tus clientes han sido constructores. Se imaginarían que ellos no iban a ser una excepción a las prácticas de aquellos tiempos.

La chica volvió a negar: ni lo sabían ni se podrá demostrar que lo supieran.

–Mientras estuvieron en sus manos adoptaron las medidas que fija la ley. Lo siento por los nuevos propietarios, pero nada se puede reprochar a mi cliente.

Antes de abandonar el restaurante, Morilla hizo otra pregunta: ¿habrá que derribar?

–No lo sé, puede que sea suficiente con reformar la estructura. O tal vez sí,



todo dependerá de los peritajes que se hagan.

–¿Habéis calculado a cuánto ascenderán los gastos y las indemnizaciones si tu cliente es declarado responsable?

–Por supuesto: mis honorarios dependen de lo que consiga que se ahorren. Son tres bloques –enumeró–, a razón de dieciocho pisos cada uno, más seis locales comerciales. El gasto mínimo sería de un millón, contando con que los inmuebles sigan en pie. Pero no se dará ese caso: no hay pruebas de que obraran de mala fe.

Tal vez sea cierto –escribe Morilla como colofón– y puede que no se obrara de mala fe. Pero también es posible que en su momento no se dijera toda la verdad, ya que el abogado Jesús Alonso asegura que tiene nuevas pruebas.

La mañana anda entre claros y nubes y la moto continúa donde la dejó anoche. Sandra ha regresado con los asuntos pendientes y le centra sobre el escritorio las carpetas con sus expedientes.

–Ha pasado por aquí una señora del Instituto Social de la Marina. Ha dejado un sobre a tu atención.

Morilla se acerca a su piso, se da una ducha, se cambia de ropa y regresa. Dedicar la mitad de la jornada matutina a los juzgados, ofreciendo disculpas y promesas que son respondidas con solidaridad por el personal judicial.

–Compréndalo, señorita –se excusa ante una jueza de primera instancia–, me han dejado en el caos más absoluto. Estamos poniendo orden en los expedientes, antes de retomarlos. Pero por desgracia nos llevará un tiempo –la engaña Morilla, y consigue que la magistrado posponga una vista programada para el día siguiente.

Abandona contento las dependencias de los juzgados del Paseo Lluís Companys, tras haber pospuesto sus compromisos unos días más. Suena el teléfono. Es Sandra, pero hace oídos sordos. No estoy para más sermones, considera. Prescinde de su obligado ágape de media mañana, se sube a la moto y parte hacia la Barceloneta.

Del barrio sólo conoce la periferia: los restaurantes de pescado y marisco del paseo Juan de Borbón, la fachada reabierto al puerto hace unos años y las nuevas playas. Se adelanta hasta el antiguo club de natación y observa que ya no es posible continuar hasta la punta del espigón, truncado por la remodelación del puerto. Siente nostalgia de los mejillones del Porta Coeli, clausurado al acabar el milenio, y de las tardes que Nuria y él pasaron en el dique, primero de novios y luego con las niñas. Cuando todo parecía ir bien.

Morilla había asistido a más de un cliente en la comisaría del barrio y allí se dirige. Pregunta si conocen a un tal Joaquín Molins, pero los nuevos policías no están al tanto de las antiguas andanzas del hombrecillo, ni tampoco de su actual paradero. No es cuestión de ponerse a revisar los buzones calle por calle y portería a portería, por lo que se acerca al mercado. Molins llevará toda la vida en el barrio, pero nadie parece conocerlo: ni por el nombre ni por la descripción. Hasta que, a punto de desistir, una clienta octogenaria lo escucha preguntar a las dependientas de la panadería de la calle del Baluarte y le da razón.

—Claro que sí: usted pregunta por el *Quimet*, el hijo de la Remedios, que en paz descansa. Vivían aquí al lado, un poco más abajo de la librería. Ya hace que el muchacho se mudó a la otra margen del barrio, con su mujer. Tire calle adelante sin perder el hilo y bájese hasta más allá de Almirante Cervera. No tiene pérdida: es una casa con la fachada azul cielo, en la acera de la izquierda.

Satisfecho su primer objetivo, el olor a buen pan excita el apetito del abogado. Se compra un bollo recién hecho y se lo come aún caliente, sin más acompañamiento que un trago de la fuente cercana. El paso del tiempo ha hecho estragos en el edificio. El pasamanos se sustenta en una pared tan desconchada que parece repicada con un escoplo, y se asciende por una angosta escalera de peldaños desgastados. El nombre de Molins no aparece en los buzones. Es más

arriba, le dicen en la planta baja, cuando le abren el portal.

La escalera quiebra y vuelve a quebrar, mal iluminada por las mortecinas bombillas adosadas a la pared, alimentadas por un cable retorcido que asciende de planta en planta. Aprieta el pulsador y escucha el zumbido sordo del timbre. Ha de repetir tres veces antes de que se entreabra la puerta, retenida por la cadena de un pasador. Una mujer asoma la cabeza.

–Me llamo Santiago Morilla y busco al señor Molins. Me han dicho que vive aquí.

–¿Qué desea del señor Molins? –pregunta ella con desconfiada.

–¿El señor Molins es su marido? Nos conocimos en el hospital clínico, tal vez le haya hablado de mí. Yo soy el abogado del señor Casamichana.

Morilla advierte un punto de congoja en los ojos de la mujer.

–El *Quimet* no está.

–Es importante que lo vea. ¿A qué hora podría encontrarlo?

–Nuca se sabe, se pasa el día entero entrando y saliendo. Pero puedo darle recado de que usted ha venido.

A Morilla le incomoda estar plantado en el rellano como un vendedor de seguros.

–¿Usted conoce al señor Casamichana? –lanza al azar.

La mujer se lo repiensa un momento y al final asiente, parapetada tras la puerta.

–Sí, lo conozco. Y el *Quimet* también me ha hablado de usted. No tardará –rectifica–, sólo ha bajado a hacer unas compras. Si no tiene demasiada prisa puede pasar y esperarlo dentro.

Santiago agradece el ofrecimiento. La mujer cierra, descorre el pasador y vuelve a abrir. El estado del piso contrasta con el del edificio. El suelo original fue sustituido tiempo atrás por baldosas de cerámica y las paredes, ahora estucadas, están pintadas de blanco. También se cambiaron las ventanas por otras de aluminio y se restauraron las celosías originales. Las puertas también fueron renovadas al completo.

–Siéntese –le ofrece un sillón–. ¿Le apetece un café? Ahora mismo iba a poner una cafetera. El *Quimet* no es de bares y le gusta tomarse uno en cuanto llega.

Se mete en la cocina sin darle oportunidad a decir sí o no. A Morilla le apetece un café a rabiar, aunque no sea de cafetería. Porque, aparte del brebaje amargo de Sandra, esa mañana no ha desayunado más que el bollo de la panadería, regado con un trago de la fuente: pan y agua, en definitiva.

El comedor es pequeño y el sofá y el sillón con su mesita aún lo disminuyen más. A un lado han acomodado una mesa redonda con cuatro sillas recogidas bajo el tablero. Contra la pared de enfrente, casi embutido con calzador, hay un robusto aparador color palosanto. Sobre él descansa una vitrina acristalada en la que destaca un bonito juego de café, de porcelana, en exposición con su docena de platos y tazas y su azucarero. No hay fotografías: ni de la mujer, ni de Molins, ni de ningún hipotético hijo o nieto de ambos.

El aroma a café recién hecho inunda el comedorcito. La mujer reaparece y se acerca a la vitrina, corre la cristalera y se hace con dos tazas y sus correspondientes platitos. Por mí no se moleste, dice Morilla, con cualquier vaso ya me vale. No es molestia, estas tazas casi no salen del armario, déjeme que les saque algo de provecho. Morilla se fija en ella cuando cruza el comedor de regreso a la cocina, a por la cafetera. Tendrá sesenta y pocos años. Es menuda, bajo la bata de estar por casa, y lleva el cabello corto, totalmente blanco. Su frente está surcada de arrugas, pero aún conserva un halo de su atractiva juventud.

El abogado saborea el café. La mujer se sienta en silencio en el filo del sofá y recoge una mano sobre la otra, en el regazo. Morilla sólo ha abierto la boca para alabar la infusión y ella ha sonreído complacida. Parece que mejora el tiempo, dice él, y ella le dice que sí, que lo parece. Si hemos de esperar mucho, piensa Morilla, esto va a ser bastante embarazoso. Entonces se oye cerrarse el portal del edificio, allá abajo.

–Ese debe ser el *Quimet* –augura la mujer, que se levanta y se interna en el

pasillo, hacia la puerta.

Al final habrá que poner un ascensor o mudarnos, gruñe Molins, que arriba al recibidor acarreando dos bolsas en las que carga la compra del día. La mujer le susurra algo y el hombre le pasa las bolsas antes de adelantarse.

–¿Cómo ha dado con nosotros? –pregunta desconcertado.

–Preguntando por ahí. No crea que ha sido fácil.

La mujer traslada los víveres a la cocina y regresa con otra taza para Molins, que se sienta. Echa una cucharada de azúcar y lo remueve mientras ella se aposenta a su lado, tensos los dos. Estarán ustedes al caso del estado de Enrique, empieza Morilla, y ellos asienten. A la mujer parece que se le va a escapar el llanto y el hombrecillo le pasa un brazo por los hombros.

–¿Por qué creen que atacaron a Enrique? –pregunta Morilla, a bocajarro.

–No lo sé –responde Molins–. Ya le dije que el tiempo cambia a la gente y a Enrique parece haberle vuelto irascible. Con lo sensato que era de joven.

–¿Ya era así hace trece años?

La pregunta ha pillado por sorpresa a la pareja.

–No sé cómo era Enrique hace trece años. No nos veíamos desde el cincuenta y ocho.

Morilla saca de un bolsillo el sobre que le ha dejado la empleada del Instituto Social de la Marina. De él extrae tres folios grapados: es el resumen de vida laboral de Luís Casado Gómez, miembro ficticio de la marina mercante española. Con algunas anotaciones de puño y letra de la funcionaria.

–Su amigo estuvo en Barcelona en el noventa y uno –asegura tras consultar un folio suelto que también ha tomado del sobre–. Su barco fondeó una semana en el puerto, en febrero de ese año.

Dobla los folios y los regresa al sobre.

–Parece ser que las cosas le iban bastante mejor, al menos en lo tocante a dinero, y no precisó que lo acogieran en el *Stella Maris*, como ahora.

Molins está súbitamente pálido, con una mano temblorosa suspendida en el aire, sosteniendo una taza que le molesta. La deja sobre la mesita.

–No sé de qué me está hablando.

–¿Quiere hacerme creer que Enrique no se puso en contacto con ustedes? – pregunta Morilla con su aplomo de letrado.

–Si Enrique estuvo en la ciudad, no hizo por vernos.

–¿Está completamente seguro? A veces la memoria nos juega malas pasadas. Intente recordar: ¿está usted seguro de que no se vieron en aquella ocasión?

–¿No cree que me acordaría si así hubiera sido? –repite el hombrecillo.

Morilla decide jugársela. Mira a su alrededor -a las paredes, a las ventanas, al suelo, a los muebles-, y luego a los ojos desvaídos de Molins. Y le larga un farol.

–¿Sabe qué voy a hacer? –le expone con el tono intimidatorio que reserva para los tribunales–. Se lo advertiré para que no me tache de traidor: voy a encargar a un detective que investigue, y estoy seguro de que descubrirá que las obras que se han hecho en esta casa datan de poco después de que Enrique estuviera en Barcelona. ¿Verdad que no me equivoco?

El hombre empieza a alzarse del sofá al tiempo que protesta con dignidad: ¿pero qué se ha creído?, yo he trabajado toda mi puta vida y esto lo he pagado con mi sacrificio, luchando como un cabrón, ¿me oye? Pero la mujer lo toma levemente del antebrazo y lo sujeta en su sitio.

–¿Qué quiere saber? –inquire ella con determinación.

–Lucía... –Molins principia una amonestación que ahoga de inmediato, porque su compañera sólo tiene ojos para el abogado.

Una punzada traspasa el pecho del abogado.

–¿Usted es Lucía Ventura?

Lo ha preguntado descolocado, y ella asiente con tranquilidad.

–Esos son mi nombre y mi apellido –corroborra desafiante–. ¿Se sorprende, señor abogado?

Lucía, la novia de Enrique Casamichana en el año cincuenta y ocho. Morilla mira al hombrecillo y éste, azorado, agacha la cabeza: sólo han transcurrido cuarenta y ocho horas desde que le asegurara no haberla visto desde aquellos

tiempos.

La mujer, en segundo plano hasta ese momento, ha adquirido un porte de seguridad que revela que ella es la componente fuerte de la pareja.

–Dígame qué quiere de nosotros.

## 22

*Junio de 1958*

Bernardo y Enrique habían tenido la precaución de correr el cerrojo la noche que asaltaron las oficinas de los Portolés. Oyeron moverse la llave dentro de la cerradura y el estruendo de los empujones sobre la pesada puerta de madera, pero ésta resistió los envites. Dentro, los dos chicos habían quedado paralizados. Cuando Enrique logró reaccionar, dejó caer la bolsa donde reunía cuanto había iba expoliando y huyó hacia la sala común de los subalternos, intentando ganar primero las terrazas y luego el andamio.

Apenas había dado unas zancadas cuando notó que su compañero no le seguía. Volvió la cabeza al punto de verle correr en dirección contraria. Dejó ir una imprecación y se fue a por él. En dos segundos estaba a su lado, intentando retenerlo. Pero Bernardo se desasía y se coló al despacho donde había quedado el dinero. Vacío su bolsa y de dos manotazos embutió dentro los billetes y cuanto había bajo ellos, a las bravas. Sólo entonces cedió y salieron disparados. La puerta temblaba, amenazando romperse con los empujones desesperados del de afuera.

Salieron a la terraza. Enrique escaló la pared, Bernardo le lanzó la bolsa y trepó al tejado. Volaron sobre los terrados y saltaron a la planta en obras, corriendo a trompicones hasta donde culminaba el andamiaje, y casi se despeñaron descendiendo a la acera.

A la mañana siguiente, a primera hora, don Anselmo Portolés casi había exigido entrevistarse con el Jefe Superior. Su disgusto fue mayúsculo cuando le contestaron -con muy buenas formas- que el comisario principal, con mando casi omnipotente en la sede de la Vía Layetana, no podría recibirle porque -le dijeron- estaba indispuesto.

-No es posible -balbuceó el patriarca Portolés, removiéndose contrariado en el sillón que le habían ofrecido-: anoche mismo nos vimos durante la procesión -añadió poniendo por testigo a su hijo Julio, sentado al lado-. Me saludó y le devolví el saludo.

Un movimiento de cabeza de Julio Portolés rubricó las palabras de su padre.

-Siento decirles que el Jefe Superior ha excusado venir hoy a Jefatura. Al parecer sufre un severo ataque de riñón que lo mantendrá postrado en cama unos días, alejado de sus obligaciones. No obstante, tiene conocimiento de cuanto ha acontecido y ha dado órdenes por teléfono para que nos pongamos en cuerpo y alma a disposición de ustedes. Y que no escatimemos esfuerzos hasta la feliz resolución del incidente que les aqueja.

-¿Eso ha mandado? -preguntó Portolés padre, aliviado dentro de su desgracia.

Por supuesto, aseguró vehemente el comisario Lucio Barrientos, mientras acompañaba su discurso con una media reverencia. Que les den a esos señoritingos de mierda -había estallado en realidad el Jefe Superior, al otro lado de la línea-; ¿acaso se creen que no tengo otras obligaciones? Van aviados si piensan que voy a dedicar mi día libre a perseguir a una cuadrilla de maleantes del tres al cuarto; que guarden los cuartos en el banco, como hacemos todos los mortales. Si insisten -ordenó tajante- díles que estoy enfermo; haz algo bueno en tu puta vida y quítamelos de encima.

Identificar al asaltante abatido había sido fácil: tanto como registrar el cadáver y verificar el carnet de identidad que portaba. Así lo atestiguaba un segundo policía, de pie junto a Barrientos: el inspector de primera Ricardo Contreras.



–Hemos detenido a dos de sus compinches: a un chorizo de poca monta, con el que el muerto operaba de vez en cuando, y a una chiquita –relató el comisario.

–¿Han recuperado lo que se llevaron del bufete? –rompió su silencio el más joven de los interlocutores de Barrientos, mirando primero al inspector y luego al comisario.

–Aún no, por desgracia –declaró el comisario con estudiado pesar–. Al parecer había un tercer cómplice: otro quinqui aficionado, por lo que ahora sabemos. Es probable que él tenga los efectos. Al menos eso dicen los detenidos.

–¿No les estarán engañando? –preguntó el señor Anselmo, cauto en no resultar ofensivo para las susceptibles fuerzas del orden.

–En absoluto –aseguró el inspector Contreras, y un brillo siniestro cruzó sus pupilas antes de ir a fijarlos en el chico de los Portolés–. Los asaltantes eran tres varones: el que cayó, este otro que hemos pillado, y un tercero que ha huido; tal como ha asegurado el sereno y como usted mismo ha atestiguado –se dirigió al vástago del constructor.

Impotente, Julio Portolés había escuchado el estruendo de dentro que delataba la huida de los asaltantes, la noche anterior. Pero la puerta acerrojada no cedía. Descendió como una exhalación los cinco tramos de escalera, atravesó el vestíbulo y saltó a la calle. Gritó, reclamando auxilio. Llegó a distinguir la silueta difusa de alguien que corría hacia la esquina con la Vía Layetana y otras dos que, surgidas de entre las lonas del andamiaje, la seguían en veloz carrera. También él corrió, sin pensar en que eran tres contra uno. Volvió a gritar, y al poco vinieron los disparos.

–Sí, eran tres –ratificó.

Aún tenía nítida en la retina la imagen de los dos que huían calle abajo, mientras él aterrizaba en el suelo, a escasos centímetros del asaltante abatido. Había cerrado los ojos con fuerza y se quedó tan quieto como el muerto, rogando que quien disparaba no se confundiría y le descerrajara un tiro allí mismo, sobre la acera.

–¿Se sabe quién es el que ha escapado?

–Un tal Enrique Casamichana –el inspector contestaba a la pregunta de Anselmo Portolés–. Un chorizo con el que los otros dos se movían: yo mismo los había corregido en alguna ocasión, cuando estuve destinado en la Barceloneta. Además, el detenido ha cantado.

Barrientos era pequeño y redondo, mientras que el inspector Ricardo Contreras era anguloso. Un hombre violento, a todas luces. Anselmo Portolés se hizo una idea de cuál podía ser el tipo de correctivo al que se refería.

–¿Ha dicho dónde encontrar al que falta? –preguntó Julio.

No lo sabe, aseguró el inspector. ¿No lo dirá si le aprietan un poco?, insistió esperanzado el viejo Portolés. Tanto Barrientos como el otro policía estaban absolutamente convencidos de que, de saberlo, a buen seguro que ya lo habría hecho.

–Insistiremos –prometió el comisario, no obstante.

–Ese hombre bien que tendrá una casa –aventuró Anselmo Portolés–, y vivirá con sus padres, digo yo. Algo sabrán.

–Según su ficha policial es huérfano –informó Barrientos– y reside en una parada del mercado municipal, donde trabaja cuando no está haciendo tropelías.

El constructor no concebía que una persona no tuviera una casa, por maltrecha que fuera.

–No se le conoce otro domicilio –aseguró Barrientos.

–¿Sus amos tampoco saben dónde pueda parar?

–Tampoco –terció el inspector, que había sido implacable con el tembloroso matrimonio Anguera.

Se hizo un breve silencio que rompió don Anselmo.

–¿Qué implicación tiene la mujer que han detenido?

–Era la putilla del muerto. Por no saber, ni siquiera estaba al tanto de que su maromo iba a dar el palo. Quiero decir –el comisario intentó recomponer su vocabulario barriobajero– que era totalmente ajena a lo que se proponían los asaltantes.

Eso también lo sabemos con total certeza, aseguró el inspector, y Anselmo

Portolés se volvió a remover inquieto en el asiento.

–Fue una bendición que su hijo se acercara al despacho, aunque fuera a hora tan intempestiva –observó Contreras.

–Se me cae el mundo encima cuando pienso que se los podría haber topado de frente.

–Sin embargo, de no darse la presencia de su hijo –opuso Contreras–, los ladrones hubieran actuado con total impunidad y ahora no tendríamos ninguna pista.

–De bien poco me ha servido –renegó Julio Portolés–. Acabada la procesión dejé a mi novia en su casa. Había quedado con unos amigos para tomarnos algo después, y se nos hizo tarde. Estaba cerca del despacho y decidí recoger unos documentos que pensaba trabajar hoy, en casa. Y me encontré con el fregado.

–Los ladrones pusieron las oficinas patas por hombros –Barrientos empezaba a construir la idea que le rondaba desde que supo el resultado de la inspección practicada–, aunque sólo se llevaron el dinero que su hijo tenía en el cajón. Pero si, como parece, ya lo habían localizado, ¿para qué entretenerse en rebuscar más?

–Tal vez encontraron los billetes cuando ya habían recogido otras cosas –elucubró Julio–, pero al ser sorprendidos se deshicieron de todo lo demás.

El comisario movió la cabeza.

–Podría ser –dijo sin ningún convencimiento–, pero mis hombres creen que no fue así, y es algo que me tiene desconcertado. Además –añadió– ¿no les escama que escalaran cinco pisos, cruzaran varias terrazas y saltaran a su despacho así, al azar?

–¿Insinúa que iban a tiro fijo? –preguntó don Anselmo.

–Es una posibilidad que no hay que desdeñar –expuso Barrientos–. Y amontonaron el resto de objetos para despistar. Díganme ¿quién podría saber que había tanto dinero en su mesa? ¿Algún empleado, tal vez?

–No, estoy seguro de que ninguno de los oficinistas lo sabía.

–¿Es habitual que se guarden tales cantidades en un cajón del escritorio?

No, no lo es, respondió don Anselmo, y a Barrientos no le pasó desapercibida la breve ojeada con la que repasó a su hijo.

–No es la primera vez que ha quedado efectivo en la casa. A veces hacemos algún cobro por la tarde, pero a la mañana siguiente se baja al banco, sin falta y a primera hora.

–Sí, ese fue el caso –aseguró Julio.

–Lo entiendo –concedió el comisario–. Pero ustedes tienen caja fuerte. ¿No hubiera sido más prudente depositarlo en ella?

–Tuve un fallo –Julio Portolés dirige la excusa hacia su padre, más que al policía–. Había prometido a mi madre que la acompañaría a la procesión, se me hacía tarde y no me paré a pensármelo dos veces. Tuve un mal momento.

–Lo cual no hubiera tenido mayores consecuencias de no ser porque los rateros siempre andan al acecho.

–Vuelve usted a insinuar que esos tres desgraciados estaban al caso.

Barrientos sopesó sus palabras antes de pronunciarlas.

–Pudiera ser, no hay que descartarlo –y añadió–: Descontando a los empleados, ¿quién más podía saber de la existencia de ese dinero?

–¿Aparte de nosotros dos, quiere decir? –preguntó Julio Portolés.

Su tono sonó duro y Barrientos sintió un amago de inquietud. El Jefe Superior podía haberse quitado de en medio, pero no le iba a hacer ninguna gracia que aquellos dos señores se sintieran tratados como sospechosos.

–Sí, sí, claro –se batió en retirada–: aparte de ustedes, por supuesto.

La claraboya filtraba la luz del día en el hueco de la escalera de la Jefatura Superior. El inspector Contreras encaminaba a un agotado Portolés padre y a su hijo hacia la salida. Antes de despedirse, Barrientos se había deshecho en buenos augurios. Tengan confianza, no tardaremos en dar con ese malnacido; estos delincuentes de medio pelo son torpes a la hora de moverse fuera de su entorno diario; caerá, se lo aseguro.

–Aún quedan algunas diligencias por formalizar –aseguró el inspector al

descender el último tramo de escalones.

–¿Qué diligencias?

–Papeleo –el policía respondió a Anselmo Portolés–. Formalidades de las que no podemos sustraernos.

–¿Es necesario que permanezcamos aquí por más tiempo? –preguntó Julio.

Un gesto de fatiga se reflejó en su padre.

–Dado que usted es el testigo ocular, bastará con su presencia.

–¿Habrá para mucho rato?

–Confío en finalizar en una hora, o poco más. Siento perjudicarles, pero todo se nos puede ir al garete el día del juicio si ahora no se hacen bien las cosas.

–En ese caso esperaré por aquí –se resignó el padre, buscando con la vista algún asiento en el vestíbulo–. O mejor en una cafetería.

–No es necesario, papá, mejor harás yéndote a casa.

–No, no –se resistió el hombre–. Hemos llegado juntos y juntos nos iremos.

–Mamá estará comida de nervios, sola con el servicio. Toma un taxi, yo vendré tan pronto resuelva lo que reste por hacer.

–No hará falta el taxi –ofreció el inspector–. Un agente le acercará a su casa en un coche de paisano.

–Prefiero el taxi –rehusó el constructor.

Poco quedaba del Anselmo Portolés que desfilaba la tarde anterior en la procesión, enhiesto entre los próceres de la ciudad. Pero se mantuvo firme.

–Le agradezco la deferencia que nos hace –Julio Portolés se dirigía al inspector–. Si no es abusar me atrevería a pedirle que el hombre que nos ofrece se acerque con mi padre a nuestro domicilio.

El viejo fue a protestar, pero Julio acabó su razonamiento.

–A su regreso podrá traernos noticias de cómo andan los ánimos por allí. Por supuesto que los gastos de la ida y la vuelta correrán a nuestras expensas.

Un policía de gris tecleaba sobre una máquina de escribir en el despacho al que fue conducido Julio Portolés. El inspector le ordenó que los dejara solos y cerró la puerta.

–Por un momento me he temido que tu padre no iba a irse nunca.

Se aflojó el nudo de la corbata y se quitó la americana, dejando a la vista el revólver del treinta y ocho que colgaba en su funda sobaquera. Se desabrochó y arremangó los puños de la camisa y tomó asiento en la silla desalojada por el número de la Policía Armada. Portolés lo hizo a su frente, sin esperar invitación.

–¿Qué trámites hay que hacer?

–Ninguno. Pero ahora no tengo nada pendiente y quería hablar contigo. Dime, ¿cuánto se os han llevado?

–Ya lo sabes: unas cuatrocientas mil pesetas.

El policía se detuvo a inspeccionarle el rostro. De un arrugado paquete de contrabando extrajo un cigarrillo y ofreció otro a su acompañante.

–Vosotros manejaís pasta a granel. Me parece poco para el disgusto que traía tu padre.

–Para él es como si le dieran cuatrocientas mil puñaladas en los hígados.

–¿Tienes idea de quién ha podido dar el chivatazo a los chorizos?

–No –dijo Portolés, y recalcó–: ni puta idea.

La sala iba inundándose del humo de los cigarrillos. Contreras estudió la brasa del suyo antes de proseguir.

–Mira, de no haber un fiambre de por medio y un par de detenidos ahí abajo, hasta podría pensar que el dinero te lo has quedado tú.

Julio compuso cara de ofendido, pero el policía ni se inmutó.

–Anoche me sorprendió que te recogieras tan pronto, cuando la timba empezaba a ponerse interesante.

–El juego no es lo que más me priva.

–Al poco vinieron cuatro tías: la Sole se trajo a tres amiguitas que aún no conoces, y nos trincamos una botella de importación: whisky de malta, no sé si

has probado de ése.

El policía dejó escapar el humo antes de volver a preguntar.

– Oye, ¿qué es de la chiquita aquella que antes te acompañaba? Hace días que no la sacas, ya sabes quién te digo. ¿Esa muchacha no es menor?

–¿Quién lo pregunta, el policía o el amigo?

Una sonrisa evasiva fue la respuesta de Contreras.

–Me fui porque mi padre se mosquea si llego demasiado tarde. Y mi madre... bueno, si mi madre se enterara de mis líos empezaría a darme la monserga: que si tu novia por aquí, que si esa pobre niña por allá...

El inspector rebuscó en uno de los cajones de la mesa y cobró un cenicero. Una sonrisa afloró a su boca.

–¿Te imaginas si me da por acompañarte? La que se hubiera liado – Contreras acarició la culata del revólver–. Me habría convertido en un héroe. Puede que hasta me hubieran impuesto una medalla en el día del Santo Patrón.

–Ojalá –el otro expresó abatido lo que ya era un deseo imposible.

El policía dio una larga calada y expulsó el humo en una densa columna. Volvió a lanzar la pregunta.

–¿Cuanto se os han llevado? –se adelantó en el asiento y clavó la mirada en la de su amigo –. Y dime la verdad.

El cigarrillo de Julio Portolés llegaba a su final. Se hizo un largo silencio antes de que respondiera.

–Un millón largo. Casi dos.

El inspector lanzó un silbido.

–Ese es el valor de cinco o seis pisos, como poco. ¿Acababas de vender un bloque entero, esa misma tarde?

El otro se encogió de hombros.

–¿Tu padre sabe que ésa es la cantidad robada?

Julio Portolés escudriño al inspector, dubitativo.

–No, no lo sabe –dijo al fin.

–¿Por qué has dicho que sólo os han robado cuatrocientas mil?

–Son cosas de los negocios.

–¿Es dinero que proviene de algún chanchullo? No me lo digas, tú sabrás en qué andas metido.

Julio estrujó el cigarrillo contra el fondo del cenicero.

–¿Cogeréis al que falta?

–Supongo que sí. Antes o después acabará cayendo. Como ha dicho el comisario, esa gentuza no es nada fuera de su ambiente. De todos modos, si lo trincamos con la pasta encima –le hizo ver–, ¿cómo vas a justificar que sólo hayáis denunciado una quinta parte de lo sustraído?

Julio y el inspector Contreras llegaron al final del pasillo de calabozos, seguidos del policía armada que acababa de acerrojar el de Joaquín Molins. Empezaron el ascenso hacia la salida. El hijo del constructor se había llevado un puño a un lado de la boca y lo mantenía apretado en la comisura de los labios, en un irreprimible gesto de asco.

–Ya te dije que no sacabas nada con bajar a verlos.

Contreras no disimuló su regodeo por el escaso aguante de su camarada de correrías. Vamos a tomarnos algo hasta que regrese el funcionario que he enviado a tu casa, propuso. Iban a trasponer el portalón que daba a la Vía Layetana cuando el policía que hacía la guardia les salió al paso. Murmuró algo al oído de Contreras y éste contuvo a Portolés. Espera un momento, le musitó. Un taxista aguardaba haciendo rodar la gorra de visera entre sus manos nerviosas. Contreras le animó a hablar y Julio Portolés distinguió la pose de confianza del hombre, cabizbajo, medio alzando los ojos a ratos para mirar al inspector. Éste hizo algunas preguntas que el otro respondió, y acabó asintiendo. El inspector le palmeó el hombro y el taxista inclinó la cabeza antes de partir.

La cosa se complica, dijo el inspector tomando a Julio por el brazo y apartándolo a un lado del vestíbulo.

–Ese taxista es el mismo que ha llevado a tu padre a casa. Por el camino ha oído lo que hablaba con el funcionario que lo acompañaba y se ha quedado con



la copla. Ha sido dejarlos, arrancar y, a la vuelta de la esquina, se le ha subido una pareja. Ella iba de criada y él cuadra con la descripción del que nos falta por pillar.

–Entonces, eso quiere decir... –empezó a tartamudear Portolés.

–Eso quiere decir –lo interrumpió Contreras– que tu criadita también está en el ajo.

No puede ser, repitió Julio un par de veces, perplejo. Pero una llamada al domicilio de los Portolés confirmó que la chica no había regresado. De eso hará ya una hora, informó el policía que acompañara al constructor, desde el teléfono de su casa. Sí, se fue de uniforme, eso es lo que me dice la cocinera.

–Agarra el portante y te vienes para aquí, ¿entendido? –le ordenó Contreras. Eran ellos, corroboró al colgar.

–¿Qué podemos hacer?

–El taxista los ha dejado frente a la estación de Francia. Supongo que estarán a punto de subirse a un tren para ir vete a saber dónde, si es que no lo han hecho ya. O nos damos prisa o podemos darlos por perdidos. Mandaré un par de coches.

–¿Y si ya han salido?

–Habrá que averiguar su destino. Haré que pregunten en las taquillas, quizás algún empleado los recuerde y sepa decirnos hacia dónde han sacado los billetes.

–Prométeme que daréis con ellos –rogó Julio Portolés.

–Mira, chico, la cosa está complicada. Antes eran pocos los que viajaban, pero ahora, con la emigración... –Contreras se rascó la cabeza, dubitativo.

–Tenéis su descripción. Con el uniforme del servicio no podrá pasar desapercibida.

–Puede que ya se haya mudado. Imagínate que se cuelan en algún vagón, sin pasar por taquilla. Esto va a ser como buscar una aguja en un pajar –dijo, y miró al otro–. En fin, mis hombres harán lo que puedan.

Portolés escrutó al policía.

–¿No te vas a ocupar tú en persona?

–Ya te he dicho que mandaré un par de coches –consultó ostensiblemente su reloj y comprobó que iba acercándose la hora de su vermut cotidiano–. Yo lo controlaré todo desde aquí, pierde cuidado.

El joven se percató de la situación.

–Si es cuestión de correr con los gastos, yo me hago cargo –aventuró con aplomo–. Y, si todo sale bien, hasta habrá una propina.

Una gratificación, rectificó de inmediato. Contreras pareció recuperar el interés.

–Está bien, si insistes lo dejaré todo y me pondré al tajo. Pero sólo por unos días, y porque eres tú quien me lo pide. Entiéndelo, voy hasta arriba de trabajo.

Portolés recordó que no hacía una hora desde que el otro se jactara de estar ocioso, pero no dijo nada. Así que fue el policía quien hizo un comentario sarcástico.

–Me gustaría ver por un agujerito de dónde sale el dinero que te han robado.

Ahora fue Julio Portolés quien miró de hito en hito al policía, con el semblante más serio que éste le hubiera visto en su vida.

–Óyeme bien, Ricardo: me importa un huevo ese dinero y también me importa un huevo ese chorizo. Pero necesito que los cojas: a él y a la chica.

Su mirada se aceró tanto que Contreras creyó que aquél hombre era otro, distinto al que estaba acostumbrado en sus noches de francachela.

–Ese hijo de puta no sólo se me ha llevado millón y pico de pesetas, ¿me oyes? También me faltan ciertos documentos que iban con el dinero. Seguro que el gilipollas no sabe lo que tiene entre manos, pero me interesa recuperarlos.

–¿Qué clase de documentos?

–No te importa de qué van esos papeles –espetó contundente–, pero los quiero.

Luego se relajó. Al percibir que el policía seguía suspenso de sus palabras, añadió:

–Puedes quedarte con el dinero –remachó–: con todo. Es más, te daré otras

doscientas mil. Pero tráeme los papeles.

Dos Seat 1400 se detuvieron bruscamente a las puertas de la estación. Ricardo Contreras y otro par de inspectores se apearon del primer vehículo. Mientras uno daba instrucciones a los cuatro uniformados que bajaron del segundo coche, Contreras y el otro policía de paisano ascendieron los peldaños que los llevaban al vestíbulo. Los viajeros se hicieron a un lado con cautela, abriendo un pasillo, y miraron a la comitiva que tomaba posiciones.

El inspector de primera cruzó el vestíbulo y se llegó hasta la entrada a los andenes, donde un guarda daba paso sólo a quienes mostraban un billete para viajar. No, por allí no había pasado nadie con la descripción que se le daba; a una muchacha con uniforme de criada la hubiera visto, aseguró. ¿Y sin uniforme?, preguntó el policía. Eso ya es más difícil, por aquí pasan a miles, se disculpó el vigilante. En los aseos hubo más suerte. La encargada le dijo que sí, que haría casi dos horas que entró una chica vestida así; de unos diecisiete o dieciocho años, sí; de ir con un hombre, él no entró aquí, respondió con una risilla, pero se amilanó ante la faz de pocas bromas de Contreras.

–Se cambió de ropa –corroboró la empleada.

–¿No le pareció extraño que se mudara en este aseo?

–No, que va –negó la señora–. Muchas lo hacen cuando van a la casa donde sirven, o a la vuelta. Aunque lo normal es verlas a primera hora y no a media mañana, como a ésta.

Aún así cabía la posibilidad de que no fuera la misma, consideró Contreras.

–¿Se fijó en qué hizo con el uniforme?

Se lo llevaría, dijo la empleada de los lavabos. Pero en un examen a fondo hallaron el ropaje tirado al final el aseo, en un bidón que hacía de cubo de desperdicios.

–Haga memoria: ¿con qué ropas salió de aquí dentro?

La mujer se devanó los sesos antes de responder. Yo diría que con un vestido de color azul, sencillito, con cinturón. ¿Azul claro u oscuro? Azul celeste,

aseguró ella. ¿Vio hacia donde se dirigía? No señor, no lo vi.

El vigilante de antes volvió a decir que no, que no recordaba a ninguna chiquita con un vestido azul claro. Por si acaso, todos los acompañantes de Contreras, uniformados o de paisano, ya estaban recorriendo los andenes y subiendo a los coches estacionados en las vías. Puesta en antecedentes, se les sumó una pareja de la Guardia Civil de servicio en la estación. Interrogaron a los empleados, a los mozos de cuerda y a los de la cantina, sin resultado. Tampoco a los que vendían billetes en las taquillas les sonaba la pareja. Ya le dije que por esta puerta no habían pasado, dijo el guarda.

Y sin embargo han estado aquí, recapacitó Contreras.

Fue un empleado que arrastraba un carrito de chucherías, en la acera, quien les dio razón. Sí, se fueron para allá, señaló hacia la esquina. Todos los policías se pusieron en marcha. Minutos después entraban en la colindante estación de cercanías.

El coche oficial de Contreras se revolucionaba en la carretera nacional. Conducía el mismo subalterno que acompañara a don Anselmo Portolés en el taxi, en su viaje de retorno a casa. Los pueblos inmediatos a la capital se sucedían uno tras otro mientras el inspector elucubraba. El conductor era gente de confianza y con él no habría problemas, pasara lo que pasara. Aparcaron frente a la estación de Mataró y mostraron sus credenciales al taquillero. Sí, bajaron aquí y empalmaron con el tren de Masanet, les informó el jefe de estación, requerido de urgencia. Compraron dos billetes, corroboró el taquillero. ¿Cuánto hace que salió el tren?, preguntó el policía. Hará hora y cuarto, fue la respuesta.

–Pueden haberse bajado en cualquier sitio, entre aquí y Masanet –comentó el policía que manejaba el volante.

El Seat 1400 empezaba a petardear, sometido a un esfuerzo al que no estaba acostumbrado.

–Lo sé –reconoció su jefe–, pero tengo un pálpito: esos dos quieren atravesar

la frontera.

El joven jefe de estación de Masanet no se mostró tan solícito. Arrogante dentro de su impoluto uniforme ferroviario, quiso quitárselos de encima. Por aquí pasa mucha gente y no es mi cometido controlar a los pasajeros, esgrimió con presunción. Un par de bofetadas lo resituaron en su lugar y le devolvieron la cordura y la memoria. La pareja sacó billetes a Cerbere.

El coche policial ya venía echando un denso humo por el escape y empezaba a chirriar. ¿Cuándo parte el próximo convoy? En veinte minutos, respondió el vilipendiado jefe de estación. Tú sigue por carretera, ordenó Contreras a su ayudante al abordar el vagón. No sé si podré con este trasto, repuso el otro. Haz por llegar. No pensarás cruzar a Francia, le desaconsejó el subalterno. Contreras sopesó los riesgos y la promesa de una succulenta recompensa.

–Te esperaré en Port-Bou. Si ves que no puedes alcanzarme, telefoneas a la comisaria de la estación y que me den el recado.

Ya había caído el sol sobre el pueblo fronterizo cuando descendió del tren.

## 24

Lucía vierte el resto de la cafetera en los vasos de Morilla y de Molins y ella misma se pone media tacita.

–El taxi nos dejó a la puerta de la estación de Francia y entramos en el vestíbulo, a rebosar de gente de un lado para otro.

Desde allí vieron que el taxista se había bajado, se adelantaba hasta los portales enrejados y miraba hacia dentro. Se le veía indeciso. Al poco regresó al coche y arrancó, sin esperarse a recoger pasaje. No me fio, valoró Enrique.

–Me acercó al aseo. Cámbiate de ropa, me mandó. Le pregunté si iba a sacar los billetes, mientras tanto. Pero estaba tan metido en sus planes que no me contestó. Tiré el uniforme y salí vestida con lo que me había traído. En lugar de irnos a las taquillas nos volvimos a la calle y rodeamos el Gobierno Civil. Casi

me muero cuando nos cruzamos con el guardia que lo vigilaba, pero seguimos acera abajo.

Al ascender la escalinata de la otra estación, la de cercanías, Enrique echó un vistazo a lo lejos. Allá, al fondo, quedaba el barrio donde había vivido los últimos años, aunque fuera bajo el mostrador de una parada de charcutería.

–Me pareció que se despedía definitivamente de lo que había sido su vida. Pero a mí, que sólo se me venían pensamientos de escapar, no me cabía lugar para la nostalgia. Fuimos parando en todas las estaciones. En Masanet aprovechamos para comprarnos un bocadillo, y enseguida tomamos el primer tren que nos dejó en Port-Bou, en la misma frontera.

Aquel no era el plan, recuerda Lucía. No debían apearse hasta Cerbere, pero la parada era obligada.

–Los guardias entraban en los vagones y comprobaban los visados de quienes continuaban hasta la última estación, dentro de Francia. Pero yo no tenía un pasaporte en regla: nunca en mi vida lo había necesitado. No quedaba más remedio que bajarse allí.

La bóveda que cubría los andenes era casi tan imponente como la de la gran estación de Barcelona, revive la mujer. Si el ferrocarril español acababa en Cerbere, el francés lo hacía en Port-Bou. Dentro del vestíbulo estaban las largas mesas de los aduaneros españoles, donde registraban a quienes llegaban del otro lado por las estrechas vías reservadas a los trenes franceses. Seguro que en Cerbere hallarían otro control similar, esta vez para los españoles. El muchacho la dejó un momento en el andén, se armó de valor y se fue al puesto de policía de la misma estación. Regresó al momento, decepcionado: no quedaba más remedio que esperar al día siguiente para intentar hacerse con el ansiado documento.

–Enrique iba poniéndose nervioso por momentos. Estaba claro que perdíamos el factor sorpresa.

Porque pudiera ser que, en menos de veinticuatro horas, toda la policía anduviera al corriente de que se buscaba a una pareja de tales y cuales características.

–Aunque, bien pensado, Barcelona quedaba lejos y el tráfico de viajeros por allí era grande. Decidimos arriesgarnos, tampoco nos quedaba otra. La idea – declara Lucía– era cruzar entre la riada de los que iban a trabajar a Francia, a Suiza o a Alemania. Por la mañana yo diría a las autoridades que había perdido mi pasaporte en el tren, y pediría otro.

–¿Tan fácil era hacerse con uno? –duda Morilla–¿Bastaba con llegar a una comisaría y decir: he perdido el mío, háganme otro? Hubieran tardado días en entregárselo, supongo. Además, ustedes eran menores de edad. ¿No les habrían pedido el permiso de trabajo en la frontera francesa? Seguro que los habrían devuelto a España de inmediato.

–La juventud hace que allanes el camino, al menos en la intención –justifica la mujer–. Y era mayor el miedo a lo que nos podía pasar si nos pillaban.

Salieron de la estación por un pasadizo que los dejó en la linde con las primeras casas del pueblo, cuando el sol empezaba a declinar sobre las montañas. El reloj de la iglesia marcaba las siete de la tarde. Bajaron una escalinata y del mar les llegó una brisa fresca y húmeda, cargada de sal. Tomaron cuesta abajo hasta la plaza del mercado, ya cerrada, y entraron en la primera pensión que se encontraron.

La dueña del hostel se los miró de arriba abajo y reparó en que no portaban más equipaje que el cesto de la compra, evidentemente vacío. Preguntó por la edad de la chica. Veintiuno, mintió Enrique, y rodeándola por los hombros añadió con desembarazo: es mi mujer. La mujer enarcó una ceja, incrédula, pero no les pidió los carnets. Pagaron por adelantado y él estampó su firma en el libro de registro, donde inscribió por primera vez el nombre que lo acompañaría los siguientes años: Luís Casado Gómez.

Habían compartido muchas tardes de cama en otras pensiones, pero ni se les pasó por la imaginación pararse a comprobar la comodidad de este nuevo colchón. Sin saber qué hacer ni qué decirse, bajaron a la calle. Necesitaremos ropa nueva, resolvió el chico, y algo que sea más de abrigo. Pero, por más vueltas que dieron, no hallaron ninguna tienda abierta.

–Suponte que no me hacen el pasaporte.

–No adelantes acontecimientos –repuso él.

–Pero supóntelo.

Enrique ya había barajado esa posibilidad durante el trayecto desde Masanet.

–Ahora ya no podemos retroceder –abrevió–. Si es así, tendremos que buscar una alternativa.

Las montañas que rodeaban el pueblo, horadadas por los túneles ferroviarios, caían sobre el mar y dibujaban la bahía. Bajaron por la Rambla hasta la playa. Los chiringuitos de chapa de madera y las terrazas del paseo, bulliciosos de franceses durante el fin de semana, aparecían ahora abandonados. Las barcas de los pescadores se extendían sobre la playa pedregosa, hasta el montículo rematado por el cementerio del pueblo. Del lado norte, un merendero con pista de bolos y letreros en francés precedía a la falda montañosa, que se alzaba abrupta hasta la línea fronteriza. Entraron.

–A poco de salir del pueblo, carretera arriba, se llega a la caseta de la aduana española –les señaló el que parecía ser el dueño.

Estaba cercano a cerrar, pero se distrajo con la pareja y con un par de vecinos ociosos.



–Y, a un kilómetro y medio adelante, viene la francesa –les informó uno de los lugareños–. Pero la mayoría de los de aquí atajamos, cuando vamos a pie.

–¿Se puede cruzar por fuera de la aduana? –preguntó Enrique con reserva.

–Por supuesto. Eso que tenéis ahí delante son montañas, no murallas.

El hombre tendría casi sus buenos setenta años. Sonrió con picardía y lo secundó el otro cliente, más joven. Seguro que el contrabando era frecuente a ambos lados de la frontera, pensó Enrique.

–Pero los guardias estarán vigilando –dijo.

–Bueno –el hombre mayor enarcó una ceja–, más o menos. Pero sólo a los que portan bultos. A veces ni siquiera. Los demás vamos de un lado al otro sin que casi nos digan nada.

–¿Pasan sin esconderse, a plena luz del día?

Los tres movieron la cabeza, afirmando.

–Yo mismo –señaló el cliente de menor edad– cojo a los críos algún que otro domingo y nos vamos a Cerbere: no sólo a mis hijos, también me llevo a alguno de sus amigos. Merendamos allí y, de regreso, o nos volvemos por el mismo camino o tomamos el tren, según lo cansada que esté la chiquillería.

–Habrá una buena tirada.

– ¡Qué va, un paseo!

La caminata sería de entre tres y cuatro kilómetros, pero no más. El dueño sacó un paquete de tabaco y repartió entre sus contertulios.

–¿Qué recorrido aconsejarían a alguien que quisiera pasar al otro lado? –se arriesgó Casamichana

Los tres hombres se miraron. Puede que Enrique hubiera ido demasiado lejos en la confianza, pero si sospecharon que estaban ante una pareja huída, nada dijeron.

–Hay varios. Uno sale de las últimas calles del pueblo, allá arriba –el dueño señaló a lo alto, hacia la derecha de la estación– y sube hasta casi la misma caseta de la aduana francesa, en el collado de Belitres. Pero se ha de pasar por delante de los gendarmes.

Los otros confirmaron lo que éste decía. Es el que yo uso, aseguró el excursionista dominguero.

–Hay otras alternativas –apuntó el dueño del chiringuito–. Se puede tomar la riera que acaba en la Rambla y que atraviesa un túnel bajo las vías, e ir montaña arriba. Al final se llega a la frontera, cerca de una torre medieval que le dicen del Querroig. Aunque yo no lo recomiendo, es largo y bastante malo de caminar.

–También se puede ir por el sendero que bordea la costa –agregó el parroquiano más viejo– y, justo al llegar al cabo, subir a la caseta de los alemanes.

Así llamaban a un puesto de guardia, en lo más alto, que usaron las tropas de Tercer Reich durante la guerra mundial para vigilar a los barcos que navegaban arriba y abajo. Ahora está abandonada, les dijeron.

–Aunque si hace tramontana tampoco es prudente meterse por ahí, porque a tramos vas casi a ras del agua y se te puede llevar el oleaje –les advirtieron.

–Lo que por nada del mundo aconsejaría a nadie –advirtió el mayor de los hombres con seriedad– es cruzar por el túnel de las vías. Siempre hay gente trabajando, dentro, y la pareja de los civiles hace la ronda de día y de noche.

Vete a saber qué pensarían aquellos hombres de nosotros, dice Lucía, pero fueron muy amables.

Arreciaba el aire frío y regresaron a las calles interiores. La pensión no servía comidas y, aunque remontando calle arriba podían llegarse a la cantina de la estación, habría demasiadas parejas de la Guardia Civil. Enrique miraba hacia atrás a cada poco, queriéndose cerciorar de que estaban seguros. Entraron en una taberna de la Rambla donde, mientras les hacían dos bocadillos para llevarse, les recomendaron las mismas rutas que en el merendero. Enseguida regresaron a la seguridad de su habitación.

Las emociones del día me habían mantenido en vilo, relata Lucía, pero el desánimo se me echó encima de golpe. Me acurruqué sobre la colcha, aún sabiendo que no podría dormirme. No me desvestí y tampoco lloré. Me contuve

por Enrique, que iba de un lado al otro de la habitación, hablando a veces solo y a veces conmigo.

–Ya verás como todo sale bien. Mañana, bien temprano, nos vamos a la estación. Te hacen el pasaporte, compramos otros dos billetes y salimos de aquí tan campantes.

Pero no había convicción en sus palabras. Por fin se echó también en la cama. Ella se quedó mirando a la pared y él al techo, incapaces de abrazarse. Imposibilitado de serenarse, Enrique se levantó al poco. Necesito tomarme algo fuerte, me dijo. ¿Te acompaño?, le pregunté con ansiedad. No, mejor quédate aquí, demasiado nos hemos dejado ver ya. Duérmete, mañana será un día largo.

–Me dio un beso y salió.

Aquel beso me supo a despedida, recuerda la mujer. Si Enrique había dejado atrás a Joaquín, ¿por qué no habría de hacer lo mismo con ella?

–Me acurruqué aún más y apreté los ojos.

Estaba atenta. A través de la puerta le llegaba el ruido de pasos de los huéspedes que subían y bajaban. Oía sus voces y risas al pasar ante la habitación y al alejarse pasillo adelante, y el abrir y cerrar de puertas. Anhelaba dormirse y no despertar hasta que hubiera amanecido. O hasta sentir que el colchón se hundía, leve, y percibir el calor del cuerpo de Enrique, que habría regresado para echarse junto a ella.

–La ventana estaba cerrada y empezó a subirme el calor, pero no me atreví a abrirla ni a desvestirme.

Pasaba el tiempo. Ya no se sentía el apagado murmullo del trajín de la recepción, aunque en más de una ocasión notó el caminar solitario de alguien, afuera. Aguardó esperanzada a que se abriera la puerta, trayéndolo de regreso, pero siempre pasaban de largo. En otras identificaba que eran varios los que arrastraban los pies, callados, y se le encogía el corazón y quería hacerse pequeña. Imaginaba la cerradura saltando en pedazos, violentada, y a la policía irrumpiendo en la habitación para arrastrarla de la cama. Finalmente se hizo un absoluto silencio y la venció el sueño.

Cuando Enrique regresó venía fuera de sí. Levántate, me chilló, nos han encontrado.

–Salté de la cama, temblando. Las piernas no me aguantaban. No atiné a preguntarle nada y él tampoco me dio ocasión. Me agarró de un brazo y de una revolada me sacó de la habitación. Creo que no llegamos ni a cerrar la puerta. Corrimos la escalera, hasta el piso de abajo.

La dueña ya no estaba. En la calle arreciaba el viento y Enrique me arrastraba. Disimula, me dijo, entrelazando un brazo por encima del mío, conduciéndome como si fuéramos dos novios apresurados que regresaran tarde a casa de ella. Quería preguntarle qué estaba pasando, pero se me había cerrado la garganta.

–He visto a dos policías de Barcelona –me dijo al fin.

En la misma taberna donde habíamos estado antes de regresar a la pensión, me precisó. Con ellos iba uno de la Guardia Civil y hablaban con el que les había hecho los bocadillos. ¿Cómo sabes que eran policías de Barcelona?, acerté a preguntarle, y me dijo que estaba completamente seguro. Uno era el que salía del taxi esta mañana, frente a la casa donde sirves -me dijo-. Al otro lo conozco demasiado bien como para que se me confunda -aseguró. Justo iba a entrar cuando los vio por la cristalera, interrogando al de la barra, que movía la cabeza de arriba abajo en todo momento. Se escondió en el portal de enfrente y los observó salir, para entrar en otro bar.

–¿Nos habrá delatado?

–¿Por qué no iba a hacerlo? Ellos son policías y nosotros una pareja demasiado interesada en cruzar la frontera por donde sea. Claro que les habrá dicho que nos ha visto, y también lo que hemos estado hablando.

Los policías pasaron luego a una casa de huéspedes -al hotel Francia, según rezaba el cartel de la fachada-, pero al poco salieron, me dijo Enrique. Era evidente que iban buscándonos local por local.

Nos resguardamos en una esquina de la Rambla, protegidos por las sombras. Arriba, cerrando la salida hacia la riera, un hombre con chaquetón y sombrero -

un policía, sin duda- fumaba. Cruzamos el paseo: primero lo hizo Enrique y yo le seguí al poco, pegada a un matrimonio mayor. A la salida del pueblo se había detenido un Landrover y dos guardias civiles cortaban la carretera de la frontera. Seguro que también controlaban el otro lado, hacia la parte de España. Echamos a andar -casi a correr- hasta la playa

–Me ahogaba –dice Lucía.

Un hombre, a la puerta de su casa, se nos quedó mirando. Aceleramos hasta el merendero. Alguien recogía los cubos de basura dejados fuera y los alzaba a un carro. Levantó la vista a nuestro paso. La playa de grava se acababa al poco, interrumpida por los primeros riscos. Nos detuvimos sudorosos donde rompían las olas.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –lloré.

Entonces, por primera vez desde la mañana, me abrazó muy fuerte. No tengas miedo, no nos cogerán, me prometió.

–No podemos volvernos y aquí no hay donde esconderse. Ni hablar de salir a la carretera y aún menos de cruzar por la aduana. Por la riera tampoco se puede. Así que sólo nos queda tirar por la playa.

Las olas salpicaban las piedras y la luna llena aparecía esplendorosa en un cielo libre de nubes. Enseguida hallaron el senderillo que bordeaba el risco, al pie del agua, y chapotearon al fallarles el paso sobre las rocas. Giraron en la primera caleta, caminando por encima de los cantos rodados húmedos de la siguiente playa. Anduvieron con prisa junto a una construcción de hormigón, abandonada y medio enterrada: un búnker de ametralladoras de cuando la guerra, relamido por la resaca del mar. El rumor de las pisadas sobre las piedras desgastadas se les antojó estruendoso en el silencio de la noche.

Otro recodo y otra playa. Empezaron a ascender en penumbra, para descender de nuevo a otra cala, inseguros sobre el calzado mojado. El caminillo discurría al borde de los acantilados sinuosos que se adentraban en el mar. Traspasaron el saliente. El percutir de las olas enmudecía según subían. Las luminarias del pueblo menguaban y el sendero se difuminaba. La cuesta,

abrupta, empezó a agitarles la respiración.

–Yo sufría siguiendo a Enrique.

Lucía procuraba no perderlo, adivinando el terreno, pisando por donde él pisaba. No quería quedarse atrás. La angustiaba la idea de verse sola, medio a oscuras. La pendiente empezaba a hacérsele demasiado fuerte, siempre hacia la cresta que marcaba la frontera, entre lo que asemejaban bancales yermos. Iniciaban la parte dura.

–Ánimo, falta poco –dijo Enrique–, y se giró para darme coraje.

Entonces los vio.

Avanzaban en fila, rápidos y seguros. Uno iluminaba el camino con el haz de una linterna y los otros dos venían a su espalda. Reseguían centímetro a centímetro la vereda aún caliente de las pisadas de la pareja, en la linde del precipicio sobre el mar. Subían hacia los huidos, sin importarles ser descubiertos. Para ellos, aquella era una carrera por alcanzar a la pareja antes de que pisara el otro lado de la frontera.

–Se me pasó todo –refiere Lucia–: el frío, el cansancio y el dolor.

Pero si llevaba el corazón encogido de inquietud, ahora se le inundó de miedo: de miedo del de verdad, de terror. Enrique aceleraba y le tomaba delantera, mientras ella se quedaba clavada como si las piernas se le hubieran hundido en el suelo.

–Me quedé plantada allí, en plena cuesta. Paralizada. Mirando aturdida aquella luz que se acercaba. Hasta que Enrique vino a buscarme.

Había deshecho el camino, la agarró de un brazo y le dio tal tirón que casi le saca la articulación del hombro. Le gritó y ella arrancó al fin. Abandonaron las sinuosidades del camino y se lanzaron pendiente arriba, en línea directa hacia la cresta.

Enrique tiró de Lucía unos metros, hasta que él perdió pie y hubo de apuntalar las manos en el suelo para no desplomarse sobre el terreno pedregoso. A partir de aquí, volvió a tomar la delantera.

–Imagínese: yo iba con mis zapatitos de criada en mitad de la noche,

campo a través, mal alumbrada por la luna.

Los matojos le arañaron las pantorrillas, desnudas bajo la falda del vestido. Allá abajo, las olas lamían la costa con fuerza. Los pies se le metían en los hoyos, que se los tragaban hasta el tobillo o aún más, tropezando en la rampa vecina al abismo. Intentaba con desespero no distanciarse del chico, que de tanto en tanto se entregiraba a mirarla, sin retrasarse ya. El remate del cerro se recortaba contra la ínfima claridad del cielo. Distarían menos de treinta metros en vertical, pero la pendiente los tornaba amargos.

Un rodal de luz envolvió a Lucía. Era el resplandor de la linterna, señalándola. Miró abajo. También sus perseguidores habían dejado el camino. Uno de paisano y el guardia civil que alumbraba venían detrás, muy adelantados por Contreras, que corría cuesta arriba en un sobrehumano esfuerzo, ayudándose con las manos.

Lucía se sofocó aún más. A Enrique ya le quedaba poco para coronar la cima. Una caseta a su izquierda –la de los alemanes– le servía de guía. Pero ella, a ratos tropezando y a ratos a gatas, se lastimaba las rodillas, desollándose hasta sangrar. Otra mirada atrás le desorbitó los ojos. El reflejo de la linterna se retrasaba aún más, pero el primer perseguidor iba a alcanzarla de allí a poco.

Mientras, Enrique ya alcanzaba las paredes del antiguo puesto de vigías. Desde allí sólo le quedaba saltar un margen y correr hacia abajo, en suelo francés. Ella perdió pie, cayó y se levantó por enésima vez. El chico se detuvo, parapetado junto al muro de la caseta, y se volvió a localizar a Lucía. La entrevió a una decena de metros en desnivel. Y, justamente detrás, a Contreras. El inspector distinguió al chico. Enrique vaciló. Se separó de la pared, dudando si llegaría a rescatarla.

Entonces sonó un disparo y Lucía tropezó y cayó exhausta, magullándose el rostro.

La bala iba a matar. Rebotó contra la obra de cemento armado, arrancándole esquirlas de hormigón que pellizcaron el rostro de Enrique. Contreras había presentido que se le escapaba la presa más ansiada y abrió fuego.

–Ni se paró al llegar donde yo estaba –dice la mujer–. El policía me pasó por encima y me arreó con la pistola en la cabeza, abriéndome una brecha. Su compañero y el de la linterna, que venían detrás, fueron los que me echaron mano.

Enrique miró a Lucía, tendida en el suelo, y sus ojos se anegaron de desesperación. Pero el inspector se le venía encima, con la pistola por delante. Lo vio sonreír con codicia, a escasos metros, y alzar de nuevo el arma. Se agachó a tiempo de esquivar un nuevo proyectil, que le pasó rozando.

–Tengo esa imagen clavada en la cabeza, como una película a cámara lenta. Enrique dio un salto y salió corriendo, y el policía se le fue detrás. Yo quise levantarme, pero el guardia civil me tenía bien cogida.

El chico y el inspector desaparecieron en la oscuridad. Sonó otro tiro y relumbró un fogonazo. El subalterno se lanzó tras ellos dejando a Lucía con el de verde, que le clavaba la rodilla en la espalda, inmovilizándola en el suelo.

–Entonces, a usted también la cogieron –señala Morilla, que en ninguno de los diarios de la biblioteca había visto el nombre de la mujer.

Contreras y su acólito regresaron al poco. El subalterno traía a su jefe a la fuerza. Arrastraron a Lucía montaña abajo, desquitándose a bofetones con ella de no haber capturado a su compañero. La esposaron a un radiador de la comisaría de la estación, donde un sanitario le taponó la herida de la cabeza y también los arañazos en las rodillas. Aunque no pudo evitar que el rostro se le empezara a amoratar. El primer tren de la mañana los llevó de regreso a Barcelona.

–Me metieron en Vía Layetana. A Joaquín y a María los había pillado el día de antes. Y Julito también estaba allí, esperándonos.



los ojos al recordar el modo en que lo cazaron. Deambuló por el barrio después de hablar con Enrique a las puertas del mercado, armándose valor. Debatiéndose entre seguir las instrucciones de su amigo o regresar a su casa y esperar a que vinieran a por él. Pasó una larga hora hasta que se decidió.

Había subido poco a poco, pensando en cómo le entraría a la novia de Bernardo, ensayando qué decirle. Golpeó tenuemente, como no queriendo que se oyera su llamada: una excusa para marcharse y volver más tarde. O para no regresar jamás. La rejilla del mirador se descorrió y unos ojos lo espionaron desde dentro. Se abrió la puerta y, por el resquicio entre el marco y la hoja, asomó la cabeza de María. Había llorado y en su rostro se pintaban la angustia y el miedo. A Molins se le hizo un nudo en la garganta y pensó en dar media vuelta. En hacer un renuncio y descender la escalera sin más, sin ni siquiera pronunciar palabra. ¿Cómo iba a preguntarle por Bernardo sabiendo que estaba muerto, con el corazón partido de un balazo?

Alguien apartó a la chica desde dentro y la puerta se abrió del todo. María andaba en bragas y sólo con la chaqueta del pijama, pero Joaquín se quedó helado al reconocer al inspector Contreras.

– ¡Hombre, mira quién tenemos de visita! –exclamó con grandilocuencia–. Pasa chico, pasa –le había ofrecido con sarcasmo–, estás en tu casa.

Sus palabras cínicas rodaron pasillo adentro, hasta sus colegas. Ironías del destino, aquel piso de entonces es hoy la casa de Lucía y de Joaquín. En esta misma salita -en la que reciben al abogado-, un policía uniformado de gris y otro de paisano habían tardado demasiado en darse cuenta de la debilidad mental del padre de Bernardo. El suficiente como para que un reguero de sangre brotara de la nariz del viejo y le inundara la boca, borboteando sobre los labios del impedido que articulaba sonidos incomprensibles. Un pequeño furgón los llevaría más tarde a la Comisaría Superior. Al abuelo lo facturaron de inmediato a un psiquiátrico, del que sólo saldría para ser enterrado en una fosa para pobres a los pocos años.

–¿Cómo supieron que se guardaba dinero en el despacho?

Lucía contempla al abogado antes de responder y después mira a Molins, que conoce la historia sobradamente.

–Julito y yo éramos amantes.

Era un fanfarrón –asegura-, como todos los que quieren deslumbrarte. Hablaba hasta aburrirte: antes de hacértelo y después. No era bueno en la cama - Enrique sí que lo era, dice ante la indiferencia del hombrecillo sentado a su lado - y se desquitaba explicándome lo bien que le iban los negocios, dándose importancias. Hablaba mal de todos. De su novia se quejaba de lo pequeñas que tenía las tetas y de que no se dejaba meter mano allí abajo, entre las piernas. La ponía de vuelta y media. De don Anselmo decía que estaba chocho y que no entendía el negocio. De su madre y de su hermana nombraba lo que nunca se ha de decir de una madre o de una hermana. Yo le escuchaba y él se envalentonaba.

–A veces me llevaba con sus amigachos. Se daba importancias: ¿veis que cosita linda me he ligado? Y hablaba y hablaba y hablaba. Y me paseaba de un sitio a otro, a todos los antros que frecuentaba con sus compinches, otra mala gente. Y llamaba por teléfono delante de mí: desde un bar o en la habitación, sin cortarse. Y así supe lo que supe.

Morilla se hace una idea. Desconoce cuál es la auténtica relación entre la pareja que tiene delante y tampoco ve la utilidad de ahondar, estando presente el hombrecillo. Aunque supone que, tras años de dar tumbos cada cual por su lado, se reencontraron y convinieron en hacer vida juntos. Pero aún le quedan preguntas y principia con la mujer.

–Usted estuvo con Enrique Casamichana la semana pasada. ¿De qué hablaron?

Joaquín Molins se remueve con disgusto. Lucía lo corta poniéndole otra vez la mano sobre el antebrazo.

–¿Cómo sabe que nos vimos?

–En el Stella Maris recuerdan que se acercó con una mujer. Era usted, no podía ser nadie más que usted.

Morilla obvia que se llegó a conjeturar que podría tratarse de una prostituta.

Luego se dirige a Molins: no me contó la verdad, le habla sin reproche.

–Me dijo que en el Clínico habían hallado una nota en la cartera de Enrique y que dieron con usted. Pero esa nota nunca existió. Pregunté en administración y allí no habían llamado a nadie. De hecho, usted no figura en la guía.

El semblante del hombre denota que otra vez ha sido pillado en falta.

–Usted lo vio –Morilla se dirige a la mujer, y repite–: incluso lo acompañó de vuelta a la casa de acogida. Y el pasado viernes volvieron a encontrarse, ¿me equivoco?

Ninguno dice nada, pero se hace evidente que fue tal como ha expuesto el abogado.

–Después ya no volvió a dar señales de vida. Pensaron que podía haberle ocurrido algo malo y empezaron a hacer llamadas. ¿Es lo que se hace en estos casos, no? Hasta que dieron con él en el Clínico. ¿Qué les hizo pensar que su amigo podía haber sufrido un percance?

Ahora es Lucía quien responde. Morilla no se equivoca: Enrique llegó, me llamó y dijo que teníamos que vernos. Joaquín se negó a encontrarse con él y fue Lucía quien hubo de resolver el asunto. Quedaron en un bar del Paralelo.

–No le había ido bien en los últimos años y necesitaba nuestra ayuda. Andaba mal de dinero, pero me dijo que sabía cómo conseguirlo. Eso sí, necesitaba que le echáramos una mano. Le vi mal, desfondado.

–¿Y ustedes qué hicieron?

La pareja lo mira con recelo.

–Enrique se había portado mal, le dije que no contara con nosotros.

–Sin embargo, años atrás... –principia el abogado.

–¿Por qué insiste? –protesta el hombre–. Si Enrique estuvo aquí hace años, a nosotros no hizo por vernos.

Años antes no hubo nada, jura ella a su vez. Enrique nunca tuvo nada que ofrecernos. Morilla no les cree, pero no quiere perderse en discusiones estériles.

–¿Ni siquiera se prestaron a alojarlo aquí?

Ni siquiera, se muestra tajante ella.

–Al cabo de unos días insistió y nos volvimos a encontrar, ahora en un bar de la calle Escudellers. Le dije que, definitivamente, nos dejara en paz. Discutimos. Cuando nos separamos, temí que pudiera hacer una locura.

La calle Escudellers está a tocar de la plaza Real, piensa Morilla. Nada más dejar a la mujer, Casamichana se había resarcido dándole una paliza al primer desgraciado con el que se topó.

–¿Para qué los necesitaba?

Lucía se encoge de hombros. No lo sé, dice, no quise oírle. Morilla va conformando la escena en su cabeza.

–¿Precisa algo más de nosotros? –pregunta Molins, áspero.

A Morilla le embargan muchas dudas, aún quedan demasiadas piezas por recomponer. Y desconfía. Así es que opta por resolverlas.

–Vamos a repasar de nuevo la primera vez que su amigo regresó: justo antes de las olimpiadas.

Santiago Morilla hace una llamada a Beatriz nada más dejar la casa de la Barceloneta, poco antes del mediodía. Luego retoma su scooter frente al mercado y lo enciende, para ir calentando el motor. Mientras se pone los guantes y se ajusta el casco, vuelve a ver al chico que le persigue, parado al otro extremo de la concurrida plaza, haciendo como que repasa su propia moto. Podría llamar al detective Román, pero prescinde de ello. Repliega el caballete, arranca y va mirando el retrovisor, Paseo Juan de Borbón adelante. Ya no le cabe duda, no se trata de imaginaciones. A estas alturas intuye para quién trabaja.

Toma Vía Layetana. El móvil empieza a sonarle dentro de la chaqueta y se hace a un lado, deteniéndose ante la primera bocacalle que encuentra. La otra moto le rebasa sin que su conductor ladee la cabeza ni siquiera un tanto. Es Gutiérrez quien llama. El inspector insiste en encontrarse con Morilla, que consulta su reloj.

–¿Quiere que me acerque a comisaría? –pregunta fastidiado por la inoportuna llamada.

El policía le dice que no es necesario, que él mismo se pasará por el despacho del abogado a primera hora de la tarde. Morilla hace cálculos mentales: ha quedado con Beatriz y no puede llegar tarde.

–Tengo una cita importante. ¿No podríamos vernos en otro momento? – propone–. Mañana puedo acercarme a donde usted quiera.

El policía le apremia: estamos en un punto crucial de la investigación, no queremos perturbarle más allá de lo imprescindible; le entretendremos lo menos posible, le promete. Morilla claudica, a su pesar.

Sandra ya no está y él come donde siempre, sin hambre. A las tres suena el timbre. Gutiérrez viene acompañado de otro colega, también de paisano. Les invita a tomar asiento. El inspector ha abandonado el atuendo deportivo del primer día y ambos vienen trajeados. Los ojos de Gutiérrez recorren las estanterías y el orden de los pliegos pulcramente apilados sobre la mesa. La secretaria ha hecho un buen trabajo dejándole, sobre cada expediente, las notas que recalcan la importancia de los trámites pendientes. Todas acaban en frases lapidarias que abochornarían al abogado si los policías alcanzaran a leerlas. Pero éstos no se entretienen en ellas, para su consuelo. La mirada exploradora del que acompaña a Gutiérrez no ha dejado de escudriñar cada rincón, desde que llegaron.

–Me alegra que haya podido recomponer los estragos en su despacho –dice el inspector con formalidad–, los de la científica me enseñaron las fotos del destrozo.

En sus ojos flota una petición de excusa que pretende abarcar a la policía por entero, incapaz de impedir que se produjera el asalto. A Morilla aún se le acrecienta más la irritación por la inoportuna visita: a buenas horas mangas verdes, recita para sus adentros.

–Parece que todo va retornando a su cauce –valora Gutiérrez, y parece relajarse en el asiento ofrecido.

–Sí, eso parece –concede Morilla, antes de añadir–: salvo para Casamichana.

–Sí, claro, por supuesto –Gutiérrez se separa del respaldo, embarazado–:

salvo para el señor Casamichana.

Se hace un silencio delicado. El acompañante mudo ocupa sus manos jugueteando con el bolígrafo y la libretita que acaba de extraer de su americana, por si fuera preciso tomar alguna nota. Su rostro es pétreo. Morilla decide abreviar. Ustedes dirán en qué puedo ayudarles, apremia con firme suavidad, yendo alternativamente del uno al otro. Gutiérrez duda por dónde proseguir. Morilla empieza a impacientarse y no se está de demostrarlo.

—Queríamos saber si ha padecido algún otro contratiempo en estos últimos días.

El abogado no sabe con qué cara mirárselo: por lo impertinente de la pregunta y porque, para resolver esa cuestión, hubiera bastado con la llamada telefónica.

—¿Le parece poco que casi me maten a un cliente y que me hayan puesto esto patas arriba?

Morilla se ha dejado llevar por el resentimiento.

—No, no es poco, por supuesto. ¿Pero ha habido algo más?

El abogado querría decirle que sí y nombrarle a Julio Portolés -de quien sólo podría hacer vagas conjeturas-, a la abogada Beatriz Villegas -pero ella es una amiga y bastante culpable se sienta ya como para encima meterla en embrollos-, y a Molins o a Lucía -que ya han sufrido lo suyo en la vida.

—¿Algo de qué tipo? Me dijo que sus investigaciones están en un punto crucial —le recuerda—. ¿A qué se refería?

El inspector se retrae. Mientras, su compañero se mantiene inexpresivo. Es evidente que los policías han venido a preguntar y no a responder, se ve a las claras que poseen alguna información que no quieren compartir. Tal vez sepan que Lucía visitó al marino en el Stella Maris, o que éste no era su primer viaje a la ciudad.

—Tenemos varias líneas de investigación —asegura vagamente, por fin.

—Esa es una respuesta muy convencional.

Gutiérrez acaba por sincerarse.

–Vamos bastante perdidos –le confiesa–. Nos vendría bien cualquier ayuda. Dígame, ¿alguien le ha referido algo que pudiera sernos útil? Quizás haya tenido algún encuentro que, por informal que parezca, pudiera arrojar alguna luz –especula–. Aparte de lo del despacho y de la agresión de Casamichana, ¿ha padecido algún otro percance?

Morilla está a punto de seguir el consejo de Román y relatarles la amenaza dejada en su contestador, pero la inseguridad le vence.

–No, ninguno.

–¿Está seguro? –pregunta el policía con esperanza–. Piénselo.

¿A qué juega éste?, se dice el abogado. ¿Cómo le explico que la clave podría estar en algo tan prosaico como el cemento alumínico?

–No sé, cualquier cosa, por nimia que ahora le parezca –insiste el inspector, que divaga–. Puede que hasta con algún otro cliente.

Estamos perdiendo el tiempo, esto no nos conduce a nada. Morilla consulta con intención el reloj suspendido de la pared. Los policías se percatan, se miran un instante y se levantan. No le molestamos más, discúlpennos por ocupar su tiempo.

–Y llámenos si recuerda algo que pudiera sernos útil.

Así lo haré, promete. Ya en la puerta, Gutiérrez se interesa con cortesía sobre la marcha de los asuntos de su despacho.

–Voy bastante retrasado –dice el letrado, con el propósito de acelerar aún más la salida de los policías, que no acaban de irse.

–Su clientela debe resentirse. Supongo que no dejarán de quejarse y que le lloverán llamadas a mansalva, a cualquier hora del día –Gutiérrez quiere ser cordial.

Morilla se desespera. Ya sólo le faltaba eso, como si no tuviera suficiente con Sandra.

–De momento nadie se ha quejado –afirma con sequedad.

La nueva sede de los Portolés ocupa por completo un majestuoso edificio de cinco plantas a la mitad del Paseo de Gracia. Sobre la fachada de aluminio y cristal se lee la razón social elegida para esta etapa de su historia: *Portehsa*, Portolés e hijo, sociedad anónima. Esta gente es poco original para los nombres, concluye Morilla.

Dos hojas de cristal se deslizan hacia los lados, a su paso, y accede al vestíbulo pavimentado de mármol. Una recepcionista vestida de azafata hace una comprobación telefónica y le señala el ascensor. Suba hasta el último piso, le estarán esperando. El hilo musical ameniza el ascenso del camarín. Cuando se descorren las puertas, Morilla se encuentra frente a frente con Beatriz Villegas. La chica se ha vuelto a estirar el cabello, se encumbra sobre unos altos tacones y luce el vestido más corto que el abogado le haya visto jamás. Ella le da dos besos cercanos a los labios, con intención.

–Espero que lo que te traes entre manos sea realmente importante. Me ha costado horrores que el gran jefe se avenga a recibirte así, sin previo aviso.

Caminan a buen ritmo a lo largo del pasillo enmoquetado, entre puertas de roble con placas de latón resplandeciente en las que se lee quién ocupa cada uno de los despachos.

–Santi –lo alecciona –, piensa que yo me juego mucho con este cliente.

–¿También les haces de ordenanza? –pregunta Morilla.

Beatriz se detiene en seco y él, que la sigue un paso por detrás, casi se la tropieza.

–Escúchame –lo reprende con acritud–: no sé qué maquinas, pero si estás en plan borde mejor vuélvete por donde has venido. A mí, ni se te ocurra tocarme los huevos con tus gracias.

–Perdóname, estoy un poco nervioso. En pocos días me han pasado demasiadas cosas.

La mujer suaviza su mirada y la reconvierte en otra de recelo, pero ya es



tarde para echarse atrás. Continúan hasta una doble puerta, que abre después de un par de tímidos toques. Un sólido escritorio de estilo inglés preside el gigantesco despacho, tras el que se aposenta Julio Portolés. Está repasando un documento bajo la atenta mirada de otro individuo que, situado a su espalda, lee por encima del hombro del jefe. A un lado, casi en posición de firmes, aguarda una mujer reseca y entrada en años.

Julio Portolés rondará los setenta. Conserva todo el cabello, ya encanecido, que le resalta el tono moreno adquirido en el campo de golf. Trasluce vigor. El que permanece a su lado y la mujer –su secretaria personal, sin duda– le reservan un trato reverencial. El magnate viste una americana cortada a medida y el otro se presenta en mangas de camisa y corbata. El parecido entre ambos evidencia que Morilla está ante la tercera generación de constructores.

Julio Portolés retira un momento la atención del papel y dirige sus ojos severos a los recién llegados, por encima del filo de las gafas. Alza levemente una mano con la que los conmina a aguardar, al tiempo que disecciona brevemente al abogado. Se entretiene mirando a Beatriz, que le corresponde con una sonrisa de bufón, y retorna su atención a los folios desplegados ante sí. También la secretaria y el heredero han inspeccionado a Morilla: él con curiosidad y ella con gesto severo.

Ambos abogados aguardan en pie, el uno junto a la otra, retenidos a un par de pasos de la entrada. El despacho del amo es tan grande como casi todo el piso de Morilla, y el mobiliario es del mismo estilo que la mesa de trabajo. Frente a ella se emparejan dos sillas tapizadas en verde oscuro. A un lado se ha emplazado una mesa de reuniones con media docena de asientos y, afirmada contra una pared, luce una librería con volúmenes encuadernados en cuero. Al otro destacan dos sofás regios, reservados para las visitas de más compromiso, y un mueble bar. Santiago observa que hay otras dos puertas, además de la que acaban de traspasar. La intuición le dicta que una conecta con el despacho de la secretaria y la otra con el baño privado del presidente de la empresa. El viejo Portolés va separando páginas y de vez en cuando hace una anotación con su

estilográfica. Llega a un párrafo, lo tacha y garabatea en el margen del papel. Al acabar enrosca el capuchón en el artilugio de escritura y la secretaria se adelanta.

–Que pasen esto a limpio, Rita –ordena– y cuando lo tengan me lo trae a la firma.

La mujer recoge los folios y desaparece por una de las puertas laterales.

–Tomen asiento –les reclama el amo de la empresa, y con una mano describe un breve arco ofreciendo las sillas dispuestas ante él–. Rogelio, quédate con nosotros. Y tú, Beatriz, ten la amabilidad de hacer los honores.

Rogelio Portolés alza una silla desde la mesa de reuniones y la acerca a la esquina del escritorio, próxima a la que ocupa el abogado. Beatriz se ha sentado en el otro extremo. Cruza las piernas y se estira el vestido un par de centímetros.

–Don Julio, este es Santiago Morilla, el colega de quien ya le he hablado. Santiago –la mujer evita el apelativo informal que usa a diario–, te presento a don Julio Portolés, presidente de *Portehsa*, y a don Rogelio Portolés, director de la empresa.

Padre e hijo obvian el apretón de manos y Morilla opta por dejar las suyas inertes sobre las rodillas, limitándose a brindarles un buenos días neutro.

–El señor Morilla –prosigue la mujer– está interesado en tratar acerca de un caso que lleva en la actualidad y que, al parecer, pudiera estar relacionado con los negocios de la sociedad.

Julio Portolés examina al hombre que tiene como haría un entomólogo con un insecto de poco valor. Abre una carpeta dispuesta sobre su mesa y toma un folio mecanografiado. Lo ojea en medio del silencio expectante y por fin habla.

–Santiago Morilla Navarro –recita mientras resigue las líneas escritas–, licenciado en derecho por la Universidad de Barcelona. Colegiado en el año ochenta y cuatro, más o menos en las mismas fechas que Beatriz, aquí presente. Con bufet en la Vía Layetana, donde despacha asuntos menores. ¿Qué le trae por aquí, señor Morilla?

El constructor ha hecho indagaciones desde que Beatriz le hiciera de intermediaria. A Santiago le escuece la expresión que ha usado: despacha

asuntos menores. Así que opta por no marear la perdiz y entra directo al asunto.

–Represento a un cliente que, permítame que le sea franco, tiene intereses netamente contrapuestos a los suyos.

–Eso me ha dicho Beatriz. Y no sólo le permito la franqueza, sino que se la exige: sea franco, sucinto y sobre todo breve. Mi tiempo es oro. He accedido a recibirle porque ella se ha obstinado hasta lo insoportable, y ya se sabe cómo son las mujeres cuando se les mete algo entre ceja y ceja: o consientes, o estás perdido.

Morilla duda si debe reírle la ocurrencia machista. El semblante del potentado ha permanecido invariablemente adusto, por lo que él tampoco mueve un músculo.

–Así que vamos al grano: usted viene en nombre de los vecinos de la calle Oreistía.

La codicia especuladora aflora al semblante del potentado.

–¿Los viejos han reconsiderado su posición? –pregunta–. ¿Es eso lo que viene a decirme?

–No exactamente –niega Morilla, y de reojo percibe que Beatriz ha vuelto bruscamente la cabeza y lo taladra con fuego en los ojos.

–¿Qué significa “no exactamente”? ¿Que los viejos no se conforman con lo que les doy, o que rechazan mi propuesta?

El hombre no levanta la voz -no lo necesita para imponerse- y centra toda su atención en Morilla, como si estuvieran solos en el despacho.

–La finca no vale lo que les ofrezco: su precio real está incluso por debajo de lo que marca el valor catastral. ¿Usted la ha visto? Tiene unas grietas por las que te cabe un puño, cualquier día se les caerá encima. O se deciden, o es cuestión de tiempo que acaben cediéndomela por bastante menos de lo que ahora les doy.

–Es posible, pero los estudios de solidez avalan la estabilidad.

–¿Los estudios de solidez? –se remueve Portolés, irónico–¿Se refiere al peritaje que ha hecho ese ingeniero de pacotilla, cómo se llama...? –consulta sus

apuntes—: Lucio Varela. A ese hombre le han dado el título en una tómbola. Si me obligan, presentaré dos peritajes alternativos: uno de Hermosilla y asociados y otro de Lendind y Owens. ¿Ha oído hablar de ellos? Lending y Owens son una firma de Mánchester. No hay color con su ingenierillo del tres al cuarto.

—Mis clientes quieren seguir viviendo en su barrio, como toda la vida.

—Ya. Y pretenden que yo les haga unos pisos nuevos entre la Villa Olímpica y el Fórum. Eso sí, manteniéndoles un alquiler de los de antes de la guerra. ¿Qué más quieren? ¿Mi sangre?

—Ellos no tienen intención de ceder en sus derechos.

—Pero sí que la tienen sus herederos. Alguno está llevando un tren de vida poco acorde con sus posibilidades reales.

A Morilla se le representa la imagen de Juan Llansó y de su presunta concubina

—Ya verá como acaban convenciendo a los abuelos. Los viejos son gente sentimental, con cuatro lloros se echarán para atrás, créame. Y si falla esa vía, siempre queda la de la incapacitación.

El vástago Portolés asiste complacido a otra lección de cuantas acostumbra a regalarle su progenitor, cuando de cerrar negocios se trata. Sólo Beatriz se siente intranquila.

—Hasta usted podría obtener alguna ventaja —remata el viejo, modulando el tono—. Si es que arribamos a un pronto acuerdo, claro está. La señorita Villegas, que aprecia su valía, no ha dejado de elogiarle. Nosotros cerramos tratos a diario, y otro colaborador podría venirnos al pelo. Es probable que en un futuro próximo, cuando se solucione este pequeño escollo, pudiéramos requerir sus servicios.

—Yo me debo a mis clientes —repone Morilla con dignidad.

El constructor se ha echado atrás en su asiento y calibra de nuevo al abogado.

—Al parecer estamos ante una *rara avis* en los tiempos que corren: un hombre de principios. Eso está bien, me va la gente fiel. Es algo que, llegado el

caso, acrecentaría la consideración que pudiera sentir por usted –dice–. Pero no se vive sólo de principios.

Echa otro ojo a sus notas.

–Aquí dice que mantiene una causa pendiente con la justicia –expone.

Ahora es Morilla quien se vuelve para mirar a Beatriz, que enrojece.

–Cosa de poca monta, de la que probablemente salga bien librado –asegura el viejo, para añadir con malicia–. O tal vez no. Tener pleitos es como jugar a la lotería, se lo digo yo: hay ocasiones en las que te sonrío la fortuna, pero en otras todo te sale rematadamente mal. Aún teniéndolas todas de cara, hay situaciones que se te pueden torcer. Beatriz –se dirige a la mujer–, ¿te he dicho que tu fiscal juega al golf en el mismo club que yo? ¿No? Creía que te lo había mencionado.

–¿Me está amenazando? –atina a articular Morilla.

–¿Quién, yo? En absoluto. Al contrario: le estoy ofreciendo un plus por sus servicios, ¿me capta? Los fiscales y los jueces son gente de carne y hueso, como todo el mundo, y también han de hacer carrera.

Morilla se da cuenta de que no tiene el control de la situación, de que nunca lo ha tenido desde que entrara al despacho.

–Le hago una propuesta, señor Morilla: usted convence a sus clientes de la conveniencia de aceptar mi oferta, y yo me comprometo a prestarle un servicio realmente favorable, a cambio. Y para que no se sienta mal le voy a hacer una confidencia: sé de muy buena tinta que el ayuntamiento va a iniciar los trámites de un expediente de ruina que, sin duda, acabará en desahucio y derribo de la finca. En realidad, usted estará haciendo un favor a sus clientes, si consigue que entren en razón.

Morilla no quiere imaginarse los tejemanejes del constructor con los técnicos de urbanismo.

–Yo podría esperar a que el ayuntamiento me hiciera el trabajo –Portolés prosigue la disertación–, pero esas cosas llevan su tiempo y el momento de construir es ahora. Vaya usted a saber lo que puede pasar de aquí a unos años. Informe a los abuelos de que mi oferta sigue en pie, pero que no pienso esperar

indefinidamente.

–Ya le he dicho que ellos quieren seguir en el barrio –persiste Morilla, haciendo un esfuerzo para que su voz suene mínimamente segura.

–Y a mí me hubiera gustado vivir de rentas. Pero aquí estoy, bregando a diario. Les prometo diez mil euros por piso y realojarlos en otro sitio. A precios actuales, claro está. Es mi última palabra. En cuanto a usted, haré lo que esté en mi mano por favorecerle en ese desdichado asunto que tanto le trae de cabeza.

–Supongo que ya tendrá pensado dónde colocarlos.

–Algún sitio se me ocurrirá, eso también podríamos negociarlo.

–¿Algún sitio? ¿Acaso en alguno de los bloques afectados del Pueblonuevo?

A Portolés le cambia el semblante. Frunce el ceño y, a punto de responder con ira, una sospecha lo retiene. Sus ojos calculadores trepanan el semblante del abogado.

–Tú no has venido a hablarme del asunto de la calle Oreistía –escupe, apeándole el trato–. El tema lo he sacado yo y tú me has estado dando cancha. Atrévete a decir que estoy equivocado.

–No se equivoca –reconoce Morilla con tranquilidad.

–Pues empieza a largar ya: no puedo estar perdiendo el tiempo con un picapleitos barato –señala con desprecio–. Ya te he dicho que mi tiempo vale más que el oro, así que aligera. Y no quieras seguir embaucándome –le advierte.

–Vengo en representación de un cliente, en eso no le he mentado. Pero no es ninguno de los que usted ha pensado. Y yo no soy el único que tiene cuentas con la justicia: lo que vengo a decirle está relacionado con esos bloques afectados.

Beatriz palidece por momentos. Consternada, evita mirar de frente a Julio Portolés. Y, si pudiera, apuñalaría a Morilla sin contemplaciones.

–Lo de esos bloques es un asunto desgraciado –el viejo habla con aplomo, como si lo hiciera para la prensa–. Por muy atento que estés cuando encargas un trabajo, no siempre aciertas con la gente adecuada. Pero, se mire como se mire, yo soy uno más de los estafados. Beatriz –se dirige a la mujer–, podrías haberme dicho que tu amigo representa a alguno de los inquilinos.

El tono emponzoñado del constructor carga malos augurios para la abogada. Le juro que no lo sabía, don Julio, dice ésta casi sin voz.

–Si tiene alguna reclamación que hacerme –el viejo guarda de nuevo las distancias con Morilla– póngase en contacto con mi letrada. Ya sabe dónde encontrarla. Y, si nos disculpa, aquí aún tenemos bastante trabajo. Y se nos está haciendo tarde.

–No represento a ninguna de las partes en ese caso.

El semblante de Julio Portolés enrojece.

–¿Entonces a qué cojones has venido? –estalla con furia.

Paradójicamente, el exabrupto hace que Morilla recobre su confianza al completo.

–¿Aún le dice algo el nombre de Lucía Ventura? –interroga, y Julio Portolés palidece súbitamente.

## 27

¿Quién es Lucía Ventura?, ha preguntado el heredero de la empresa, y su padre le manda callar. Obliga a la abogada y a su hijo a salir del despacho y se muestra inflexible cuando éste va a protestar: he dicho que nos dejéis, ruge, y el otro obedece, resentido. Morilla permanece impassible frente al viejo.

–¿Qué sabes tú de Lucía?

–Lo que me han contado ella misma y Joaquín Molins.

Al constructor, el nombre del hombrecillo de la Barceloneta le suena borroso. Se sumerge en sus recuerdos, bucea en el tiempo y, al final, lo recobra de su memoria. Morilla constata que Portolés parece repentinamente fatigado. ¿Cuándo has hablado con ellos?, le pregunta. Esta misma mañana, responde el abogado.

–No se han dejado ni una coma por explicarme –asegura categórico.

El magnate se deja vencer en el respaldo de su sillón presidencial e imprime

un deje melancólico a sus palabras.

–Lucía podría haberlo tenido todo: un piso bien arreglado donde le hubiera dado la gana y una gratificación regular. Incluso le habría montado un pequeño negocio: una tiendecita o algo con lo que distraerse, que le diera para vivir bien cuando llegara a vieja.

Cuando Portolés se hubiera hartado de ella, se traduce Morilla para sus adentros.

–Para ello tendría que haberse avenido a ser su querida.

–Por supuesto, nadie da nada a cambio de nada –los ojos de Portolés recuperan la vivacidad–. En cuanto a lo de ser mi querida, en realidad ya lo era. ¿No te ha dicho que yo entraba en su habitación cada vez que se me antojaba? Era bonita, muy bonita, pero ese era su único activo. Y en lugar de negociarlo bien, prefirió traicionarme.

Hay gente que nunca asume cuál es su papel en la vida, añade, y Morilla se enoja porque intuye que las palabras del viejo también quieren incluirlo a él.

–Usted sí que lo sabe, ¿no es cierto? –pregunta con irritación.

El hombre prescinde del abogado y prosigue su perorata.

–El tiempo diluye las decepciones y sólo perviven los buenos recuerdos. Nunca olvidé la jugada que me hizo, pero aún la tengo tan presente como cuando servía en casa. ¿Cómo le ha ido?

Morilla se encoje de hombros. Ni bien ni mal. Simplemente, la vida continúa. Por mucho que hayas pasado.

–¿Vas a decirme de una puñetera vez qué te han contado –el viejo quiere parecer recobrado– o tendré que arrancártelo con tenazas?

–Todo lo ocurrido aquella noche, hace cuarenta y tantos años. Que se le llevaron una buena cantidad y que sólo se denunció una parte. Y que a usted únicamente le interesaban ciertos documentos.

–¿Eso te han dicho? Supongo que tú habrás llegado a alguna conclusión.

–Por supuesto. Sólo hay una explicación: que se trataba de dinero ilegítimo, y que los documentos comprometían a la empresa.



Portolés examina con tristeza al abogado mientras éste cruza las piernas en su asiento, con suficiencia.

—¿Y tú qué pintas en todo este tinglado? Dices que defiendes los derechos de un cliente, pero no es ninguno de los imbéciles de la calle Oreistía, ni tampoco la gente del Pueblonuevo. ¿A quién representas?

—¿Pretende hacerme creer que no lo sabe?

—Muchacho, te aseguro que no tengo ni puta idea.

Morilla recapitula la historia de la joven sirvienta que había accedido a una información comprometida, y se adentra en el robo y en las maniobras del joven Portolés para recuperar lo que más le interesaba.

—Ni Lucía ni Joaquín sabían de la documentación que Casamichana se había llevado, seguramente que por casualidad. Y éste puso tierra de por medio. O, mejor dicho —rehace Morilla—, plantó mucho mar entre ustedes y él. Enseguida se cambió el nombre y ya les fue imposible localizarlo.

Casamichana, ese es otro nombre que el viejo desentierra de su memoria. Tampoco lo recordaba, dice.

—Era el desgraciado que tonteaba con Lucía, ¿no?; el que se escapó.

De golpe, su expresión muta a la de una serpiente taimada.

—Mira, chico, no sé a qué viene que me restriegues la historia de Lucía y su trupe de maleantes. Ni, aún menos, de qué papeles me hablas. ¿Acaso puedes argumentar algo en mi contra? ¿Los tienes tú? Si fuera así —dice sibilino—, aún podríamos hablar.

El viejo tahúr quiere negociar, piensa Morilla. Pero él no tiene qué ofrecerle. Fuerza la pose confiada y pone sus neuronas a trabajar, raudas. Sólo cuenta con los testimonios de la pareja que vive en la Barceloneta, y eso es bien poco.

—¿Por qué no denunció a Lucía?

—¿Para qué? Hubiera perdido el tiempo. Podría haberme cebado —asegura mientras su ánimo torna a decaer—, pero no me pareció bien. Me porté mal con ella. La seduje y hubiera acabado dándole la patada, como a otras. Entiendo que aprovechara la oportunidad de sacarme algo. Me sentí traicionado, pero no le

quise un mal mayor.

Morilla no acaba de creerse al viejo, que le mira sin energía.

–Usted juró haber reconocido a Molins mientras huía. Lo juró a pesar de que casi no llegó a verlo: era de noche e iban a la carrera. No me creo que con Lucía le venciera el lado romántico.

El viejo desvía sus ojos de Morilla.

–A usted no le convenía que se supiera de la existencia de ese dinero – prosigue el abogado– y tampoco quería que su novia se enterara de su afer con la criada.

–Eso puedes darlo por supuesto. Me interesaba casarme con ella: me interesaba mucho.

Sus labios recogen una mueca desinflada que viene a resaltar lo práctico de su decisión de entonces. Uno de los ladrones estaba muerto y el otro camino de la cárcel. En cuanto al tercero, pasaba el tiempo y se veía claro que la policía no daría con él. Hasta Contreras había fracasado. Portolés mira al abogado, quiere que se haga cargo de la zozobra con que vivió aquellos días. El dinero tenía un valor relativo, asegura.

–Pero no cuentes por ahí lo que te acabo de confesar –dice con humor negro–: mis amigos me tomarían por un blando, y no quiero pensar lo que dirían mis enemigos.

Morilla lo ha estado escuchando con atención y se asegura de sonar lo más grave posible.

–Señor Portolés, no le he subestimado en ningún momento. Le ruego que usted tampoco me tome por imbécil. Ya de entrada, dudo que su padre se aviniera a perder un buen pellizco por un simple capricho romántico. Pero lo importante aquí eran los documentos –le recuerda– y casi no hemos hablado de ellos.

Portolés deja entrever sus fauces de lobo. ¿Cuál dices tú qué era su contenido?, pregunta. Morilla no ha tenido que devanarse mucho los sesos: le ha bastado con relacionar fechas.

–A ustedes les podían las ansias y no se cortaron en repartir sobornos a diestro y siniestro, y tampoco adoptaron las debidas precauciones al construir.

Portolés calla, para satisfacción de Morilla.

–El ladrón se había llevado los documentos por casualidad, y el tiempo iba pasando sin consecuencias. Un año, dos, diez, treinta... Usted acabó tranquilizándose. En los noventa estalló el escándalo pero, sin pruebas en su contra, no había qué temer. Lo que no pudo imaginarse es que el marinero volvería a Barcelona. ¿Cuánto le sacó antes de las olimpiadas?

–Supongamos que tienes razón –le concede Julio Portolés–. Imagínate sólo por un momento que esos papeles pudieran ser la prueba de algún desmán. ¿Y qué? Ha pasado demasiado tiempo para que alguien pudiera llevarme ante un tribunal.

–Es cierto –Morilla viene preparado para ello–. Pero la empresa hubiera quedado debilitada y en fuera de juego, en un momento de grandes oportunidades inmobiliarias.

El viejo calla y Morilla avanza en su exposición, demoledor.

–Casamichana desaparece otra vez sin dejar rastro, tras haberle sacado un buen puñado. Usted puede participar en el festín de las olimpiadas y respira otra vez. Pero el marinero regresa hará no más de diez días, justamente en otro momento inadecuado. Porque ahora, al igual que entonces, la empresa anda metida en otra fase de grandes negocios. Y, de nuevo, la sombra de una estafa pende sobre su cabeza: la de los pisos del Pueblonuevo. Dígame, ¿cuánto le ha pedido ahora? Debe haber sido mucho.

O tal vez no, añade. Pero usted juzga que es hora de cortar por lo sano, que con una vez ya basta, que ya está bien de tanto chantaje.

–Así que encarga el asunto a unos tipos que no sólo no encuentran lo que buscan, sino que, encima, se les va la mano. Y al no encontrarle los papeles, pensaron que tal vez me los había traspasado a mí.

Le habla de cómo registraron el despacho, de las amenazas que ha recibido y del motorista que viene siguiéndole.

–Diga a sus matones que sean más discretos. ¿Creían que no me iba a dar cuenta?

El viejo ha escuchado casi sin parpadear, mientras que el abogado se siente poseído de una euforia contenida. El otro es un esparrin indefenso ante la contundencia de sus argumentos, y Morilla se enorgullece por cómo ha ido enlazando los hechos, dejándolos vistos para sentencia.

–¿Por qué le pagaron en los noventa? –remata–. ¿Por qué han tratado de eliminarlo ahora?

–Yo nunca he hablado con ese hombre: ni ahora ni antes.

–Puede que no lo hiciera directamente, pero probaré que alguien de los suyos negoció con él. Si esos papeles ven la luz, está abocado a perder el juicio que tiene pendiente. Y su empresa naufragará definitivamente.

–Pudiera ser –concede Portolés–, siempre que esos papeles existan.

–Téngalo por seguro, Casamichana los ha puesto a buen recaudo.

–Y supongo que es él quien te ha dicho lo que contienen.

Morilla se toma unos instantes antes de responder. Estudia la cara del otro y prepara su golpe de efecto. Así es, miente, y percibe en el viejo un estremecimiento contenido. Ha sido una fracción de segundo, lo suficiente para convencerse de que ha acertado en la diana.

–En ellos se delata que ustedes sabían lo mal que lo estaban haciendo, y que el dinero robado era para sobornar a algún funcionario que les molestaba. Por eso no denunció a Lucía: porque ella lo sabía todo.

Julio Portolés rompe la postura hierática con la que escucha y se afloja la corbata. Se alza fatigado y se acerca al mueble bar, a espaldas del abogado. Hurga en su interior. ¿Tú bebes?, le pregunta. Mientras oye el tintineo del cristal, Morilla considera que con gusto aceptaría la copa que le ofrecerá el constructor. Pero las circunstancias lo desaconsejan: no quiere que piense que se dejará llevar al terreno de la connivencia.

–Aún no me has dicho cuál es la finalidad de tu visita –le dice mientras trajina en el mueble.

–Para empezar, quiero que se olvide de Enrique Casamichana. Y que deje de perseguirme a mí –impone–. Y, como compensación, que haga una buena oferta a mis clientes: al señor Llansó y a sus convecinos.

Morilla podría exigir una indemnización por los daños en el despacho y que se le retorne el gasto en los ordenadores y en el cerrajero, pero no lo hace. Dándole la espalda, el constructor se encorva para abrir la puerta baja tras la que se esconde el frigorífico y se oye entrechocar el hielo contra el cristal, antes de servir el licor.

–Mi padre levantó esta empresa de la nada –dice, y sus palabras se mezclan con el gorgoriteo del líquido que está vertiendo de una botella–. Sabía aprovechar las oportunidades que se le brindaban, y era muy duro: como negociante y como padre.

Es evidente que está recobrándose y que se prepara para el último asalto. Morilla lo aguarda con impaciencia.

–Yo también lo soy –dice mientras devuelve la botella a su sitio–. A mí me inculcaron unos valores que trato de traspasar a mi hijo. El pobre comete sus errores, por supuesto, pero es normal: yo hice lo mismo.

El constructor vuelve la cabeza un momento, para asegurarse de que el abogado le escucha, y regresa a la tarea de improvisado barman.

–Al igual que tú, está en esa edad en la que uno se cree que ya lo sabe todo en la vida. Tal vez me he equivocado y no he estado acertado con el ofrecimiento que te he hecho hace un rato –dice mientras repliega la puerta del mueble.

Ahora me aumentará la oferta, presiente Morilla, y la simple perspectiva del soborno le asquea. Julio Portolés cierra el mueble y se vuelve.

Y Morilla advierte desconcertado que el hombre sólo ha preparado un vaso.

Sus ojos centellean de satisfacción mientras regresa a su espléndido sillón, se sienta y se reclina sobre el respaldo.

–En realidad, hasta creo que me he excedido. Porque, hijo mío –le dice con condescendencia–, me estoy dando cuenta de que, a la hora de la verdad, eres tonto de remate.

Estabas empezando a preocuparme, le asegura, complacido mientras saborea su copa.

–Aunque ya me imaginaba que lo tuyo no era más que un farol.

–¿Qué le hace estar tan seguro? –lucha con nerviosismo el abogado.

–Para empezar, porque ahora sé que no tienes nada. Es más, tú jamás has visto esos papeles. En realidad, ese marinero nunca te ha hablado de ellos. Te lo has inventado todo. ¿Qué te hace creer que alguien me ha podido sacar un duro en la puta vida? ¿Piensas que iba a poner por escrito que usábamos un material a sabiendas de que acabaría arruinando cuanto levantáramos? ¿Tan tonto me consideras?

–¿Entonces por qué ha perseguido a mi cliente? ¿Por qué le han dado una paliza? ¿Por qué han registrado mi despacho? Dígamelo.

–Te lo aseguro: no tengo ni idea de qué coño me estás hablando –la voz del otro es calmada–. ¿De veras piensas que no tengo otra cosa que hacer que mandar perseguir a un piojoso y a su abogaducho de mierda?

Ahora es Morilla quien se encrespa.

–No se atreva a negar que está detrás de todo.

Julio Portolés continúa recostado en el respaldo de su butacón.

–Debería llamar al personal de seguridad –dice sin aspereza– para que te pongan de cabeza en la calle. Pero no voy a hacerlo, porque en el fondo me distraes. Incluso me diviertes.

Da un sorbo antes de continuar hablando.

–Escucha lo que te voy a decir porque sólo lo haré una vez: ese tal Casamichana es para mí un completo desconocido. Nunca lo he visto, que nadie se atreva a decir que miento.

Morilla va a protestar. El otro, que escuchó compungido al abogado mientras éste se explayaba, ha salido de su fingido letargo y se lo está pasando en grande a su costa.

–Óyeme bien, niño –se adelanta agresivo, mientras le refulgen los ojos–: tienes razón, me robaron unos papeles comprometedores, pero su contenido no

era el que tú supones. Esos papeles me comprometían a mí, no a mi padre. ¿Quieres saber qué decían? –le ofrece–. Te lo voy a contar: es algo que a estas alturas ya no tiene importancia.

## 28

Santiago Morilla abandona el soberbio despacho y se topa con el heredero Portolés, guardando la puerta. El hombre lo mira con enfado y, sin mediar palabra, entra al gabinete donde ha quedado su padre. Beatriz también espera, hecha un manojo de nervios. Te has pasado un huevo, Santi, le dice. El abogado la rodea abatido y se va hacia el ascensor, dejándola atrás.

–Mi padre, el muy insigne don Anselmo –le ha dicho Julio Portolés con desprecio– se creía un linco; tanto como tú. Pero en realidad era de mentalidad estrecha, un provinciano.

El viejo dio un sorbo a su vaso.

–Los inmigrantes venían a miles y había que darles vivienda. El momento era bueno, pero teníamos que trabajar a destajo. Y aún así no dábamos abasto. Eran momentos de cambio, la guerra quedaba atrás para los de mi generación. Socialmente, el régimen tampoco se las veía muy claras: o renovarse o morir. Había que modernizar el país y las autoridades se pirraban por salir en el NODO, inaugurando lo que fuera: un pantano, la SEAT, bloques de pisos, exposiciones... Y ahí estábamos nosotros. Pero no te creas que te daban facilidades. Siempre acababas ante la ventanilla de un funcionario falangista y chupatintas que solo hacía que ponerte trabas.

Morilla ve a un Julio Portolés que, a la sombra de su padre y sin saberlo éste, cerraba tratos poco confesables. Que hacía recalificar terrenos comprando a quien fuera preciso y que pagaba para que los inspectores miraran hacia otro lado.

–Mi padre había levantado una empresa, pero él ya no servía para los nuevos

tiempos. Le desbordaban. Sin embargo, era exigente a la hora de exigir resultados. Tenía un sentido muy... ¿cómo te diría? –buscó el término adecuado–; muy patrimonial en cuanto a los beneficios. Resumiendo: primero él, luego él y, si quedaba algo, también para él. Todo era suyo y de nadie más.

El constructor alzó el vaso, acercándose para escrutar al abogado a través del cristal durante un segundo.

–No me quedó más remedio que hacerme con una *contabilidad b*: dinero negro –aclaró.

Morilla cree que la cabeza le va a estallar cuando se abren las puertas del ascensor y avanza aturdido por el vestíbulo. La azafata le vuelve a sonreír, pero él ni la ve, absorto.

Entonces, esos papeles..., había preguntado balbuceante.

–Eran la contabilidad buena y la falsa –le dijo el constructor–. Imagínate si llegan a aparecer una al lado de la otra.

–Pero, ¿y el dinero? –medio tartamudeó Morilla.

–Una parte eran beneficios que no declarábamos. La otra, mis ganancias particulares. ¿Qué te habías figurado?

Aún resuenan en sus oídos las palabras del magnate mientras se abre la corredera de cristal y pisa la calle: chico, tú eres gilipollas, remató con desprecio a un consternado Morilla. Y repitió el insulto, arrastrándolo: gi-li-po-llas.

La cabeza de Morilla es un torbellino cuando alza el asiento de la moto y saca el casco. Casamichana se apaga en el hospital y Portolés parece haberse sincerado.

Pero si no ha sido él, ¿entonces quién?, se repite una y otra vez.

Algo se le escapa y no tiene ni remota idea de qué puede ser. Por mucho que se ha devanado los sesos, el motivo se le ha escurrido de entre las manos justo cuando creía tener bien hilvanada la historia.

Salvo que el constructor le haya mentado. El hombre tiene tablas y es capaz de ello. Si al menos pudiera hablar con Casamichana...

Pero el marinero sigue en estado crítico. Morilla repasa mentalmente su



listado de obligaciones y recrea los sermones de su secretaria. Ya es viernes y colige que no tiene nada mejor que hacer que acercarse al hospital. ¿Le servirá de algo ir a verlo? No, probablemente no, pero quiere hacerlo. Porque, quien sabe...

Abate el asiento, ensarta las llaves en el contacto y, a punto de ajustarse el casco, suena el teléfono. Reconoce el número con fastidio: es Gutiérrez otra vez. Hastiado, se dice que ahora no está para tonterías. Pero descuelga.

–Santiago Morilla al habla –exclama con toda la hosquedad de la que es capaz.

Gutiérrez tarda un segundo en responder.

–Soy Gutiérrez, señor Morilla. El inspector Gutiérrez –no quiere dejar dudas–. Buenas tardes. ¿Está usted ocupado? ¿Puede atenderme unos segundos?

El tono del policía es bajo, sin energía. Morilla le diría que no, que ahora no puede, que pruebe más tarde. O que ya será él quien telefonee al policía. Y luego se olvidará de devolverle la llamada.

–Estoy muy liado, inspector, sólo puedo dedicarle un minuto.

Otro momento de silencio en la línea, que irrita a Morilla.

–Es acerca del señor Casamichana.

–Ya le digo que no dispongo de mucho tiempo –el tono agresivo del abogado crece–, le ruego que sea breve. Créame: yo sí que he de atender obligaciones.

No explicita lo ineficaz que le parece el policía, pero sus palabras van cargadas de resentimiento. Se siente bien hiriéndolo, y maltratándolo se desquita del revolcón que acaban de darle. Tenerlo abatido al otro lado del teléfono le resarce. Tanto, que se le escapan las palabras de su interlocutor. ¿Me ha oído, señor Morilla?, le pregunta éste. No, Santiago ni le ha oído ni quiere hacerlo.

–¿Me oye bien? Puede que haya interferencias –insiste el policía, prudente, y repite–: Le decía que, por desgracia, he de transmitirle una mala noticia.

Pausa. Una señal de alerta se enciende en el abogado.

–Créame que siento tener que comunicárselo: el señor Enrique Casamichana

ha fallecido hará una hora, en el Clínico.

Un inesperado puñetazo en el estómago que lo despedaza, eso es lo que siente Morilla. Un dolor intenso que le nace en el centro y que le sube inundándolo por entero, hasta bloqueársele en la garganta, cortándole el habla. El pecho se le achica, atravesado por un rayo gélido.

Casamichana ha muerto.

Morilla imagina la frialdad del cubículo del hospital. Un enfermero le retirará metódicamente catéteres y cables. Tal vez le cierre los ojos opacos, puede que hasta le cubra el rostro con la sábana. Apagará la luz, cerrará la puerta, y allí quedará solo. Solo y absolutamente abandonado.

La pantalla del móvil se ha apagado. Morilla ha sido incapaz de responder al policía. No sabe si ha sido el inspector quien ha cortado o si ha sido él. Tampoco le importa. Se da cuenta de que de Casamichana no sabe casi nada, sólo un poco por los recortes de los diarios y lo que le han relatado sus antiguos amigos. ¿Tuvo algún allegado? Padre, madre, hermanos... ¿Tuvo mujer, hijos? Parece poco probable. ¿Quién se hará cargo de su cuerpo? ¿Lo incinerarán o lo tirarán a la basura? Le adivina una vida vacía, una existencia perdida.

Quizás logren avisar a Molins y a Lucía, se consuela. Ellos son lo más próximo que tenía a una familia. O tal vez también se desentiendan de él.

Afectado, pliega el caballete que sustenta la moto. Sí, se acercará al hospital. Se quedará unos minutos ante el cuerpo frío tendido en la cama. Le hará compañía, le rendirá homenaje. No sabe explicarse el por qué, pero siente que se lo debe.

El edificio de los constructores lo contempla a su espalda. Próspero, grande, lujoso. Allá ha quedado Julio Portolés. Intuye su desdén, su risa prepotente. Un rencor irracional se apodera de Santiago. El odio crece en su interior hasta hacerle daño: odia a los Portolés; no sabe por qué, pero los odia.

Dispuesto para la marcha, descubre en la acera de enfrente al motorista que lo rastrea. El también le ha visto y disimula telefoneando junto a su moto,

aparcada entre una farola y la parada de taxis. Morilla estruja el acelerador con rabia y, en lugar de incorporarse a la circulación, atraviesa la amplia avenida en tromba, cortando el paso a los coches, que hacen sonar sus bocinas.

En un segundo está al otro lado. Extiende de un puntapié la pata del scooter y se baja de un salto. Se arranca el casco con furia y lo arroja sobre el sillín. El chico se lo mira boquiabierto. No es más alto que Morilla y el abogado se envalentona y se va en tromba a agarrarlo de la solapa, al tiempo que prepara un puñetazo que debería estamparse en la cara del otro.

Pero el chico es hábil. Da un inesperado paso atrás y agarra el dorso de la mano con la que Morilla lo sujeta, y se la dobla con práctica de experto. Un espasmo hace encogerse al abogado, desistiendo de golpearle, y el otro le apalanca el codo con la mano que aún sujeta el móvil. Morilla ha de voltearse compelido por el suplicio. Cazado y con el brazo replegado a su espalda, se estampa contra la farola. Se da un golpe en la frente y el muchacho lo mantiene presionado, mientras sigue luxándole la muñeca.

El dolor se hace insoportable. Le asciende brazo arriba, paralizándole los hombros. Los taxistas, que han visto cruzar la moto y la arremetida de Morilla, contemplan la escena sin mover un músculo. Primero sorprendidos, y con morbosa curiosidad después. No se resista, no quiero hacerle daño, masculla el joven mientras mantiene la llave que inmoviliza al abogado.

–Ahora aflojaré la presión –pronuncia al poco con seguridad, pegado a su espalda–, pero prométame que va a relajarse. Si no, le partiré el brazo, ¿me ha entendido?

Morilla asiente, quebrantado, y el dolor mengua. Algo le roza -entre la oreja y la mandíbula- y aparta la cabeza, sobresaltado.

–Es mi móvil –le revela su captor–. Alguien quiere hablarle.

Ajusta el telefonillo contra el oído del abogado, amorrado aún a la luminaria, y éste oye por el auricular una voz que grita una y otra vez su nombre. Es Andrés Román. Santi, cálmate y escúchame, le exhorta desesperado. Cuando el motorista entiende que ha reconocido la voz del detective, lo deja ir. Morilla

se gira con prevención y el otro se le separa un paso y le extiende el móvil.

–Santi, ese chico no está contra ti –le requiere el detective a voz en grito–, está ahí para protegerte, ¿me entiendes? –le recalca, enérgico–. Te dije que te pondría vigilancia, ¿lo recuerdas?

Morilla vuelve a mirarse al motorista. Éste se ha metido las manos en los bolsillos, convencido de que el abogado ya no es un problema, y contempla el tráfico. Está ahí para protegerte, repite el detective. Para protegerme de quién, pregunta Morilla, aún congestionado. Le duele el brazo castigado. Alza la mirada y ve que los taxistas, frustrados por el desenlace, lo observan con disimulo.

–Te dije que no quería ningún guardaespaldas.

–Santi, aún no te das cuenta de lo peliagudo que es este asunto. Tú ni te lo puedes imaginar, créeme. Te estás enfrentando a gente muy chungueta.

–¿De qué gente me hablas? –pregunta, y el otro esquivo su reclamación.

–Has seguido una pista equivocada. No sé qué historia te traes con los Portolés, pero no tienen nada que ver con lo que está pasando.

–¿Qué es lo que está pasando, me lo vas a explicar de una puta vez?

Al otro lado de la línea se hace un par de segundos de silencio.

–Ahora no puedo decirte más, Santi, pero confía en mí. Olvídate de los Portolés y déjame hacer.

El chico se ha acercado al borde de la acera. Saca un cigarrillo, se lo enciende y fuma indiferente, como si él nada tuviera que ver con el rifirrafe de minutos atrás.

–¿Que me olvide de los Portolés? Alguien ha liquidado a mi cliente, me han destrozado el despacho, me han amenazado a mí y también a mi familia. ¿Y tú me dices que me olvide? Te exijo que me digas en qué estoy metido.

–Lo siento, Santi, te lo juro, pero no puedo. Confía en mí.

Y una mierda, se dice Morilla. Pero ve claro que Román no soltará prenda.

–No quiero que me sigan más –exige, y reitera–: dile a tu hombre que no me siga. Júrame que lo harás.

Otro silencio.

–Te lo prometo– concede Román al fin, y corta la comunicación.

## 29

Plantado en la acera, Morilla mira el teléfono muerto sin saber qué hacer. Alza la vista. Los taxistas siguen mirándolo, cuchichean entre sí, incluso les percibe una sombra de burla. Se avergüenza, se sonroja. Es el segundo revolcón, en tan poco tiempo. Siente que todo el Paseo de Gracia está pendiente de él y que se ríe de lo petimetre que es.

Tierra, trágame.

Entonces vuelve a sonar el móvil. La leyenda *Román* aparece en pantalla, anunciando una nueva llamada del detective. Morilla va a darle a la tecla verde pero el motorista se le acerca y con un gesto delicado le toma el telefonillo de las manos. Es para mí, le dice con calma. Claro, es para el chico, se deja vencer Morilla. El vacío que la ausencia del aparato le deja en las manos se le transmite por todo el cuerpo. El motorista se aparta y contesta mientras pasea al borde la acera. Dice que sí, que entendido. Mira al letrado y vuelve a decir que sí, lo que tú mandes. Luego cuelga, se guarda el móvil en un bolsillo del pantalón y se queda parado.

No se va, piensa Morilla. Podría acercársele, conminarlo a que le deje en paz, advertirle. Hasta rogarle, si hace falta. Desbaratado, opta por ponerse el casco y se sube a la moto. Baja hasta Gran Vía mirando por el retrovisor. Se detiene en un semáforo y gira la cabeza. El joven versado en artes marciales no se ha movido de donde lo dejó. Cambia a verde, se llega a Ronda Universidad y tuerce en Balmes. No le sigue. Para convencerse se detiene a la izquierda entre una furgoneta y un taxi, antes de llegar a la confluencia con la Rambla. Espera atento a los vehículos que circulan. La otra moto no viene. Se sube a la acera, pone el caballete y atisba entre los vehículos. Cambia el semáforo y vuelve a

cambiar, reanudándose la circulación. Nada.

Esto es ridículo, vuelve a avergonzarse, y se mete en el Zurich. Un coñac, pide. El camarero se lo sirve en la barra. Vacía la copa de un solo golpe. Morilla podrá ser un abogado de causas perdidas, pero si algo ha aprendido es a no obcecarse persistiendo en vías que a nada conducen. Portolés será un hijo de puta, reflexiona, pero ha dicho la verdad. Lo intuye. Y Román lo atestigua.

Algo se le escapa.

Vuelve a repasar los acontecimientos de los últimos días. Si el añoso constructor no tiene que ver con la paliza que ha matado a Casamichana, ¿entonces quién? ¿Y por qué? Pide otro coñac, que sorbe ya sin tantas prisas. La clave, conjetura, está en saber por qué atacaron al marinero. Algo ha de haber en su pasado que Morilla desconoce.

O tal vez lo de Casamichana sólo sea una casualidad. ¿Quién me dice que no se metió en una reyerta que acabó viniéndole grande? Es un pendenciero, había sentenciado el inspector Gutiérrez. Considéralo: el marinero se lió a mamporros y tú te has empeinado en que tenía en su poder algo que comprometía a alguien. Algún documento -está seguro- que, quienquiera que sea, cree que Casamichana le entregó. ¿Si no a qué vino que me entraran la otra noche?

¿Y si todo fuera una casualidad? ¿Y si los que le dejaron el mensaje en el contestador nada tuvieran que ver con la muerte del pobre hombre?

No, Santi, nada es por casualidad. Esa es su máxima y a ella se aferra. Pero explora otras posibilidades.

Se acaba la segunda copa y los efluvios del alcohol se le van entrando en la cabeza. El que hablaba por el intercomunicador era de la Europa del este, el mismo Román lo corroboró. ¿Qué tengo yo que ver con gente de la Europa del este?

Entonces, como un rayo, una idea se le abre paso por entre los sesos que se van enturbiando.

Es por Juan Salas.

Es por él, se convence Morilla, y golpea la barra con los nudillos. El

camarero sorprende el gesto, lo interpreta erróneamente y, aunque juzga que ya ha tomado más de lo que es habitual entre sus parroquianos, le rellena otra vez la copa.

Juan Salas ha estado en la antigua Yugoslavia haciendo no sé qué trabajo de campo. Algo relacionado con la guerra, tal como anunciaba el periódico. Pero, ¿por qué no le ha dicho nada?

¿Y por qué tenía que decirte algo? El asunto que le llevas no tiene que ver ni con su vida académica ni con sus estudios, o como quiera que se llame lo que el profesor haya estado haciendo en Serbia, o en Bosnia, o ves a saber dónde.

Una excitación irrefrenable se apodera de Morilla. He de acollar a Salas. Lo he de acollar, se repite.

Sí: hasta que cante.

Torpemente palpa en los bolsillos de su chaqueta, antes de dar con la libreta. Repasa las hojas varias veces, de adelante atrás y vuelta a empezar.

Aquí está, se le escapa en voz alta: Juan Salas, facultad de Filosofía, despacho doscientos treinta y uno. Horarios de visita: lunes y miércoles de cinco a seis de la tarde, martes y viernes de seis a siete. Y luego, anotados, figuran tres números de teléfono: el de su casa, el del móvil y el de la facultad, seguido de la extensión del despacho. Morilla mira su reloj: aún llegaría a tiempo. También podría telefonarle, pero se convence de que al toro hay que agarrarlo por los cuernos. Vacía media copa de coñac, dejándose la otra mitad, y paga.

Al rato vuelve a aparcar su moto, esta vez ante la puerta de la facultad. El bedel que atiende en la recepción frunce los labios al percibirle la vaharada a alcohol, pero le indica el camino hasta el despacho que busca. Morilla resuella escaleras arriba. Nota que anda vacilante y tiene la cabeza embotada. Al llegar al rellano se concentra en afirmarse. Respira hondo varias veces, tomando aire y soltándolo ruidosamente. Intentando eliminar la nube ética que le inunda la boca. Tarda en encontrar la puerta que busca y, cuando la halla, observa una rendija de luz que se filtra por debajo.

Te vas a enterar, se promete, dispuesto a sacudirse toda la frustración que el

alcohol no ha sido capaz de diluir.

Pero no es Juan Salas quien le abre, sino una mujer de cabello corto que ronda la cincuentena, pequeña y delgada. Sus ojos oscuros se clavan en los de un Morilla entre sorprendido y frustrado, que tarda en recomponer sus naves. Disculpe la intromisión -se traba-, tal vez me he equivocado; ¿no es éste el despacho del profesor Salas? También ella le percibe el aliento y su mirada transita hacia la alerta.

-No ha venido hoy -anuncia sin invitarle a entrar, y aferra el pomo de la puerta dispuesta a cerrar.

-¿No es su tarde de visitas?

-¿Es usted alumno del doctor Salas?

¿Alumno yo? La pregunta suena surrealista a oídos de Morilla.

-Soy su abogado -informa.

Morilla se palpa los bolsillos hasta encontrar su cartera. Revuelve el interior y entrega una tarjeta de visita a la mujer, que primero lee el cartoncito y luego repasa de arriba abajo al hombre que tiene enfrente. El doctor Salas no ha venido, se reafirma, dando por acabada la conversación. Se echa hacia atrás para cerrar, pero Morilla da un paso y se sitúa bajo el marco de la puerta.

-Es importante que hable con él -enfatisa, y advierte que su media incursión ha asustado a la mujer.

-Lo siento, no puedo ayudarle. El doctor y yo compartimos despacho, pero lleva días sin aparecer por aquí, puede que esté enfermo. Si viniera o llamara -se ofrece para quitárselo de encima- le diré que usted está interesado en hablarle.

Morilla considera que otra puerta se le resiste. Tendré que llamarlo a su casa. O, mejor aún, me voy para allá. Seguro que en algún sitio tengo anotada su dirección, piensa. Se da cuenta de que la mujer lo mira como a un borracho, pero él le lanza otra pregunta: ¿desde cuándo falta el señor Salas? Ella duda si debe contestar, pero al final lo hace: la última vez que lo vio fue el lunes por la mañana.

-¿Quiere decir que no vino por la tarde, ni tampoco el martes?



La profesora meneaba la cabeza con impaciencia, pero él vuelve a la carga: ¿tampoco ha llamado?

—No, tampoco ha llamado. Y ahora tendrá que disculparme —le dice, y abate definitivamente la puerta.

Morilla ha de dar un paso atrás y se queda contemplando la hoja clausurada a medio palmo de su cara. Tarda en orientarse, pero por fin encuentra un ascensor que lo transporta a la planta baja, a costa de revolverle aún más el estómago. Ha finalizado una clase y en el vestíbulo camina vacilante entre una riada de alumnos presurosos. Consulta su libreta de anotaciones y marca el número particular de Salas, y luego el del móvil. Nadie contesta. Empieza a sentir un calor que al poco se convierte en sofoco.

Si la mujer ha sido exacta, Juan Salas está en paradero desconocido desde la tarde en que visitó al abogado. El mismo día en que fracturaron al pobre Casamichana y, también, cuando le allanaron el despacho.

Morilla se siente mareado. El estómago, castigado por el coñac, le arde.

He de llamar a alguien.

Piensa en el inspector Gutierrez, pero lo desecha: no está en condiciones de resultar creíble para el policía. Marca el número de Román, pero el detective tampoco contesta. Gana la calle esquivando a los alumnos que discurren a su lado. El aire fresco no le reconforta, suda a mares. Un reflujo líquido le sobreviene esófago arriba y lo contiene a duras penas. Traga y el líquido amargo retorna hacia abajo.

Pero no puede retener la segunda acometida y vomita en el alcorque de un árbol, ante la mirada reprobadora de cuantos alumnos se han echado a un lado.

Santiago no llegó a cerrar la persiana anoche y la claridad que entra a raudales por el ventanal del dormitorio le hiere los ojos. Mira el reloj. Aún no

son las ocho de la mañana y es sábado. Se levantaría, dejaría ir la correa que baja la persiana y retornaría a la cama. Pero se da la vuelta y aprieta los ojos, intentando reencontrar el sueño. En vano. La mente ya se le ha puesto en marcha y es imposible detener el caudal del pensamiento. Intenta hacer memoria de cómo llegó a su casa. Sólo recuerda que en Barcelona esquivó la presencia de los guardias urbanos y se concentró en andar lo más derecho posible con la moto.

Abandona el lecho, después de vueltas y más vueltas a las sábanas, entremezcladas con la evocación de cuanto ha quebrado su rutina durante los últimos diez días: desde Enrique Casamichana hasta los Portolés, pasando por Juan Salas, Lucía y Joaquín Molins.

En la cocina se bebe medio brik de zumo, a morro, para remojar el mal regusto de la borrachera. Recobra el teléfono de su chaqueta, allá en el comedor. Ninguna llamada. Busca en la lista y le da al número de Salas. El teléfono da cinco o seis tonos antes de que el catedrático responda. Morilla cuelga de inmediato, le avergüenza que la compañera del profesor pueda haberle informado de su etílica visita. Luego teclea el número de Andrés Román. Al otro lado del auricular suena el mensaje de que su móvil está apagado o fuera de cobertura. Normal, hasta los detectives disfrutan del fin de semana.

Hace un día radiante y desde el balcón contempla el horizonte diáfano. Los primeros paseantes en chándal pueblan ya el paseo marítimo y Santiago decide que esta mañana se les unirá. Caminar un rato le ayudará a aclarar ideas. Necesito liberar tensión, piensa. Busca una camiseta, un pantalón de chándal y captura un par de calcetines. Cierra el portal, armado de buena voluntad. Recorre el camino que rodea los bloques de pisos y desciende hasta la carretera. Atraviesa bajo las vías del tren y desemboca en el paseo, junto al puerto.

En el reloj de la estación distingue que ya pasan de las ocho y media. Echa a andar, primero suavemente, y al poco se lanza a buen paso, con el sol dándole en la espalda. La ancha playa queda a su izquierda, desierta. La lluvia de los últimos días ha refrescado el ambiente y los bañistas se lo piensan antes de echarse al sol. El angosto paseo bordea la línea del ferrocarril. Está muy

concurrido de caminantes, corredores y ciclistas, molestándose los unos a los otros. Santiago avanza a un par de abuelas en mallas y ha de orillarse para rebasar con estrechez a tres sexagenarios que pasean a la par, charlando entre ellos. Media docena de bicicletas lo rebasan a toda máquina, con sus ocupantes disfrazados como para correr el *Tour de Francia*. Se echa a un lado al cruzarse con una pareja de veinteañeras haciendo *footing* y ve alejarse el contoneo de caderas de otra.

Julio Portolés lo puso en su sitio, ayer. Los que han tenido la sartén por el mango seguirán teniéndola siempre, mande quien mande en este país. Pero el abogado ya casi descarta que fuera él quien mandó machacar al marinero. Piensa en Casamichana, que a estas horas ya se habrá más que enfriado en la morgue.

¿Cuál es el motivo de la brutal agresión? Por más que le da vueltas, no es capaz de urdir una mala teoría al respecto.

Acelera aún más, casi arrancando al trote. Al cabo de tres kilómetros -un poco antes de arribar al túnel del ferrocarril- pasa junto a un cobertizo donde, si esperase un rato, asistiría a la subasta que organizarán los pescadores de la costa. Persevera en su marcha y rodea el montículo que atraviesa el túnel, hasta dejarlo atrás; y luego una solitaria chimenea, vestigio de una antigua fábrica. Da la vuelta y emprende el retorno. Aprieta el sol, que ahora le da de cara, y el sudor va empapándole la camiseta.

En un instante de alucinación creyó que Juan Salas podía ser el móvil de todos los desaguisados. ¿Qué le hizo llegar a esa conclusión? Probablemente el acento en el contestador. Con menos se han armado querellas ante los juzgados, se consuela. Pero la ecuación sigue sin resolverse porque falla una de las incógnitas: el papel que juega el marinero en todo el embrollo.

Al poco de dar las diez ya ha regresado al punto de partida. Aminora la marcha, cruza bajo la carretera y asciende a la urbanización. Está cansado.

¿Con qué cara mirará a Beatriz? La chica se ha portado bien con él. No sólo le está defendiendo en el caso con los ocupas -otra vez Juan Salas se le cruza por la mente- sino que le consiguió la reunión con el patriarca Portolés. Y él la ha

traicionado. Pero primero la embaucó en el restaurante, con premeditación y nocturnidad. Además está la noche que pasaron juntos. Morilla no quiere ni pensar en ello.

Absorto, no se percatará de la presencia del Citroën Xsara hasta que éste le sorprenda cortándole el paso, cuando ya le queda poco para arribar al portal de su casa.

El primero en bajarse es el acompañante, encarando a un Santiago que se ha quedado petrificado. Enseguida lo hará el conductor, que sostiene abierta la puerta de su lado y vigila a su alrededor. Los dos son rubios y fornidos. Morilla tiene la certeza de haberlos visto antes.

–Súbete al coche –le ordena el primero, abriéndole la puerta de atrás.

Sin armar jaleo, le recalca. Y se levanta ligeramente la camiseta, lo justo para que asome la culata amenazadora de la pistola que esconde entre el tejano y la cadera. El conductor aparta la atención del entorno un momento y concentra en el abogado una mirada asesina que lo acobarda aún más que el arma.

Morilla siente miedo. Es evidente que esos dos no son policías: lo delatan las formas y el acento extranjero del que le ha hablado. Éste, sin esperar más, lo atenaza del brazo y lo compele al asiento trasero. Manipula la minúscula palanca del seguro de niños, para asegurarse de que Morilla no podrá abrir desde dentro, y cierra. Rodea el coche y viene a sentarse tras el conductor, recostado en la puerta y girado hacia el abogado. Ponte el cinturón, le ordena, y Morilla obedece. Entonces entra el otro, encara el retrovisor hacia el prisionero y pone el vehículo en movimiento.

Tendría que haber echado a correr, piensa Morilla, agarrotado en el asiento y con las manos sumisamente apoyadas en los muslos, sobre el chándal sudado. La húmeda camiseta se le pega a la espalda. El coche recorre las calles absolutamente desiertas, hasta salir de la urbanización, y suben en sentido contrario al mar. Morilla avizora los vehículos con los que se cruzan, deseando inútilmente que alguien le vea, le reconozca y le socorra.

–¿A dónde me llevan? –pregunta cuando giran hacia la autopista y se

detienen ante la garita del peaje.

Los captores permanecen callados, sordos a la demanda del abogado. El conductor entrega un billete de cinco a la chica que cobra. Por fuerza ha de darse cuenta de lo que pasa en este coche, se dice Morilla. El conductor le lanza una ojeada por el espejo mientras espera el cambio, y reanuda la marcha en cuanto se alza la barrera.

–Ahora pórtate bien –le dice el que se sienta a su lado.

Es entonces cuando los recuerda: estos dos eran los tipos con pinta de turistas con los que se cruzó en el parquin del mercado de Santa Caterina, cuando bajó buscando a Casamichana. Su habla es casi calcada a la de la advertencia gravada en su oficina.

Una sospecha se va formando en su mente: Portolés le engañó, jugó la carta dramática; pero el viejo cabrón no quiere dejar cabos sueltos.

Han tomado hacia Barcelona y se desvían por la Ronda del Litoral, que dejan antes de llegar al Fórum. Transitan las calles bajas del Pueblonuevo, pasan por detrás del antiguo cementerio y acaban parándose ante la roída persiana de una fábrica que hace esquina. En la fachada cuelga el desvaído letrero que identificaba a la empresa: Gaseosas Riera. Otro cartel avisa del derribo inminente del inmueble y, en un tercero, se lee la próxima construcción de pisos y dúplex, a emplazar allí mismo en breve.

Seguro que los Portolés tienen que ver con esta nueva promoción.

El conductor desciende, levanta la persiana y retorna al volante, metiendo el coche. La uralita del techo está agujereada y el interior de la nave absolutamente despoblado. El chófer torna a bajar la persiana y abre la puerta del lado de Morilla. El otro rubio le desancla el cinturón de seguridad. Bájate, le manda.

El abogado camina sobre el suelo de cemento, encogido entre ambos matones. Cruzan el abandonado almacén y salen a un gran patio plagado de hierbajos. A su izquierda queda la imponente puerta corredera de hierro, ahora clausurada, por donde los camiones entraban a cargar en los buenos tiempos de la empresa. Atraviesan el patio, abren un portón de madera carcomida y pasan al

breve vestíbulo de la nave que Morilla supone el taller principal. El de la pistola dice algo a su compañero en un idioma que suena a erres y a eses, y luego se dirige a Morilla.

–Tú espera aquí, el jefe viene en enseguida.

Dicho así ha sonado a petición: como si al abogado no le quedara otra opción que quedarse allí clavado, vigilado por el conductor, mientras el otro franquea la inmediata puerta de cuarterones, antaño acristalados, y desaparece. El chófer echa mano al bolsillo, saca un paquete de tabaco y se lleva un garrillo a los labios, mientras lanza una confiada ojeada. Se lo enciende y le da una profunda calada, exhalando una densa humareda. Es más alto y más joven que Morilla y, aunque tiene algo de barriga, se le ve en forma.

Tal vez podría arremeter contra él, valora el abogado. Dejar que se confíe y precipitársele encima con la cabeza por delante, en plan ariete. Y cuando el matón diera en el suelo, echar a correr.

¿Y luego qué? Por lo que ha visto, los muros del patio se alzan más de cuatro o cinco metros sobre el suelo.

Duda. Hasta la corredera del patio habrá unos veinte o veinticinco metros, que podría recorrer en unos segundos. ¿Y si está atrancada? Aunque no lo esté, para cuando logre moverla lo justo para escurrirse hacia la calle, el que le custodia se habrá rehecho y le dará caza. No quiere ni imaginárselo echándose encima mientras él comprueba con desespero que la puerta está afianzada como una roca.

No ha visto que el conductor retirase ningún candado al alzar la persiana por la que han entrado, ni ha oído el ruido de cerrojos tras bajarla. Igual por ahí podría probar suerte. Pero, además de cruzar el patio, debería alcanzar el primer almacén que han atravesado. ¿Cuánto hará el almacén? Al menos treinta y tantos metros. Demasiados. En cuanto el rubio que lo vigila le pusiera la mano encima, no iba a contentarse con agarrarlo para que no volviera a escapar.

El chófer casi se está acabando el cigarrillo. Indeciso aún, Morilla oye que alguien se acerca. El otro tira la colilla y la está pisando cuando se abre la puerta

de cristales rotos. Un hombre viene tras el que se fue para adentro. Por un momento cree adivinar la silueta del hijo de Julio Portolés. Pero no es él, evidentemente.

Lo reconoce en cuanto adelanta al otro rubio: es el hombre de la perilla, el que estaba apostado junto a la puerta del restaurante donde se comió la paella dos días atrás, aparentando aguardar a que quedara libre una mesa. No tendrá más de cuarenta años. Lleva un pantalón oscuro y una camisa a rayas, sin corbata, y el botón del cuello desabrochado. Se ha arremangado hasta los codos y una pesada pistola sobresale por encima del cinto. Es de facciones cuadradas y luce un moreno profundo, racial, en contraste con sus compinches. Un ligero sudor le reluce en la frente. Se peina con una esmerada raya y porta el cabello arreglado, muy corto hacia los lados y por debajo de la nuca. La perilla y el bigote se ven extremadamente recortados y las mejillas perfectamente rasuradas. Como un miliar, piensa Morilla, al tiempo que siente un apretón en el pecho, que se le hace más agudo cuando lo oye hablar y reconoce definitivamente a quien dejó grabado el mensaje de advertencia.

–Te dije que no te metieras donde no te llamaban –le repite ahora–, pero no me has hecho ni puto caso.

## 31

Tres pares de miradas convergen sobre Morilla, sobrecogido.

–Tú tienes algo que nos pertenece –prosigue el de la perilla en un castellano más que pulido–. Algo que aún estás a tiempo de devolvernos, ¿me entiendes? Si me lo das, tú te irás por tu lado y nosotros por el nuestro, como si aquí no hubiera pasado nada. Te prometo que nunca más volverás a saber de nosotros. Te olvidarás de lo que ha pasado y nosotros nos olvidaremos de ti.

El hombre ha hablado sin emoción, buscando confiar al abogado: que comprenda que aún existe una posibilidad de salir del atolladero en el que se ha

metido, tal vez una última oportunidad. Le juro que no sé a qué se refiere, contesta Morilla, concentrándose en demostrar que no tiene idea de qué le están hablando. Al jefe del trío se le contraen los ojos mientras tensa la mandíbula. Por un instante parece enojado. Luego frunce los labios y cabecea un par de veces, como si la obstinación del abogado le apesadumbrara.

–Mira, Santiago –le llama por su nombre mientras da unos pasos para colocársele al costado izquierdo, apoyándole la mano sobre ese hombro–, tú y yo somos profesionales, cada cual en lo suyo. Y éstos –señala a sus compinches– también lo son.

La última aseveración viene plagada de amenazas. Mientras la escucha, Morilla bucea en su memoria queriendo recordar al culpable más convincente de cuantos hayan intentado embaucarlo a lo largo de su carrera, para adoptar su pose.

–¿Qué sacas tú de todo esto, dime? –prosigue el sicario.

Ha desplazado la mano desde el hombro de Morilla para abarcarle la espalda y estrechársela, sin que le molesten ni la humedad ni la vaharada a sudor de la camiseta del abogado. Santiago le siente la cabeza a escasos centímetros de la suya y percibe el aroma trasnochado de la colonia que usa, mezclado con el aliento a tabaco.

–¿Es cuestión de dinero? Dime, ¿es eso? Si es así, sólo tienes que poner un precio. Pero sin pasarte, eh –le propone con una sonrisa que busca complicidad.

A Morilla, todo el cuerpo le pende flácido del abrazo intimidatorio del otro. Por mucha confianza que trate de infundirle, presiente que no le dejarán ir tan fácilmente. Apenas menea la menea, negando.

–¿Qué significa ese no?

El abrazo se deshace sin que Morilla se sienta tranquilizado por la ausencia del contacto, y un rictus de ofendido cubre la faz del otro.

–¿No qué? –le reitera–¿Quieres decir que no es cuestión de dinero o que no me vas a dar los papeles?

–No sé de qué papeles me está hablando –acierta a asegurar, apenas sin voz.



El de la perilla se le pone delante, la cara a un palmo de la suya. Su mirada se ha tornado gélida. El abogado se prepara para que, en cualquier momento, le dé un bofetón que no se atreverá a evitar. Pero el matón quiere ensayar un último intento y sus ojos se ablandan de nuevo.

–Mira –le dice separándosele unos centímetros, los suficientes para aliviar a Morilla–, yo sé que todos tenemos un código. Yo tengo el mío y tú tienes el del abogado que defiende a su cliente. Te aseguro –intenta sonar sincero– que lo comprendo.

Morilla no puede hacerse una idea de cuál será el código de los hombres que tiene enfrente, pero está seguro de que él –Santiago Morilla, abogado del Ilustrísimo Colegio de Abogados de Barcelona, con más de veinte años de ejercicio– está más que dispuesto a despojarse de cualquier prejuicio con tal de salir vivo de allí.

–Tu cliente nunca llegó a entender nada y la ha cagado de plano. No una vez, sino dos. La primera, por no ver con quién se metía. La segunda, al no conformarse con lo que ya tenía. Y, en su afán de meter el dedo en el ojo de alguien, te ha arrastrado. Pero reconócelo: a ti esta historia si te va ni te viene. Un asunto por el que, además, no ibas a sacar gran cosa, ¿me equivoco?

Morilla sólo acierta a negar, mudo.

–¿Lo ves? Pero yo te ofrezco un trato. Tú me devuelves los papeles y nos olvidamos del asunto –el de la media barba vuelve a ensayar una sonrisa siniestra–. Y para que veas mi buena voluntad, yo hago que en unos días te llegue cierta cantidad de dinero. ¿Qué te parecerían mil euros?

El abogado sigue callado, a su pesar. Si pudiera diría que sí, que le parece bien el trato. Incluso aunque no le den un duro. Que lo único que quiere es marcharse.

–Mira, si me apuras –estima el jefe de los mafiosos–, hasta puedo subirte la oferta a dos mil euros, como una indemnización por lo que éstos te hicieron en el despacho –señala a los rubios macizos–. ¿Qué me dices? Yo mismo te acompaño a donde tienes los documentos, tú me los das, nos separaos, y en un par de días

te llegará un sobre. Puedes confiar en mí, soy hombre de honor.

La sonrisa se dibuja franca en el rostro del sicario y le brillan los ojos como si acabara de sellar el compromiso de su vida.

–Le juro –balbucea Morilla– que yo no tengo ningún documento.

Las facciones del otro se trocan en un gesto de asco. Peor para ti, masculla.

Mira al que hizo de conductor y con un cabeceo le ordena que entre al abogado a la nave. Morilla se pone a temblar cuando el matón lo agarra del brazo y le hace avanzar por entre la poca maquinaria corroída que queda del taller, seguido del de la perilla y del otro que lo ha traído. De las vigas cuelgan las obsoletas lámparas a las que hace tiempo han robado los tubos fluorescentes. En el centro sobrevive, aherrumbrada, la ondulada cadena de embotellado por la que años atrás corrían sin fin los envases de gaseosa. Toman el pasillo que forman cientos de cajas de madera repletas de botellas de cristal, vacías y recubiertas de polvo fosilizado. Se llegan hasta la pared del fondo. La comitiva se detiene ante otra puerta con un letrero que informa de que van a adentrarse en las antiguas oficinas de contabilidad.

–¿Seguro que no quieres reconsiderar tu negativa? –hace un último intento el jefe de la banda.

La impoluta americana del hombre de la perilla cuelga de un perchero medio oxidado. Santiago Morilla hubiera esperado ver a casi cualquiera dentro de aquella oficina: a Juan Salas, o al aún más enclenque Joaquín Molins, o a su compañera Lucía.

Pero nunca a Miguel Estébanez.

Habían atado al contratista a una silla superviviente del mobiliario de la empresa, para torturarlo a conciencia. Estébanez apoyaba la barbilla sobre el pecho y sus ojos tumefactos permanecían cerrados, medio inconsciente: así lo había mantenido el torturador, premeditadamente. Le habían hundido las costillas y le costaba respirar. Tenía rotas la nariz y la boca, y un borbotón pegajoso de sangre le cubría la mandíbula y el pecho. Unos espesos hilillos

rojizos se habían solidificado a lo largo del cuello, desde los oídos reventados hasta los hombros. Las manos, atadas al extremo de los reposabrazos, estaban machacadas a mazazos. Y le habían dislocado ambas rodillas. De haberle desecho las ligaduras que le afirmaban las muñecas y lo constreñían del pecho, su cuerpo macizo se hubiera ido arrugando, deslizándose de aquella silla convertida en potro de tortura. Para acabar precipitándose sobre el charco de sangre y orines que se extendía a sus pies.

El de la perilla evalúa la impresión que la visión del hombre atormentado causa en Morilla. Superado el primer relámpago de sorpresa, un desfallecimiento le hace flaquear aún más las piernas, y su rostro se torna de un amarillo enfermizo.

El sicario se acerca al hombre amarrado y lo agarra del cabello, alzándole la cabeza vencida. El cuerpo se sacude de dolor, por más que a Miguel Estébanez no le quedan casi fuerzas para sentirlo. Mueve las pupilas bajo los párpados y suelta un resoplido agotado, exánime. Un torrente espeso de mocos y sangre le salta de la boca entreabierta. Tiene machacados los dientes y las encías son un amasijo sanguinolento.

—Éste ya no podrá hablar.

Deja ir el puñado de cabellos. La cabeza se precipita sobre el pecho y la barbilla se le empotra en el esternón. Al hombre torturado se le acelera el resuello, que se torna bronco, entre toses desfallecidas. Tiembla. Se va asfixiar, se teme Morilla: ahogado en su propia sangre. Pero el flujo respiratorio se recupera y vuelve a quedar inerte.

El hombre de la perilla hace una seña a uno de los dos rubios, que sale y retorna al momento con otra silla. La arrastra hasta ponerla a la par que la de Estébanez.

—Él ya no va a hablar —reitera—, pero tú aún estás a tiempo de servir a tu cliente.

Sientan a Morilla a la fuerza. Uno de los esbirros le mantiene aplastados los hombros para que no pueda incorporarse. El otro se acerca a un rincón y

recupera el rollo de cinta americana con la que ataron a Miguel Estébanez. Arranca un pedazo, sella la boca del abogado y deja preparado el resto para amarrarlo a la silla, para cuando el torturador considere que ha llegado el momento.

–Estás entrando en un punto sin retorno –le advierte el jefe de la cuadrilla–. Ésta es tu última oportunidad, pero antes quiero que veas hasta dónde puedo llegar.

El tipo de la perilla se acerca a un poyete sobre el que descansa una bolsa que Morilla aún no había visto. Se hace con un par de instrumentos. Primero una maza pequeña con mango de madera y cabeza cuadrada de metal. Es con la que ha dado suplicio al albañil. La muestra a Morilla antes de devolverla al lugar de donde la ha tomado. Luego empuña un cuchillo grande. El tacto de la herramienta le ilumina la cara de satisfacción: por fin podrá darse el gusto largas horas reprimido.

–Esto lo vi hacer en una película –dice–. Te va a gustar, ya verás.

Se gira hacia Estébanez, se inclina sobre él, le agarra una oreja y con destreza se la rebana, de un único tajo. En menos de un segundo.

El albañil chilla hasta entrar en colapso, y un chorro de sangre le mana del boquete auditivo. El matarife sostiene el apéndice cercenado sin molestarse en taponar la herida abierta. Es evidente que ya no le importa la suerte del hombre amarrado.

Morilla tiembla de una forma atronadora. Un temblor extremo, convulso. Tanto que, de no ser porque le agarran, caería al suelo arrastrando consigo la silla. Suda a mares y el corazón le estallará en cualquier momento. El torturador se le acerca.

–Haz memoria: ¿dónde están los documentos?

Primero fueron la explosión y el humo y, al instante, el quedarse absolutamente sordo y aturdido. Morilla no sabe si la onda expansiva lo derribó de la silla o si se dejó caer, repentinamente liberado de la presión del secuaz. Se encogió instintivamente. Cubrió la nuca con sus manos y aplastó el rostro contra el pavimento. Sintió que unas manos le asían de los brazos hasta separárselos de la cabeza, a la fuerza, y que tiraban de él. Intentó resistir.

Abrió los ojos y percibió la imagen irreal del que le agarraba por su izquierda, un gigantón uniformado de negro con el rostro cubierto por un pasamontañas. Un hombre calcado al anterior le aferraba del otro brazo. Entre ambos lo arrastraron por el suelo, medio acuclillados en su marcha atrás, protegiendo la retirada con las ametralladoras dirigidas hacia el interior de la oficina mientras se llevaban al abogado. Apenas llegaron a la puerta y las ráfagas restallaron sobre la sala.

La antigua fábrica es un hervidero de policías. Se ha resguardado el perímetro con cintas balizadoras que prohíben el paso a los numerosos curiosos, atraídos primero por la explosión y enseguida por el aullar de las sirenas y el movimiento de patrullas. La Guardia Urbana ha desviado el tráfico. Las blancas camisas de los uniformados, que merodean el patio y resguardan los muros, contrastan con los uniformes oscuros del grupo especial de operaciones, que ya está recogiendo sus enseres antes de partir. Un sinnúmero de agentes de paisano, con chalecos de batalla y el anagrama del Cuerpo Nacional de Policía, inspeccionan cada centímetro cuadrado en busca de vestigios de cuanto ha sucedido allí.

La puerta corredera del patio ha sido violentada por la policía y cuatro cadáveres yacen en él, esperando a ser traspasados al furgón de la funeraria: el hombre de la perilla y los dos rubios fornidos, que tiraron de sus armas al evidenciarse el asalto policial; y el constructor, cuyo corazón fue incapaz de resistir el último embate del torturador. Santiago Morilla los contempla, medio atontado dentro de la ambulancia donde lo han sentado mientras le examinan los oídos, cerrados por la onda expansiva a cualquier ruido exterior. El detective

Román, a las puertas del vehículo, no pierde detalle de la exploración y gesticula, infundiéndole confianza.

Poco a poco el entumecimiento auditivo va convirtiéndose en zumbido y el sonido empieza a abrirse paso. Le duele la cabeza. Por lo demás, sólo sufre leves erosiones por la caída desde la silla, a las que se suma el apretón de sus salvadores en los brazos, y ninguna otra consecuencia. Con un par de gelocatiles tendrá suficiente, le dice el médico que le atiende. El lunes pásese por su consulta de cabecera a que le hagan un seguimiento; pero si entretanto persistieran las molestias en los oídos, o si empeoran, acérquese al hospital. ¿Se ve capaz de valerse?, le pregunta, y él dice que sí.

Desciende de la ambulancia. Román le ayuda y lo sostiene de un brazo hasta que alcanzan el coche del detective, que parte hacia la comisaría del distrito.

Las órdenes del joven motorista que venía siguiendo a Santiago Morilla fueron tajantes: no lo pierdas ni un segundo; y si observas algo raro, llámame. Eso le dijo el detective por teléfono y eso hizo en cuanto vio que los dos matones -ahora acribillados- lo secuestraban a la puerta de su casa. Los siguió por la autopista haciendo malabares entre el manejo de la moto y el del teléfono móvil. Al salir de la Ronda del litoral le tomó el relevo una patrulla camuflada, con dos policías de paisano.

Cuatro hombres rodean a Morilla en el despacho del comisario. Nunca estuviste solo, le asegura el detective, y el inspector Gutiérrez asiente con una sonrisa. Así es, corrobora también el comisario, complacido por la suerte del abogado. El hombre se muestra tan afable que Santiago juraría que se conocen de toda la vida, aunque sabe que nunca antes se han visto. El policía de paisano que la tarde anterior acompañaba a Gutiérrez también quiere delinear un gesto de confianza en su rostro pétreo, aunque persista en no despegar los labios.

—Lo teníamos todo preparado, esperando el momento propicio —recalca Gutiérrez.

A pesar de los semblantes convencidos de sus contertulios, el abogado estima que si sigue vivo es de puro milagro.

–Las alarmas se nos dispararon a última hora del jueves, cuando constatamos que habíamos perdido el contacto con Estébanez –prosigue el inspector–. Cubrimos la zona en cuanto nos informaron de que a usted le habían llevado a la fábrica. Los geos se colaron dentro, aprovechando que no había vigilancia, y actuaron cuando tuvieron la certeza de que podían hacerlo sin poner su vida en peligro. Por desgracia, no llegamos a tiempo de salvar al otro hombre.

¿Por qué a Estébanez?, quiere saber Morilla, aún incapaz de encajar todas las piezas. ¿Qué tiene que ver con mi cliente? Casamichana y Estébanez no se conocían, afirma, aunque ya no está convencido de nada.

–Estébanez y tu marinero son dos historias absolutamente diferentes –le responde Román.

–Sin embargo, ellos querían los documentos de Casamichana –responde Morilla, desconcertado.

Ahora los sorprendidos son los policías. ¿De qué papeles nos está hablando?, articula el jefe de la comisaría, y Román interviene al punto, atajando la pregunta.

–Te aseguro que todo esto no tiene nada que ver con tu marinero. Los documentos que buscaban tus secuestradores son los que Miguel Estébanez te entregó: los mismos que tú me dejaste para que yo te los guardara.

La atención de todos confluye otra vez sobre Morilla, a quien se le ha suspendido la mirada. Se le han dilatado las pupilas y la boca se le seca.

Los contratos simulados.

Claro.

A la memoria se le viene la tarde en que el albañil lo visitó –víctima afligida de una estafa– y su hábil pirueta traspasándoselo al detective. Aún recuerda el color sepia del sobre donde introdujo los documentos y cómo los paseó en metro hasta la sede de *Román, detectives asociados*, para entregarlos a la recepcionista.

–Estébanez se estaba tornando una mosca cojonera y probablemente ya lo tenían bajo vigilancia. Supieron que había estado a verte y se imaginaron que llevaría consigo los documentos. Registraron tu despacho y, al no hallarlos,

decidieron cortar por lo sano e ir a por él.

Como un rayo cruzan por su mente las últimas palabras con el albañil, por teléfono, que se entremezclan con la imagen de su cuerpo destrozado por la tortura.

¿Toda esta masacre por los contratos de unos inmigrantes ilegales?, cuestiona Morilla en voz alta, incrédulo aún. Y Román le contesta que sí, que la clave está en esos contratos falseados.

El policía mudo carraspea y sale de su silencio.

–Es tal como le dice el señor Román –afirma–: eran documentos de vital importancia para esa gente.

–Discúlpeme –le interrumpe Morilla–, pero aún no sé quién es usted.

El otro le dirige una mirada vacía y es Román el que interviene.

–No debes conocer la identidad de esta persona. Ha de bastarte con saber que también es policía, pero que está destinado en el CNI. Y que es un viejo amigo mío.

El Centro Nacional de Inteligencia, se traduce Morilla. Un espía. Sabe que Román tiene muchos contactos, incluso le sospecha ligámenes profesionales con las fuerzas de seguridad. Pero nunca imaginó que se codeara en las altas esferas de la información del Estado. El hombre vuelve a hablar.

–El jefe de la banda se llamaba Milan Kovacévik y los otros dos eran los hermanos Drajan y Dejan Vikóvic. Lucharon en los Balcanes y acumulaban un pasado más que turbulento: lo suficiente como para que, al terminar la guerra, no pudieran regresar a sus lugares de origen. Deambulaban por la Unión Europea desde finales de los noventa, vendiendo sus servicios al mejor postor. En los últimos tiempos habían encontrado un filón en España, facilitando la residencia a gente con un pasado turbio que deseaba refugiarse aquí. Con nuevas identidades, por supuesto.

–Y ahí es donde entra la figura de Miguel Estébanez –adelanta el detective privado.

–Así es –asegura el agente secreto–. Los ilegales ya habían obtenido una



documentación falsa y, mediante personajes como Estébanez, se hacían con un contrato de trabajo que les garantizaba la residencia en el país. Y, por extensión, en toda la Unión Europea. Con el tiempo, una vez regularizados, ya podrían dedicarse a otras ocupaciones.

–Era la manera de hacerse con una nueva vida –concreta Román.

Así de sencillo. Pero Morilla jamás hubiera podido imaginarse hasta dónde llegaba el meollo de cuanto le expuso el modesto constructor. Siempre se le figuró la imagen de cuatro desarrapados explotados por todos, incluido el contratista. Sin embargo, ahora se percata de que lo relatado por Miguel Estébanez había de tener mayor calado del que se figuró. A lo que parece, Andrés Román sí reparó en que aquella trama no podía ser tan burda como a él se le hizo en aquel momento.

–Estos tres eran meros finalistas –prosigue el agente secreto–, porque las raíces son mucho más profundas. Kovacévik daba la cara y cerraba los contratos, y los hermanos le hacían de matones, llegado el caso. Pero Milan Kovacévik quiso rematar el negocio y se planteó que no tenía que conformarse con lo que sacaba a los que introducía en el país, ya que también podía dejar de remunerar a quienes los contrataban.

–La avaricia rompe el saco –sanciona Román–, porque no podía imaginarse que se toparía con alguien tan obstinado como Miguel Estébanez.

Las piezas van ensamblándose en la cabeza de Santiago, que aún tiene algunas preguntas.

–¿Cuándo te diste cuenta de lo que estaba ocurriendo? –pregunta al detective.

–Me hiciste llegar el sobre a última hora del viernes. Cuando hablé con el albañil volví a echarle un vistazo y me pareció que todo aquello olía pero que muy mal. En cuanto te entraron al despacho me puse en contacto con mi amigo – señala al hombre del CNI.

–¿Por qué no me dijiste nada?

Hay reproche en las palabras de Morilla.

–Entiéndelo, no podía sincerarme contigo.

El abogado vuelve sus ojos al agente secreto.

–Le aseguro que nunca ha estado en peligro –también le reitera éste.

Santiago sabe que eso no es cierto porque, de ser como dicen, tal vez hubieran podido salvar al albañil.

–A Miguel Estébanez le ha costado la vida –se queja– ¿A él tampoco le dijeron nada?

–A veces no se pueden cubrir todos los flancos –interviene Gutiérrez, disculpando a su colega de los servicios de inteligencia.

–¿Usted también estaba al caso de todo? –le replica Morilla.

El policía dice que no, que él tuvo conocimiento apenas un par de días atrás.

–De hecho, yo no estaría metido en esto si no nos hubiéramos conocido por el asunto del marinero.

–¿Entonces por qué a Casamichana le dieron la paliza que lo ha matado?

Los policías no lo saben y se encogen de hombros.

–Tal vez –aventura el detective– se dio cuenta de que te estaban siguiendo y decidió actuar.

–¿Por qué? No entiendo qué motivo podía tener.

–Tú eres empático, te pones en el lugar de los demás. Te preocupas por la gente, y él no estaba acostumbrado a ello –aventura Román–. Seguramente decidió devolverte el favor.

Las palabras del detective desmontan a Morilla.

–Pero entonces... –se medio atranca Morilla–, entonces, la intervención de Casamichana ha sido... –se interrumpe.

–Una casualidad, Santi –le corrobora el detective–: una puta casualidad.

## EPÍLOGO

El abogado se desdice el lunes de sus propósitos de enmienda, para

desesperación de Sandra, y cancela de nuevo todos sus compromisos. La secretaria le echa el diario sobre el escritorio y se vuelve a su cubículo de la recepción, blasfemando. La primera plana destaca el éxito de una operación contra las mafias del este. Más adelante, en un recuadro, se lee que una jueza ha resuelto procesar al empresario Julio Portolés. Allí está la misma foto de archivo de días atrás, con Beatriz de fondo. Morilla no lee más, tiene otras urgencias que atender.

La moto resigue la ronda del Litoral, emerge del último túnel del puerto y rebasa la casa de acogida. Allí se han quedado los efectos del marinero, ahora ya inútiles. Santiago se los imagina arrinconados en algún almacén del Stella Maris. Hasta que, haciendo inventario cualquier día, alguien decida que ya está bien de que ocupen un espacio inútilmente, pudriéndose, y los arroje al primer contenedor de basura.

Toma la salida de Can Tunis y traspasa la entrada del cementerio. El empleado de la recepción le da indicaciones y Morilla empieza a caminar despacio, primero entre los panteones y luego repasando los nichos, gozando del profundo silencio. Sin prisa, sin ganas de llegar. El cielo, limpio por la lluvia de días atrás, es de un azul nítido. Brilla el sol y el mar resplandece bajo el horizonte. Cuenta media docena de barcos más allá del rompeolas, esperando a franquear la bocana del puerto. Se detiene a disfrutar de la vista.

Joaquín Molins y Lucía Ventura son los únicos testigos. Y ahora él. Un nicho de la tercera fila, abierto la tarde anterior, espera los despojos. Dos empleados extraen la caja mortuoria del coche fúnebre que la ha porteado, directamente desde el Clínico: un cajón sencillo de color crema con una cruz de madera que llena la mitad de la tapa. Se miran los tres. Nadie llora.

—No ha habido velatorio ni ceremonia religiosa —le informa Molins—. Él no la hubiera querido.

Los trabajadores traspasan el féretro a la plataforma hidráulica de una camioneta, donde cargan también una corona de flores. Parte el coche fúnebre y un operario con sus útiles de paleta se encarama encima de la plataforma, que se

eleva lentamente. Introduce en la oquedad un rodillo de madera con un cordel atado a un extremo. Sobre él hace rodar el ataúd, hacia adentro. Luego tira de la cuerda, recupera el rodillo y la caja reposa definitivamente.

Prepara en una gaveta la masa de cemento rápido, manejando el paletín con oficio. Cubre el agujero con la antigua placa de cemento, la ajusta con un par de cuñas que le sirven de sujeción y, acuclillado, va taponando las rendijas con la pasta, que fragua casi de inmediato. Extrae las cuñas y remata los últimos resquicios. Satisfecho, suspende la corona de una alcayata del frontal del nicho. Concluye su faena, desciende, estrecha las manos de los silenciosos presentes y, como tiene por costumbre, les acompaña en el sentimiento. Esta tarde pondré la lápida, dice. Molins le contesta que sí, que gracias, y con disimulo deja en su mano un billete de cinco euros, doblado. El hombre lo agradece con una inclinación de cabeza, sube a su furgoneta y parte.

–Es lo menos que podíamos hacer por él.

A Morilla le frustra no ver la lápida, después de soportar la fría ceremonia. Molins prosigue: ahora descansarán juntos. Y explica que ése es el mismo nicho que Bernardo ocupa desde hace una docena de años, cuando se lo trajeron de donde lo había malenterrado la beneficencia, en el cincuenta y ocho.

–También pusimos aquí a su padre. Nos hemos ocupado del mantenimiento con la parte de Bernardo. ¿Quién nos iba a decir que serviría para meter a Enrique?

Serpentean las callejuelas que les llevarán hasta las puertas del cementerio. Joaquín se queda rezagado entre los panteones mientras Lucía y el abogado bajan a la par. La mujer se sincera.

–Me reuní con Julito antes de las olimpiadas, tal como había planeado Enrique.

–¿Vio a Julio Portolés en persona?

Lucía le dice que sí.

–Al principio quiso enviarme a un intermediario, pero le advertí que ni se le ocurriera mandarme a un extraño. Quería echármelo a la cara.

–¿Y él se avino?

–Por supuesto –contesta ella, y Morilla se imagina la escena atroz entre la antigua criada y el señorito.

–¿Le sacaron mucho?

–¿Comparado con qué? Si es con su inmensa fortuna, apenas fueron unas migajas. Lo justo para asegurarnos la vejez: la del *Quimet*, la de Enrique y la mía. También se encargó de adecentarnos el piso, y pagó el nicho.

–¿Por qué no me lo dijo la otra mañana?

Cada cosa a su tiempo, sentencia la mujer. Porque la pareja negó hasta la saciedad que el marinero les hubiera visitado en aquellas fechas, por mucho que Morilla esgrimió la misiva que le dejara la jefa de negociado del Instituto Social de la Marina. De haber tenido la certeza absoluta, otra hubiera sido su condición ante Julio Portolés, horas después.

–Volvió a vernos hace dos semanas, cuando regresó –continúa Lucía–. Los últimos años le habían ido mal y quería repetir la jugada con Julito, apretarle otra vez las clavijas.

–Pero usted se negó. ¿Por qué?

La mujer se abstrae mirando el horizonte despejado, antes de contestar.

–Hay un momento para cada cosa, y el de sacarle dinero a Julio ya había pasado. ¿Quién me dice que Enrique no lo hubiera vuelto a intentar de aquí a unos años? No podíamos estarnos así toda la vida, seguro que Julio habría acabado por reaccionar malamente, tarde o temprano. Y tampoco era cuestión de pensar únicamente en nosotros.

La agria discusión entre Casamichana y Lucía acabaría desencadenando la pelea con el vagabundo y la entrada en escena de Morilla.

Llegan a la parada de taxis y, al despedirse, ella saca de su bolsa de hombro una abultada carpeta azul y se la pone en las manos. Quédesela, le ofrece, era de Enrique.

–Me da que es usted de los pocos que se portaron bien con él. Aquí dentro hay muchas de sus cosas, también algunos recuerdos. Me la dio el primer día

para que se la guardara. Creo que le hubiera agradado que usted la tuviera.

Morilla quiere rehusar, devolvérsela. Estima que Lucía y Joaquín son los únicos con derecho a depositar la memoria de Enrique Casamichana. Pero ella le dice que no, que no precisan nada de lo que hay ahí dentro, que ya tienen suficiente con sus recuerdos de juventud.

Sentado en su despacho, Morilla va vaciando la carpeta. Sobre el escritorio quedan las amarillentas fotografías de filo dentado con los cinco muchachos - Bernardo, María, Lucía, Enrique y Joaquín- divertidos ante los baños de San Sebastián, o de espalda a las jaulas del zoológico, o en las Ramblas. Luego ojea las cartas que el marinero nunca remitió. Misivas por enviar a sus amigos desde Cabo Verde, desde Maracaibo, desde Panamá, desde infinidad de puertos.

Después viene su inicial matrícula de marino, con una fotografía ajada pero calcada a la del primer pasaporte de Luís Casado, alias de Casamichana. Una ristra de visados, amarillentos y medio desgarrados por las dobleces, engrosan la pila. Y títulos de especialidades ganadas con los años, y felicitaciones, e incluso alguna amonestación. Lo que se va amontonando en la mesa es el testimonio de una vida ya extinta.

Culmina la carpeta con dos sobres de color manila. En el primero no hay más que trasnochados resguardos de embarque. Del segundo, también antiguo y más grande que el anterior, saca una docena de fotocopias recientes, unidas con un clip a una nota que Lucía le ha dejado escrita.

*Esto es lo que Bernardo y Enrique se llevaron aquella noche, Morilla resigue los garabatos de la mujer. Los originales ya los tiene un abogado. Guárdelas, por si acaso, le exhorta.*

Allí está, detallada, la contabilidad en negro de Portolés. Junto a ella, un informe de un aparejador, fechado en mil novecientos cincuenta y ocho, quejándose de la no idoneidad de los materiales empleados en las construcciones de la familia. El constructor no debió atender sus quejas, porque el hombre le remitió otra carta en la que le comunicaba su dimisión y se lavaba las manos de cuanto pudiera acontecer si se continuaba levantando de aquella manera.

Además, una lista de sobornos. Y otras misivas que demuestran que el taimado constructor le mintió dos tardes atrás.

Morilla sonríe con tristeza mientras encierra los folios en su archivador metálico y le echa la llave.

\* \* \*